

Kirsty Campbell



Tú y yo,  
juntos hasta el  
fin del mundo



Kirsty Campbell

Tú y yo.  
juntos hasta el  
fin del mundo

Edición electrónica (ebook)  
1ª edición septiembre 2024.  
Reservados todos los derechos.

Esta obra está registrada en el *Registro General de la Propiedad Intelectual* (Ministerio de Cultura y Deporte, España), con fecha de entrada 27/08/2024.

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio sin la autorización por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los nombres de personajes, los acontecimientos y los lugares de esta novela son producto de la imaginación o han sido usados como entidades de ficción. Los personajes, lugares o marcas reales que son mencionados en la obra han sido nombrados como referentes culturales. Su uso no significa un intento de esponsorización de la obra por parte de sus propietarios.

Copyright © 2024 Kirsty Campbell  
All Rights Reserved

Maquetación y diseño de la portada: Kirsty Campbell.

Imágenes de la portada adaptadas de las originales de Elf-Moondance, fbartondavis, kristine431, OpenClipart-Vectors, tanrica, Clker-Free-Vector-Images e iamwahid. Todas ellas en **Pixabay (Pixabay Licence: Gratis para usos comerciales. No es necesario reconocimiento).**

Vectores interiores adaptados de los originales de Clker-Free-Vector-Images, nataliaaggiato, GDJ, stux y hkama. Todos ellos en **Pixabay (Pixabay Licence: Gratis para usos comerciales. No es necesario reconocimiento).**

*“A través de lo áspero se llega a las estrellas”.*

Séneca (4 a.C. - 65 d.C.).



# SINOPSIS



**Tyler Brooks**, agente federal de la Agencia Nacional de Seguridad Cibernética (ANSC), es trasladado al pequeño pueblo de Wellingtonville para llevar a cabo una investigación sobre el terreno. Desde ese lugar, se están registrando ciberataques contra la mismísima Wall Street. El problema para el agente **Brooks** no es infiltrarse entre los vecinos. Tiene coartada. Sin embargo, nadie le advirtió que eso conllevaría tener que convivir con una guardería a escasos metros de su lugar de operaciones.

A pesar de todo, el problema no son los niños, ni los dinosaurios voladores, ni siquiera las canciones de María tiene un corderito y El viejo MacDonald y su maldita granja, que le taladran el cerebro. El problema es ella, **Lizzy Stone**, la directora de la escuela, que, desde el primer momento en que la vio, ha conseguido volverle loco, ha revitalizado su espíritu y le ha hecho recordar lo que ya tenía olvidado.

Sin embargo, **Lizzy** tiene muy claro que, si tiene que parar los pies a su odioso y malhumorado vecino, de ojos azules y penetrantes, lo hará. Sus alumnos están por encima de la tranquilidad de ese estirado que va de perdonavidas.

**Un pequeño pueblo de Estados Unidos.**

**Una escuela infantil.**

**Un francotirador en miniatura.**

***María tiene un corderito.***

***Thrash metal.***

**Ciberataques y *hackers* muy frikis.**

**Cookies de chocolate recién hechas.**

**Un sheriff que lee a Nicholas Sparks.**

***Un Pontiac Fiero.***

**Y dos personas rotas que ya no creen en el amor.**



# 1

## TYLER

El sol de finales de mayo golpeaba con dureza sobre la carrocería oxidada de mi *Pontiac Fiero*. A pesar de llevar bajadas las ventanillas, la luz dorada bañaba el interior del vehículo, y creaba una atmósfera desagradable y asfixiante. Ni siquiera sabía por qué los chicos me habían asignado ese maldito trasto. Ciertamente era que mi perfil debía ser ese, el de un tipo que volvía a sus orígenes, a Wellingtonville, un pueblo de mala muerte del condado de Orange, en Nueva York; y lo hacía con los bolsillos vacíos y las esperanzas rotas. Pero me daba la sensación de que ese veterano de la carretera, que ostentaba con orgullo las cicatrices de sus doscientos cincuenta mil kilómetros, me iba a dar más quebraderos de cabeza que alegrías.

Mis manos se aferraron al volante con fuerza y repasé todo lo ocurrido en los últimos días. Dos semanas habían pasado desde que salí de la oficina de campo del ANSC en San Francisco, rumbo a Nueva York. La razón de que me eligieran a mí, entre otros agentes de la zona, radicaba en que Wellingtonville había sido mi lugar de residencia los primeros siete años de mi vida. Mi padre era policía en Nueva York y murió de un balazo siendo yo un bebé. Mi madre huyó de la ciudad, debido a los dolorosos recuerdos, y volvió allí, a la casa de sus padres, hasta que el mundo nos dio una segunda oportunidad en California.

Después de mudarnos, mis abuelos compraron una casa cerca de mi madre, en Los Ángeles, y se asentaron allí definitivamente para vivir. Ciertamente era que nunca vendieron la casa de Wellingtonville y ni siquiera lo hizo mi madre cuando pasó a ella por herencia. Sin embargo, nadie nunca más volvió allí. La propiedad llevaba tanto tiempo cerrada que incluso las ratas se habrían mudado en busca de mejores lugares donde abastecerse.

Nunca creí que volvería algún día y, mucho menos, para llevar a cabo una investigación federal. Yo trabajaba para la Agencia Nacional de Seguridad Cibernética (ANSC), una de tantas agencias de contraespionaje y ciberseguridad del gobierno de los Estados Unidos, que los ciudadanos pagan con sus impuestos, pero de las que apenas saben nada. En teoría, la ANSC era una agencia ultrasecreta. Aunque, en realidad, teníamos más sedes que el McDonald's. Fuimos creados por una ley federal para combatir ciberataques a infraestructuras críticas. Teníamos jurisdicción en todo el territorio y, por tanto, poseíamos el mismo rango que un agente federal, como los del FBI, la CIA o la NSA.

Mi sede estaba en la oficina de San Francisco. Pero me habían destinado a Nueva York para ese trabajo. El capullo de mi antiguo compañero, que en esos momentos trabajaba en la

oficina de Manhattan, recordó mis orígenes y me vio como una coartada perfecta en la investigación que estaban llevando a cabo.

Los chicos de Nueva York habían detectado, en el último mes, una serie de ciberataques dirigidos contra Wall Street, que provenían de servidores ubicados en el aparentemente tranquilo pueblo de Wellingtonville. Su estrategia era muy buena. La baja supervisión tecnológica del lugar estaba permitiendo a los hackers operar con relativa impunidad, utilizando técnicas avanzadas de encriptación y evasión para ocultar sus actividades. Pero, al mismo tiempo, su cercanía a Nueva York les permitía acceder rápidamente a redes de alta capacidad y baja latencia, fundamentales para ejecutar ataques a gran escala.

La investigación se había complicado. Habitualmente, solemos utilizar herramientas de trazado de IP para seguir el rastro de las direcciones utilizadas en los ataques cibernéticos. Pero, en ese caso, los hackers habían usado proxies y redes privadas virtuales (VPNs) para ocultar su origen. Los análisis detallados no pudieron identificar patrones o errores que revelaran la ubicación real. Y el monitoreo de Tráfico de Red tampoco había dado buenos resultados. Sospechábamos que podrían estar utilizando un lugar público desde el que lanzar esos ataques. Usar una red Wi-Fi pública como, por ejemplo, la de una biblioteca o un café, ayuda a ocultar la dirección IP real. Al haber muchas personas conectadas al mismo tiempo, es muy difícil rastrear la actividad específica de un solo individuo. Pero, además, las redes públicas se pueden cambiar con frecuencia y son menos rastreables que una conexión doméstica fija.

Por todo eso, estábamos más que jodidos.

Trasladar allí una furgoneta con el equipo para ejecutar mejor ese monitoreo no era viable. Wellingtonville contaba con una población de menos de mil habitantes. Todo el mundo se conocía y una furgoneta así, con sus agentes dentro, cantaría *La traviata* con voz de soprano.

Debido a mis orígenes, habían decidido enviarme a mí para averiguar quiénes podían ser esos tipos y dónde podrían tener ubicado su centro de operaciones.

—Saliste a los siete años, agente Brooks —me indicó el Jefe de la Oficina de Nueva York—. Allí nadie se acuerda de ti. Por eso debes meterte bien en el papel. Tu madre a muerto...

—Vive de puta madre en Santa Mónica. De hecho, ahora estará paseando por la playa.

—¡Te avienes al plan!

—Como a alguien de Wellingtonville se le ocurra ir a Hollywood estos días y se la encuentre, se nos jode todo.

—¡He dicho que tu madre está criando malvas desde hace cinco años! ¡Y tú vuelves al pueblo porque estás en la ruina, no tienes trabajo, y lo único que te queda es la casa de tus abuelos!

—¿No me podéis mandar a alguien para que la arregle antes de que llegue?

—Ni de coña, Brooks.

—Esas maderas llevan treinta años sin que nadie las pise.

—Pues ten cuidado por dónde metes el pie.

—¡Joder! Al menos, que alguien vaya a limpiarla. Tiene que haber tanta mierda que las ratas seguro que salen fuera a vomitar.

—Para ser uno de los mejores agentes de Harrison, eres un quejica.

—¡Quejica, los cojones! Cuando tarde tres días en iniciar la investigación, por estar pasando la aspiradora, me lo dices.

—¡Pues tardas tres días más! Lo que nos interesa es que no levantes suspicacias. Así que, si tienes que pasar la fregona y cortar la mala hierba del jardín, lo haces para que tus vecinos lo vean.

Con esas premisas tan apetecibles, retornaba a mis orígenes, a Wellingtonville, un lugar pequeño y olvidado en pleno valle del Río Hudson, en el Condado de Orange, de Nueva York. Había salido hacía treinta años y ya no había nadie de mi familia. De los que quedaban de entonces, esperaba que nadie viniese a darme la bienvenida y me dejaran trabajar. Eso sí, en cuanto me reconocieran, correrían los rumores y las elucubraciones de por qué estaba allí.

—Puedo decir que acabo de salir de la cárcel. Así, nadie se acercará a tocarme las narices sobre mi vida.

—¿Un exconvicto?

—¿Por qué no? Además, ningún criminal sospecharía de otro delincuente.

—¿Qué tipo de delincuente?

—Un asesino —respondió el agente Oldman, el jefe de campo del operativo—. Como él ha dicho, ese perfil espanta hasta las moscas, y así nadie lo molestará.

—Vale, no me parece mala idea.

—Podrías decir que llevas dos semanas fuera de Rikers Island, por ejemplo.

—El mejor lugar de Nueva York para experimentar lo que podría ser el Infierno —seguí con ironía.

Todos los que conocemos La Isla sabemos que ese lugar se asemeja más a una escuela de gladiadores que a una prisión.

—Vale, ¿un asesinato vinculado a asuntos de drogas, por ejemplo?

—Capos de la mafia.

—Mira que eres sibarita, agente Brooks. Pero no te subas mucho a la parra. Debemos trazarla al dedillo. Después, se lo diré al sheriff para que vaya soltándolo por el pueblo. ¡Menudo recibimiento te van a dar!

Me di cuenta de lo que me esperaba. En los lugares pequeños es imposible huir de las habladurías y sabía que las miradas me perseguirían todo el tiempo que estuviera allí. Pero, al menos, les espantaría de mi lado y me dejarían trabajar.

—Oye, me dijo que te recordaba de la escuela.

—¿El sheriff?

—Ajá.

—¿Cómo has dicho que se llama?

—James MacDougall.

—Ni idea.

—Te vamos a buscar un empleo en un bar.

—Yo me bebo las cervezas, no las tiro.

—Pues tendrás que aprender. Eso te ayudará a conocer desde más cerca a los parroquianos y a escuchar qué se mueve por las calles.

—¿Cómo pretendéis conseguirlo?

—Ya lo hemos hecho antes. Mandaremos a alguien con las credenciales del Centro de Empleo de Oportunidades para Personas Excarceladas de Nueva York, y le ofreceremos una oferta que no pueda rechazar —me explicó, irónico—. Hay que ver dónde se beben más cervezas en ese pueblo. Hablaré con el sheriff para que nos ayude.

Quince días más tarde de mi llegada a Nueva York, emprendí el camino hacia Wellingtonville. A medida que me acercaba a mi destino, el paisaje familiar comenzó a dibujarse ante mis ojos. Cuando dejé la interestatal, la carretera se transformó en una cinta de asfalto que serpenteaba entre los campos de maíz y trigo. Bajé de velocidad y aquello me permitió discernir la débil brisa que los mecía. Las olas doradas de cereal se extendían hasta donde me alcanzaba la

vista, tal y como si se tratase de un mar infinito. Más allá, se insinuaba el entramado de edificios que constituían la villa. Lo hacían como un espejismo y el horizonte mostraba un oasis de recuerdos en medio del árido desierto del pasado.

Unos cuantos kilómetros más tarde, me dio la bienvenida el cartel que anunciaba la entrada al núcleo urbano. Las letras oxidadas, por las inclemencias y el paso del tiempo, parecían susurrarme juegos de infancia cuando lo utilizábamos como diana con nuestras piedras. Mi corazón se aceleró, se me dibujó la sonrisa y sentí la necesidad de tomar aire.

Bajé mucho más la velocidad y fui recorriendo las primeras casas. Pocos minutos después, desemboqué directamente en Main Street, la arteria principal que cruzaba el centro del pueblo. Regresaba a un lugar que ya no me resultaba familiar. Las calles que durante siete años había recorrido, ahora me parecían extrañas y desdibujadas en un pasado demasiado lejano y olvidado en mi memoria. A lo largo de la avenida, una hilera de edificios históricos de ladrillo rojo y piedra caliza se alzaban con solemnidad. Las numerosas tiendas que poblaban la vía adornaban sus fachadas con macetas de flores en pleno esplendor primaveral. Torcí el volante para bordear la soberbia plaza del centro. Tomé el desvío de la carretera principal y me metí en otra vía, mucho más estrecha, y que me llevaba directamente hacia mi destino.

El hogar que había pertenecido durante varias generaciones a mi familia estaba en un pequeño barrio a las afueras del pueblo. Fui dejando atrás las viviendas de piedra y madera que salpicaban la carretera, hasta que mis ojos se sintieron atraídos por ella y ya no vi más. Mi sonrisa se perfiló. Allí estaba. Esa casa vieja y destartada, casi como yo mismo, me daba la bienvenida. Fue el hogar de mis primeros pasos, donde albergaba los recuerdos más felices de mi vida, de la calidez de los brazos de mi abuela, de los interminables juegos con mi abuelo... Su remembranza me sumergió en un sentimiento de nostalgia, que no esperaba ni de lejos, y me bloqueó durante varios segundos.

La fachada estaba desgastada por el tiempo y la pintura se había desconchado en algunos tramos, pero volvía a un lugar que había considerado mi hogar. Sin dejar de mirarla, sonreí levemente y salí del *Fiero*. No había ni sacado medio cuerpo del vehículo, cuando un estruendo rasgó el débil sentimiento de serenidad que instantes antes me cubría. Me puse tenso. Dos segundos más tarde, un agudo chillido infantil perforó mi tímpano, tal y como si me hubieran metido una bala en la cabeza. Giré mi rostro y lo vi.

Se me heló la sangre.

Al otro lado de la valla, que dividía mi propiedad con la del vecino, ya no estaba el alegre señor Thompson con su pipa y su periódico. En ese jardín, donde antaño reinó la quietud y la armonía, ahora se levantaba una colorida guardería con tantas tonalidades que me hizo pensar que estaba sufriendo una crisis de hiperestesia visual. Un ejército de niños, de no más de tres años, correteaban por todas partes, como si estuviesen en mitad de un campo de batalla. Lo hacían aullando y, con una energía desbordante, iban sorteando, en plan slalom, a los bebés que gateaban sobre el césped. Al otro lado, una educadora mecía con gran ímpetu el par de cestas de los columpios en los que había encajado a cuatro críos. En el otro extremo, un arenero servía de base de operaciones para varios enanos, mientras que uno de ellos lo usaba como experiencia buffet degustativa. Y todo ello aderezado con retumbantes llantos, afiladas risas y lacerantes melodías infantiles que me atravesaron el cráneo.

A punto estuvo de explotarme el cerebro.

Me di la vuelta para sacar mi bolsa de viaje del maletero. Y, después, con el rictus en tensión y armándome de estoicismo, tomé el caminito de baldosas desgastadas que llevaban hasta mi casa. Lo hice con el rostro bajo, casi escondido, tras mis gafas de sol; como si de ese

modo pudiese huir de la locura que campaba libremente al otro lado de la valla. Me pregunté quién habría sido el gilipollas que no había incluido en el informe de evaluación de zona que una guardería de enanos gritones había sido construida junto a mi casa.

Estaba tan absorto en blasfemar contra mis compañeros que ni siquiera fui consciente del proyectil que venía hacia mí. De pronto, algo duro golpeó mi cabeza. Me detuve de inmediato y, confuso, intenté averiguar qué demonios había pasado. La respuesta estaba a mis pies. Se trataba de un dinosaurio; pero no cualquier dinosaurio. Era un Tiranosaurio Rex de cara sonriente, amplias pestañas y mejillas sonrosadas, ideado, sin duda, por algún diseñador cargado de alucinógenos hasta las cejas.

Con medida lentitud, volví mis ojos hacia el otro lado de la valla. Enseguida localicé al francotirador en miniatura. Allí estaba. Un crío regordete, de unos dos años y medio de edad, me observaba con una amplísima sonrisa. Lo fulminé con la mirada. Pero él, lejos de amedrentarse, me sacó la lengua.

La furia brotó de mis entrañas. Sin embargo, en el preciso instante en que iba a soltar una reprimenda a ese enano, una voz, la más suave y melodiosa que había escuchado en mi vida, me calló de golpe y alteró cada poro de mi piel.

—¡Oh, Billy! ¡No! Eso está muy mal. —Desvié mis ojos hacia el otro extremo y, cuando mi retina la captó, la calidez más absoluta invadió mi cuerpo—. Lo siento mucho señor. ¿Se encuentra bien?

No pude ni responder. Me encontré con una chica preciosa que venía deprisa hacia nosotros. Su imagen era tan pizpireta y colorida como la de la propia guardería. Pero lo que me abrumó fue la facilidad con la que me cautivó su sonrisa. Sentí un estremecimiento placentero, que ya casi creí olvidado, y me perdí en los ojos de color gris que me observaban vivaces.

—Este pequeño diablillo... —bromeó, mientras lo tomaba en brazos. El enano la tiró de la coleta en la que tenía engarzado su pelo dorado. Ella soltó un gritito y el niño consiguió escabullirse. Salió corriendo y se perdió entre la jauría de fondo—. Es un poco trasto —me dijo sin perder la sonrisa—. Le pido disculpas, de nuevo. —Seguí sin responder—. Soy Elisabeth Stone, la directora de la guardería El Mundo de los Sueños. Pero puede llamarme Lizzy. —Y me tendió su mano por encima de la valla baja que nos separaba.

Ni se me ocurrió estrechársela. Aparté a un lado toda la calidez que me transmitía y me anclé a mi habitual severidad. Torcí el gesto y, muy lentamente, me agaché hasta el suelo. Tomé el dinosaurio y se lo lancé desde mi lado de la valla. Ella lo cogió de forma precipitada y al vuelo.

—Encantado, Lizzy. Yo soy Fitzwilliam Darcy. Pero puedes llamarme Mr. Darcy.

Y la dejé ahí, con la palabra en la boca.

Sin mirar atrás, seguí el camino hacia la puerta de la casa. Metí la llave en la cerradura de la puerta y comencé a abrirla. Aproveché esos momentos para recordarme el tiempo que llevaba sin echar un polvo y me dije a mí mismo que la erección que tenía en ese preciso momento, después de ver a esa tía, solo se debía a eso.

«Esta puta mierda de trabajo me va a volver de nuevo virgen».

Empujé la puerta y crucé al interior de la vivienda. La mierda acumulada desde hacía treinta años me dio la bienvenida. Sin embargo, no la presté atención. Saqué los dos teléfonos móviles que tenía. Iba a dejar mi iPhone sobre una mesita de entrada, pero al ver las toneladas de polvo, me lo pensé mejor y lo volví a guardar en el bolsillo. Después, abrí el que la agencia me había dado. Literalmente. Aquella reliquia tenía tapa. Era un Motorola RAZR V3 de los 90, que

algún friki del departamento de logística me había elegido en honor a Miranda Priestly. Tecleé el número de teléfono establecido para contacto y avisé de mi llegada.

—Oldman, ya estoy aquí. Por cierto, tengo una puta guardería a doce metros de la ventana de mi cocina. No sé en qué cojones estabais pensando.

—No nos consta.

—Si quieres te pongo al teléfono a esos enanos.

—Vale, de acuerdo. Veremos cómo lo solucionamos.

—¿Los vais a llevar de campamento quince días a Yellowstone?

—Tú no te preocupes y cíñete a lo acordado.

—Me cago en la puta...

—Deja de decir tacos, a ver si te van a oír los críos.

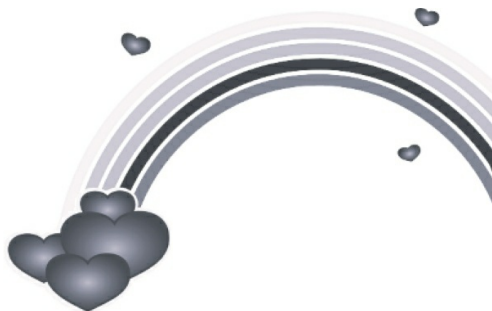
—¡Qué te follen!

—¡Qué te follen a ti!

Bajé la tapa del teléfono y solté un suspiro. Miré a mi alrededor.

—¡Joder!

Me esperaban días de auténtica Cenicienta.



## 2

# LIZZY

—Mr. Simpatía 2023 acaba de mudarse al barrio —anuncié con sorna, al tiempo que entraba en la cocina de la guardería.

—¿Con o sin sus místeres de honor?

—Afortunadamente, viene solo. Les habrá dado el día libre.

Anna, la cocinera de la guardería, se apartó de la vitrocerámica y se acercó a donde yo estaba. Me había encaramado a la ventana y, oculta tras la cortinilla, observaba la casa del vecino. Lo hacía con recelo. Me alegraba que aquella casa estuviese de nuevo habitada, pero no me gustaba nada que su ocupante fuera un tipo de carácter tan agrio.

—¿Qué ha pasado, Lizzy?

—Pues que, por lo visto, tenemos nuevo vecino.

—Y, por lo que veo, no te hace ninguna gracia.

Me volví hacia ella.

—No es eso.

—¿Entonces?

—Digamos que el primer contacto no ha sido demasiado... amable.

—¿Y eso?

Suspiré.

—Billy le ha tirado un juguete, con tan mala suerte que le dado directamente en la cabeza. Y, aunque le he pedido disculpas, no se lo ha tomado muy bien. —Molesta, añadí—: ¿Sabes qué me ha dicho el cretino?

—¿El qué?

—Le he tendido la mano, me he presentado y, cuando le he dicho que podía llamarme Lizzy, me suelta: —Y agravé el tono de mi voz para imitarlo—: «Yo soy Fitzwilliam Darcy. Pero puedes llamarme Mr. Darcy». —Anna soltó una carcajada—. ¡Encima te hace gracia!

—Hombre, no todos los días puedes toparse con un tío citando a Jean Austen.

Alcé mi dedo índice sobre su rostro.

—¡No digas nada! —Pero ella siguió desternillándose de risa. Crucé mis brazos y, sin dejar de mirar, añadí—: Ya le gustaría ser Mr. Darcy.

—¿Se parece al de la peli?

—No. Este es rubio, y más alto y musculado. Tiene los rasgos más afilados, como su

lengua...

—¿Es mono?

—Sí, es mono. Aunque, después de ver la cara que le ha puesto al pobre Billy y el talante que se gasta, se me han quitado las ganas. Me ha mandado la libido al cubo de reciclaje.

—Mejor me lo pones. ¡Todo para mí!

—Ya me dirás cuando hables con él... —De pronto, vi movimiento en el porche de la casa—. ¡Mira! ¡Es ese! Está sacando unas cajas.

El tipo no estaba nada mal, eso me había quedado muy claro. Pero ahora que lo veía sin la chaqueta de cuero, con solo unos vaqueros y una camiseta, no había nada que me impidiese confirmar que tenía un cuerpo bien curtido: brazos definidos, hombros rectos, pecho cincelado y anchas espaldas. Poseía una mirada penetrante incluso a distancia. En nuestra breve conversación, no se había dignado ni a quitarse las gafas de sol, el muy... Aunque, en ese momento, pude dar buena cuenta de sus ojos azules. La barba rubia que cubría su rostro estaba bien cuidada y recortada. Si no hubiera sido tan payaso, incluso lo habría valorado.

—Ahí tienes a nuestro flamante vecino. ¿Qué te parece? —El silencio que obtuve como respuesta, me puso en alerta. Giré mi rostro hacia Anna. Su cara se había teñido con una expresión sombría—. ¿Qué sucede? ¿Ya te ha robado el corazón? —Ella me miró con cautela y eso me llevó a cambiar radicalmente el tono—. ¿Conoces a ese tipo?

—Claro que lo conozco. Se llama Tyler Brooks. Era de aquí.

Anna había vivido en Wellingtonville toda su vida. Pero, además, sabía más secretos del vecindario que el propio Google. Yo me informaba de todo y de todos gracias a ella. Me había mudado allí, desde Nueva York, hacía tres años, en el momento en que el ayuntamiento abrió la escuela infantil y sacaron la oferta de trabajo para dirigirla. El pueblo no era muy grande, pero a ese tipo no lo había visto en mi vida. No conocía personalmente a todos. Sin embargo, tenía muy claro que, si me hubiera cruzado con él, su sugestiva apariencia no me hubiera pasado desapercibida. Era el típico tío sobre el que se te irían los ojos sin pretenderlo.

—¿Me puedes explicar tu cara de espanto? ¿Qué pasa? ¿Os llevabais mal? ¿O quizá es un antiguo amor...?

—Nada de eso, Lizzy. Nos conocíamos, sí, del colegio. Íbamos a la misma clase. Aunque, si es quien sospecho, no me acercaría ni loca.

—No te entiendo.

—Cuando me has dicho lo del nuevo vecino, no caí. Pero hace unos días, escuché en la carnicería que había alguien del pueblo que se fue hace años y que iba a volver a mudarse a Wellingtonville.

—¿Y dónde está el problema?

—En que no es de fiar. Joe, el carnicero, dijo que la mujer de Walter Milles se había encontrado con Frank Gordon, y que este le había dicho que el abuelo Douglas había escuchado a Thomas Ferguson y a Alfred Sinclair hablar sobre que el sheriff MacDougall no estaba contento con su llegada. —Intenté hacerme el croquis mental de todos esos vecinos—. Se fue del pueblo hace unos treinta años. Y no volvimos a saber nada más de él y ni de su madre. Después, lo hicieron sus abuelos que, ya por la edad, habrán muerto. Pero las noticias que han precedido su vuelta no son nada buenas. Acaba de salir de Rikers Island.

—¡Ay, mi madre!

—Ha estado en la cárcel por asesinato.

—¡Qué dices! —grité.

Miré hacia la casa, pero él ya no estaba. Cuando volví mis ojos hacia Anna, la vi que

observaba el porche con la mirada perdida.

—Lo que no sé es qué hace aquí ahora.

—Habrá cumplido su pena, ¿no?

—Imagino. No sé... Hablaré con el sheriff. —Se volvió hacia mí y siguió explicándome —: Nunca fue trigo limpio, Lizzy.

Anna había dicho que iban juntos a la misma clase. Así que, con lo que me había comentado, hice cuentas.

—¿Estás segura?

—Siempre andaba metido en líos.

—¿Con siete años? —dudé, escéptica.

De pronto, Karen entró en la cocina como un vendaval, con uno de los niños en su costado y canturreando al son del llanto del niño:

—¡Árnica! ¡Árnica! ¿Dónde tenemos la árnica?

—¿Qué ha pasado? —pregunté, mientras volaba hacia el botiquín.

—Nos hemos dado un coscorrón, ¿verdad, peque? —Abrí el stick y coloqué el gel sobre la zona afectada.

—Ya está, chiquitín. ¿A que está fresquita?

—¡Claro que está fresquita! —siguió mi compañera. Amplió su sonrisa, pero él la miró con rostro compungido y sorbiendo sus mocos. Ella lo achuchó más contra su cuerpo y lo cubrió de mimitos. Cuando lo notó más calmado, nos anunció—: ¡Tenemos nuevo vecino!

—Ya —respondí con desagrado.

Karen me miró con una ceja alzada y reprobando mi tono.

—Pero ¿y esa cara? ¿Acaso no te has fijado bien en el pedazo de tío que vamos a tener ahí al lado? Es como si Cupido hubiera hecho entrega a domicilio.

—¿No estabas dentro?

—He salido a sacar las palas y los cubos, y se me han ido los ojos cuando ha salido al porche de su casa. ¡Ma-dre mí-a!

—He hablado con él y, bueno,...

—Bueno qué.

—Después de lo que me ha contado Anna, creo que hubiera sido mejor que Cupido lo hubiese enviado a otro lado.

Y se lo contamos, aunque Anna añadió algunas cuestiones más que me dejaron claro que la imaginación había empezado a volar entre los vecinos del pueblo. A pesar de intuirlo, no me alegraba tener a un tipo con esa fama al lado de la escuela.

La reacción de Karen no resultó acorde a lo que esperábamos.

—¡Mmm! Un tipo malo que, además, está tremendo...

—¿¡Pero es que no nos has escuchado!? —se desesperó Anna.

—¡Oh! ¡Venga ya! No me digáis que no os lo foll... —Y frenó sus siguientes palabras. Miró al pequeño George que, entre sus brazos, estaba encantado escuchando aquella conversación, mientras mordía su puño para calmar la inminente salida de sus primeros incisivos.

—Dejémoslo en que es un tipo muy atractivo —consentí de mala gana—. Ahora, lo que me preocupa es cómo se tomarán los padres la vuelta de este tipo al pueblo y que viva al lado de la escuela de sus hijos.

—Yo estaría encantada —siguió Karen.

—¡Estamos hablando de un exconvicto! Que parezca sacado del catálogo de Men's Health

no reduce el riesgo de tenerlo cerca.

—No podemos juzgarle por su pasado, Anna —se quejó Karen—. ¡Sería injusto! Todo el mundo tiene derecho a equivocarse e intentar cambiar.

—Ese tío ha matado a alguien en Nueva York. ¡La gente así no cambia nunca!

—Eso no lo sabemos —se atrincheró la maestra—. Pero, si queréis, me presento voluntaria como Embajadora del Buen Rollo para conocerlo a fondo. —Y le guiñó un ojo al pequeño George—. ¿Cuándo le llevo el pastel de bienvenida?

—Karen... —me quejé.

—Estoy dispuesta a sacrificarme por el equipo.

—No tienes ni idea de dónde te estás metiendo —le advirtió Anna.

Me sentí en la obligación de frenar aquello; entre otras cosas, porque había que salir al patio a ayudar a Amy que estaba fuera con todos los pequeños.

—Bueno, de momento, vamos a ver qué sucede estos días. Pero estad atentas. Preguntad por ahí a los vecinos.

—¡Operación Hot Exconvicto en marcha! —aclamó Karen.

Y alzó su puño. El pequeño George la imitó, elevando el suyo. Anna soltó un bufido y yo puse los ojos en blanco.



### 3

## TYLER

Eran casi las doce del mediodía cuando decidí salir de casa para acercarme hasta el centro de Wellingtonville. Tenía que ver a un tal Tom. Ese era el tipo para el que trabajaría en los días siguientes como cobertura. Era el dueño del *Black Horse Tavern*, el antro del pueblo con mayor estima entre los vecinos. Los chicos lo habían preparado todo como si se tratase de un programa proveniente del Centro de Empleo de Oportunidades para Personas Excarceladas de Nueva York. Todos sabemos que no hay nada mejor que un bar para enterarse de lo que sucede en una población pequeña. Y, aunque eran pocas horas, esperaba que fuesen provechosas.

Cerré la puerta de la vivienda y recorrí el camino asfaltado de la parcela hasta la calle principal. Allí enfrente, estaba aparcado el *Fiero*. A medida que me acercaba, recorrí con mis ojos cada abolladura, cada desconchón de la chapa, cada rayajo y, por supuesto, el óxido que se extendía debajo del coche como una enfermedad terminal. Un suspiro de satisfacción se me escapó de los labios. La verdad era que aquel trasto tenía estilo hasta con aquel aspecto.

Abrí la puerta del conductor y el chirrido agudo de las bisagras resonó en el silencio del mediodía. Me senté con cuidado y acomodé mi cuerpo al cuero desgastado. Después, sellé la puerta con un golpe seco.

Era hora de despertar a la bestia.

Giré la llave del contacto y el motor del *Fiero* rugió con la misma intensidad que un león hambriento. Una nube de polvo negro, tan espesa como el despertar de un volcán, brotó del tubo de escape y envolvió la zona bajo una oscuridad cavernaria. Eché un vistazo al retrovisor y comprobé que la armonía histriónica de la guardería había quedado difuminada por el humo. Una mueca irónica se abrió paso en mis labios.

No, no había ningún niño. Hacía rato que los habían metido dentro de la casa. Y sí, actué como un auténtico imbécil. Aunque el karma ya estaba allí para darme un guantazo, por gilipollas.

Mi sonrisa se esfumó de golpe al volver la vista al frente. Me encontré de bruces con la directora de la guardería que, cargada con dos bolsas de la compra, volvía al centro caminando por la acera. Lo vi todo a cámara lenta. Frenó sus pasos, alzó sus cejas, abrió sus labios y, después, me acuchilló con la mirada. No sabría decir cómo lo hizo, pero, con esas pequeñas piernas que tenía, consiguió llegar a mi altura en milésimas de segundo. Se colocó en la ventanilla del coche y, con agallas, dio unos golpecitos en el cristal con sus nudillos. Volví mi

rostro hacia ella y su mirada se tornó tan afilada como si tuviese delante de las narices al mismísimo Sargento de Hierro. Esos ojos color gris me traspasaron con furia y, con una formalidad tan tensa como la cuerda de un violín, me demandó:

—Disculpe, ¿podría bajar la ventanilla?

Ni me planteé hacerlo. Había sido policía en Los Ángeles. Los últimos doce años, llevaba viviéndolos como agente del ANSC en San Francisco. Había visto cosas terribles y tratado con todo tipo de criminales. Me había visto envuelto en situaciones de peligro y, en más de una, me había tenido que enfrentar casi a la mismísima muerte. Me había infiltrado en la mafia, en redes de narcotraficantes, había metido en la cárcel a asesinos y delincuentes de toda clase. Pero, sinceramente, la mirada de Lizzy Stone me amedrentó hasta la médula.

—Sr. Brooks —canturreó, y golpeó de nuevo la ventanilla.

El hecho de que me llamara por mi apellido me tensó. No habían pasado ni cuatro horas desde nuestro primer encuentro y, sin embargo, ya le habían dado mi nombre. Lo que no tenía muy claro eran las cuestiones que albergaría aquel expediente. Aun así, no había que ser muy listo para saber que, sin duda, ya estaría al tanto de lo que se contase de mí en el pueblo.

Me mordí el labio inferior y gruñí por mi absurda chiquillada. No quería problemas y, mucho menos, ponerme en el punto de mira más de lo que ya la gente me tendría. Así que me armé de serenidad, volqué mi cuerpo hacia la ventanilla del copiloto y la bajé dando vueltas a la manivela.

—Lizzy —saludé con tono cortante.

Iba a pedir disculpas, pero no iba a cambiar mi carácter para ser simpático con mi colorida y cabreada vecina. Diría las palabras mágicas y saldría de allí pitando.

—Sr. Brooks... —comenzó ella.

Y al doblar más su cuerpo para poder mirarme a los ojos, me ofreció una vistas de su escote que ni me esperaba. Su melodiosa voz me llegó de fondo, pero no pude atender a lo que decía. El cálido ardor que invadió mi cuerpo me dejó ebrio de deseo.

Aparté la mirada y llevé mis ojos al fondo de la calle, casi como si de ese modo pudiese huir de ella. Fue imposible. La dulzura que transmitía se impregnó en cada poro de mi piel. Era como si cada nota que salía de sus cuerdas vocales me acariciase con un roce delicioso y cargado de cariño. Me aferré con fuerza al volante y respiré muy despacio.

—... Además, son muy pequeños —seguía clamando Lizzy—. Esos acelerones les asustan. La sensibilidad auditiva de los niños es muchísimo mayor que la nuestra. Y no solo eso. ¡Toda esa polvareda! ¿Seguro que este coche está en condiciones para conducirse? ¿Cuándo fue la última vez que pisó un taller? Es imposible que... Sr. Brooks, ¿me está escuchando?

Me volví hacia ella y el aleteo embriagador me invadió de nuevo. Era realmente preciosa. Sus facciones poseían una armonía equilibrada y cargada de frescura. Me sorprendí a mí mismo imaginando cómo sería acariciar esa piel clara, seguir el recorrido de las pequeñas pecas que salpicaban el puente de su nariz, bajar por su mejilla, rozar sus rosados labios...

Tensé mi mandíbula y me giré hacia la otra ventanilla.

—Sr. Brooks, le estoy hablando. ¿Podría, al menos, mirarme a los ojos cuando lo hago?

«Mirarla a los ojos...».

A esos bellos ojos de color gris y forma almendrada que, en sus extremos, albergaban las señales de una piel que había dibujado allí su sonrisa durante años. Esa sonrisa, natural y sincera, con la que me estaba encarando porque, aunque me confrontaba con arrojo, ni siquiera la había borrado de sus labios. Parecía ser el rasgo que más la definía. O quizá no, pero ni siquiera debía

plantearme averiguarlo.

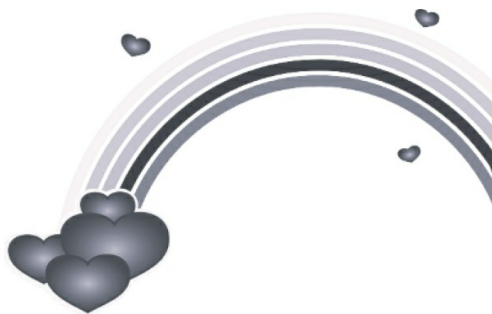
«¿Qué cojones estoy haciendo? ¿Realmente estoy tan desesperado por follarme a alguien? Y esta tía es tan jodidamente bonita...».

Tomé aire profundamente. Debía irme; y debía hacerlo ya. Y, por supuesto, tenía que alejarme de Lizzy Stone, al menos, hasta haber echado tantos polvos que el anhelo de recorrer su cuerpo con mis labios no me desviase de mi único propósito en ese maldito pueblo.

La interrumpí de manera abrupta y, con tono áspero, sentencié:

—Lo siento mucho, Lizzy. No se volverá a repetir.

Metí primera. Lizzy leyó mis intenciones y se apartó de la ventanilla antes de poner el coche en marcha. Pisé a fondo y salí de allí a la carrera.



## 4

# LIZZY

—¡Será gilipollas!

Y conste que yo no era de decir palabrotas, pero aquel tipejo ya me había tocado las narices dos veces aquella mañana. Ya ni se trataba de mí, sino de los niños. Si ese imbécil se iba a pensar que por su pasado me iba a amedrentar, estaba listo. Daría la vida, con uñas y dientes, por cualquiera de mis pequeños.

—Este tipo no sabe a quién tiene delante —mascullé.

—Y yo creo que tú tampoco.

Me volví de inmediato. Anna, la cocinera de la guardería, estaba a mi espalda, con los brazos cruzados y mirándome con desaprobación.

—¡Jolín, Anna! ¡Qué susto me has dado!

—¿¡Que qué susto te he dado yo!? —me regañó—. Pero ¿se puede saber qué parte de «Tyler Brooks es peligroso» no has entendido? ¿Es que te tengo que repetir que ha estado en la cárcel por asesinato?

Quizá ese era un argumento a tener en cuenta. Pero, cuando se trataba de mis niños, se me nublaba la mente y entraba a matar para defenderlos. Y mucho más, si por medio había un capullo sobrado como Tyler Brooks.

—¿Qué haces aquí?

—Salir a ayudarte —sentenció, cortante—. Lo he visto todo desde la cocina. En serio, Lizzy, ¿tú estás bien de la cabeza?

—¿Y qué hago? ¿Me quedo callada mientras ese energúmeno acelera con ese trasto y suelta humo sobre el jardín de la guardería?

—Lizzy, hazme caso. No te acerques a Tyler Brooks.

—Es tarde para eso. —Y me encaminé hacia la casa. Anna trotó para colocarse a mi altura—. Lo tenemos de vecino. Y, sinceramente, Anna, debemos establecer los límites desde el primer momento. No pienso dejar que sea él quien establezca las normas. Si se lo permitimos, estaremos perdidas. Él debe respetar nuestro espacio, al igual que nosotros respetamos el suyo. —Sin embargo, recordé el dinosaurio volador de Billy—. O, al menos, lo intentaremos.

Crucé la puerta lateral, por la que se accedía directamente a la cocina. No quería que los niños me viesen. En ese momento, estaban terminando de comer y mi llegada podría distraerlos. Coloqué las bolsas sobre la mesita y comencé a sacar lo que había comprado.

Anna se dio cuenta enseguida.

—No te has pasado por la ferretería.

—¡Oh! ¡Dios! ¡Es verdad!

Llevábamos varios días que el grifo del baño de arriba goteaba cuando estaba cerrado. Eso había provocado que, durante las últimas siestas, cuando todo estaba en silencio, los mayores se dedicasen a chasquear su lengua al ritmo de la caída de la gota y no dejaran dormir a los demás. Lo buscamos en Google y vimos que no era un problema demasiado grave como para llamar a un fontanero. Simplemente, había que cambiar la junta de caucho que había en la zona inferior del grifo y eso lo podía hacer yo misma sin necesidad de avisar a un especialista. Además, el presupuesto de la escuela tampoco era muy boyante, así que cualquier ahorro era bienvenido.

—¡Dios! No sé dónde tengo la cabeza.

—Ve ahora.

—No, no puedo ir ahora. Tengo que ayudar a Karen y a Amy...

Porque, entre otras cosas, no dábamos abasto y el ayuntamiento se negaba a contratar a una persona más.

—Ya me encargo yo de ayudarlas.

—No está dentro de tus funciones.

—Tranquila... —insistió, cantarina.

Dudé, aunque sabía que tenía razón. O iba entonces, que me acordaba, o no conseguiría comprar nunca esa maldita junta.

—De acuerdo —consentí con malestar.

Anna me observó divertida.

—Anda, llévate mi bici. Volverás más rápido.

Y así me fui, pedaleando en aquella bicicleta de paseo, tan de cuento, y con la que Anna venía a la guardería todos los días. Era de color rosa claro y llevaba al frente una cesta de mimbre blanco.

Recorrí deprisa los tres kilómetros que me separaban del centro de la localidad. La travesía estaba plagada de recios árboles que me ayudaron a sortear parte del calor que bañaba el mediodía. El sol de finales de mayo inundaba el paisaje con una luz cálida y dorada, y había provocado que las flores silvestres que bordean el sendero brotasen con una explosión de colores. El perfume fresco y dulce de la primavera flotaba en el aire. No pude evitar una punzada de nostalgia. Ese pueblo me recordaba mucho a mi infancia, y a mis días felices y despreocupados en los que todo funcionaba mejor.

Cuando llegué a la calle central, me bajé de la bicicleta y caminé con ella por la acera. Main Street era la arteria principal de Wellingtonville y, a lo largo de ella, se concentraba el principal mercado local. A ambos lados de la calle, había diferentes establecimientos con fachadas pintorescas y escaparates adornados con mimo, que daban la bienvenida a sus comercios. El aire primaveral llevaba consigo el dulce aroma de los árboles plantados a lo largo de la acera y de las flores que los comerciantes habían colocado estratégicamente frente a sus tiendas. El bullicio suave de los transeúntes y el tintineo de la campanilla de alguna tienda cercana creaban una atmósfera acogedora que, a pesar de los tres años que habían pasado, todavía me enternecía.

Llegué hasta la ferretería y dejé la bicicleta aparcada junto a una farola. Al darme la vuelta para enfilar hacia la puerta, me encontré con mi malhumorado vecino que, en ese preciso momento, entraba en ese mismo establecimiento. Nuestros ojos se encontraron. Abrí mi sonrisa y, cuando me disponía a saludarlo con afabilidad, Tyler Brooks desvió su mirada y se coló con

rapidez dentro de la tienda.

Gruñí y mis labios se contrajeron en un mohín de enojo.

«Idiota...».

Ya era mi segundo insulto del día. No suelo cabrearme con facilidad. Tengo un carácter afable y muchísima paciencia. Sin embargo, ese tipejo estaba sacando lo peor de mí misma.

Caminé decidida hacia el establecimiento y abrí con fuerza. Eché un vistazo a la tienda y enseguida lo ubiqué. Brooks estaba al fondo y recorría las estanterías mientras iba echando productos en una cestita de acero. Volví mis ojos hacia el mostrador y vi a Harry, el ferretero sexagenario de la localidad, que observaba con cara de pocos amigos hacia él.

—Buenos días, Harry.

Me brindó una amable sonrisa.

—Buenos días, Lizzy. ¿En qué puedo ayudarte? —Y sus ojos se desviaron unos segundos hacia la parte trasera.

—Pues, mira, tengo un grifo que gotea.

—¿Quieres que te mande a alguien?

—No, no creo que sea necesario. He visto que solo tengo que cambiar la junta de caucho.

—Bueno, no siempre es por eso, Lizzy. —Y, de nuevo, volvió su vista más allá de mí. Estaba inquieto.

Me giré, buscando la razón de su interés, y confirmé que Harry estaba más pendiente de mi vecino que de mí misma.

—Voy a probar y, si veo que sigue goteando, te llamo para que me envíes a uno de tus chicos.

—Muy bien, como quieras. ¿De qué tamaño es?

Abrí los ojos y lo observé vacilante.

—Pues... no sé. De la medida de un grifo.

Enseguida escuché unos pasos a mi espalda. Era él. Acto seguido, me llegó un aroma almizclado, cargado de una sutileza embriagadora. Un cosquilleo placentero me recorrió la espalda y se ancló en mis hombros. Tuve que moverlos para desprenderme de aquella respuesta no esperada. Pero estaba tan próximo a mí que me resultó imposible librarme de esa agradable sensación con la que me cubría a distancia. La confinación vegetal y amaderada de su fragancia era tremendamente sugestiva. Evocaba pureza y honestidad, todo lo contrario de lo que Tyler Brooks me generaba cuando lo miraba a los ojos.

—Los grifos tienen diferentes medidas, Lizzy.

Hice un círculo con mis dedos índice y pulgar, y se lo mostré.

—Más o menos, así.

—Ese más o menos puede ser lo suficiente como para que no entre o se quede corto.

—¡Ay, Harry! No me hagas volver otra vez. Dame unos cuantos de ese tamaño aproximado y ya está.

—De acuerdo, voy a por las cajas. —Sin embargo, antes de marcharse, se dirigió a mi vecino, que aguardaba en silencio—. ¿Vas a querer algo más?

—No —respondió, seco, a mi espalda.

Harry me interpeló de nuevo.

—¿Te importa que le cobre a él primero?

—No, para nada. —Y sonreí.

Harry hizo un movimiento con su mano e instó a Brooks a apartarse un par de metros de

allí hasta la caja registradora. Los observé de soslayo y agucé la atención para escuchar su conversación.

—Dichosos los ojos, Tyler. Apenas te conocía con esa barba.

—Y treinta años más.

—Ya, bueno —rio Henry—. Es que me dijeron que estabas por aquí. Y esos ojos de tu abuelo no pasan desapercibidos.

—Ya.

La escueta y cavernaria respuesta de mi vecino dejó claros los términos, aunque Harry se afanó en mantener la cordialidad. Sacó los productos de la cesta que Brooks había colocado sobre el mostrador y los fue pasando por el lector de precios.

—¿Qué tal te va la vida?

—Bien.

—¿Y tu madre?

—Muerta.

Desvié la mirada y clausuré mis labios.

—Vaya, lo siento mucho.

—Gracias.

—¿Cuándo has vuelto?

—Esta mañana.

—¿Y vas a quedarte...?

—Una temporada.

—Mmm —asintió Harry, pero no había que ser muy listo para leer su tono disimulado de malestar—. Bueno, pues me alegro de tenerte de vuelta.

—Gracias.

Oteé con curiosidad la compra de mi vecino: cinta americana, bridas, guantes, cuerdas, una pequeña hacha, una pala, recambios de sierra radial...

«Listo para secuestrar y descuartizar a alguien», pensé con ironía.

Teniendo en cuenta su pasado, aquello tenía un aire más inquietante que una película de terror de bajo presupuesto.

Brooks pidió a Harry que añadiera una bolsa de cal viva. Y, sin poder evitarlo, se me escapó una carcajada. Ambos hombres se volvieron hacia mí de inmediato.

—¡Uy! Perdón —me disculpé sin éxito—. Es que me he acordado de una tontería. —Doblegué como pude mi risilla interna y, cuando lo conseguí, saludé a mi malhumorado vecino con un tonito burlón—. Buenos días, de nuevo, Sr. Brooks.

Le costó responder y, cuando lo hizo, no escondió su tensión.

—Buenos días.

—Voy a la trastienda a por la cal —se excusó Harry. Y se coló dentro.

Me quedé allí sola con Mr. Simpatía. Él clavó su mirada al frente, así que aproveché para observarlo con atención. Tenía los rasgos muy definidos, duros, aunque eso mismo le otorgaba un belleza muy primigenia y sugestiva. Poseía una mandíbula y unos pómulos marcados y fuertes, aunque equilibrados y bellos. La verdad, estaba buenísimo. Si no fuera tan prepotente, maleducado, altivo, listillo, malote...

«Y asesino, que no se me olvide; que eso debería estar en lo más alto de la lista. Bueno, ya veremos si es verdad. A la gente siempre le da por hablar y en este país no te sueltan así como así

por un asesinato. Aunque, sinceramente, ni me apetece ahondar en ello. Mejor no indagar más».

En esos minutos, Brooks mantuvo una imagen de solidez y seguridad inalterable, aunque sus manos aferraban el mostrador con muchísima dureza. De hecho, los nudillos estaban blancos por el vigor con el que lo agarraba.

El silencio entre ambos se fue haciendo más denso y empecé a ponerme nerviosa. La situación era absurda. Brooks era el vecino más próximo de la guardería y no quería que esa fuera la dinámica habitual entre nosotros. Me había dejado muy claro que no tendríamos una relación fluida. Pero, al menos, esperaba cierta cordialidad. Por eso, me armé de paciencia y decidí encarar la situación como un adulto lo haría.

Miré su compra y me lancé.

—¿Tiene que reparar muchas cosas en la casa, Sr. Brooks?

Se volvió sorprendido, como si no esperase que fuese a interpellarlo directamente. Le costó unos segundos y, aunque me respondió, lo hizo con cierta hostilidad.

—No, no muchas.

—¿Y la cal? ¿He oído que es peligrosa?

—Es para la fosa séptica. Nada más.

—Yo también debería comprar cinta americana, ahora que lo pienso.

—Siempre es de utilidad.

—Y bridas. Tengo una enredadera en la trasera de la guardería que no deja de crecer por donde le da la gana. Así podría redirigirla, ¿verdad?

—Mmm.

—¿Y el hacha? ¿Para cortar algo en el jardín? ¿Algún árbol...?

Suspiró con hastío.

—No, es solo para defenderme de dinosaurios voladores.

Abrí los ojos y lo miré sin saber muy bien cómo responder. El tono no había sido ni amable ni divertido. Todo lo contrario. Sus palabras sonaron cortantes, adustas y broncas. Me cabreó. Yo estaba intentando ser amable, abriendo una conversación, y él volvía a comportarse como un auténtico imbécil.

Mandé la cordialidad al garete y lo encaré de frente.

—Tal vez debería incluir algún casco de protección contra esos dinosaurios, Sr. Brooks. No vaya a ser que su linda cabecita se vea contusionada otra vez.

Me clavó el azul de sus ojos, torció sus labios en una sonrisa ladeada, por cierto, muy sugerente, y me advirtió:

—Veremos cuán efectivo resulta el hacha la próxima vez que un dinosaurio decida traspasar la valla.

Ni me lo pensé. Entré directa.

—Bueno, Sr. Brooks, sería una verdadera lástima que su jardín se convirtiera en un campo de batalla.

—¿Campo de batalla?

—Sí, de directoras cabreadas con bravucones que osan intimidar a críos de dos años en sus escuelas. —Le clavé la mirada y él me la mantuvo. Entornó sus ojos de manera felina y, de nuevo, sesgó sus labios en esa suave mueca. Le hacía gracia. A mí, no. Zanjé la conversación de forma abrupta y sin dejar de mirarlo, voceé—: ¡Harry, vendré otro día!

Y me largué de allí.



## 5

# TYLER

Me lo tenía merecido. Por gilipollas.

Estaba claro que cada vez la estaba cagando más con Lizzy Stone y a un ritmo rápido y constante.

«Da igual. Es mejor así. No debo despistarme».

Henry salió en ese momento de la trastienda. Traía consigo lo que le había pedido.

—Aquí tienes la cal, Tyler. ¿Necesitas algo más?

—No, es todo. Gracias.

El proceso de pago transcurrió en un silencio denso y saturado de la incomodidad que se cernía entre nosotros. El tintineo del dinero y el chirriar metálico de la caja registradora actuaban como la banda sonora de una desconfianza que flotaba entre Henry y yo. Su mirada evitaba la mía, como si temiera que, con un simple guiño, pudiese desatar una tormenta de consecuencias impredecibles y destructivas para él y su tienda.

Suspiré con malestar y él me miró inquieto. Sonreí, tenso. Él no, aunque tampoco dijo nada. El recelo le llevó a no extender la conversación más allá de lo estrictamente necesario. Mi regreso a Wellingtonville, acompañado por el estigma de la cárcel, había transformado una simple compra en una transacción plagada de incomodidad.

—Nos vemos, Henry.

Pero mis palabras resonaron más como un anhelo de distanciamiento que como un genuino deseo de reencuentro.

Caminé por Main Street, la arteria principal de ese pequeño pueblo que alguna vez tuve el honor de llamar hogar. Los establecimientos alineados a ambos lados susurraban historias familiares, pero sus puertas no parecían estar abiertas para mí. Las miradas curiosas y sorprendidas de quienes se cruzaban conmigo cortaban el aire, pero ningún saludo se atrevió a romper mi silencio. Se había activado el protocolo de Visitante no deseado. Era como si me hubiese convertido en Billy el Niño, solo que con una bolsa de la compra en vez de con pistola.

Sin embargo, en mitad de esa penumbra, una voz rasgada y cargada de ironía me sacó de mi refugio.

—Vaya, vaya. Tyler Brooks. —Me giré de inmediato. James MacDougall, el sheriff de Wellingtonville, salía en ese preciso momento de una de las tiendas y me dio la bienvenida con

una sonrisa maliciosa—. ¿De nuevo por aquí? —fingió.

Me mantuve a distancia y lo traté como se había acordado en la reunión que el jefe del operativo había tenido con él hacía unos días: yo era un agente federal y, por tanto, él estaba a mis órdenes. Pero, de cara al resto del pueblo, él era la autoridad y yo el exconvicto al que pondría los límites que quisiera públicamente. Estaba seguro de que eso le encantaba. No hay nada que les guste más a las autoridades locales que someter bajo su bota a un superior de una agencia gubernamental.

—¿Cómo está, sheriff?

—Mejor que tú. ¿Acaso no me ves? Oye, te noto muy pálido, como si hubieses estado mucho tiempo a la sombra —siguió mordaz—. ¿Vuelves para quedarte o solo para causar estragos?

—Vuelvo para quedarme, sheriff. Necesitaba un cambio de aires. ¿Cómo va todo por aquí?

—Ya ves, el mismo pueblo tranquilo y monótono de siempre, excepto que ahora tienes a todos preguntándome si eres una amenaza o solo una distracción para sus aburridas vidas. —Y brotaron sus carcajadas—. Lo que no sé es si lo eres.

Torcí mi sonrisa. Sabía que había mucha gente intentando captar esa conversación.

—Solo intento volver a mi vida, a mi hogar.

—Me alegra escuchar eso, Tyler. Las cosas no han cambiado mucho desde que te fuiste. Un par de divorcios, algunos cuantos abuelos que han pasado a mejor vida, algún nuevo edificio... ¡Ah, sí! Ahora tenemos una guardería al lado de tu casa. —Y adoptó una pose intimidatoria.

Torcí el gesto y capté enseguida su mensaje velado. Me estaba advirtiéndome. No le gustaba nada que hubiésemos establecido mi lugar de operaciones justo al lado de los críos. A mí tampoco. Lo que no sabía ese tipo era que ni el propio departamento del ANSC lo había valorado. Y mejor que no lo averiguara. Podría entrar en pánico si se diera cuenta de nuestra cagada.

—La directora es una mujer fantástica y los niños la adoran. ¿No sé si has tenido oportunidad de verla?

«Demasiado».

De hecho, en esos momentos, tenía a medio departamento del ANSC buscando todo lo relativo a la gente que trabajaba en esa escuela y, por supuesto, de ella.

—¿Volvía a casa, sheriff?

—Tenía que comprar unas cartulinas para mi hijo. Tiene que hacer una exposición de ciencias y se ha emperrado en que hagamos unos bichos con ellas... ¿Y tú?

—Vengo de comprar algunas cosas. Ya sabe, hay bastante que arreglar en la casa.

—Imagino. ¿Ibas a algún sitio ahora?

—Sí, al bar de Tom. Tengo una entrevista de trabajo.

—Me alegro, Tyler. —James abrió su sonrisa y me miró con una satisfacción impostada—. Oye, cualquier cosa que necesites, aquí me tienes.

—Gracias, sheriff.

Y volvió a su comicidad previa.

—No te metas en problemas, ¿me oyes? Además, mi calabozo no tiene tan buenas vistas como las de Rikers Island. —Y se despidió de mí. Lo hizo golpeándome de nuevo la espalda con un ímpetu que me tambaleó y que, en otras circunstancias, hubiera sido la excusa perfecta para

soltar un puñetazo a la cara de quien hubiera osado hacerlo.

Estaba claro: al sheriff MacDougall no le gustaba una mierda que estuviésemos allí. Lo entendía. Pero al resto no nos agradaba que le hubiera pasado desapercibido lo que sucedía en su pueblo.

Cuando volví la mirada para verlo marchar, me encontré con mucha gente que nos vigilaba con disimulo y en la distancia. Sin embargo, solo unos ojos me secuestraron entre la multitud. Lizzy me observaba también. Lo hacía sobre una bicicleta de color rosa. ¡Dios! ¡Estaba preciosa bajo esa imagen! El corazón me golpeó con fuerza y calentó mi pecho. Sin embargo, ella frunció rápidamente sus labios y lo hizo con tanta dureza que no quedó nada en ellos de su bella sonrisa. Entorné la mirada y la retuve en mi retina. Ella me atravesó con la suya. Sin embargo, ninguno de los dos ignoramos lo que se entretejió en esos pocos segundos.

Airada, dio la primera pedalada para salir a la carretera. Lo hizo sin mirar. En ese preciso momento fui consciente de toda la escena.

Se me paró el corazón.

El tiempo se estiró infinitamente mientras veía cómo la rueda delantera de la bicicleta de Lizzy tocaba el asfalto. Mis músculos recibieron un torrente de adrenalina. Solté la bolsa y corrí hacia ella, justo en el momento en que el estridente sonido de un claxon se abría paso en toda la calle. Me lancé hacia adelante. La agarré con fuerza y la aparté, tirándola hacia un lado. Lo hice de forma tan brusca que la arranqué de la bicicleta. La cubrí con mi cuerpo, giré sobre mí mismo y ambos caímos sobre la acera por la inercia.

El coche frenó chirriando en el asfalto y varios gritos se abrieron paso entre el clamor que impregnaba la zona. La gente se agolpó a nuestro alrededor en cuestión de segundos; todos, con los rostros bañados en preocupación y curiosidad. Alguien bramó pidiendo ayuda. Otros nos miraron sin saber qué hacer.

El conductor del coche, pálido y visiblemente sacudido, salió del vehículo, y se acercó corriendo y preguntando si estábamos bien. Apenas lo escuché. No podía atender a otra cosa que no fueran esos preciosos ojos grises. Me quedé ahí, en el borde de la carretera, con mi respiración agitada y Lizzy temblando entre mis brazos. Ella me miró con una mezcla de sorpresa y miedo.

—¿Estás bien? —Mi voz apenas fue un susurro.

Lizzy asintió sin que pudiesen brotar sus palabras. La solté suavemente. Me aseguré de que pudiera ponerse de pie por sí misma, pero un hombre de los que andaban por allí se lanzó para ayudarla a incorporarse. Ella se levantó y, desconcertada, trató de levantar la bicicleta que había quedado caída en medio de la carretera. Dos personas más la ayudaron. Su mirada estaba perdida y la notaba muy nerviosa.

El sheriff MacDougall se abrió paso a trompicones.

—¿Se puede saber qué demonios ha pasado?

—Todo está bien —se apresuró en responder Lizzy—. Me despisté al salir a la carretera. Lo siento, Walter —le dijo al conductor—. Afortunadamente, —Y me señaló con su mano—, el Sr. Brooks me apartó a tiempo.

Todas las cabezas se giraron hacia mí. Estaba claro que, si a alguien le había pasado desapercibida mi identidad, Lizzy acababa de presentarme por todo lo alto.

El sheriff me tendió su mano y yo la cogí para incorporarme.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Ya me imagino... —masculló—. ¿Y tú, Lizzy? De veras, ¿te encuentras bien?

—Sí, sí —repitió ella. Pero, de pronto, se puso muy nerviosa—. Tengo... tengo que irme, sheriff. Los niños... Lo siento.

—Tranquila, —medió él. Se la veía muy agitada—, ahora te acercamos.

—No, no es necesario, de verdad. Usted tiene cosas que hacer y yo... yo... tengo que irme. —Se montó en su bicicleta, pero llevó sus ojos sobre mí unos segundos. Turbada, susurró —: Gracias.

No esperó mi respuesta. Salió al asfalto y comenzó a pedalear tan rápido que enseguida la perdimos de vista.

El sheriff se dedicó a arengar a todos para que se dispersaran. Yo, por el contrario, busqué mi bolsa de la compra. Un tipo, a mi espalda, el mismo que había corrido a levantar a Lizzy del suelo, la tenía cogida entre sus dedos y me la tendió. Me llamó la atención cómo me observaba. Su cara era de pocos amigos.

—Bienvenido a casa, Tyler Brooks.

Después, se largó de allí como si nada.

«¿Quién coño es ese gilipollas?»



## 6

# TYLER

Me daba la sensación de que la estábamos cagando y sin plena conciencia. Era cierto que yo había vivido en Wellingtonville hacía treinta años y me había largado cuando tenía solo siete. No me acordaba de nadie y solo tenía recuerdos fugaces de mi infancia. Sin embargo, parecía que todo el mundo se acordaba de mí y eso entorpecía bastante el plan.

De hecho, me pasó con Tom, el propietario del bar donde iba a trabajar como tapadera y que, entusiasmado, me recibió como si hubiera venido el mismísimo presidente.

—¡Tyler! ¡Tío! ¿Cómo estás?

Pues, eso. Me dediqué a sonreír y a asentir, a soltar mi papel tal y como lo habíamos cuadrado, y a escuchar su cháchara para ubicarlo en el tiempo. Cuando caí en quién cojones podía ser, me quedé de piedra. Ambos habíamos formado parte de la misma pandilla. Solo conseguí trazar una leve nebulosa de recuerdos, pero Tom se afanó en relatarme, con pelos y señales, nuestras andanzas de aquellos años y a presentarme, con todo lujo de detalles, a los que entraban en el bar.

Saludé a algunos tipos que tuvieron la deferencia de darme la bienvenida de manera afectuosa. Sin embargo, la mayoría de los que había por allí se mantuvieron a distancia. Tuve también la ocasión de conocer a la esposa de Tom, Evelyn, y a su hija, Sophia, una bebé de solo seis meses que, cuando me pusieron en brazos, me encogió el corazón, y lo ahogó en la añoranza y en recuerdos aún más dolorosos.

Estuve con Tom hasta que cerró. Por eso, cuando quise llegar a casa, ya pasaba la media noche. Coloqué todo lo que había comprado y me puse con algunas cuestiones que tenía a medias y que necesitaba cerrarlas ese mismo día. La más importante, recoger las sábanas limpias del tendedero y ponerlas en el colchón mugriento que me esperaba para dormir.

Después, abrí el Motorola y llamé. Necesitaba muchas cosas en esa casa para empezar a trabajar. Al día siguiente, los chicos se acercarían como una compañía más a instalarme el wifi. Debía empezar con el monitoreo de tráfico de red cuanto antes. Eso, en una casa de más de un siglo, iba a ser una experiencia para estar presente. Tenía ganas de ver cómo los chicos de Oldman se devanarían los sesos para conseguir algo estable y funcional.

—Irán en una furgoneta de la compañía generalista, para no llamar la atención.

—Vale, pero que no aparezcan por aquí muy pronto. Estoy hecho polvo.

—¿Has echado ya un vistazo?

Por los horarios en los que se habían realizado, teníamos la sospecha de que esos ataques se estaban realizando desde un lugar público.

—He visto dos cafés, la biblioteca y, quizá, el ayuntamiento. Pero ya os diré más adelante. A ver qué resultados nos arroja. No creo que nos ayuden mucho las herramientas de geolocalización.

Después, me fui a la cama. La casa estaba echa una auténtica mierda, así que no conseguí alcanzar el sosiego necesario para dormirme rápido. Se mascaba el polvo hasta las entrañas. Tampoco era algo nuevo. El insomnio formaba parte del pack que me acompañaba desde hacía años.

Conseguí quedarme dormido casi al alba, aunque esa relativa calma duró escaso tiempo. Poco a poco, el sonido de unas voces dispersas se fue colando en mi cerebro y apartó los plácidos velos de mi vigilia. Minutos después, esos sonidos se tornaron cada vez más implacables, y lo hicieron al amparo de sollozos, gritos y lloriqueos, a cada cual más estridente. No me hizo falta elucubrar mucho para saber lo que estaba sucediendo. La maldita guardería acababa de abrir sus puertas.

«¡Joder!».

Intenté no sucumbir a la rabia generada por el cansancio. Me imaginaba que, en algún momento, eso terminaría. Pero no; los críos no entraron todos al mismo tiempo, sino en diversos intervalos, y aquello se convirtió en un desfile pausado y flemático que dilató mi tortura y taladró mi cerebro hasta la extenuación.

Cuando un aullido estremecedor, digno del elenco de La Matanza de Texas, se abrió paso en toda la calle, decidí salir de la cama.

Miré el despertador.

«Las siete y media. ¡Hay que joderse!».

Me incorporé del colchón, pasé los dedos de mi mano por toda mi cara y, arrastrando los pies, me aproximé hasta la ventana. En la puerta de entrada al jardín de la guardería, habían coincidido varios críos; todos ellos ataviados con ropas coloridas y mochilas de personajes de dibujos animados. Se despedían de sus padres con un dramatismo exaltado, casi como si se fuesen a la guerra. Algunos se aferraban a las piernas de sus progenitores, cual salvavidas en medio de un naufragio. Otros lanzaban alaridos desgarradores, como si los estuviesen degollando vivos. Los más osados dirigían la mirada llena de rencor, o incluso patadas y mordiscos, a quienes tenían cerca; incluidos sus padres que, sin duda, merecían una medalla al heroísmo por aguantar todo eso a diario.

Seguí a uno de esos enanos con la mirada. Su madre lo llevaba sostenido por la cintura y en volandas para evitar que la golpeará. El crío no dejaba de dar patadas al aire mientras berreaba a pleno pulmón. Sin embargo, cuando su progenitora lo soltó en los brazos de la directora de la guardería, su actitud cambió radicalmente. Todo el arroyo se evaporó y se tiñó de un desconsuelo descorazonador.

Me centré en Lizzy. Observaba al crío con una sonrisa paciente y comprensiva. Con gesto amable, le dirigió unas palabras y eso provocó que el niño se diera por vencido y terminara refugiando la cara en su pecho. Tras ello, se dirigió a la madre con esa sonrisa que no desaparecería nunca de sus labios y se despidió de ella con una caricia en el brazo cargada de afecto. Después, extendió la mano a otro niño que estaba cerca y le invitó a ir con ella. El crío,

que estaba tirado en el suelo y aferrado al tobillo de su padre, se levantó, se pasó el brazo por la nariz para limpiarse todos los fluidos que recorrían su rostro, y la tomó de la mano para irse con ella.

Me quedé atónito.

Lizzy Stone era como un oasis de calma en medio de esa locura. Se erigía cual tronco al que aferrarse, tanto para padres como para hijos. Su sola presencia actuaba como un bálsamo de quietud para todos los que entraban en su radio. Transmitía confianza, desbordaba serenidad y derrochaba ternura.

Todas esas sensaciones me llegaron desde la distancia y tan solo observándola. Y, pronto, no hubo nada más que ella en mi campo visual. Ni siquiera pude entender lo que me pasaba, pero me vi a mí mismo sucumbiendo a su hechizo casi por voluntad propia. Mi atención se vio secuestrada sin plantearme la posibilidad de rebelarme. Era como si no pudiese desprenderme de lo que ella transmitía; de todo ese equilibrio que yo tanto añoraba.

Recorrí su cuerpo. Llevaba puesto un mono corto vaquero, con una camiseta debajo y unas Convers blancas. Por encima se había puesto una chaqueta de hilo beige claro, sin duda, para evitar el frío de la mañana primaveral. Me perdí en el suave movimiento de su coleta, en la elegancia con la que caminaba, a pesar de portar a dos niños, en la sonrisa abierta con la que les seguía hablando, en su cabeza ladeada que dejaba más expuesto su seductor cuello...

Sentí un calor extraño en el pecho y, de inmediato, desvié mi rostro.

«Necesito follarme a una tía, ya».

Me di la vuelta y me encaminé hacia el armario. Me puse un pantalón de deporte, una camiseta y unas zapatillas, y salí a correr. Al menos, mi rutina de ejercicio quedaría intacta. Recorrí el pueblo, me hice un croquis mental de otros lugares que habría que tener en cuenta para la investigación y, después de una hora, volví a casa. Hice unas cuantas flexiones sobre el suelo del dormitorio, otras tantas abdominales y, por último, me metí al baño para darme una ducha.

Afortunadamente, la tortura de entrada a la guardería me había facilitado la tarea de levantarme temprano. Todavía quedaban muchas cosas por hacer en la casa antes de que mis compañeros viniesen a instalar el wifi. Además, debía acercarme al pueblo para comprar y llenar la nevera.

«Por cierto, ¿funciona la nevera?».

Funcionaba, sí. Y también me quedó claro que cualquier museo de arqueología me la habría requerido.

Debía dejarlo todo preparado antes de empezar a trabajar en el bar de Tom. No quería sobrecargarme en los siguientes días. Así que tenía que ponerme en marcha. Me vestí con unos jeans desgastados, una camiseta negra y unos Crewson Chukka de Dr. Martens. Bajé las escaleras y, después, me fui directo a la cocina.

Pasé por delante de la ventana y eché un vistazo. Ya había críos por la zona liberando su actividad a borbotones, otros más tranquilos en el arenero, y uno dando vueltas sobre sí mismo y mirando al cielo. Por qué no, ¿verdad?

Corrí la cortina.

Después, me dirigí a la cafetera que había comprado antes de llegar allí, en previsión de lo que habría en la casa. Puedo vivir sin agua, pero no sin café. La puse en marcha. En los escasos segundos que necesitó para descargar el líquido, repasé la lista de compra que tenía sobre la

encimera y añadí cosas nuevas. Tomé la taza, la llevé a mis labios para dar un primer sorbo y, en ese preciso momento, escuché un golpe seco contra la ventana que estaba a mi espalda. La adrenalina me subió de golpe. Me giré rápido y, sin pensármelo dos veces, fui directo hacia allí. Ni siquiera tuve que abrir la hoja. Nada más correr la cortina, vi de qué se trataba.

En el alféizar de la ventana descansaba un dinosaurio. Pero no cualquier dinosaurio, no. Ese dinosaurio.

Despacio, llevé mis ojos hacia el otro lado de la valla que daba a la guardería. Un escalofrío me recorrió la espalda. Allí estaba el pequeño y regordete emisario del caos, mirándome directamente y sin un ápice de temor en sus ojos. Todo lo contrario. Mantenía una sonrisa ladeada en su rostro. Me estaba dejando claro que estaba siendo muy consciente de lo que hacía y, de paso, me lanzaba un mensaje sobre lo que se proponía. De hecho, no escondió su plan. Cuando me percaté de la cesta de mimbre que tenía a su lado, repleta de dinosaurios de goma, afilé la mirada.

Aquel enano tenía ganas de guerra.

—Te vas a enterar, mocoso.

Mi mal humor matutino se desbordó. Me encaminé hacia la puerta de la cocina, que daba al jardín lateral de la casa, la abrí y salí. Bajé deprisa los tres escalones y me dirigí a la valla. Pero antes de que pudiese llegar, me detuve en seco. Lizzy apareció corriendo por un extremo y directa hacia el niño. Tampoco es que fuera a hacerle nada. Solo quería tener unas palabras con él para dejarle claro que con dos años no se podía ir de matón por la vida y menos con un adulto. Pero la reacción de ella me dejó muy claro que se esperaba cualquier cosa de mí. Y eso, de algún modo, me desestabilizó.

Contuve todo mi arranque. No quería alimentar con más leña la imagen cuestionable que habíamos trazado para mi vuelta. El día anterior había captado con creces que los rumores estaba funcionando con los vecinos y conseguía espantarlos de mi lado. A fin de cuentas, formaba parte de la coartada. Pero con ella... Con ella sospechaba que no iba a ser igual y me di cuenta que empezaba a importarme lo que pudiese llegar a pensar de mí.

—Buenos días, Sr. Brooks. —Lo dijo con una sonrisa que, sin embargo, no pudo ocultar la alarma de su voz.

Cerré los ojos y me di unos segundos. Odiaba generar esas sensaciones en ella. Pero lo que más me jodía era que siguiese tratándome con esa formalidad.

—Me llamo Tyler.

—¿Cómo dice?

—Que me llamo Tyler. Deja de llamarme Sr. Brooks.

Leí la confusión en su mirada.

—Te pido disculpas por este nuevo ataque. Parece que el pequeño Billy tiene fijación contigo.

Se agachó y tomó al niño en brazos. El crío soltó un rugido y ella trató de calmarlo con suaves palabras. Fue imposible. Aquel mocoso tenía un halo diabólico que ni la dulzura de Lizzy podía aplacar. Tuvo que terminar soltándolo. El maldito enano le sacó la lengua, le lanzó una patada, que ella esquivó con agilidad, y salió huyendo.

Me acerqué hasta el alféizar de la ventana, cogí el dinosaurio y se lo lancé por encima de la valla. El juguete cayó a sus pies.

—Gracias.

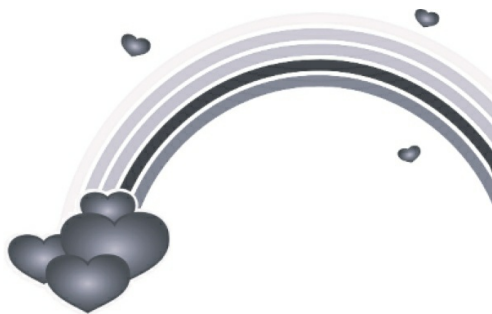
No respondí. Volví deprisa hacia la puerta trasera, entré de nuevo en la casa y cerré con más fuerza de la que hubiera debido. Me sentía desbordado. Mi corazón iba a mil. Sentía la

calidez de su tono clavado en cada poro de mi piel.

Caminé decidido hacia la lista de la compra, tomé el bolígrafo y escribí:

«Listones de madera».

Iba a subir esa maldita valla como si se tratase del muro de la mismísima Alcatraz.



## 7

# LIZZY

Estaba sentada en la mesa de la cocina con el portátil abierto. Siempre aprovechaba la hora de la siesta de los pequeños para ir adelantando trabajo administrativo. Esa era para mí la labor más tediosa del puesto de dirección. Nunca me había gustado, pero debía asumir que iba aparejado con el cargo. Aunque, después de tres años, cada día lo aborrecía más.

Me quedé mirando la hoja de Excel. Estábamos a dos meses del cierre por vacaciones y nos habíamos fundido ya casi todo el presupuesto que nos devengaba el ayuntamiento. Cada año íbamos a peor. Más recortes y, sin embargo, más niños a los que incluir en la escuela. Debía imponerme y debía hacerlo ya. De otro modo, nos volverían a recortar el presupuesto para el año siguiente y no estaba dispuesta a prescindir de ninguna de mis compañeras.

Apoyé el codo sobre la mesa y sostuve mi mandíbula con la mano. Cerré los ojos y traté de relajarme con el silencio en el que estaba inmerso la guardería. Pero, de pronto, un sonido estridente rasgó aquella quietud.

Me levanté asustada y, con el corazón palpitando, corrí hacia la ventana. Entonces, lo vi. Tyler Brooks, mi quisquilloso vecino, estaba armado con una sierra radial y se dedicaba a cortar listones de madera desde su parcela. Lo hacía con movimientos rápidos y precisos. A medida que acababa con uno, lo soltaba con dejadez sobre el suelo de su jardín y cogía otro nuevo.

—No me lo puedo creer...

Su rostro era una máscara impenetrable, contenida. Me crucé de brazos y bufé en voz alta.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Karen, al tiempo que entraba en la cocina.

—Tyler Brooks —respondí, enojada.

—¿El vecinito buenorro? —Y se asomó—. ¿Qué está haciendo?

—Sinceramente, ni idea. Pero sospecho que quiere elevar la valla para evitar que Billy le lance más dinosaurios, como el de ayer y el del día anterior, cuando llegó.

—¡No! —Y ahogó una carcajada.

Nos quedamos unos segundos más observándolo y con el silencio rasgado por el chirrido mecánico de la radial.

—¿Y los niños?

—Dormidos como troncos.

—Como despierte a alguno, te juro que...

—Tranquila, Lizzy. Esa habitación da para la otra fachada. El sonido de la radial llega

amortiguado. Yo lo he oído porque estaba en el baño.

—No sé qué demonios se pensará, pero te aseguro que esto no va a quedar así.

Enfilé el camino hacia la puerta.

—Lizzy —me frenó, cantarina.

—¡No, Karen! ¡Voy a acabar con esta locura! O le paramos los pies, o terminará haciéndonos la vida imposible.

—¡Eh! ¡No la tomes conmigo! Yo solo quería decirte que... disfrutes de las vistas. —Y me guiñó un ojo.

No me lo podía creer.

—¡Karen!

—¡Qué! —se quejó con aire divertido—. ¿Tú has visto cómo se le pega la camiseta blanca al pecho. ¡Y esos brazos que tiene! Por favor... Vale que se le ha ido la olla. Pero, con ese aire de tío rudo, está para comérselo. —Alcé una ceja—. ¡Yo no tengo la culpa de que esté tan bueno!

—Eres incorregible.

—Estoy segura de que opinas igual.

Salí de allí con la risa de Karen de fondo. Caminé con determinación y, cuando llegué a su altura, me aposté frente a él, desde el otro lado de la valla, y con los brazos cruzados. Tyler ni se percató de mi presencia. Estaba totalmente concentrado en cortar un nuevo listón. Solo cuando terminó con él e hizo un movimiento para tomar otro, se dio cuenta de que yo lo observaba.

—Vecina —me soltó a modo de saludo. —E hizo ademán de seguir con su trabajo.

Ni me lo pensé. Directamente, lo encaré cabreada.

—¿Se puede saber qué está haciendo, Sr. Brooks?

Me lanzó una mirada y torció levemente su sonrisa.

—Te dije que me llamaras Tyler.

Me armé de paciencia.

—¿Se puede saber —repetí muy despacio— qué estás haciendo, Tyler?

—Proteger mi propiedad.

—¿De dinosaurios voladores?

—De dinosaurios voladores —confirmó con tono áspero.

Di un paso más hasta pararme justo en el lindero.

—De verdad, ¿es necesario construir La Muralla China en el jardín para protegerte de algo así? ¡Es solo un niño! Se cansará en cuanto menos te lo esperes, sobre todo, si no le haces caso.

No me respondió. Me dio la espalda y, lentamente, se alejó unos pasos. Cogió una botella de agua que tenía en el suelo, la abrió y, solo entonces, se dio la vuelta. Bebió despacio y lo hizo clavándome la mirada. Lo que me transmitieron sus ojos me descolocó. Poseían un brillo casi febril, tan cautivador y penetrante, que no quedé indiferente. Su fascinante potencia me embriagó y, sin pretenderlo, sentí un cosquilleo que recorrió toda mi columna. Me estremecí de pies a cabeza. Desvié mi rostro hacia un lateral y tomé aire.

Su voz se abrió paso y lo hizo serena, aunque cargada de dureza.

—Ese niño no tiene ningún tipo de control.

—¡Por Dios, Tyler! Es solo un crío de dos años y medio con un dinosaurio.

—Hay que parar su anarquía de algún modo.

—¿Anarquía? ¡Oh, claro! ¡Cómo no! Te entiendo —espeté, irónica—. La anarquía de los dinosaurios es una cuestión crítica, desde luego. Aunque, te advierto que es muchísimo más preocupante la rebelión comunista de los pañales.

—No te burles, Lizzy. —Y la advertencia me la lanzó con una sonrisa canalla.  
Encima, aquella situación le hacía gracia.

—No me burlo, de veras —seguí mordaz—. Yo también he sentido pánico esta mañana al ver a uno de mis alumnos con un rotulador en la mano, a punto de convertir mi pared blanca en una obra de arte abstracto. La Revolución Liberal, que al final les hace sublevarse al poder de los adultos.

—¿Me das la razón, entonces?

Apoyé mis manos en la valla, y ladeé mi rostro para aligerar el tono y poder llegar a él.

—No, no te la doy. Porque todo eso a lo que tú llamas anarquía es solo una muestra de su gran expresividad. Son capaces de lanzar dinosaurios, es cierto. Pero también de dar abrazos inesperados, besos espontáneos y sonrisas que consiguen iluminar hasta el día más oscuro.

Tyler entornó su mirada.

—¿De qué me quieres convence, Lizzy? ¿De que es maravilloso escuchar sus aullidos exaltados a todas horas?

—Para los más pequeños, es su única manera de expresarse.

—Sí, claro. —Y se sonrió—. Una auténtica sinfonía de la crianza.

—Al final son solo pequeños inconvenientes en comparación con el amor que nos dan.

—Veo que disfrutas mucho de toda esa locura infantil.

Me molestó que lo denominara de ese modo. Aferré con vigor la madera blanca que nos separaba y respondí con firmeza.

—Pues sí. Todos hemos sido niños, Tyler. Aunque ahora no lo recuerdes, tú también disfrutaste de ese lienzo en blanco que te ofrecía la infancia y en donde tu imaginación era el único límite.

Tyler apoyó todo su peso en la cadera derecha y me mantuvo la mirada en silencio. Sus ojos expresaban algo que no acerté a entender.

Dio un paso hacia mí. Mi corazón comenzó a golpearme el pecho, pero no me moví ni un centímetro. Llegó hasta mi altura y, a pesar de su recia figura, alcé mi rostro para encararlo. Él bajó levemente el suyo y permeó mis pupilas. Me invadió hasta lo más hondo en ese tenso silencio. Me llegaron las notas de su aroma y sentí que volvía a confundirme. Mi respiración se tornó mucho más inestable y él se sonrió al intuirlo.

De pronto, percibí la yema de su índice acariciando con suavidad mis dedos. Una descarga eléctrica me recorrió todo el cuerpo y se alojó en mi vientre. Me asusté y di un paso atrás para establecer distancia.

—No toques mi lado de la valla, Lizzy —me advirtió con una sonrisa desafiante.

—¿Tu lado de la valla? Ahora también vamos a establecer esos límites.

—Creo que empiezan a ser necesarios.

—Muy bien —aduje, tensa—. Si eso es lo que desea, Sr. Brooks. —Y acentué el tratamiento con su apellido solo para molestarlo—. Solo espero que esos listones de madera que va a colocar no invadan la mitad de mi valla. —Señalé el reborde de madera de escasos veinte centímetros que constituían su perfil—. ¿Queda claro?

—Queda claro —me retó.

—Muy bien —sentencié, con tono cantarín—. Creo, entonces, que voy a preparar el material. Tengo mucha tarea que hacer en cuanto se vayan los niños.

Torció de nuevo su gesto. Sabía que estaba tramando algo.

—¿Y de qué se trata?

—De decorar mi lado de la valla, por supuesto. Usted coloca listones en su lado y yo

flores de colores en el mío. A lo mejor, incluso, cuelgo algunos globos. —Tyler soltó una suave risa impostada—. No se lo tome a broma, Sr. Brooks. Esta cerca es demasiado... blanca.

—¿Quieres que la pinte de negro?

Abrí mi sonrisa con tensión. Aquello no era una propuesta. En realidad, me estaba amenazando abiertamente con hacerlo.

—Descuide. No me queda ninguna duda de que usted es perfectamente competente para crear un ambiente lúgubre y opresivo por su cuenta. Pero prefiero las flores de colores.

—¿Qué pretendes? ¿Hacerme vomitar purpurina cada vez que las vea?

—¡Qué susceptible, Sr. Brooks! Seguro que quedan muy monas.

Entornó su mirada.

—No me amenes, Lizzy.

—No le amenazo, —Y enfaticé—, Sr. Brooks. Pero si veo un solo listón de madera elevando la valla, la decoración floral será un hecho.

Después de aquello, me di la vuelta y me largué.



## 8

### TYLER

El día anterior había sido mi primera noche en el bar de Tom y, tal y como me esperaba, había sido una experiencia intensa. Y eso que solo había sido jueves. No quería ni imaginar lo que me esperaba el fin de semana.

Sin embargo, la presión no me la había generado el trabajo, sino mi propia puesta en escena. Aquel antro era el más aclamado de Wellingtonville, así que muchos de sus vecinos pasaban por él para tomarse unas copas. Eso me ayudó a establecer contacto visual con ellos, a ver sus relaciones con otras personas, a evaluar cómo actuaban y, sobre todo, a escuchar.

Yo también me convertí en una fuente de atención. A nadie le había pasado desapercibida mi presencia y, a esa alturas, ya todos estaban al tanto de quién era, de mi pasado y de la información de más que se hubiera generado por propia iniciativa de los vecinos más alarmistas. Aunque algunos se acercaron a saludarme de manera afable, también alimenté las habladurías de otros tantos en la distancia. Las miradas indiscretas e, incluso, con aire intimidatorio sobrevolaron por mi cabeza; sobre todo, por parte del tipejo que me tendió la bolsa de la compra el día que evité que atropellaran a Lizzy. Ese tío estaba allí siempre, bebía como un cerdo y no dejaba de crucificarme cuando me lanzaba un vistazo.

Tom estuvo constantemente a mi lado, casi como protegiéndome de cualquier exceso y aplacando alguna que otra salida de tono. Y, sinceramente, se lo agradecí. Ya tenía suficiente presión por la investigación como para también tener que cerrarle la boca a los gilipollas. Tenía cuestiones más importantes a las que atender; entre ellas, no solo lo relativo a la prioridad evidente, sino al arte de tirar las malditas cervezas.

—Si sigues abriendo el grifo así, saldrá demasiada espuma.

—Gracias, Tom.

—Limpia el grifo siempre después de tirar una cerveza.

—De acuerdo, Tom.

—No pegues el cristal al grifo.

—Lo siento, Tom.

—Debes dejar un poco más de espacio para la espuma. Es la que libera los aromas de la cerveza.

Y así todo.

«¿Quién me mandaría meterme en esta mierda?».

Era la una de la madrugada cuando, finalmente, llegué a casa. Redacté un informe deprisa y corriendo. Hablé con los chicos de ciberseguridad sobre algunos problemas que veía en la geolocalización de IPs y me estuvieron explicando cómo solventarlos en cuanto tuviese sospechas. Tomé nota del lugar donde debería desplazarme al día siguiente para que Oldman me diera los informes sobre los trabajadores de la guardería. Y, solo después, pude terminar con el día.

Mi cuerpo, acostumbrado durante años a otro tipo de rutinas, se rebelaba contra mi nueva realidad. Presa de ese agotamiento, caí rendido casi de inmediato. Pero, antes incluso de que el sol se reflejase en la ventana de mi dormitorio, me invadió de nuevo la cacofonía infernal de los críos desfilando hacia la guardería. Me armé de paciencia, metí la cabeza bajo la almohada y dejé que el tiempo pasara hasta que terminasen de entrar en esa dilatada tortura matutina.

Cuando todos estuvieron dentro de la casa, la tranquilidad volvió a invadirme y el cansancio hizo el resto para quedarme dormido otra vez. Sin embargo, cuando más plácidamente estaba, me llegó el sonido de unas voces blancas, cantando:

*«María tiene un corderito,  
un corderito,  
un corderito.  
María tiene un corderito  
blanco como la nieve».*

—Vamos, no me jodas...

*«Y allí donde María va,  
María va,  
María va.  
Allí donde María va,  
el corderito va también».*

*«María tiene un corderito...».*

Salí de la cama y me encaramé a la ventana del dormitorio. Allí estaban todos, sentados en un corro en el patio y cantando aquella delirante canción.

Se me cruzó el cable y, sin pensarlo dos veces, decidí dar los buenos días a esos críos de la misma manera que ellos me la daban a mí: con una buena melodía. Bajé las escaleras a la primera planta, abrí todas las ventanas del salón y de la cocina, y caminé hacia el equipo de música de los 90 que había en el mueble. Confirmé que funcionaba. Después, seleccioné una reliquia de mi primera rebeldía y que todavía seguía en esa casa: el álbum 'Season Of The Abyss', de la banda *Slayer*, y lo puse a todo volumen.

La guitarra comenzó a tronar los primeros acordes y la casa retumbó con ese himno de thrash metal que vomitaba riffs demoledores. Y, cuando la tenebrosa voz de Tom Araya cantó los primeros versos, con las atrocidades cometidas por el asesino en serie Ed Gein, me fui a lavar los dientes.

Antes incluso de que terminase la canción, ya había alguien aporreando la puerta de mi casa. Bajé despacio y, con parsimonia, abrí. Allí estaba. Mi encantadora vecina y directora de la guardería había venido en busca de pelea.

—¿Te has vuelto loco!?

—Buenos días, Lizzy. —Me crucé de brazos y me apoyé con desgana en la jamba de la

puerta—. ¿Qué quieres? Estoy ocupando... meditando.

—¿¡Meditando!? ¡Apaga eso ahora mismo! —Y señaló con el dedo índice hacia el interior de mi casa.

—¿Por qué? Es solo un poco de thrash metal para relajarme.

—¿¡Para relajarte!? —bramó. Creo que incluso creció diez centímetros en ese alarde de rabia—. ¡Tyler Brooks, apaga esa música! ¡Ya! Te aseguro que como uno solo de mis niños se ponga a llorar por esas letras infernales, me las pagarás.

—¡Oh! ¡Vamos, Lizzy! Se lo están pasando de miedo. He visto a varios saltando al ritmo de la melodía cuando he venido a abrirte. Incluso había uno alzando los dedos en forma de cuernos. Esos críos necesitaban algo más movido que María y su corderito. Así que no seas tan melodramática.

—¡No soy melodramática! ¡Eres un insensible! ¡Un monstruo!

Me incorporé, ofendido.

—¡Oye! ¡Yo también tengo sentimientos! Mis oídos también sufren cuando os oigo cantar, ¿sabes?

—¿Con *María tiene un corderito*?

—Esa canción es un insulto para la inteligencia.

—¿Cómo dices?

—Es noña.

—¿Ah, sí?

Lizzy clavó la mano en su cadera y comenzó a cantar *María tiene un corderito* con voz gutural y a ritmo de thrash metal.

Abrí los ojos y alcé mis cejas.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Te estoy dando una lección de apreciación musical. ¡A ver si ahora te parece tan noña!

—Dio un paso hacia mí y me apuntó con el dedo—. Si piensas que eres más hombre por joder a mis alumnos con tu diabólica música, deberías replantearte muchas cosas.

Ahora fui yo el que dio un paso más e invadí su espacio. Bajé mi rostro y lo clavé sobre el suyo.

—¿Estás poniendo en duda mi masculinidad?

—¡Estoy poniendo en duda tu madurez!

Me eché hacia atrás.

—¿Por mi colección de thrash metal? Es puro arte, Lizzy; una expresión de la furia y la frustración humana.

—Más bien, es una oda a la migraña y al tinitus.

—No entiendes nada, vecina. El thrash metal es una forma de liberación, una catarsis para el alma.

Puso las dos manos sobre sus caderas y me miró con condescendencia.

—No vayas de melómano cultivado, querido vecino. Ya me has dejado muy claro que eres un cromañón de manual.

Me dejó sin habla. No me podía creer que esa chica, con su eterna sonrisa y su colorida imagen, pudiese ser tan hiriente.

Se me acabó la paciencia.

—Mira, preciosa, ni se te ocurra volver a insultarme.

Mi advertencia no surtió el efecto que esperaba.

—¿O qué? —me encaró, enseguida—. ¿Qué te piensas, Tyler? ¿Que por haber estado en

la cárcel, después de matar a un hombre, me voy a amilanar ante ti?

No era cierto lo que estaba diciendo, pero, de haber sido así, la tía tenía agallas. Erguí mi pecho y avancé despacio hacia ella.

—No me hagas reír, Lizzy. Te he visto temblar como un chihuahua todos estos días cuando estabas a mi lado.

Entró en ebullición.

—¡Ni se te ocurra acercarte a mis alumnos, Tyler!

—No pensaba acercarme a ellos, te lo aseguro.

—¡Soy capaz de cualquier cosa!

—Tranquila, vecina. Me acojona muchísimo sufrir un ataque tuyo de ositos de peluche...

—¡Tyler! —me advirtió.

—... o de tu arsenal de flores de colores y purpurina. No quiero ni pensarlo.

—¡Te estaré vigilando!

Le sonreí de lado y susurré:

—De acuerdo. Dejaré las ventanas abiertas para cuando me cambie de ropa. A ver si así alegre tu día, pequeña gatita.

Me tenía que haber comido mis palabras. Si pensaba que iba a poder ir de sobrado con ella, lo llevaba claro. Lizzy descargó un rodillazo en mi entrepierna que me dejó KO. Sentí un dolor inhumano en mis genitales y caí al suelo, sentenciado y humillado. Después de doce años de formación como agente del ANSC, una educadora de guardería me mandaba a la mierda. Aguanté un lamento y, finalmente, tuve que tumbarme en la madera del porche, de lado y en posición fetal.

Desde allí, la vi entrar con paso firme en mi casa. Fue directa hacia la cadena de música, extrajo el disco de *Slayer* y volvió con él. Cuando estaba a mi altura, lo quebró. Después, lo tiró frente a mi cara.

No sabría decir qué me dolió más.

Por último, buscó mis ojos.

—Gatita, sí. Pero con las uñas muy afiladas. Espero que te quede claro la próxima vez.

Y se largó.



## 9

# TYLER

Llegaba tarde. Había quedado al mediodía con Oldman en Atherville, un pueblo aún más miserable que Wellingtonville, a veinte kilómetros de distancia. La carretera, además, tenía pinta de ser una auténtica mierda porque serpenteaba a lo largo de uno de los afluentes del Hudson y aquello tenía más pinta de looping que de civilización.

Me vestí con unos jeans y una camisa. Me calcé unas botas acordonadas, tomé mi cartera, las llaves del coche y me dispuse a marcharme de la casa. Bajé las escaleras y me encaminé hacia la puerta. La abrí con un chirrido que asustaría hasta a los fantasmas de mis bisabuelos, y salí deprisa y con la mirada puesta al frente.

Los risueños sonidos del patio de la guardería me llegaron como un recordatorio de lo que había pasado hacía tres horas. Había actuado como un auténtico estúpido con los niños y, por supuesto, con Lizzy. Pero ella se vengó de la peor forma. Y, por supuesto, no solo destrozando mi disco de *Slayer*, dándome una patada en la entrepierna y dejando mi dignidad por los suelos. No, aquello fue a más; aunque al ritmo de El Viejo MacDonald y todos los bichos que campaban a sus anchas por su jodida granja.

No exagero. En la granja que Lizzy fue desgranando, con el coro infantil a su ritmo, desfilaron caballos, vacas, cerdos, pollitos, gallinas, ocas, patos y demás fauna doméstica, gatos, perros... Hasta ahí todo correcto. El problema fue que decidió alargar la canción cuarenta y cinco minutos más, montando un zoológico en toda regla: leones, elefantes, tigres, iguanas, lémures, ratones, serpientes, colibríes, pececillos, escorpiones... Y todos ellos en la granja del viejo MacDonald. ¿Que cómo sonaron? No os lo podríais creer. Pero me quedó clara una cosa: esa tía hubiera triunfado en Guantánamo.

Terminé del Viejo MacDonald hasta los mismísimos y mucho más enfurecido que en mi despertar. Tenía un dolor de cabeza de los que hacen historia y, a pesar de que me tomé un analgésico, el repiqueteo infantil no me permitió la paz que necesitaba. Tampoco pude trabajar porque la exaltación de los mocosos hacía que saltase con cada grito que proferían. Por no hablar de los descarnados lamentos y bramidos que soltaban cada dos por tres.

Los chicos de ingeniería me habían dicho qué debía hacer para solventar el problema de geolocalización de las IPs. Y para ello necesitaba ensamblar una placa base para crear un dispositivo especializado que combinara varias técnicas de geolocalización y análisis de tráfico de red. De ese modo, podría mejorar la precisión para identificar la ubicación exacta de los

hackers. Ese dispositivo mejoraba la triangulación de señales Wi-Fi y analizaba patrones de conexión que superaba las limitaciones de imprecisión de las herramientas comerciales de geolocalización.

Cuando con el tercer bramido de uno de esos enanos estuve a punto de soldarme las pestañas, decidí dejarlo para otro momento.

Pero, si ya estaba jodido, el culmen llegó a la hora de irme. Mi superior en San Francisco me telefoneó para tocarme las pelotas.

—Eres un líder nato, agente Brooks. Nunca he tenido un hombre como tú en mi equipo. Es increíble tu templanza a la hora de manejar la presión.

—Gracias, señor.

Estaba claro que no me había visto aquella mañana.

—Puedes inspirar a otros con tus capacidades y tus magníficas dotes de mando. Bostecé.

El tipo llevaba casi un mes intentando convencerme de un ascenso. Pero, sinceramente, no me apetecía una mierda ser el siguiente Supervisor Especial. Lo mío era el trabajo de investigación directo, la calle, la acción. Por nada del mundo quería terminar en una oficina con toneladas de informes burocráticos a los que atender. Pero él no parecía darse por vencido y sus constantes llamadas estaban empezando a cansarme.

Por eso, cuando salí de la casa, ya iba más calentito que el asfalto en pleno mes de julio.

Nada más poner un pie fuera, los llantos, las risas y los gritos de los pequeños subieron en intensidad. Aquello parecía una orquesta caótica sin director al mando. Eché un rápido vistazo por encima de la valla y enseguida discerní una coleta rubia que se mecía de un lado a otro. La molestia en mis genitales se somatizó de inmediato.

Tomé el camino de mi parcela hacia el *Fiero* y lo hice con la cabeza gacha y el corazón palpitando. Cada golpe de mis botas sobre el ensolado era como un rugido más que delataba mi presencia. Y por nada del mundo quería llamar la atención. Lo único que pretendía era desaparecer de allí cuanto antes y en silencio. Nada más.

Pero, de pronto, mi instinto me advirtió de lo que se me venía encima. Reaccioné, pero tarde y, al girar la cabeza, algo terminó impactando directamente en mi frente. Paré en seco y cerré los ojos. Me tomé unos segundos en los que traté de retener mi cólera porque sabía, perfectamente, lo que me había golpeado. Aun así, abrí la mirada para confirmarlo y, por supuesto, lo vi. A mis pies, volvía a estar aquel dinosaurio de plástico sonriente, con sus pestañas y sus mejillas sonrosadas.

Recorrí el patio con la mirada, buscando al pequeño regordete. Sin embargo, no estaba y ningún crío era consciente de mi presencia. Solo había una única persona enfrentándome desde la valla; una persona a la que era imposible amedrentar.

Lizzy me observaba desafiante, con los brazos cruzados y una sonrisa pendenciera. Su actitud era arrogante y muestra de ello era el lenguaje corporal de su cuerpo: espalda recta, mentón elevado, mirada fija.

—¡Uy! Lo siento, Sr. Brooks —soltó, mordaz. Y, después, me dedicó una risilla tensa y osada en sus labios—. ¿Sería tan amable de devolverme el juguete?

Rasgué la mirada. Ella me imitó. Me agaché despacio y tomé el dinosaurio con una mano. Sentí su textura áspera y su peso ligero. Con la misma frialdad que un glaciar, lo aprisioné con mis dedos. Lizzy advirtió mis intenciones.

—Que no se te ocurra, Tyler.

Quizá debería haber seguido su desafío con una broma; quizá no debería haberme dejado

llevar por mis propios demonios; quizá debería haberlos sometido, a pesar de lo que cada uno de esos críos me recordaba; quizá debería haber domado la rabia de mi corazón roto. Pero ya era tarde para eso. Presioné y partí el juguete en dos. Abrí mi mano y, sin dejar de mirarla, dejé caer el dinosaurio quebrado como un epitafio de la propia tumba que acababa de abrirme.

Lizzy no esperaba ni de lejos esa reacción. Sus ojos me lo dejaron claro. En ellos solo leí decepción.

La turbación me invadió hasta las entrañas. Escondí mi rostro y me apresuré a llegar hasta el *Fiero*. Monté, cerré la puerta con un golpe seco y encendí el motor. Aquella bestia rugió y soltó humo como el mismísimo Krakatoa. Metí primera y salí a la carretera con una velocidad endiablada. Dejé atrás la guardería, a los críos, al dinosaurio, a Lizzy y, lo más importante, a una parte de mí mismo que había perdido hacía tiempo y que no sabía si volvería a recuperar.



—Elisabeth Katherine Stone. Treinta y cinco años. Separada. —Masqué la información del Oldman de prisa. Ese era el tipo de cuestiones que no me apetecía saber de ella—. Y esperando la sentencia de divorcio de ese mamón —reiteró para mi condena.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es un hijo de la gran puta. —Le demandé con la mirada—. Liam G. Mackenzie.

—Me suena.

—¡Claro que te puede sonar! Es un abogado de alto rango de Manhattan. Actualmente, está dentro del equipo que asesora a uno de los candidatos a la alcaldía de Nueva York. El chico —soltó con mofa— quiere ser juez. Y parece que el divorcio con su exmujer le está jodiendo la imagen.

—¿Por qué?

Me soltó una carpeta suya. La abrí. Parecía sacado del equipo de los niños buenos de la Facultad de Derecho de Harvard. Pero castaño, peinado hacia un lado, con un corte perfecto, sonrisa blanqueada, mirada azul oscura y cargada de suciedad.

—Aquí, Don Guaperas aspira a pasar a la judicatura de la Corte Suprema del Estado de Nueva York. Ya sabes que ahí los candidatos deben ser nominados por un partido político y luego competir en una elección general. Pero el divorcio está sembrando dudas en el equipo de campaña.

—Explícate.

—La señora Stone se ha convertido en su cayo particular. Él la fue infiel los siete años de relación que tuvieron. Por lo visto, era algo más que sabido en su círculo.

—Excepto por ella.

—Efectivamente. Cuando lo descubrió, pidió el divorcio en base a culpa. Y él no la quiere admitir. Por eso el muy hijo de puta a tirado de ponzoña. Alega que, teniendo en cuenta las circunstancias, no le quedó más remedio que tirarse a otras. Según dice el cabronazo, ella no solía estar predispuesta a mantener relaciones sexuales con él porque su enfermedad pasada y la medicación actual le bajaban la libido.

Un escalofrío recorrió mi columna.

—¿Qué enfermedad?

—Cáncer de útero.

—¡Qué dices!

—Espera, que aún hay más. Por lo visto, ella tuvo que someterse a una histerectomía completa, además de la extirpación de los ovarios y las trompas. Y eso le ha dado pie para acusarla también de que se casaron sin que ella se lo confesase y de negarle, a conciencia, la posibilidad de ser padre.

—Hijo de puta —masqué.

—Actúa como un político: manda a la mierda la ética para alcanzar lo que persigue. Y, en este caso, necesita deshacerse de ella. No entiendo cómo, con esa mierda de alegación, todavía haya un juez que se lo esté pensando.

—¿Sus influencias?

—Ni te imaginas. De hecho, la señora Stone ha presentado más de una denuncia por acoso. Pero, curiosamente, terminan archivadas. —Oldman torció el gesto y me miró de frente —. Este tío tiene mucho poder, Brooks.

Y ella no, me quedó claro. Si había salido de su cómoda vida de Manhattan, para venir a vivir a ese pueblo de mala muerte, era por algo más que por ver florecer las margaritas.

Las noticias sobre Lizzy me dejaron bastante noqueado. Se veía a las claras que era una mujer fuerte, luchadora. Aunque nunca imaginé que el ring que le había puesto la vida hubiera sido tan duro.

—¿No tiene familia cerca?

—¿Ella? —Asentí—. Solo tiene una hermana que vive en Seward.

—¿Dónde está eso?

—Alaska.

Solté el aire de entre mis labios.

—Vamos, que está sola.

—Más o menos.

—Joder... —Sentí un vacío en mi pecho al que me revelé para no atender—. ¿Y las otras tres?

—Anna Marie Williams. —Y me soltó otra carpeta—. Es la cocinera y vecina del pueblo de toda la vida. Casada con el panadero de Main Street. Y la tuviste que conocer porque es de tu edad.

—Ni idea.

—Tiene un hijo de seis, que está en el colegio, y otro de dos, en la misma guardería.

Me acordé del pequeño diablillo escapado del infierno.

—¿Y no se llamará Billy?

—No. ¿Por qué?

Solté el aire con un suspiro.

—Tengo un crío que me está amargando la existencia. —Oldman alzó una ceja y me observó como si me hubieran salido tres cabezas—. En serio. Cada vez que me ve, me tira un dinosaurio a la cabeza.

—¿Y?

—¡Cómo que «¿Y?»!

—¡Déjale! Los críos se cansan si no les haces caso.

La misma recomendación que me hizo Lizzy, pero no podía.

—Me saca de mis casillas. De verdad, deberíais haber mandado a otro que pudiese

alojarse en la pensión del centro del pueblo. ¿Llamaría la atención? Pues sí. Pero, al menos, allí podría trabajar.

—¿Pero qué está pasando?

—No dejan de correr, de aullar, ni de reír, ni de gritar, ni de tirar cosas que caen por mi lado de la valla y que las cuidadoras recogen a toda hostia para que yo no las vea. ¡Pero las veo, tío! ¡Las veo! Y todos llegan llorando y gritando por la mañana. Y luego dejan de gritar para berrear «Buenos díasaaaaaaas» —solté aflautando la voz—. Y no dejan de cantar *María tiene un corderito*. Y no lo soporto más. Tengo esa puta canción sonando en bucle en mi cerebro. Ayer, mientras trabajaba en lo del honeypot, estuve silbándola sin darme cuenta.

—¿*María tiene un corderito*?

—Sííí —susurré con voz de ultratumba.

Alcé los ojos hacia Oldman y me sinceré.

—Si hubierais tenido dos dedos de frente me hubierais indicado en el expediente que había una guardería al lado de la casa de mis abuelos.

—No supone un peligro para la investigación. Los hackers están en el centro del municipio. Se trata de una operación rápida y sin espectáculo de por medio. Lo sabes.

—No tenéis ni puñetera idea de lo que tengo que aguantar.

Bajó su voz y acercó su rostro hacia el mío para musitar sobre mi boca:

—Eres un agente del ANSC. Peores cosas te has encontrado en tu carrera.

Hice un repaso rápido.

—No.

—¡Son críos!

Masqué mi malestar.

—Llevo bastante mal trabajar cerca de niños.

—¿Por qué?

No pude responder. Bajé la mirada y me observé a mí mismo. Mi garganta se constriñó y me ahogó con dureza. Habían pasado demasiados años y aún no lo había superado. En realidad, eso no se superaba nunca.

—Dile a tu superior que eche un vistazo a mi expediente y valoradlo vosotros mismos.

—Brooks...

No pude aguantarlo más.

—Te lo repito: deberíais haberme incluido en el informe que había una guardería.

Recopilé todas las carpetas que Oldman me había traído y me dispuse a marcharme, pero él trató de frenar mi escapada.

—¡Para! —musitó desde muy cerca.

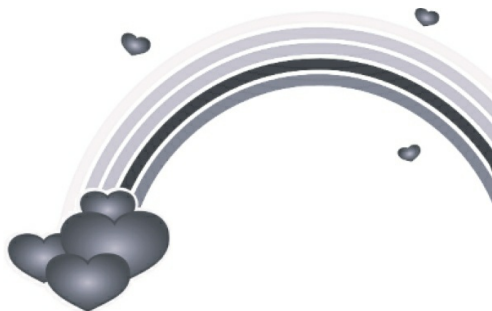
—Me voy ya. Si no, llegaré tarde al bar.

—Tienes tiempo de sobra.

—Qué va. Tengo que pasarme por un sitio a comprar unas cuantas cosas.

—¿Tan importantes son?

—Sí.



## 10

# LIZZY

El sol del atardecer se colaba a través de las ventanas de la guardería. Con sus débiles rayos, pintaba las paredes casi como si se tratase de una paleta mágica de tonos dorados y rosados. La risa y la energía de los niños, ahora ausentes, se fundían en la suave luminiscencia e impregnaba cada rincón con la impronta del eco de las que habían sido sus voces. Los juguetes reposaban en los estantes. Las diminutas sillas, como testigos silenciosos de la jornada, aguardaban en perfecta formación alrededor de las mesas. Todo aquel orden ayudaba a crear un oasis de serenidad efímera suspendida en el tiempo.

Anna, Karen y Amy ya hacía más de una hora que se habían marchado, pero yo aún permanecía en la escuela. Debía aguardar a la llegada del sheriff. Después de lo último que había pasado con Tyler, había llamado a la comisaría y les había contado lo sucedido. El ayudante del sheriff me pidió que me quedase allí hasta después del cierre. Por lo visto, tenían un asunto importante al que debían priorizar. Solo después, se acercaría para hablar conmigo.

Durante todo ese tiempo de espera, no dejé de darle vueltas a cómo habíamos llegado a esa situación. La guardería, que siempre había sido mi refugio, ahora se asemejaba a un campo de batalla emocional. Me preguntaba si habría alguna posibilidad de recuperar la paz que una vez la caracterizó en medio de esos desencuentros. Sopesé las decisiones tomadas. Hice autocrítica sobre mis propias actuaciones. Pero no pude dar respuesta a las preguntas que me asaltaban y sobre lo que todavía habría que asumir. El futuro parecía incierto y me sentía como si estuviera parada en la encrucijada de una narrativa que no podía prever. En ese momento de pausa, lo único que quería era despertarme de esa maldita pesadilla en la que se había convertido mi vida desde la llegada de Tyler Brooks. Lo odiaba y nunca podría perdonarle el modo en que había desbaratado mi mundo.

Las sombras danzaban con las últimas luces del atardecer, cuando, finalmente, escuché unos toques de llamada en la entrada. Me levanté del sillón y bajé las escaleras al piso inferior. Caminé decidida hacia la puerta y, cuando abrí, me encontré con James MacDougall, el sheriff local... Y con algo más.

—¿Has recibido la visita adelantada de Santa Claus? —preguntó, socarrón.

No pude responder. Mis ojos barrieron el porche de la casa con incredulidad.

—No... No sé qué es todo esto...

Allí, frente a la puerta de la casa, descansaban media docena de bolsas y tres cajas

embaladas; todas, con el distintivo de la tienda de juguetes de la zona.

Mi mente se embrolló mucho más.

—Yo no... Nosotras no...

Y, entonces, lo vi. A un lado y casi pegado a la puerta de la casa, había una caja alejada de todo lo demás. Dentro de ella descansaba un dinosaurio similar al que Tyler había destrozado aquella mañana.

Las piezas del rompecabezas encajaron sin más.

—No me lo puedo creer... —musité.

—¿El qué, Lizzy?

Pero no pude responder. Boquiabierta, giré mi rostro hacia la casa de al lado.

—No... No entiendo nada, sheriff. —Y le invité a entrar.

Fuimos a la cocina y, mientras le preparaba un café, le conté lo sucedido aquella mañana, junto con lo acontecido en los días pasados. El sheriff MacDougall me escuchó en absoluto silencio y con una impermeabilidad en su rostro que me impidió rastrear lo que opinaba de todo aquello.

Solo cuando finalicé mi exposición, le confesé mis dudas.

—¿Crees que ha podido ser él quien ha dejado ahí todos esos juguetes?

—Estoy seguro Lizzy. No me queda ninguna duda de que ha sido Tyler.

—Pero... No lo entiendo. ¿A qué viene esto ahora?

El sheriff esbozó una sonrisa ladeada.

—Quizá es la única forma que ha encontrado para pedir perdón por cómo ha actuado. —No pude responder—. La mente de Tyler es, en estos momentos, un laberinto complicado, Lizzy. Ha salido de la cárcel hace apenas unas semanas, y ajustarse a la vida cotidiana no es fácil. No quiero justificarlo, pero ten en cuenta que, de alguna manera, trata de disculparse con ese gesto.

Tomé aire y mi inhalación se entrecortó por la presión que albergaba mi pecho.

—Sheriff, no sé si puedo estar tranquila con alguien así al lado de la escuela. Ya no es solo su carácter severo. Es que es impredecible. Y, además, ha estado en prisión por un asesinato. No puedo ignorar esa realidad.

—Entiendo tu inquietud. Pero, tranquila, hablaré con él. Intentaré entender qué pasa por su cabeza.

—¿Y si esto se acrecienta?

—No creo que vaya a ir a más, Lizzy. Y te aseguro que tomaré medidas para ello —resolvió con firmeza—. Pero quiero que te quede clara una cosa: a pesar de lo que crees ahora, Tyler no es una amenaza para la guardería ni para ti. Confía en mí. Resolveremos esto de la mejor manera posible.

—Pero, sheriff...

No podía entender su actitud y él leyó, perfectamente, mi desconcierto.

—Lizzy, —comenzó, vacilante—, sé que no debería revelarte esto, pero creo que es bueno que conozcas la verdad sobre Tyler, al menos, para que estés tranquila. —Mi confusión aumentó—. Tyler nunca cometió ese asesinato por el que entró en prisión.

—¿No?

—Asumió la culpa de ese crimen para proteger a la mujer a la que amaba.

—¿En serio?

—La conoció en su adolescencia. Se enamoraron a pesar de las diferencias que había entre sus familias. Estuvieron un tiempo separados, pero nunca cortaron la relación y mantuvieron una correspondencia durante años, a escondidas de todos, que afianzó su amor. Cuando volvieron a

encontrarse, en Nueva York, decidieron empezar una vida juntos. Ella no era una buena mujer. Andaba metida en líos. Cosas turbias, Lizzy. Asuntos de drogas, bajos fondos, mafia... Y, aunque no conozco bien las circunstancias del caso, sé que terminó asesinando a un hombre a sangre fría. Pero Tyler se declaró culpable para protegerla.

No podía dar crédito a lo que oía.

—¿De veras?

—Pasó años entre rejas y, para empeorar las cosas, ella lo abandonó por su mejor amigo, le robó todo, desde el dinero en sus cuentas hasta lo que tenía en su apartamento, y no volvió a saber nada más de ella. Eso lo hundió. Pero, a pesar de todo, continuó callando y siguió asumiendo una pena que no le pertenecía.

—No... No me lo explico... Pero ¿por qué no habló?

—Creo que Tyler asumió esa culpa no solo porque estaba enamorado, sino porque le fue imposible asumir una traición tan grande. Cuando caes en el pozo, a menudo, eres incapaz de ver la salida. Pero hay ocasiones en la que no tienes ni fuerzas ni ganas para escapar. —Respiró profundamente. Me di cuenta de la aflicción que él mismo portaba por esa historia—. Lo liberaron porque el fiscal del caso halló nuevas pruebas. Tiró del hilo y se encontraron con toda la trama. Presionaron a Tyler y él, después de tantos años, terminó confesando. El juez condonó su pena de encubrimiento porque consideró que los años que había estado encerrado en Rikers Island eran suficientes.

—¿Y qué pasó con esa mujer? ¿Dónde está ahora?

—No sabemos. Pero hay una orden de búsqueda y captura sobre ella. Aunque las últimas noticias hablan de que huyó a Venezuela. —Juntó sus manos, se apoyó sobre la mesa y me confió—: Tyler cometió muchos errores, Lizzy. El más grave, enamorarse de esa mujer. Pero no es peligroso. Te lo aseguro. Él es el primero que no quiere volver a la vida que dejó en Nueva York. Lo conozco como si fuera mi hermano. Nos hemos criado juntos, desde niños.

—No lo sabía.

—Fuimos grandes amigos. De hecho, fui varias veces a visitarlo a la cárcel cuando estuvo dentro. Era un chico inquieto, pero siempre fue buena gente. No hagas caso de lo que dicen por ahí de él. Lo que ocurre ahora es que Tyler debe aprender a vivir en un mundo que le es hostil y en donde ha perdido todo. Debe volver a restaurar su corazón quebrado y a aprender a domar la ira que eso le conlleva. —Dejó unos breves segundos entre nosotros y, tras ello, aseveró—: Aun así, hablaré hoy mismo con él.

—Gracias, sheriff.

Después de aquello, el sheriff MacDougall me ayudó a meter las cajas y las bolsas dentro de la guardería, enfiló el camino hacia su coche patrulla y se fue.

Me quedé unos segundos más en el porche de la guardería, enredada en las sombras de mis propios pensamientos. Lo que me había contado el sheriff resonaba en mi mente con una dureza que me rasgaba el alma. Reflexioné sobre el peso que Tyler había llevado en su corazón durante tantos años, la carga de una culpa que no era suya, las huellas de un amor que se desmoronó en el escenario de la traición. Me maravillé por cómo su espíritu podía soportar semejante fardo y emerger con la esperanza de seguir adelante. No lo justificaba, pero ahora entendía su espíritu atormentado, su brusquedad constante, su sonrisa inexistente.

Mis pensamientos se deslizaron en el silencio impregnado por la luz del atardecer. Reconocí en Tyler las sombras familiares de mi propio pasado. Aquellos de nosotros que hemos soportado la carga de nuestras propias penas entendemos el valor trascendental de las segundas oportunidades que nos da la vida. Como un eco persistente, recordé el desplome de mi mundo

cuando la confianza se quebró, cuando el amor prometido se desvaneció como un sueño efímero y se me rompió el corazón en pedazos. Comprendía la dolorosa danza de Tyler, entre la lealtad y la desilusión, porque yo también había tropezado con el oscuro pasillo de la traición y me había tenido que enfrentar a la sensación de perderse a uno mismo y de buscar los fragmentos rotos de lo que un día fui.

Desde el porche de la guardería, dejé que me asaltaran los recuerdos y que, de nuevo, apareciera la marca indeleble que me flageló durante años hasta romperme la carne. Solo entonces, la belleza melancólica del crepúsculo se convirtió en un lienzo donde las sombras de su historia se entrelazaron con la mía, y crearon un mosaico de vulnerabilidad y resistencia que ahora comenzaba a entender.



## 11

# TYLER

—¿¡Cómo dice!!?

Mi voz sonó con un grito agudo.

—Lo que has escuchado, agente Brooks. Y da gracias que se me ha ocurrido en el momento.

Estaba dentro del coche patrulla del sheriff, a cinco kilómetros de la población. Me había sacado del bar de Tom casi en volandas y, sin decirme nada, aunque con un cabreo de los que hacen humo, me había llevado hasta allí, solo para contarme que ahora era un exconvicto enamorado, que había asumido una pena de prisión para librar a mi amada de las garras de la cárcel.

Ese tío se leía las novelas de Nicholas Sparks a pares.

—¿¡En qué momento, sheriff, se le ocurrió que podía tomarse esa licencia!?

—¡En el momento en que tengo a la directora de la guardería del pueblo a punto de ponerte una denuncia por tener acojonados a sus críos!

—¡No los tengo acojonados!

—¡Te pusiste a subir la valla como un loco!

—¡Necesito intimididad!

—¡Les pusiste música de *Slayer*!

—¡Se pusieron a bailar!

—¡Rompiste un dinosaurio delante de sus narices!

—¡Delante de ella! ¡De nadie más! ¡Ningún niño estaba cerca! Además, hay un crío que me lo tiraba cada vez que me veía. ¡Ya estaba hartito! Necesitaba acabar con ese dinosaurio de una vez por todas. ¡La culpa es de Lizzy por tirármelo a la cabeza! —me escudé. Y de pronto me sentí como si tuviera cinco años y estuviera chivándome de la chica mala del cole.

—¡Vamos! ¡No me jodas! ¡Que eres un agente de la ANSC!

—Entonces, ¿qué hubieras hecho tú si un crío te tirase un dinosaurio cada vez que te ve?

—¡¡No hacerle ni caso!! —bramó. Y yo recibí el mismo mensaje por tercera vez—. Este es mi pueblo, capullo. —Tensé la mandíbula y afilé la mirada—. Esa es mi guardería. Y los críos que hay dentro están bajo mi protección. Así que, como montes una nueva, te mando a Nueva York de una patada en el culo.

Adopté una pose formal y cargada de tirantez.

—¡Sheriff, contenga su lengua! ¡Le recuerdo que está hablando con un agente federal!

—¡Y tú contén tu mala hostia con los niños si no quieres que sea yo el que te lance los dinosaurios!

—¡Necesito trabajar! Y, con tanto jaleo, no hay quien se concentre.

—¡Me da lo mismo! Si gritan, te jodes. Si lloran, te vuelves a joder. Si corren, te tiran cosas o cantan *María tiene un corderito* durante ocho horas, ¡¡te jodes, te jodes y te jodes!! ¿¡Queda claro!?

Clarísimo. Pero, por supuesto, no iba a decírselo. Sin embargo, adopté una postura conciliadora.

—Es cierto. Me pasé. He pedido disculpas y les he comprado juguetes.

—No has pedido disculpas, agente Brooks.

—¡Sí lo he hecho!

—¡Te has escondido detrás de esas bolsas como un cobarde! ¡Has escurrido el bulto trayendo juguetes por encima de la capacidad de la escuela! ¡Nada más! Pero te aseguro que a ella no se la vas a dar. Y a mí, tampoco, listillo. ¡Como vuelvas a montar una así en mi pueblo, te largo de aquí echando leches! ¡Seas quien seas! ¿Entendido?

No respondí.

—¿Cómo va el tema? —siguió, tratando de calmarse.

Dejé pasar la confrontación previa.

—De momento, no va. Solo me estoy dejando ver y adaptándome. Pero, dentro de unos días, comenzaré a moverme.

—Pues cuando quieras mover tu culo de señorito de ciudad, quizá sería bueno que echases un vistazo en *El Café de Myrtle*. Ahí hay un friki que vino hace dos años como bibliotecario y que se pasa las tardes escribiendo poesía en su portátil.

—¿Poesía?

—Eso le dijo a mi mujer, pero yo no me fío. Ya sabes que en los pueblos todo el mundo habla. Y, por cierto, no dejan de hablar de ti.

—Ya imagino...

—Pues imaginas mal, federal. Después de evitar que atropellaran a Lizzy el otro día, la gente te ha empezado a ver con otros ojos.

—Eso no es bueno. Necesito tener a los vecinos alejados de mí para poder trabajar.

—Pues estás consiguiendo todo lo contrario. Ahora mismo, tienes muchas miradas sobre ti. Además, ya has entrado en las apuestas.

—¿Qué apuestas?

—Entre sus posibles.

Bajé mi tono de voz.

—¿Qué es eso de «sus posibles»?

Comenzó a reír. Me dio una palmadita en la espalda y me animó:

—¡Enhorabuena! Vas en primera posición. Aunque tampoco te hagas muchas ilusiones. Le caes de pena después de todo lo que has montado en estos pocos días. Así que, por muchos méritos que hagas, no creo ni que llegases a la primera base.

—¿¡Se puede saber de qué va esto, sheriff!?

—¿Cómo que de qué va esto? Pues de Lizzy.

Lo encaré, cabreado.

—¿Me ha incluido en una terna sobre los posibles amantes de Elisabeth Stone?

—¡Por Dios! ¡Qué forma de denominarlo!

—¿¡Me ha incluido, sheriff!?

—Yo no. En realidad, es difícil saber quién puede haber sido el que apostó primero. Pero, si quieres, lo investigo. Aunque tampoco sé muy bien qué interés puede tener. Al final, lo interesante es que estás 3 a 1.

Me tapé los ojos.

—No me lo puedo creer.

—Bienvenido a Wellingtonville, federal, donde tu vida es parte de la vida tus vecinos.

—¿Se puede saber de qué diantres habla?

—De amor, agente Brooks. ¿De qué si no?

—Joder...



## 12

# TYLER

El *Black Horse* Tavern era toda una institución en Wellingtonville. El lugar contaba con una rica tradición. No en balde, su fachada de ladrillo rojo estaba adornada con un cartel que ostentaba el nombre del lugar y la fecha de su fundación en 1849.

En los días que había estado trabajando allí, había podido comprobar que poseía un ambiente cálido y acogedor. La luz tenue de las lámparas creaba una atmósfera íntima, mientras que las paredes, adornadas con fotografías antiguas y recuerdos de la región, te envolvían en un aura de historia. El aroma añejo se mezclaba con el olor a cerveza y comida casera que podía degustarse tanto en la barra como en las múltiples mesas de tosca madera que se distribuían por todo el local.

La música, días atrás, no solía estar muy alta para invitar a conversar. Sin embargo, aquel día era sábado por la noche y el ambiente era un auténtico hervidero. El *Black Horse* se había convertido en el epicentro vibrante de la población y de la gente de municipios colindantes. El bullicio llenaba el aire. Los acordes de música rock resonaban con fuerza y tejían una sinfonía urbana que trascendía las paredes gastadas. Las conversaciones y las risas se abrían hueco a duras penas. Ese constante murmullo de la multitud creaba una atmósfera eléctrica y un eco vibrante que resonaba en cada rincón del establecimiento.

Yo estaba en la barra, entre botellas, jarras y vasos. Afortunadamente, Tom se había apiadado de mí en ese primer sábado y me había regalado ese refugio. La penumbra del local se convertía en mi aliada y me otorgaba cierta invisibilidad mientras desempeñaba mi papel. Sin embargo, la curiosidad por mi presencia también se palpaba en el aire.

Estaba concentrado, tirando una cerveza de barril, cuando percibí una especie de brisa fresca que me envolvía. Elevé mis ojos e, inconscientemente, los llevé hacia la puerta del establecimiento. En ese preciso momento, vi a Lizzy entrando. El corazón me dio un vuelco y derramé parte del líquido que sobrepasaba la jarra.

—Ten cuidado con mi cerveza, tío —me reprendió el tipo que esperaba aquella consumición.

Terminé de arreglar mi estropicio, le serví la jarra y, de nuevo, la busqué entre la multitud. No me costó dar con ella. El bar estaba a reventar, pero parecía como si mis ojos poseyesen una brújula interna que la ubicara.

Iba sola, aunque recorría el local buscando a alguien. Enseguida los encontró. Se traba de

un grupo de gente que estaba jugando a los dardos al fondo. Entre ellos estaba otra de las educadoras, Karen Davis. Lizzy saludó a todos con su preciosa sonrisa y se despojó de la biker que llevaba.

Tuve que respirar profundamente.

Su aspecto no tenía nada que ver con el que solía destilar a diario en la escuela. Vestía unos vaqueros ceñidos que delineaban con precisión cada curva de sus piernas y, por supuesto, de su trasero. Lo apreté entre mis ojos y fui soltando el aire muy poco a poco. Por encima, llevaba una camisa lencera, en color negro y de tirantes, que sugería sutilmente la silueta de su pecho. Lamí mi labio inferior inconscientemente. El pelo rubio, plagado de ondas, caía en cascada sobre los hombros y la espalda, y aumentaba su imagen ya de por sí cautivadora.

Era la sensualidad hecha forma.

«Estoy bien jodido».

Traté de concentrarme, entre otras cosas, porque no podía seguir con la mirada prendada en ella. Sin embargo, pronto me di cuenta de que la tarea no iba a ser nada fácil. No había contado con el Factor Lizzy, y mis ojos se rebelaban y la buscaban constantemente. Al principio, de forma comedida, casi escondido y siguiendo cada uno de sus pasos y a las personas con las que hablaba. Pero, cuando uno de los tíos con los que estaba la rodeó con su brazo y la comenzó a hablar desde muy cerca, acabé con toda mi pantomima.

—Oye, Tyler, ¿me vas a poner la cerveza que te he pedido?

—Ahora —gruñí.

Y los seguí acechando en la distancia. Era el tipo que me había dado la bolsa de la compra cuando evité el atropello de Lizzy, y que se había pasado los días posteriores en el *Black Horse* bebiendo cerveza como un cerdo y lanzándome cuchillos con su mirada. Teniendo en cuenta lo que me había contado el sheriff de las apuestas, empezaba a entender la razón de su acritud.

No parecía que Lizzy estuviese muy receptiva. Tenía el cuello estirado hacia atrás y su columna había adquirido una posición curva para establecer mayor distancia. Sin embargo, el tipo no se daba por aludido.

—¿Ocurre algo?

Me volví hacia Tom que, sin darme cuenta, se había puesto a mi lado y trataba de identificar lo que yo observaba.

—Nada, no es nada.

—¿Y esa cara?

—¿Qué cara?

—La de como si quisieses pegar un puñetazo a alguien.

Torcí el gesto.

—No, no te preocupes. Es solo que... me duele un poco la cabeza. —Y traté de sonreír—. ¿Te importa si me tomo cinco minutos?

—No, claro. Lo que necesites.

—Gracias, Tom.

Salí de la barra y me metí en el almacén. Caminé despacio hasta el final y tomé el pasillo que desembocaba en el despacho que Evelyn utilizaba para llevar la gestión del establecimiento; y que, por supuesto, ya había tenido ocasión de investigar el día anterior en un descuido de su marido. Pasé al baño que había allí al lado y cerré la puerta. Aferré el lavabo con mis manos, bajé el rostro y me di unos segundos con los ojos cerrados.

En penumbra, traté de disipar el revuelo de emociones que se había desatado en mí.

Recordé la necesidad imperante de mantener la distancia, aunque mi mente y mi corazón parecían divertirse tejiendo una tela cargada de deseos prohibidos. Pero había otro factor que me golpeaba mucho más: la vergüenza por todo lo ocurrido en la escuela, por el episodio del dinosaurio y por mi torpe intento de enmendarlo, comprando regalos como si fuese el jodido Papá Noel.

«Espero que se líe con ese puto baboso y que se larguen de aquí antes de que yo vuelva a la sala».

Pero no me podía engañar. Visualizar esa imagen me tensó mucho más de lo que hubiese deseado.

Me empujé con desgana de mi improvisado soporte y salí al almacén. Caminé de un lado para otro muy inquieto. Empezaba a ser consciente de que aquella atracción estaba empezando a tocar fibras vetadas. Me volví a repetir que solo debía encontrar a una tía con la que acostarme para que todo mi interés por Lizzy cediera. Y que, por supuesto, ella debía estar fuera de esa ecuación.

Bajo ese mantra, me obligué a salir de mi refugio. Recorrí de nuevo el almacén y abrí la puerta que conectaba con el bar. El bullicio me golpeó de lleno. Me metí tras la barra y avisé a Tom de que ya estaba de vuelta.

—¿Todo bien? —se interesó.

Lo miré a los ojos y mentí abiertamente.

—Todo bien.

Esbocé una mueca, que trató de parecerse a una sonrisa, y me dirigí hacia el fondo de la barra. Sin embargo, me arrepentí de tomar ese trayecto en el momento en que vi quién estaba allí, observándome.

«Joder...».

Lizzy estaba sentada al final de ese tramo, sobre un taburete, con la espalda recta, las manos entrelazadas sobre la madera y mirándome fijamente. En sus labios esbozaba una media sonrisa. Su gesto era divertido, como si hubiera estado esperando ese momento. La cara que tuve que poner debió ser un poema porque ella se sonrió mucho más.

Sabía lo que me tocaba, así que no lo evité.

Caminé hacia ella, aunque lo hice tenso y llevando mis ojos hacia un lado casi en un intento de evitar ese encuentro. Por mucho que mi imagen dibujara una apariencia de solidez y firmeza, lo cierto era que mi corazón iba a mil por hora. Ni siquiera entendía por qué me afectaba tanto. Lo único que tenía claro era que no podía evitarlo.

Cuando llegué a su altura, apoyé mis manos en la barra y volqué mi cuerpo sobre ella.

—Hola —musité.

Lizzy abrió mucho más su sonrisa, aunque no me pasó desapercibido el sutil dibujo de una mueca que ya se insinuaba como burlona.

—Buenas noches, Sr. Brooks. No sabía que se dedicase a estos menesteres.

—Pues sí, ya ves. ¿Te pongo algo?

—Sí, por favor. Me gustaría tomar... Mmm... Un Velociraptor. —Afilé la mirada y ella sonrió mucho más—. Según Google, lleva ron blanco, licor de coco, licor de plátano, jugo de piña y un toque de granadina.

Dibujé una mueca sarcástica y ella entornó sus preciosos ojos.

—¿Un Velociraptor? ¿Vas a intentar revivir la extinción del buen gusto en la coctelería?

Alzó ligeramente sus hombros de un modo despreocupado, aunque a mí se me antojó demasiado sugerente. No pude evitar seguir al tirante que se deslizó suavemente por su piel en ese movimiento y que ella recogió con serenidad. Tampoco el dibujo de su clavícula, ni la esbeltez de su cuello. Sentí la presión en mi entrepierna. Iba a volverme loco.

—Confío en que mi sentido del gusto sobrevivirá, Sr. Brooks. ¿Y el suyo? ¿Existe o murió en la Era de los Dinosaurios, junto a su humor?

Ladeó su rostro y me obsequió con un mohín impostado. Yo la observé con un recelo fingido. Sinceramente, cada vez me gustaba más su forma de encararme.

—La última vez que los conté, creo que no tenía tantos años como para pertenecer a esa época. —Esperé su réplica, pero no me la dio. Solo me mantuvo la mirada con esos bellos ojos de color gris—. ¿Puedo ofrecerte una cerveza?

Sonrió comedida y respondió con tono sensual:

—Preferiría que me dieras otra cosa.

Tragué despacio.

—¿Qué quieres?

—Una explicación.

Recibí el jarro de agua fría sobre mi cabeza. Bajé la mirada y tomé aire muy contenido. Pero, en vez de responder directamente, me alejé unos pasos, abrí un cajón refrigerador y saqué dos tercios de Budweiser. Después, volví con ellos. Los coloqué en la barra, uno delante de Lizzy y otro frente a mí, y los abrí. Di un trago largo a mi cerveza y, finalmente, la dejé sobre la barra. No esquivé más su mirada y le hablé de frente.

—Lo siento, Lizzy. —Mi voz sonó grave, ronca. Apenas podía sostener la vergüenza por lo que había hecho—. Nunca debí actuar de ese modo y, mucho menos, tratándose de críos. Ahora mismo... —Y como de entre las nubes, apareció la historia que había añadido el sheriff MacDougall a la mía. Era un melodrama de narices, pero había que ser coherente con la pantomima. No me gustaba tener que usarlo con ella. Por inverosímil que fuera, no quería mentirla, pero tenía que encontrar un punto intermedio para no entrar en contradicciones... Ahora mismo, no estoy en mi mejor momento. Mi cabeza va a mil. Pero te juro que no se volverá a repetir.

Lizzy ladeó su rostro y me observó de lado con esa preciosa sonrisa de la que parecía no desprenderse nunca.

—Eso está muy bien, Tyler. Pedir perdón es el primer paso para reparar lo que hemos roto. Pero no es suficiente.

Me descolocó su respuesta.

—¿Que no es suficiente? —Lizzy negó con su cabecita y yo me mostré indignado—. ¡He comprado juguetes!

—Es un bonito gesto.

—¡Me costó una barbaridad encontrar el dichoso dinosaurio!

—Agradezco tu esfuerzo. Y estoy segura de que Billy también.

—¿Entonces?

Lizzy sacó su perfil pedagogo por encima de mi enojo.

—Pedir perdón no sirve de nada si no fomentamos la empatía y el diálogo.

—Entiendo lo que he hecho —le corté, rápido—. Sé que pensarás que soy un imbécil, que estoy siempre de mal humor o, incluso, que soy peligroso. Pero puedes confiar en mí. Te lo prometo. No voy a volver a...

—No se trata de ti, Tyler —me frenó con serenidad—. Sino de ellos. Los niños merecen una explicación.

—¿Una explicación?

—Ajá.

—Pero... si son muy pequeños. Algunos no llegan ni al año. No se enteran de nada. Ni siquiera creo que Billy haya echado de menos el dinosaurio que estropeé.

—Rompiste, Tyler. Rompiste.

—Rompí.

—Con tus propias manos.

—Sí, de acuerdo. Pero, sinceramente, no sé si ese crío tendrá corazón para encariñarse con algo.

Me fulminó con la mirada.

—Merecen una explicación. —Y marcó cada sílaba con una tensión inquietante—. Lo más importante de todo esto no es pedir disculpas o comprar juguetes, sino crear un ambiente de respeto en el que se pueda hablar de lo sucedido, se escuche y se llegue a entender por qué pasó lo que pasó. No puedes seguir destilando ese aura amargada e inquietante delante de los pequeños.

—¿Qué quieres? ¿Que sonría más?

—El lunes te espero a las nueve de la mañana en la escuela para que puedas hablar con todos ellos y les pidas disculpas por haber interrumpido con tu música sus canciones, por intentar levantar una valla más alta, por tus formas malhumoradas y por haber roto uno de sus juguetes.

—Joder, Lizzy, me lo tiraste aposta a la cabeza.

Paso de mí.

—Quiero que les expliques cómo te sientes y qué te llevó a actuar así. Es la única manera de que podamos respetarnos entre todos.

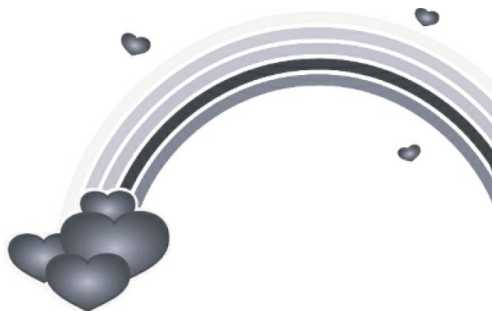
Me quedé sin habla.

—Pero... ¿y los juguetes? —titubeé a la desesperada.

—A las nueve.

Y dio por finalizada nuestra conversación. Tomó el tercio, dio un sorbo y se despidió de mí con otra sonrisa.

Volvió al fondo del bar con su grupo y yo me quedé en la barra, desencajado y sin saber qué pensar.



## 13

### LIZZY

No; no lo estaba haciendo para vengarme. Había sido sincera con él. Quería que se enfrentase a la situación, que les pidiese directamente disculpas a los niños y les explicase qué le había llevado a actuar de ese modo. Era la única forma de que ellos volviesen a confiar en el vecino de al lado. La gente, a menudo, cree que los críos, por ser pequeños, no se enteran de muchas cosas. Y eso no es cierto. Son mucho más sensibles que nosotros y entienden todo mejor que muchos adultos.

Pero, además, necesitaba que Tyler se viese a sí mismo; que se enfrentase a esa situación para que, realmente, entendiese lo que había hecho. Confiaba en él. Me había dado su palabra. Sin embargo, también era muy consciente de la convulsión emocional con la que tendría que lidiar a diario como consecuencia de su reciente pasado. Era indispensable que reflexionase sobre sus propias emociones, que lograse identificarlas para, sobre todo, adelantarse a cualquier momento de vulnerabilidad. Lo que había ocurrido durante esa semana no podía volver a repetirse.

Caminé hacia el fondo de la sala. En realidad, no me apetecía mucho, pero no podía quedarme con Tyler. Estaba trabajando y no debía retenerlo más. Así que volví con mi grupo, si acaso eso era posible. Mathew se había propuesto esa noche intentarlo conmigo. Otra vez. Ya había perdido la cuenta del número de veces. Ese espécimen, con sus intentos torpes de conquista, estaba más perdido que un flotador en mitad del océano. Ya le había dejado claro en más de una ocasión que mis puertas estaban cerradas para un babas como él, pero no parecía que quisiese darse por vencido.

Cuando llegué, ya iba bastante sobrado de cervezas, lo cual le estaba haciendo aún más insoportable. Y, aunque deseaba permanecer en el *Black Horse* con el resto de la gente que conocía, Mathew se había convertido en un escollo y parecía dispuesto a arruinar mi noche. De hecho, ya me estaba aguardando cuando volví con ellos.

—¿Dónde te habías ido, rubita?

Le habría dado una colleja, lo juro. Pero opté por mostrarle el tercio de Budweiser con la esperanza de que sus dos neuronas atasen cabos.

—Si tenías sed, habérmelo dicho, Lizzy. Te hubiera dado ese néctar de cebada de mi propia boca.

¡Aj!

En serio, no sabría decir de qué planeta habían reciclado a ese tío.

—Gracias, Mathew.

Y me largué más al fondo para encontrar el amparo de Karen. Sin embargo, mi traidora amiga estaba a punto de comerse los morros Kenneth. Teniendo en cuenta que aquello se había postergado más semanas de lo que a ella le hubiera gustado, decidí parar en seco.

—¿Qué hacías hablando con ese tío? —me demandó Mathew a mi espalda.

«Lo que faltaba. Que ahora tenga celos de Tyler. Qué aburrimiento, de verdad...».

—Intentaba recordar lo que es mantener una conversación con alguien interesante. Pero no pareció darse por aludido.

—¿Sabes que ha estado en la cárcel? No te acerques a él, nena.

«Nena... ¡Ay, por Dios!».

—Es peligroso.

—Ya, bueno. Prefiero la peligrosidad al aburrimiento.

Me observó confuso.

—No te entiendo.

—Ya imagino.

Y enlazó un mechón de mi pelo entre sus dedos. Aparté su mano con brusquedad y le advertí, seria. Me asqueaba que me tocara.

—Solo lo digo para que tengas cuidado. No es de fiar.

—Gracias, Mathew. Tú, siempre, tan atento. Pero no te preocupes. Sé cuidar de mí misma. Me pasó el brazo por los hombros y llevó su rostro sobre el mío.

—No dudes en pedirme ayuda —susurró, y me lanzó a la cara todo su nauseabundo aliento. Me desquité de su agarre y, de nuevo, interpose distancia—. Si te pone un dedo encima, le partiré la cara. —No sabía a qué venía aquello, pero me quedó muy claro que para Mathew ya había llegado la hora de irse a casa. El nivel de alcohol que llevaba encima le estaba envalentonando de forma temeraria—. He visto cómo te mira.

Alcé las cejas y reí, incrédula.

—¿Qué dices?

—No te ha quitado ojo desde que has entrado.

—¿Y eso lo has visto antes o después de tu sexta cerveza?

—¡Eh! —se molestó—. Me preocupo por ti. No me gusta que ese tío mire a mi chica.

—¿Tu chica? —aduje, más que cabreada.

Decidí terminar con aquello y de forma radical. O lo hacía, o mi tortura se alargaría hasta el fin de los días. Alcé los hombros, puse la espalda recta, tensé mi mandíbula y le hablé despacio, con una claridad meridiana, para que lo entendiese todo.

—Mira, Mathew, no soy tu chica. Ni en esta vida ni en ninguna otra. Para mí eres el último eslabón en la cadena evolutiva y acostarme contigo sería un viaje directo al abismo de las náuseas. Así que, por favor, busca otra presa para tus encantos, si es que alguien te aguanta, y déjame disfrutar de mi noche en paz.

Ni me respondió. Creo que se quedó procesando la primera frase y fue incapaz de escuchar el resto.

—¿Todo bien? —sonó una voz grave detrás nuestra.

Me di la vuelta y me topé con Tyler que estaba a nuestra espalda con una bandeja y

recogiendo vasos.

Lo recibí con musicalidad.

—Hola, de nuevo, vecino.

Mathew se sobresaltó:

—¿Vecino?

Pero ninguno de los dos nos molestamos en darle una explicación.

—¿Quieres otra cerveza, Lizzy?

Su voz sonó cargada de afecto y eso me devolvió el sosiego previo.

—Me acabo de acordar que ni siquiera te he pagado esta.

Tyler volcó su cuerpo sobre el mío para hablarme desde más cerca.

—Sabes que estás invitada.

Y no sabría decir exactamente por qué, pero, el hecho de tenerlo a escasos centímetros me resultó extremadamente placentero e hizo que un revoloteo se abriese paso en mi vientre. Sus ojos me observaban levemente rasgados y en sus labios había una sutil sonrisa diferente a cualquier otra de las que me había brindado hasta el momento. En ese preciso instante, fui consciente de lo irresistible que era su mirada. El azul que tintaba su iris era adictivo.

Pero, por supuesto, Mathew tuvo que romper ese hechizo.

—Tyler Brooks —dijo con un tono cortante y arrastrando las sílabas—. De nuevo, en Wellingtonville, ¿no?

La respuesta de Tyler fue cortante e inesperada.

—¿Te conozco?

Mathew dio un paso atrás como si estuviese sorprendido.

—Soy Mathew Carrie. ¿No me recuerdas?

—No. —Sin más. Y ni se paró a dar explicaciones. Volvió su atención hacia mí, me sonrió y me pidió el casco de la botella. Lo colocó sobre la bandeja y se despidió, diciendo—: Si quieres otra, estoy en la barra.

Le brindé un gesto de cariño al entender su mensaje velado. Se había percatado de mi incomodidad con Mathew. No hacía falta, pero me gustó su deferencia y acepté su cuidado.

—Gracias. —Llevé mis ojos hacia Mathew. No me apetecía seguir más tiempo allí y, mucho menos, con él. Estaba demasiado incómoda. Además, sabía que a Karen no la importaría. Ella estaba ya a otras cosas—. Hasta luego.

Y me fui con Tyler. Sin embargo, no había dado ni dos pasos, cuando sentí que me agarraban con fuerza del brazo. Me giré cabreada, pero no me dio tiempo ni a hablar. Mathew ya estaba desbocado.

—¿Qué coño haces! ¿Te vas con él!? —bramó, y eso atrajo la atención de todos los que estaban en aquella zona—. ¿De qué vas?

Me zafé con brusquedad de su agarre. Mathew estaba más borracho de la cuenta y a mí no me apetecía dar un espectáculo gratuito. Así que opté por no decir nada y seguir mi camino. Al darme la vuelta, estuve a punto de chocar con Tyler, que estaba prácticamente sobre mí, a mi espalda. De hecho, tuve que frenar en seco. Pero no era yo el motivo de su interés, sino Mathew. Había adquirido una imagen intimidatoria, con la espalda rígida, los hombros rectos y su pecho más marcado. Sus facciones, de hecho, sostenían muchísima presión. Había entornado la mirada y la mantenía clavada sobre Mathew a modo de advertencia.

No me gustó nada lo que se estaba gestando.

—¿Prefieres irte con él? ¿En serio? ¿Con un criminal!? —berreó Mathew, con una cadencia lenta y arrastrada por el alcohol.

Toda la gente que estaba a nuestro alrededor calló de golpe y la tensión se amplió a lo largo del bar. La mirada de Tyler se afiló mucho más, hasta volverse desafiante, y yo me vi en la obligación de intervenir antes de que pasase algo grave. Me daba la sensación de que Tyler no era de los que dejaban pasar esos excesos.

Apoyé mi mano sobre su pecho y, de ese modo, logré captar su atención. Bajó sus ojos azules a los míos y le supliqué sin palabras que no respondiese. Respiró profundamente, contenido. Y, finalmente, se plegó a mi ruego.

Pero, si me quedaba alguna duda, Mathew terminó por confirmarme que era un auténtico imbécil.

—¡Eres un jodido asesino!

—Mathew, cállate —le ordené.

Sin embargo, no fui yo la que acabé con esa situación. Tom, el dueño del bar, apareció deprisa y abriéndose hueco entre la gente. Llegó hasta Tyler, apoyó la mano en su hombro y le dijo algo al oído. Tyler desvió su rostro, cabreado. No le estaba gustando nada tener que ceder ante los desplantes de Mathew. Aun así, se dio la vuelta y se fue hacia el fondo del bar.

—¡Eso, vete!

No se volvió, pero sí escuché a Tom decirle a Mathew:

—Venga, amigo. Es hora de que te vayas a casa.

—¡No me da la gana!

Tom se plantó delante suya, con su imponente fisonomía, colocó sus manos sobre las caderas y espetó:

—O te vas o te echo yo mismo.

—¿Cómo?

Y, entonces, Tom elevó el tono para dejárselo claro tanto a Mathew como al resto de los que había en el bar.

—Tyler es mi empleado y no voy a admitir ninguna falta de respeto por parte de nadie. ¿Queda claro? ¡De nadie! —reiteró con fuerza—. Si tenéis algún problema con mi bar o con la gente que trabaja en él, ya sabéis lo que hacer. —Clavó su mirada sobre Mathew una vez más—. ¡Vamos! —Y con un movimiento rápido de cabeza, le señaló la puerta.

Ni se movió. Entre que era un bruto de manual y que sus neuronas estaban alcoholizadas, ya no atinaba ni a lo que estaba sucediendo. Tuvieron que ser dos de sus amigos los que lo guiaron hasta la salida.

Busqué a Tyler con la mirada. Había vuelto a la barra, pero alguien llamó mi atención:

—¿El chico malo ya no te parece tan malo?

—¡Ay, Dios, Karen! —musité, y ella leyó mi preocupación.

—Tranquila. Mathew se lo ha buscado él solito.

—No es por Mathew. —Karen amplió su sonrisa con una matiz malicioso—. No pienses mal.

—No pienso mal —dijo con una risilla.

—Entonces, ¿qué? ¿No puedo preocuparme por Tyler? Mathew se ha pasado.

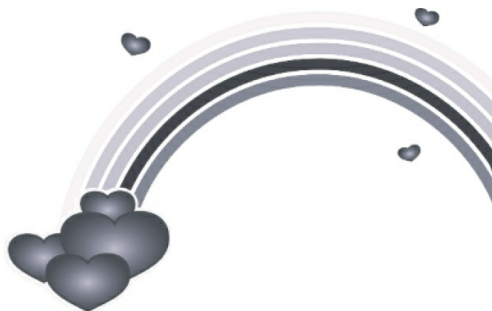
—¡Pues, vamos! ¡Ve a consolarlo! No me queda ninguna duda de que a nuestro vecinito le encantará que lo acunes en tu pecho.

—¡Karen! —mascullé.

Pero ella me brindó una amplísima sonrisa y se fue por donde había venido.

Volví mis ojos hacia la barra. Enseguida me encontré con ese azul tan cautivador que empezaba a resultarme demasiado sugestivo. Me sentí tan agitada que tuve que apartar la mirada.

Sin embargo, el lazo que provenía de él ya se había aferrado a mi cuerpo.



## 14

### LIZZY

Caminé hacia la barra y, a medida que me acercaba, mi corazón parecía querer escapar del pecho. Tyler estaba allí, con la mirada clavada sobre la mía, casi esperándome. La tensión se palpaba entre nosotros y el aire se había tornado mucho más pesado. Fue extraño. Aunque el bar había vuelto a su bullicio habitual, con la música retumbando y la algarabía de la multitud, sus ojos y los míos tejían un silencio íntimo, como si el resto del mundo hubiera quedado suspendido.

Llegué a la barra, pero, en lugar de acercarse, Tyler se zambulló en atender a otro cliente. Mientras me acomodaba en el taburete, lo observé con una mezcla de expectación y ansia. El murmullo del bar se desvaneció en mis oídos y mi atención se centró únicamente en él.

Tyler poseía ese tipo de bellezas sobrias, casi severas, que no buscan ser suaves ni complacientes, sino que transmiten una fuerza interior palpable, una presencia que es imposible ignorar. Sus pómulos altos y bien definidos esculpían su rostro con una estructura que imponía respeto. La mandíbula cuadrada acentuaba su perfil y añadía un aire de determinación a cada gesto. Sus cejas, marcadas y expresivas, dibujaban una mirada intensa que parecía penetrar con fuerza en cualquier conversación. Su semblante respondía a la perfección con ese cuerpo imponente y musculoso, que mostraba a la claras muchísima disciplina y esfuerzo. Sin embargo, sus movimientos eran elegantes, casi medidos.

Estaba sirviendo una cerveza. Cuando terminó de llenar la jarra, nuestros ojos se encontraron por un instante. Un estremecimiento me recorrió entera tras ese contacto fugaz. Él retiró la mirada, pero yo ya no pude hacerlo más. Por primera vez, sentí que algo tiraba de mí hacia él; como si, de algún modo, necesitase ahondar más, descifrar qué se ocultaba tras esos ojos profundos y poder responder a la pregunta de quién era verdaderamente Tyler Brooks. Después de la charla con el sheriff MacDougall me había quedado muy claro que Tyler no era un hombre común y que estaba rodeado de matices mucho más bellos de los que su aparente mal humor dejaba entrever.

Y yo quería ver ese cariz; ese, que él se afanaba en ocultar. Anhelaba desprender esas capas de dureza con las que él mismo se había cubierto, y así llegar a su interior. Lo más incomprensible de todo era que solo había bastado una conversación civilizada para motivarme a ello. Ni siquiera entendía qué había cambiado en mí, ni de dónde había nacido ese impulso irresistible que me hacía ir más allá y me invitaba a adentrar mi alma en sus propios demonios.

Me armé de paciencia y esperé a que me brindase, de nuevo, un momento de su tiempo de trabajo. Cuando finalmente pudo, se aproximó despacio. Le sonreí con suavidad y él se apoyó en la barra enfrente mía.

—Siento haberte hecho esperar.

—No, Tyler, todo lo contrario. Estás trabajando. —Y nerviosa, añadí—: No quería irme así a casa. Necesitaba pedirte disculpas por lo que ha pasado.

Ladeó su rostro.

—¿Por qué, Lizzy?

—No sé... —Y escondí mis ojos—. De algún modo, creo que he propiciado esto y...

No me dejó terminar.

—Tú no tienes culpa de nada. —Buscó mi mano sobre la barra. No esperaba su contacto y un aleteo embriagador invadió todo mi cuerpo. La tomó despacio y envolvió mis dedos en los suyos con una delicadeza deliciosa. Apoyó el codo sobre la madera, aproximó su rostro al mío y me sostuvo la mirada en silencio. Apenas pude responder con normalidad—. Además, seguramente ni se acuerde mañana. —Torció su sonrisa—. Estaba muy borracho.

—Ha sido cruel.

Se echó hacia atrás y rompió el contacto.

—Ha sido sincero. A fin de cuentas, solo ha dicho lo que muchos otros piensan.

—Solo son patrañas infundadas.

Rasgó levemente su mirada.

—¿Qué es lo que te han contado?

—Muchas cosas.

—¿Qué cosas? —insistió.

No me planteé mentirle. Quería que tuviese claro que yo sabía la verdad.

—Que acabas de volver a Wellingtonville, después de salir de la cárcel. Que pasaste varios años por un homicidio que, en realidad, no cometiste. Y que la persona por la que te sacrificaste te traicionó.

—Veo que las noticias vuelan.

—Hay gente que se preocupa por ti. Solo es eso.

—El sheriff MacDougall... —masculló. Y tensó los labios en una mueca que no supe descifrar con claridad. —Bajó su rostro y contuvo su mirada—. No deberías hacer caso de las habladurías.

—Me lo contó ayer, cuando le pedí que viniese a la escuela para hablarle de lo sucedido. No te enfades con él. —Pero sí; sí lo estaba—. Solo quería que yo estuviese tranquila.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, no es lo mismo trabajar al lado de... un...

—¿Asesino? —terminó por mí, y se sonrió a sí mismo.

—Que de un vecino gruñón con poco gusto musical.

Cerró los ojos y su rostro se cubrió de una mueca de dolor impostada bajo su sonrisa.

—Lo que hiciste con mis disco de *Slayer*... —Me clavó la mirada—. No te lo voy a perdonar nunca.

—Quizá tu disco seguiría vivo si no me hubieras llamado gatita.

—Vale, sí. Lo sé. Fue una falta de respeto. Lo siento. —Y me señaló con el dedo—. Pero tú me llamaste cromañón.

—No, eso no es cierto.

—¡Sí que es cierto! —me reprochó, divertido—. Dijiste, exactamente, que era un

«cromañón de manual».

—En realidad, lo que dije era que pensaba que «estaba ante un cromañón de manual».

—¿Y piensas lo mismo? —me tentó. Y, ¡Dios!, esa voz sonó demasiado sugerente como para no reaccionar ante ella.

Se me escapó la risa.

«¿Por qué haces esto?».

Pero decidí responderle con el mismo tono juguetón.

—Me lo has puesto demasiado fácil para pensarlo. Pero ahora tienes la oportunidad de hacerme cambiar de opinión.

—Nada me gustaría más —susurró con una media sonrisa.

«Vale. Esto se está poniendo intenso».

Me invadió un vértigo emocional de pies a cabeza y reculé.

—Creo que...

—¿Qué? —me demandó con muchísima suavidad.

Se me electrocutaron las neuronas.

«¿Qué demonios me está pasando?».

—¡Tyler! —le llamó alguien desde el otro lado de la barra.

Giró su rostro y levantó su mano para instarle a que esperara.

—¿Te pongo otra cerveza?

Dejé escapar el aire de entre mis labios, pero no pude responder y él sonrió mucho más. Traté de relajarme.

—¿Qué pretendes, Tyler? ¿Estás intentando emborracharme?

—Estoy intentando conocerte —dijo con una cadencia cada vez más atrayente—. Eres mi vecina.

—¿Y yo que pensaba que se trataba de otra cosa? —bromeé. Tyler me siguió en el tono con una sonrisa y me colocó otro tercio delante. Lo envolví entre mis dedos y me lo llevé a los labios—. Bueno, ¿y qué quieres saber? Aunque tengo que advertirte que no hay nada más de lo que ves. Soy bastante aburrida. La escuela, el bar del pueblo y poco más.

—Lo que tengo delante ahora mismo no tiene nada que ver con lo que he visto estos días pasados.

—No escondo nada.

—Lo sé.

—¿Entonces?

Sonrió levemente y me provocó al apoyar sus brazos sobre la barra para aproximarse más a mí. Sentí la presión de esa cercanía en todo mi cuerpo y de pronto me vi centrando mi atención en sus labios. Aparté esa idea de golpe.

—Me desconciertas —susurró—. Por un lado, está la profesora colorida, sonriente, cercana, que se afana en mostrar una imagen de sí misma cándida y cariñosa. Pero detrás hay también una mujer sofisticada, fuerte, tenaz, que no teme enfrentarse a nada.

—¡Oh! ¡No! —reí, divertida—. En realidad, me dan miedo muchas cosas.

—No lo parece.

—Te lo aseguro. Pero gracias por lo de sofisticada. Me lo apunto.

—Lo eres —musitó con gravedad.

Y yo temblé solo de escuchar la forma que tuvo de acariciarme con esas palabras. Traté de extinguir la llama que Tyler estaba encendiendo.

—Bueno, en realidad, una cosa no excluye a la otra, ¿no crees?

—En ti, por supuesto que no.

—Si sigues así, terminaré creyéndomelo.

—Me da la sensación de que debes haberlo escuchado muchas veces.

—No tantas. Ni siquiera, por los que hubieran debido decírmelo.

—Quizá no eran las personas adecuadas para ti.

—Quizá no haya personas adecuadas para nadie —rebatí.

—¿Por qué dices eso?

—La gente siempre está dispuesta a demostrarte que la confianza es un regalo tan efímero como la lluvia de verano.

—Eso es porque no has conocido la tormenta perfecta.

Solté una leve carcajada y lo encaré directamente.

—¿Qué intentas, Tyler? ¿Esta es tu forma de seducirme?

Ahora fue él quien rio.

—Te aseguro que, si quisiera seducirte, lo sabrías enseguida.

«Mierda...».

—Entonces, ¿qué buscas?

—¿No puedo alagarte?

—Mi experiencia me dice que los hombres no alagan a una mujer si no buscan obtener algo a cambio.

Tomé el tercio de cerveza y la llevé a mis labios.

—No todos los hombres somos iguales. Y, si me das un rato más, te lo demostraré.

Me estremecí entera. No sabía a qué diantres jugaba.

—¿Alguien va a servirme una cerveza? —aseveró el pobre cliente que esperaba ya desde hacía rato. Se había acercado hasta nosotros y, con una sonrisilla velada, añadió—: Me vale, incluso, que no sea de barril.

—Enseguida —se apresuró Tyler.

Cogió una jarra y fue hasta el grifo. Se la sirvió, pero también aprovechó para atender a otros dos clientes. Tom también entró en la barra y habló con él sobre algo relativo al almacén. De hecho, Tyler se coló a través de la puerta que daba a la trastienda para ayudar al otro camarero que trabajaba con ellos.

Eso me ayudó a parar y a reflexionar sobre lo que estaba pasando y hacia dónde me estaba dejando llevar sin darme cuenta. Esa intimidación que estábamos fraguando estaba saltando hacia lugares que ni me había planteado. Me daba la sensación de que me había montado en un tren que iba demasiado deprisa y no me estaba dando tiempo ni a valorar lo que sucedía porque estaba obnubilada mirando el paisaje.

Decidí que era hora de irme. Necesitaba establecer cierta distancia. Ni siquiera entendía por qué, pero intuía que era lo mejor. Por eso, cuando Tyler volvió, yo ya me había terminado mi cerveza y lo esperaba con la biker puesta. Al verme preparada, me miró intranquilo.

—¿Te vas?

—Sí, es tarde. —Pero en sus ojos había cierto poso de inquietud. Enseguida le expliqué—: Me lo he pasado muy bien. Gracias.

Sin embargo, no consiguió apartar ese velo de contrariedad que lo cubría.

—Si esperas un poco más, puedo acercarte a casa.

—¿En tu trasto?

—Te aseguro que con ese coche podría llevarte hasta el fin del mundo.

Torcí la sonrisa y puse en duda su argumento.

—¿Tú y yo, juntos hasta el fin del mundo? Suena bien, pero estoy segura de que acabaría mal.

—¿Por qué?

—Después de lo que nos hemos vivido estos últimos días, no creo que pudiésemos salir del condado sin discutir.

—No soy ese Mr. Simpatía del que a menudo hablas. —Abrí mucho los ojos y me sonrojé de arriba a abajo. Tyler lo percibió y comenzó a reír a carcajadas—. Sí, te oí llamarme así cuando estabas con una de tus compañeras. Me lo tengo merecido. Pero, bueno, qué me dices. ¿Te quedas un poco y me dejas que te lleve a casa?

—En realidad, vivo aquí mismo. En uno de los apartamentos que hay junto al ayuntamiento. —Asintió, pero sus ojos se cargaron con ese contratiempo que no había valorado—. Pero te lo agradezco. Dime cuánto te debo.

—Ya te dije que estabas invitada.

Le sonreí, comedida.

—Gracias. —No respondió. Solo me mantuvo la mirada con un halo de suavidad impregnado en su retina—. Nos vemos el lunes, recuerda.

—Sí.

Me obligué a terminar con aquello.

—Adiós, Tyler.

—Adiós, Lizzy.

Salí deprisa del *Black Horse* y con la sensación de tener los ojos de Tyler clavados en mi espalda. Recorrí los trescientos metros que me separaban de mi casa a la carrera. Entré en ella jadeante. Crucé el salón y me metí directamente en el dormitorio. Me quité la ropa, la dejé tirada por el suelo y, desnuda, caminé hacia el baño. Entré en la ducha, abrí el grifo y dejé que la cascada cayese sobre mi cuerpo. Estuve varios minutos así, tratando de concentrarme únicamente en el agua templada que resbalaba sobre mi piel. Pero ya no podía seguir escondiéndome por más tiempo y terminé lidiando por arrancar las nuevas emociones que se habían abierto paso en mi vida sin pretenderlo.

Después, me envolví en un albornoz y me tumbé directamente en la cama. Combatí durante mucho tiempo con los susurros que me invitaban a valorar un camino que días atrás me había negado. Pero, cuando el sueño llamó a mi puerta, escapé de las cadenas que me había auto impuesto y me vi libre de sentir sin ataduras.

Me vi a mí misma, con mi cuerpo desnudo sobre Tyler, y moviendo mis caderas a un ritmo decadente para sentir cómo cada centímetro de su miembro se abría paso a través de mí. Reconocí el tacto de unas manos que jamás me habían tocado y las hice mías. Aferraron mis pechos, jugaron con mis pezones, se deslizaron por mis costados hasta guiarme en un ritmo más rápido. Sus ojos, embriagados de placer, me miraban bajo un deseo desbocado con el que nunca me había brindado nadie. Y eso consiguió excitarme mucho más.

Le imploré a susurros que siguiera. Y en ese mismo instante, justo cuando escuché mi voz, reconocí mi sueño y me di cuenta de que mi mente solo estaba viviendo un anhelo vedado. Desperté jadeante y con la imagen de su cuerpo desnudo grabada a fuego en mi memoria. Cerré

los ojos. Podía imaginar cada músculo de sus brazos, cada línea de sus hombros, cada dureza de su torso. Volví a recrear el tacto de mi mano sobre su pecho cuando lo toqué esa misma noche.

Llevé mis dedos sobre mi clítoris. Me acaricié de forma suave, constante, cada vez más enérgica, y mi cuerpo respondió al instante. Recreé de nuevo mi ensoñación, pero esa vez tomando las riendas de mi fantasía. Imaginé mi cuerpo apresado bajo el suyo mientras me penetraba embravecido, salvaje, sólido. Me dejé ir. Arqueé mi espalda con la primera contracción. Me metí un dedo y recorrí despacio mis paredes mientras mi vagina se estrechaba al ritmo que impuso aquel orgasmo.

Una orgasmo ilusorio.

Un orgasmo inquietante.

Un orgasmo revelador.

De algún modo, terminó por confirmarme lo que intuí desde el primer momento en que se cruzaron nuestras miradas. Tyler era peligroso. Pero el riesgo no recaía en su pasado, sino en que sería demasiado fácil caer rendida a sus pies.



## 15

# TYLER

«No sé por qué diablos le dije que vendría».

Ese lunes, salí de casa con la emoción de quien se dirige a una consulta con el urólogo. Cerré con llave y tomé el camino hacia la escuela casi por obligación. No había ningún niño en la calle. Eran las nueve de la mañana y todos estaban ya dentro.

«Esto es como meterse de lleno en la guarida del lobo».

Y me reproché haber cedido tan fácilmente a la exigencia de Lizzy.

«Claro, pedir disculpas a los niños... ¿Por qué no voy, directamente, a una sesión de depilación láser de huevos?».

No entendía por qué estaba tan nervioso. A fin de cuentas, me había enfrentado a situaciones muy jodidas a lo largo de mi vida. Aquí solo se trataba de exponerme ante una veintena de críos, pedirles disculpas y ya está. Nada que ver con enfrentarte al tipo de calaña con la que solía toparme en mi trabajo.

Lizzy solo quería darme una reprimenda. El sheriff ya me la había regalado con lazo incluido. Incluso, había tenido que poner al tanto al jefe de la operación y me había llevado otra bronca de las que hacen época. De hecho, me había amenazado con abrirme un expediente si no aparecía el lunes en la escuela. Y a pesar de mis explicaciones, a pesar de mi pasado, me mandó a la mierda. Tal cual.

Por supuesto, me lo merecía. De todos. Así que aceptaría, acataría mi condena y ya está.

Subí los tres escalones. Noté que había uno suelto y trastabillé un poco. Carraspeé y erguí mi espalda. Recorrí el pequeño porche hasta la entrada y me paré frente a la puerta. Desde allí me llegó la algarabía infantil que había dentro. Tragué, respiré hondo, me pasé las manos por el pelo, solté el aire y pulsé el timbre.

De inmediato, el griterío se elevó mucho más. Me llegó la voz adulta de alguna cuidadora que, con serenidad, les pedía a los críos que se calmaran.

Lo tuve claro. Sabían de mi visita. Me estaban esperando.

«Joder...».

Metí las manos en los bolsillos, las saqué, deslicé las palmas por la tela de los pantalones, me acaricié la nuca, mesé la barba, repasé mi pelo y, afortunadamente, Lizzy abrió.

—¡Hola! —me saludó con su amplia y preciosa sonrisa—. No tenía muy claro si, realmente, tendrías agallas para venir.

Entorné la mirada y le sonreí con un toque de advertencia. Ella rio mucho más. Se hizo a un lado y me invitó a pasar.

—Como en tu propia casa.

—Gracias.

En el interior de la escuela, los muros respiraban vida. Estaba repleta de colores vibrantes que bailan en sintonía con la risa de los pequeños que se escuchaba de lejos. Estaba empapelada de dibujos infantiles, colgados como si se tratase de las más bellas obras de arte. Incluso el suelo era un lienzo de aventuras. Caminamos por un largo pasillo. Había un trazado sinuoso de pasitos y, en mitad de este, el diseño de una rayuela. Un instinto primario, casi como una fuerza poderosa, se rebeló en mi interior y me invitó a cruzarla saltando. Pero, en el último momento, tomé el control sobre mí mismo y decidí bordearla.

Lizzy me miró, divertida.

—No serías el primero.

Me hice el tonto.

—¿El qué?

No me respondió, aunque me regaló otra sonrisa; eso sí, esa vez, más benevolente.

Se paró frente a la puerta doble que había al fondo del pasillo. Antes de abrirla, me miró a los ojos.

—¿Vamos allá?

Asentí.

Lizzy llevó su mano hasta mi brazo. La deslizo despacio y dejó una caricia que avivó la llama que era incapaz de enfriar cada vez que la tenía cerca. Tomé aire para calmarme. Ella ladeó su rostro y me susurró:

—Gracias por venir, Tyler.

Negué con la cabeza y bajé la mirada.

Lizzy tomó los dos picaportes y corrió las puertas que daban a la estancia. Pasó a una habitación amplísima, plagada de alfombras adornadas con diferentes motivos. Algunas simulaban arcoíris, otras elefantes, cabritas, nubes. Los muebles eran de tamaño infantil, y todos los materiales educativos eran accesibles y estaban ordenados en estantes bajos para invitar a la exploración de los pequeños. Los colores suaves de las paredes y la iluminación natural del gran ventanal creaban un ambiente sereno. En ese momento, el sol de la mañana se colaba a través del cristal e iluminaba la estancia con una calidez embriagadora.

—¡Hola a todos! —saludó Lizzy con esa musicalidad tan de ella.

Un coro de balbuceos infantiles se unió a los «Hola» que se alzaron al aire para responderla. Lizzy caminó hasta ellos y se sentó en el suelo, en el círculo en el que todos estaban para su reunión matutina. Después, se volvió y enlazó mi mirada.

El estómago me dio un vuelco. Solo entonces fui consciente de que estaba clavado en la puerta.

«¡Hay que joderse! No sé qué coño me pasa».

Me sentía como si fuese a ser juzgado por el jurado más implacable del mundo.

—¿Recordáis que antes os dije que hoy íbamos a tener una visita muy especial? —Volvió

a clavarme su preciosa mirada—. Este es Tyler, nuestro vecino. ¡Bienvenido!

Di un paso y un ejército de mariposas me perforó el abdomen. Todos, sin excepción, clavaron su mirada sobre mí. La mayoría lo hicieron con curiosidad, abriendo su boca y elevando sus pequeñas cabecitas. Otros se mostraron inquietos. Los menos me sonrieron para darme la bienvenida. Aunque hubo alguno que ni me prestó atención y siguió concentrado en la densidad del moco con el que jugaba entre sus dedos.

—Buenos días, Tyler —canturreó otra educadora, a la que había visto el sábado por la noche en el bar.

Los niños la siguieron a coro.

—¡Buenos días! —O algo así. Ahí había pequeños de muy corta edad que aún no atinaban con las sílabas.

Levanté mi mano y esbocé una sonrisa tensa.

—Hola, buenos días.

—Siéntate con nosotros, Tyler —me invitó Lizzy.

Iba a hacerlo junto a ella, pero de inmediato varios de los niños me abrieron hueco. Reconocí al pequeño francotirador de dinosaurios entre ellos. Dudé unos segundos, pero él no movió ni una pestaña. Todo lo contrario. En cuanto me reconoció, amplió su sonrisa y alzó su mano a modo de saludo. Ese crío, con dos años, tenía más huevos que yo. Lo tenía claro.

Tomé aire y caminé hacia allí para sentarme a su lado. Lo hice con dificultad. Acomodarme en el suelo, sobre esa alfombra verde lima, resultó todo un desafío. Cada centímetro de mi metro ochenta y siete tuvo que plegarse al espacio regalado en ese reino de críos. Lo hice con torpeza y bajo la atenta mirada de sus ojos curiosos, aunque, finalmente, lo conseguí.

Los recorrí con la mirada. Me daba la sensación de que me había convertido en un Gulliver rodeado de liliputienses.

—Tyler ha venido a decirnos algo —explicó Lizzy—. Cuando quieras, Tyler.

Un silencio sepulcral se apoderó de la sala y los niños me miraron con ojos grandes y expectantes, tal y como si estuviesen observando a un unicornio con peluca multicolor cantar una nana.

—Hola —empecé, pero la ansiedad hilvanó un nudo invisible en mi garganta.

Bajé la mirada. Intenté tragar. Estaba claro que era mucho más sencillo apuntar con mi arma a un narcotraficante colombiano, que abrir mi voz a esos críos. Busqué a Lizzy entre los pequeños y ella me dio el sostén que necesitaba. Me acarició en la distancia con esa sonrisa tan suave que tejía a menudo entre sus labios, y decidí seguir.

—He... He venido porque quería pedirlos disculpas. —Los miré. Me observaban sin mover ni un párpado—. El otro día... —Cabeceé—. Bueno, la semana pasada hubo varios días en los que no me porté bien. Estaba bastante nervioso al llegar aquí y... —Tomé aire—. Siento mucho haber llenado vuestro patio de humo con mi coche, haber puesto la música tan alta y no haber respetado vuestra canción de María y su corderito, y... y... —Llevé mis ojos hacia el crío que tenía al lado—. Y siento mucho haber roto el dinosaurio que me tirabas a la cabeza. No me gusta que me tiren cosas y, mucho menos, con la intención de molestarme.

El enano ablandó su mirada. El corazón estuvo a punto de estallarme en el pecho. Tuve que desviar la atención a los hilos largos de la alfombra.

Podría haber parado ahí, pero sentí la necesidad de seguir adelante y explicarme sin matices.

—Hay veces que los mayores hacemos muy mal las cosas y creo que me pasó eso. No

pensamos. Nos equivocamos porque... —Respiré con dificultad—... No lo sé muy bien. A veces tampoco sabes por qué. Quizá porque estás enfadado, o porque no te van bien el día, o la semana o... la vida.

Busqué el aire que empezaba a escapárseme del pecho. Ni siquiera sabría decir qué demonios me pasó. Pero, por primera vez en mucho tiempo, necesité expresar todo lo que me carcomía desde hacía años. Y lo hice allí, rodeado de críos porque, de algún modo, sabía que ellos eran capaces de ver a través del velo que cubría mi corazón roto.

—... Porque lo has perdido todo y ya nada es igual. O porque sientes que, por mucho que luches, siempre terminarás vencido. Porque hay veces que no encuentras salida a la vida que tienes; una vida que no te gusta. Y la odias; la odias porque te gustaría cambiar las cosas, pero no puedes... por mucho que lo intentas... No... —Sentí la quemazón en mis ojos—. Yo lo perdí todo hace tiempo. Perdí a mi hijo... Tenía casi tres años, y no...

Tuve que parar. La opresión que tenía en el pecho era cada vez mayor y me sentía desbordado. Sin embargo, me obligué a controlarme. Tomé aire y lo solté muy despacio. Elevé mi rostro y volví a mirar sus caritas.

—Me siento muy mal cada vez que tengo a niños cerca porque me acuerdo de él y... y... —Mordí mi labio superior y me di unos segundos—. Eso no me justifica. Me porté mal. Pero solo quería que supieseis que actué así por rabia; porque lo sigo echando de menos y porque al veros a vosotros me acuerdo de lo que era tenerlo conmigo. —Tomé aire y llené mi pecho—. No soy así. No quiero ser así. El problema no sois vosotros. El problema solo lo tengo yo. Está en mí y no sé... No sé si alguna vez conseguiré... —Se me cerró la garganta—... No sé si alguna vez conseguiré seguir adelante sin mirar atrás; sin que el pasado destroce mi presente. No... No lo sé, de verdad, no...

La niña que había a mi izquierda se arrodilló a mi lado y me pasó su manita por la mejilla. Ni siquiera me había dado cuenta de que mis lágrimas habían empezado a desprenderse.

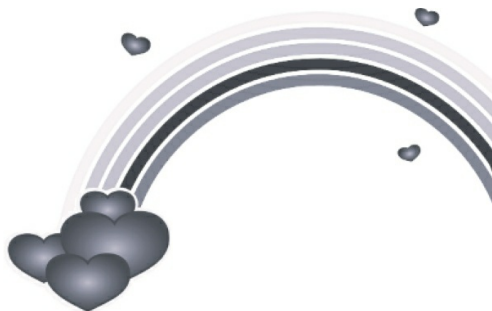
—Joder... —Avergonzado, traté de borrarlas—. Lo siento —exclamé en un susurro—. Es solo que...

No pude aguantarlo más. Flexioné mi pierna izquierda, apoyé mi brazo en la rodilla y volqué mi rostro sobre ella para esconderme de todo. Ya no podía contener la rabia que rugió dentro de mí. La sensación fue abrumadora, como si los cimientos de mi ser se desmoronaran de pura desesperación.

Mi llanto resonó en el silencio de la habitación y cada lágrima se convirtió en un eco de fragilidad extrema. La opresión en mi garganta se tradujo en sollozos ahogados y mi alma se desgarró en un último intento por liberarse de la carga que portaba desde hacía años. Cada lágrima fue un testigo mudo de esa batalla perdida, de los fantasmas del pasado que persistían en atormentarme. Me sentí vulnerable, como si ya no hubiera barreras que pudiesen mantener a raya mi quebranto más profundo.

Pero en mitad de ese vendaval, sentí una manita agarrándome. Volví mis ojos hacia la derecha. El pequeño francotirador de dinosaurios había envuelto mi índice en sus deditos. Le sonreí con dificultad. De pronto, otro de los críos llamó mi atención. Se acercó gateando y, cuando llegó a mi altura, se sentó enfrente mía y me tendió su chupete. La risa se me escapó de los labios. Otro pequeño vino y, simplemente, se sentó a mi lado para dejarme claro que no estaba solo. Una niña diminuta, corrió alrededor del círculo y me abarcó toda la espalda. Ese fue el detonante para que otros se animaran a imitarla.

Al final, todos ellos terminaron sobre mí. Me acunaron, me consolaron y me colmaron de besos cargados de cariño. Y, todo ello, sin que yo se lo hubiera pedido.



## 16

### LIZZY

—¿Se puede?

Golpeé con delicadeza la puerta semiabierta del baño de la primera planta. Tyler terminó de abrirla.

—Sí, claro. Pasa.

Lo dijo nervioso, azorado. No quería eso. Me había encantado que pudiese compartir con nosotros una historia tan personal y tan dura. Por nada del mundo quería que sintiese vergüenza por mostrarse abiertamente y haber confiado. Era algo bello que no todo el mundo hubiera tenido la valentía de hacer.

—¿Qué tal estás?

Tomó aire.

—Bien, bien.

No insistí. Ante todo no quería que se sintiese presionado. Se apoyó en el mueble del lavabo y cruzó sus brazos. Intentó adoptar esa imagen serena y adusta, de tipo duro, que habitualmente tenía y que tanto les gusta a los tíos para dejar claro que con ellos no va eso de dejarse llevar. Me sonreí, divertida. La verdad era que estaba tremendo, pero me gustaba más su versión sincera y sin artificios.

Su expresión, aunque contenida, parecía un poco más relajada. Y, sinceramente, me alegré de haber podido ofrecerle un lugar donde dejar escapar su tormento; incluso si solo era un breve respiro en medio de la angustia. La vida había golpeado demasiado duro a Tyler. Su hijo, su relación fallida, su paso por la cárcel... Nadie debería tener que sufrir tanto.

Ver cómo se desahogaba me recordó la importancia de tener un hombro en el que apoyarse en los momentos más difíciles y me pregunté si Tyler contaría todavía con alguno. Ni siquiera sabía si yo debía dar ese paso. Me asustaba. Me daba la impresión de que con Tyler sería muy difícil establecer esa cercanía y mantenerme solo como su amiga.

—Siento...

—¡Ni se te ocurra! —le advertí.

Y ambos reímos. Sin embargo, él perseveró en su disculpa. Necesitaba darme esa explicación que yo ni había pensado pedirle.

—No lo pretendía, pero... La avalancha ha sido inevitable. Es complicado.

Asentí. Podía hacerme una idea de su desgarró, pero traté de quitarle yerro.

—Tranquilo, no eres el primer hombre que llora en esta escuela. Aunque la mayoría lo hace porque no pueden más con sus hijos.

—Me alegra saber que no estoy solo —ironizó. Y de nuevo brotaron nuestras risas de forma suave—. Gracias, Lizzy.

Nos miramos en silencio y dejamos que una calma tensa llenara el espacio que nos separaba. El ambiente se cargó de una sensación cálida, casi mágica y demasiado atrayente como para dejarla escapar. Sus ojos azules comenzaron a observarme con una intensidad nueva, mucho más profunda, y fueron capaces de cautivarme con facilidad. Me vi a mí misma perdiéndome en él y dejándome arrastrar por las deliciosas sensaciones que me transmitía en la distancia.

Al ser consciente, me sentí desnuda. Bajé la mirada, crucé mis brazos y di un paso atrás.

—Creo que debería irme a casa —exclamó, enseguida. Parecía que hubiese podido leer la turbación que me había asaltado.

Se incorporó de su apoyo improvisado y caminó hacia mí. Esperé su llegada con una agitación difícil de camuflar.

—Gracias por todo, Lizzy.

—No, gracias a ti. —Y le sonreí—. Vuelve cuando quieras. Mis pequeños estarán encantados de volver a cubrirtte de mocos y babas.

—Son maravillosos. Todos.

—Eso no lo dudes. Me alegra saber que por fin te hayas dado cuenta.

—Nunca lo he puesto en duda.

Solté unas carcajadas secas y él me miró divertido.

—¿Necesitas que te recuerde alguna cosa?

—No, por favor... —Y doblé su voz para acariciarme con ella—. Lo que más me gustaría es que olvidases todo lo que ha pasado.

—No sé si podré —seguí, burlona.

Pero su tono grave no me siguió. Todo lo contrario. Se volvió mucho más susurrante y profundo.

—Haré todo lo que esté en mi mano. Te lo aseguro.

Dio un nuevo paso y se quedó enfrente mía, muy cerca. Despacio, llevó su mano a mi cintura y la apoyó con delicadeza, pero esa sutileza fue incapaz de frenar el aleteo que se desbordó en mi interior. Llevó su cuerpo sobre el mío y me besó con suavidad en la mejilla. Tuve que cerrar los ojos para evitar que pudiese leer en ellos el torbellino emocional que abrasó todo mi cuerpo. Al abrirlos de nuevo, leí en los suyos la misma gravedad que a mí me asediaba.

Casi sin pretenderlo, alcé mi mano a su rostro y lo acaricié con detenimiento. Ni siquiera entendí lo que sucedía, pero me pareció que podría pasarme el resto de mi vida bajo aquella intimidad que nos acunaba.

Sin embargo, su reacción no fue similar a la mía. Tyler escondió su mirada y dio un paso atrás, como si mis dedos lo hubiesen quemado.

—Debo irme.

Y salió de allí a la carrera.



—Nuestro vecinito es un pastel aún más jugoso de lo que pensaba.

Llevé mis ojos hacia Karen con cierta inquietud. Me temía lo peor.

—¿Por qué dices eso?

—¡Oh! ¡Venga ya! ¿Acaso soy la única a la que ese hombre le ha robado el corazón?

Hasta Anna está hablando bondades de él. Creo que no deberías perdértelas, sobre todo, si recuerdas lo que decía hace unos días. —Agaché la cabeza y seguí colocando pañales en el cambiador—. No me ignores, Lizzy.

—No te ignoro.

Dio dos pasos y se colocó a mi espalda. Acercó sus labios a mi oído y me susurró:

—A mí no me engañas. —Me di la vuelta y la miré con reproche. No sirvió de nada. Karen amplió más su sonrisa e insistió en seguir hablando de Tyler—. Entre lo del fin de semana y esto.

—El fin de semana no pasó nada. Y ahora, tampoco.

—Y cada vez estoy más segura de que solo es porque tú no quieres.

—Karen... —le advertí. Y volví con los pañales.

Mi compañera se cruzó de brazos y me miró con complicidad.

—Vamos, Lizzy. No me digas que no te atrae ni un poquito.

Traté de mantener la compostura, pero la presión era abrumadora.

—No es eso.

—Entonces, ¿qué es?

—Es solo que... No quiero complicarme la vida ahora mismo. Tyler tiene demasiado dolor a sus espaldas y apenas sé nada de él. Además, ¿quién dice que yo le interese?

Karen soltó una risita.

—¡Por favor! ¿Acaso no has visto cómo te mira? —Me encogí de hombros y traté de disimular mi nerviosismo. Fue imposible y eso le llevó a ratificarse en su idea—. Claro que lo has visto.

—Bueno, eso no significa nada.

—Te devora cada vez que pone los ojos sobre ti.

—¡Basta!

—Pero sigues sin contestarme.

—¿A qué?

Levantó una ceja con escepticismo. No lo iba a dejar hasta que no consiguiese una confesión.

—Vamos, Lizzy, no me vengas con cuentos.

—No creo que ninguno de los dos estemos en un buen momento para algo así.

—¿Y quién dice que te tengas que plantear nada? Un polvo o dos. Tres a lo sumo. ¡Y ya está! Se trata de enrollarse con él, no de planear una boda.

A veces me gustaría tomarme la vida con la misma ligereza que Karen.

—Eso, incluso, sería demasiado complicado. Es nuestro vecino.

—¿Y dónde está el problema?

—En liarme una noche con un tío al que voy a tener que ver casi a diario. ¿Y si la cosa no va bien?

—Estás muy cerrada a todo, Lizzy.

—No estoy cerrada. Es solo que... no quiero complicarme más.

—¡Y dale! Se trata de disfrutar de ese cuerpazo. ¡Nada más! Imagínatelo desnudo sobre ti, la forma de mover esos músculos mientras te...

—¡Karen! —la frené. Llegaba tarde a sugerirme esa recreación que mi mente ya había trazado con detenimiento el sábado por la noche.

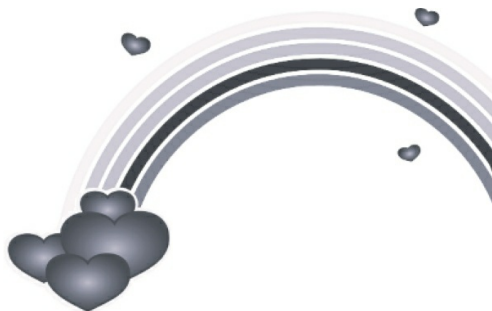
—De acuerdo. No insistiré. Pero que sepas que te estás perdiendo un buen bocado. —Y se fue de la habitación.

Me quedé sola y con las palabras de Karen resonando en mi mente. Me golpearon durante varios minutos como el eco persistente de un gusano musical. Decidí apartar esos pensamientos y me obligué a enfocarme en la tarea mundana de colocar pañales. Sin embargo, la semilla de la duda ya había sido sembrada y había arraigado tan profundamente que era imposible seguir ignorándola.

Llevé mis ojos hacia la ventana de esa estancia. Daba directamente a la de la habitación de Tyler. Elevé la mirada al techo, tomé aire y me susurré a mí misma:

—¡A la mierda!

Además, hacía siglos que no me acostaba con nadie.



## 17

### LIZZY

Era tarde cuando el martes cerré la puerta de la escuela. El sol seguía golpeando con sus tonos anaranjados y rojizos sobre el asfalto de Wellingtonville, pero ya lo hacía con una fuerza menor de como lo había hecho durante el día. Había una suave brisa que ayudaba a aumentar esa sensación de placidez y, al tiempo, traía el fresco aroma de los árboles que había en la avenida en plena floración. El cielo se extendía como un lienzo azul claro salpicado de nubes esponjosas que se desplazan perezosamente. Todo parecía en orden. Todo parecía en calma. Todo, menos yo.

Desde que había tomado la decisión de acercarme a casa de Tyler, no había podido tranquilizarme. Solo quería dar un paso más, quizá invitarle a tomar algo más tarde, aunque tampoco sabía qué diría él. A pesar de los nervios que me agitaban, me aferraba a la certeza de que ese encuentro podría llegar a ser el comienzo de algo nuevo y emocionante en mi vida.

Me coloqué delante de la casa. Se trataba de una construcción antigua de dos plantas, de ladrillos rojos y frisos de madera blanca. El camino hacia ella se extendía ante mí. Lo recorrí despacio y, a cada paso que daba, aumentaba la velocidad de mi corazón. Mis pensamientos revoloteaban en mi mente como mariposas inquietas, y mi cuerpo se llenaba de una mezcla de exaltación y nerviosismo.

Cuando llegué a la puerta, toqué el timbre y esperé. Poco después, la hoja se abrió con un Tyler sonriente al otro lado.

—¡Hola, vecina!

—¡Hola!

—No te esperaba.

—¿Vengo en mal momento?

—No, qué va.

Tyler abrió más su sonrisa. Me encantaba verla aparecer para mí.

«Y sus labios también. Para qué seguir engañándome. Me lanzaría a por ellos ahora mismo».

—Te traía esto. —Y le tendí un montón de folios. Tyler los miró con curiosidad. Eran dibujos de los pequeños; trazos coloridos que plasmaban un mundo al que la lógica de adulto no conseguía llegar—. Te los han hecho hoy por tu visita de ayer. Son para ti.

Se quedó sin palabras.

—No... No sé qué decir.

—No digas nada —susurré—. Solo disfrútalos.

Buscó mis ojos.

—Gracias.

—No tienes por qué darlas. —Y llevé la mano hacia ellos—. Hay uno en concreto que estoy segura de que te gustará. —Di un paso y me coloqué mucho más cerca para buscarlo. Me envolvió su aroma, cargado de tonos amaderados, la calidez de su proximidad, la atracción de su curtido cuerpo—. Su autor se ha esforzado mucho.

Saqué un folio en el que había varios trazos simples y desordenados.

—No sé qué...

—Es de Billy.

Sonrió y de inmediato intuyó qué plasmaba esa figura verde y alargada.

—¿Es un dinosaurio?

—Sí —respondí, riendo—. Mira, estas son las extremidades y la cola. Y esta la cabeza...

—¡Sí, lo veo! —Buscó mis ojos y abrió su preciosa sonrisa—. Ese pequeño diablillo... ¿Volvías a casa?

—Sí... Bueno, en realidad, no. Iba, pero antes quería pasarme a tomar algo. Los martes suelen ser duros después del fin de semana.

—Pensé que eran los lunes.

—En mi caso, los lunes suelo llevarlos bien. Pero el martes me cuesta mucho más. Así que me doy el placer de pasar un rato por *El Café de Myrtle*, me tomo un té y me como una cookie de chocolate recién hecha.

Leí su interés.

—¿*El Café de Myrtle*?

—¿Sabes dónde está?

—Sí, claro. Me han hablado muy bien de él, pero aún no había podido visitarlo. Tenía muchas ganas.

Me lancé a la desesperada.

—¿Te apetece venirte?

Torció su sonrisa.

—¡Claro! Así, me cuentas más cosas de estas obras de arte.

—¿Tienes que trabajar luego?

—No. Hoy cerramos por descanso. ¿No lo sabías?

Por supuesto que lo sabía. Y por eso había elegido ese día para dejarle caer mi plan.

—Pasa. No tardo nada en cambiarme.

No sabía por qué. Con esos vaqueros y esa camiseta negra estaba para comérselo.

Tyler se hizo a un lado. Crucé al interior de la casa y, cuando escuché que cerraba la puerta tras de mí, temblé de arriba a abajo.

«Vamos, tranquila. Seguro que va bien. Parece receptivo».

—Perdona el desorden. —Pero en ningún momento me dio esa sensación dejada de la que él hablaba. Todo lo contrario, estaba muy limpia y cuidada al detalle. Me señaló el sofá y me dijo —: Siéntate si quieres. No tardo. —Y se perdió por las escaleras que subían a la primera planta.

La casa por dentro era una preciosidad. Mantenía todavía esa esencia de los hogares antiguos y desprendía gran calidez en cada rincón. Un sofá beige crudo ocupaba gran parte de la sala. Detrás se abría un amplio ventanal por el que se colaba el sol de la tarde. Había cuadros de

motivos vegetales dispersos por todas las paredes. Y en el frontal, un mueble de madera daba cabida a un televisor antiguo y a la cadena de música de la que habían tronado los riffs de *Slayer*.  
Me quedé allí sentada y dándole vueltas a si realmente estaba haciendo lo que debía.

«Apenas lo conozco. ¡Dios! ¿Estaré haciendo bien? ¡Basta ya! Precisamente, lo que voy a hacer es tomar algo con él para conocerlo más y... bueno, ya veremos».

Apenas dos minutos después, Tyler apareció de nuevo en la estancia. Iba vestido con esos mismos pantalones vaqueros y la camiseta negra, pero se había puesto por encima una biker de cuero, en color negro, de la marca GUESS.

—La tarde es calurosa —le advertí—. Creo que no la vas a necesitar.

Me sonrió, pero no respondió a mi sugerencia.

—¿Vamos?

—Sí.

Me levanté y fui con él hacia la puerta. Salimos a la calle y el sol de finales de mayo nos golpeó de lleno. Cerró y bajamos las escaleras del porche hasta la acera. Después, fuimos caminando bajo el manto de los árboles que nos regalaban su sombra.

—¿Qué tal te ha ido el día? —le pregunté.

—Bien, aunque un poco cansado. En esa casa hay trabajo para meses —añadió, divertido—. ¿Y a ti? ¿Qué tal esos pequeños diablillos? Imagino que terminarás agotada al final de la jornada.

—No te creas, no tanto.

—Tratar con niños tantas horas debe ser muy... intenso.

—Intenso es. Son muy pequeños y todavía no saben gestionar sus emociones. Todo lo viven de forma muy explosiva y, quizá, eso complica la dinámica cuando se sienten frustrados. Pero, sinceramente, prefiero tratar con ellos que con adultos. Son mucho mejores, en todos los sentidos.

—No me cabe duda. ¿Cuántos años llevas trabajando como educadora?

—Diez. Empecé en Nueva York.

—¿Eres de allí?

—Sí, de Queens.

—¿De qué parte?

—Del barrio de Astoria.

—Mmm... Hemos estado cerca algunos años —bromeó.

Sinceramente, no supe cómo tomarme una broma sobre la cercanía de mi barrio a la cárcel de Rikers Island. Así que opté por sonreír mucho más, con tensión, y volver al tema previo.

—Empecé a trabajar en una escuelita subvencionada que estaba en el Bronx. No sé si conoces el programa Early Head Start.

—No.

—Es un programa comunitario financiado con fondos federales para familias desfavorecidas y de bajos ingresos. Y en ellos tienen cabida mujeres embarazadas, bebés y niños pequeños de hasta 3 años.

—¿Te gustó?

—Fue una experiencia increíble. Veías el progreso de los niños y era muy satisfactorio el hecho de saber que estábamos haciendo muy diferentes sus vidas. También aprendí mucho sobre la importancia del apoyo comunitario. Además de la enseñanza, ayudábamos a las familias a acceder a servicios de salud y nutrición.

Tyler suavizó su sonrisa.

—Te pega mucho.

Lo miré, extrañada.

—¿Por qué dices eso?

—Me da la sensación de que no solo eres una educadora con una verdadera vocación de servicio, sino que posees un deseo genuino de ayudar a los demás. Sobre todo, a los más pequeños. —Ladeó su rostro y rasgó sus preciosos ojos azules—. La verdad, me gusta.

Me sentí azorada. Escuchar eso de sus labios me estremeció como si fuera una adolescente en su primera cita.

—Aprendí mucho y fue una experiencia que siempre llevaré dentro de mí.

—¿Por qué lo dejaste?

Me crucé de brazos. Ese era un tema en terreno pantanoso.

—Hay veces que tomamos decisiones erróneas por agradar a personas equivocadas —zanjé, deprisa—. ¿Y tú? Anna me ha dicho que el sheriff le contó a Marie Stuttgart que, antes de entrar en prisión, eras paramédico en Manhattan. —Tyler desvió su mirada hacia el cielo y descargó un suspiro cargado de irritación—. No te pongas así —reí—. Esto es un pueblo. Todo el mundo habla de todos.

—No es por eso. Es que...

Exhaló.

—Lo echas de menos, ¿verdad?

—Cada día.

—Es una profesión de mucho riesgo.

—Sí.

—Yo no sé si podría enfrentarme a algo así.

—Hay cosas peores, Lizzy, te lo aseguro. Ser policía, por ejemplo. O cualquier rama de los cuerpos de seguridad del país.

—Es cierto, pero los paramédicos os enfrentáis a cosas peores. Accidentes, infartos...

—Un agente federal, a menudo, tiene que enfrentarse a tipos muy chungos.

—Pero no es lo mismo —discrepé—. Lidar con emergencias médicas y situaciones de vida o muerte puede ser estresante, emocionalmente hablando.

—Los agentes federales también viven situaciones extremas —me rebatió—. Se enfrentan a criminales violentos y peligrosos, y están expuestos a amenazas físicas y, por supuesto, emocionales.

—¿Los del FBI?

—No solo los del FBI. Hay muchas más agencias federales en este país.

—¿En serio?

—La CIA, la DEA, los USSS, la ATF, la NSA, la DHS, los USMS, la ICE, la EPA... Y, por supuesto, las que ni siquiera se conocen.

—¿Hay agentes federales secretos?

Le hizo gracia la sorpresa que mostré.

—Claro.

—Pensaba que solo era en las películas.

—Suele pasar.

—Entiendo que esa gente tenga que enfrentarse a situaciones comprometidas. Pero me refiero a que los paramédicos, como tú, tenéis la vida de una persona en vuestras manos. De vuestra actuación depende que esa persona pueda seguir viviendo, ¿me entiendes? Esa es la

mayor responsabilidad a la que puedes enfrentarte.

—Tener que determinar si hay que disparar a alguien para salvar la vida de un rehén, también es extremadamente estresante, ¿no crees?

Le sonreí, divertida.

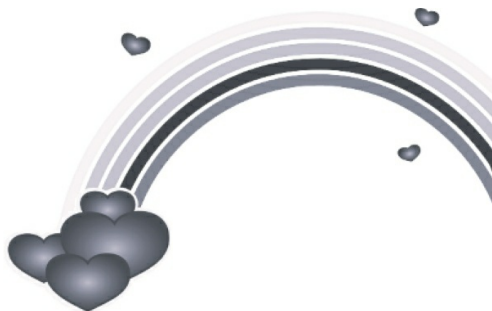
—Parece que te encantan los agentes de seguridad.

Se metió las manos en los bolsillos y miró al frente.

—Cuando era pequeño, fantaseaba con pertenecer a uno de sus cuerpos.

—Bueno, ser paramédico quizá no es lo mismo, pero es una profesión muy loable.

—Sí, seguro. Pero ser agente federal lo es mucho más.



## 18

### LIZZY

*El Café de Myrtle* estaba ubicado en el centro mismo de Main Street. Su fachada principal estaba pintada de un blanco puro y tenía detalles de madera que le daban un aire acogedor y nostálgico. Poseía molduras elegantes alrededor de las ventanas, que se destacaban con su color natural y diseño tallado. La puerta de entrada también estaba enmarcada con madera robusta y bien cuidada, lo que añadía un toque acogedor de bienvenida al café. Además, dos pilares decorativos de madera sostenían el toldo rojo que cubría la puerta.

Al entrar, nos recibió el suave tintineo de su campanilla. El interior estaba dividido en dos zonas. En una de ellas estaba el pequeño saloncito con mesas blancas de madera gastada y sillas acolchadas, que invitaban a quedarse. Las amplias ventanas dejaban entrar la luz natural, lo que ayudaba a que la iluminación del espacio se tornase en tonos cálidos. Las revestían unas delicadas cortinillas de florecillas rosas que estaban recogidas a ambos lados de sus marcos. Las paredes, decoradas con fotos en blanco y negro, narraban la historia del pueblo y de los dueños del café. La atmósfera familiar y cercana era única y, a pesar de no ser natural de Wellingtonville, te hacía sentir partícipe de su trayectoria.

En el otro lado estaba el mostrador desde el que se desprendía el delicioso aroma de bollos recién horneados. En él se exhibían tentaciones irresistibles: bollos de canela cubiertos con azúcar glasé, muffins de arándanos, de chocolate, cupcakes de todos los colores, tartas de frutas, y, por supuesto, sus famosas cookies de chocolate, con una textura similar a nubes derritiéndose en tu boca.

Enseguida, Tyler se dejó invadir por esa atmósfera tan maravillosa. Recorrió la estancia con atención, como si su retina estuviese almacenando cada detalle de aquel lugar. No me quedó ninguna duda de que le había encantado.

—Buenas tardes, Lizzy —me saludó Brenda desde el mostrador—. Veo que hoy traes compañía. —Tyler giró su rostro hacia ella de inmediato e insinuó una sonrisa—. Bienvenido, Tyler Brooks, el vecino del que todo el mundo habla.

—Hola.

—Soy Brenda. Como en tu casa.

—Gracias.

Sonreí e invité a Tyler a seguirme hasta una mesa al fondo de la sala. Allí cerca estaba Vincent, el bibliotecario de Wellingtonville, y, como era habitual, abstraído con la música que

emanaba de sus cascos y sumergido en la pantalla de su portátil. Me di cuenta de que Tyler clavaba los ojos en él.

—¿Lo conoces?

—No.

—Es el bibliotecario. Se llama Vincent. Escribe poesía y suele pasar las tardes aquí. Es como un mueble más —susurré, mordaz.

Tyler dibujó su sonrisa.

—Tengo que ir a la biblioteca un día de estos para ver qué tienen.

—¿Te gusta leer?

—Me encanta.

—A mí también. Pero ten presente que esto no es Nueva York. Es una biblioteca pequeña con pocos recursos. Aun así, desde que Vincent está al frente, ha cambiado mucho.

—¿Por qué?

—Ha modificado todo el sistema informático de préstamo, la catalogación y ha modernizado la sala, ampliando el acceso al contenido digital.

—¿Controla de informática?

—Él pone las ideas y, después, John las ejecuta.

—¿Quién es John?

—John Connor. —Alzó una ceja y me miró con suspicacia, pero no entendí por qué—. Es un trabajador del ayuntamiento. Está en el departamento de finanzas, pero todo lo que implica el mantenimiento informático pasa también por él. Y no solo desde la alcaldía. Todo el mundo le pide ayuda cuando tiene algún problema. La mayoría de los equipos de Wellingtonville han estado alguna vez en sus manos. Si tienes algún problema informático, no dudes en acudir a él. Es muy majo.

Tyler aguzó su mirada y acarició su barba con una mano.

—El caso es que tengo un portátil en casa que, desde que me lo compré hace unos días, no va nada bien. ¿Has dicho que se llama John Connor?

—Sí.

—¿Y qué novedades ha hecho Vincent en la biblioteca?

Sonreí con tensión. La verdad, no me apetecía seguir hablando de Vincent, sino de nosotros. Pero tampoco iba a forzarlo si Tyler no quería.

—Está muy pendiente de incluir novedades en el catálogo. Y eso, teniendo en cuenta el escaso presupuesto con el que cuenta, es de agradecer. Organiza clubs de lectura, de escritura, cuenta cuentos... La semana que viene, de hecho, va a venir a la escuela para contarnos *El osito aventurero en el bosque encantado*.

—¿Cuándo?

—El martes. —Sonreí, irónica—. ¿Quieres una entrada?

Tyler cruzó sus brazos sobre la mesa y volcó su cuerpo para susurrarme desde más cerca.

—Me encantaría. No hay nada que me guste más que un oso dentro de un bosque encantado.

Su proximidad activó un cosquilleo en mis labios y tensó mi vientre. Tuve que quitar hierro a la situación.

—¡Qué tonto eres!

Se echó hacia atrás.

—Solo lo decía porque he visto que el grifo del baño de la planta de arriba gotea.

—Sí, pensaba que era la junta, pero debe ser otra cosa. —Y seguí con mordacidad—. Creo

que coincidimos en la ferretería, ¿no? —Torció su sonrisa—. ¿Estoy equivocada?

—Creo que no.

—¿Lo recuerdas?

Rasgó su mirada.

—Demasiado bien. —Y me la sostuvo un par de segundos. No pude hacer otra cosa que mantener mi respiración agitada—. Quería pasarme un día y arreglárselo, y no quiero interferir cuando él vaya.

Me encantó su gesto.

—Gracias, Tyler. Pero el ayuntamiento me prometió mandarme a alguien esta semana.

—Como quieras.

Me sentí un poco mal al rechazar su ofrecimiento.

—Si veo que no vienen, te aviso, ¿vale?

—De acuerdo.

—Gracias.

—No... —Y cabeceó de un lado a otro con su preciosa mirada clavada en la mía.

Brenda apareció a nuestro lado en ese mismo momento.

—¿Qué os pongo, parejita?

Me sentí incómoda. Tyler, sin embargo, respondió con naturalidad.

—Me han hablado mucho de tus cookies de chocolate.

—En realidad, no son mías, sino de Olga.

—¿Olga? —repitió él, con una cadencia que me encrespó.

—La repostera. ¿La conoces?

—No. Pero, si sus cookies son tan buenas como dicen, estoy deseándolo. —Tensé mi sonrisa—. Olga... —repitió pensativo—. Es un nombre precioso. ¿De dónde es?

—No sé cuál es su origen, —siguió Brenda—, pero ella nació en Rusia y migró aquí con sus padres hace unos años.

—Mmm.

—Entonces, ¿una cookie de chocolate, Tyler?

—Dos —respondí yo.

—¿Un té rojo, como siempre, Lizzy? —Asentí—. ¿Y para ti, Tyler?

—Café.

—Muy bien. Voy a por ello.

En cuanto Brenda se fue, Tyler volcó su interés sobre mí.

—¿Qué te ocurre?

Me sorprendió que me preguntase tan directamente.

—Nada.

—No, eso no es verdad —musitó. Su voz grave se había tornado extremadamente sedosa.

—¿Por qué lo dices?

—Porque nunca borras tu sonrisa. Incluso en el peor momento, siempre hay un pequeño resquicio aquí. —Acercó su mano a mi rostro, rozó mi mandíbula y acarició con una suavidad enloquecedora la comisura de mis labios. Mi corazón se aceleró como nunca—. Pero, ahora, no está. Y eso solo lo he visto cuando estabas muy enfadada.

No supe qué decir. Apenas me conocía y ya era capaz de leer mis estados de ánimo simplemente con mis gestos.

—No... —Escondí mi rostro. Evidentemente, no podía confesarle la pequeña punzada, digna de una inmadurez en toda regla, que había sentido al percibir su interés por Olga. Incluso

yo misma me avergonzaba de haberme dejado llevar de esa manera tan insegura e infantil. Empezaba a darme cuenta de que Tyler Brooks maximizaba cualquier emoción que se me despertase en su presencia—. No... No es nada.

No me creyó. Me mantuvo la mirada tranquilo, aunque con una potencia demoledora que me hizo sentirme desnuda frente a sus ojos. Obligué a mi corazón a calmar su andadura, a suavizar mi gesto y a liberarme de tensiones.

—No has traído los dibujos.

—Aquí podría perderlos o mancharlos.

—Los niños te harían más.

Ladeó su rostro levemente y por su mirada cruzó cierto poso de amargura. Fue muy sutil, apenas apreciable. Pero dejó una pátina incapaz de borrar. Me dio la sensación de que en su mente se habían abierto paso pensamientos bastante turbios.

—Prefiero verlos allí.

—¿Qué te ocurre?

Sus labios dibujaron un gesto que no plasmó la sonrisa que buscaba.

—No es nada.

—¿Demonios?

—Sí, demonios.

Llamé a esa puerta con delicadeza.

—¿Quieres contármelo?

Me sostuvo la mirada y, por un momento, me pareció que se planteó hacerlo. Sin embargo, después, reculó.

—Otro día. Pero gracias.

Sonreí y busqué su mano para cubrirla con la mía. Percibí su tensión ante mi gesto cercano. Sin embargo, inmediatamente después, se dejó llevar y envolvió mis dedos en los suyos. Fue una sensación agradable. La piel de Tyler era cálida, de esas que apartan la frialdad del más crudo invierno, y te cubren de apego y cariño; de las que es difícil desprenderse por todo lo que despiertan en tu interior; de esas que se buscan incansablemente, pero que con dificultad se encuentran.

Su respuesta abrió la llave de mi propia vida y de mi pasado con la intención de que él, en algún momento, se sintiese seguro y pudiese abrir la suya conmigo.

—Me separé hace algo más de tres años de mi marido. —Tyler me miró sorprendido por iniciar de forma tan abrupta una conversación tan íntima—. Descubrí que durante toda nuestra relación me había sido infiel con varias mujeres. Por lo visto, los siete años que estuvimos juntos, estuvieron sembrados de otras personas de las que nunca fui consciente hasta el mismo final.

Tyler acarició mi mano y la envolvió mucho más entre las suyas.

—¿Cómo lo descubriste?

—En realidad, era algo sabido por casi todo el mundo, pero que yo ignoraba por completo. Lo quería y confiaba en él. Pasaba muchas noches fuera, viaja a menudo por su trabajo, pero nunca creí que pudiera existir algo así. Hasta que lo pillé en su despacho con una de sus compañeras, y todo saltó. Los amigos comunes que teníamos, que nunca me habían advertido, sin embargo, decidieron contarme todo lo que yo había ignorado durante años. Ni siquiera sé por qué, aunque hubiera agradecido que lo hubiesen hecho antes.

—¿Y por qué no lo hicieron?

—Liam es un hombre de mucho poder. Es un abogado de alto perfil, que ha estado al

frente de casos bastante mediáticos y ha representado a personas muy importantes de este país. Su éxito, además, le ha ido abriendo hueco en política. De hecho, actualmente, es el asesor legal de David K. J. Morgan en su campaña para la alcaldía de Nueva York. Y el partido le ha prometido que contará con él para la Corte Suprema del Estado.

—Por eso, nadie te dijo nada.

—Ya sabes lo que ocurre con el poder. Dependiendo de cómo seas, puedes estar rodeado de gente que te ame o te tema. Y en el caso de Liam es, más bien, lo segundo. Es una persona que es mejor...

—Tener de tu parte —acabó por mí.

—Sí.

—Sé de lo que hablas.

—De hecho, esa es una de las razones por la que mi proceso de divorcio se ha demorado tanto tiempo.

—¿Cuánto?

—Llevo dos años esperando una sentencia. —Tyler aguzó su mirada y mostró en su rostro las marcas de la preocupación—. Él no quería que nos divorciásemos. Me dijo que nunca me había engañado, que esa había sido la única vez y que no significaba nada, que yo era el amor de su vida... Y dudé porque, como te he dicho, confiaba en él. Siempre lo había hecho. Me costó días tomar la decisión definitiva. Liam se afanó en sitiarme a diario para que no pudiese establecer la distancia que necesitaba para pensar. Pero, al final, me di cuenta que no podía asumir un engaño como ese. Él había acabado con toda la confianza, así que me mudé a casa de una amiga y presenté una solicitud de separación.

—¿Por qué no de divorcio? ¿Todavía pensabas que podrías perdonarlo?

—Sí. Pero, como te he dicho, cuando te ganas enemigos por el camino, esos utilizan tus momentos de flaqueza para hundirte un poco más. Por eso, mucha gente se acercó a mí en aquellas semanas para confiarme el resto de sus aventuras.

—¿Y él? ¿Qué te dijo?

De mis labios brotó una sonrisa cargada de tristeza.

—Esa vez, no lo negó. Había demasiados argumentos. Pero me propuso un pacto. En esos momentos, su carrera estaba en pleno ascenso y algo así podría perjudicar su imagen. Por entonces, ya se estaba planteando abrir la vía política en su trayectoria profesional. Y, bueno, ya sabes que en algunos sectores siempre se consideran más válidas las personas que cuentan con una familia tradicional. Me propuso que siguiéramos juntos, aunque hiciésemos vidas separadas.

—Pero te negaste.

—Necesitaba priorizarme por encima de todo y sabía que esa situación no sería buena para mí. Creo que hubiera podido perdonarlo si no hubiera habido tantas mentiras, pero a esas alturas yo ya sabía que nuestra relación había sido una farsa de la que ni siquiera había sido consciente. Sin embargo, él siguió presionándome. Por eso salí de Nueva York. Su extorsión llegó a ser asfixiante. En cuanto vi la plaza en Wellingtonville, no me lo pensé. Necesitaba distancia para reunir fuerzas y tomar la decisión definitiva. Poco después, terminé presentando la solicitud de divorcio.

—¿Y ahora qué es lo que sucede para haber demorado tanto el proceso?

—No tenemos hijos, ni bienes en común, salvo un apartamento en el Upper West. E, incluso, preferí cederle la propiedad.

—¿Entonces?

—Tanto en la solicitud de separación, como en la de divorcio, yo lo hice en base a la

culpa debido a sus infidelidades. Y eso es algo que él no quiere asumir. Así que, como abogado que es, presentó varias alegaciones denigrantes para mi persona que, por supuesto, no estaba dispuesta a asumir.

—¿A qué te refieres? —Me sentí incómoda y me removí en mi sitio. Tyler acarició el dorso de mi mano y suavizó su mirada—. No es necesario...

—No, no se trata de nada que no pueda compartir. Es solo que me hace daño que Liam lo utilizase contra mí. —Bajé la mirada y tomé aire. Después, volví a buscar el azul de sus ojos. Me transmitían seguridad, clama, confianza—. Tuve un cáncer bastante agresivo siendo muy joven, antes de conocer a Liam. Eso me conllevó la extirpación completa del útero, los ovarios y las trompas de Falopio. —Vi la sombra cernirse sobre su mirada—. Estoy bien, Tyler. Me costó recuperarme y, desde entonces, debo tomar una terapia hormonal sustitutiva. Sigo mis revisiones periódicas y todo ha ido bien, desde entonces. Además, conté con una magnífica psicoterapeuta que me ayudó a lidiar con todo ello.

—¿Cómo utiliza eso contra ti?

—Liam argumenta que nunca le hablé de mi infertilidad antes de casarnos. No es cierto. Él lo sabía, pero no tengo pruebas para poder demostrarlo. Aunque no quedó todo ahí. Liam justifica sus infidelidades porque, según él, mi terapia hormonal afectaba a nuestra vida íntima. Tampoco es cierto. Soy una mujer sexualmente activa... —Y bromeé—. O, al menos, lo era. Llevo demasiado tiempo sin acostarme con un hombre. —Tyler me siguió en el gesto—. Mi patología nunca nos afectó y, desde luego, no lo hace en la actualidad. Pero él decidió alegar frente al juez que habíamos dejado de mantener relaciones.

—Lo siento, Lizzy —exclamó con suavidad—. No puedo ni imaginar lo que has tenido que pasar. Es injusto que algo tan íntimo y personal como tu salud se haya convertido en arma de un proceso tan doloroso como un divorcio.

—Al principio, dolió. Mucho. Pero ya lo llevo bastante bien. —Y esbocé con mis labios una mueca ladeada—. Aunque la rabia...

—La rabia es la eterna compañera.

—Sí.

Acaricié de nuevo mi mano y la envolvió más entre las suyas. Lo hizo con muchísima delicadeza, rozando mi piel con sus dedos, vacilante, como si no quisiese incomodarme con ese gesto. No lo hacía. Todo lo contrario. Me resultó verdaderamente sanador percibir la naturalidad de su cariño.

—Gracias por confiármelo —susurró.

—Gracias a ti por escucharme.



## 19

# TYLER

—Soy yo. Necesito que me confirmes la identidad de unas personas.

—Dime.

—John Connor.

—¿El de *Terminator*?

—Casi, casi. Vive en Wellingtonville y trabaja en el área de finanzas del ayuntamiento, pero se encarga de todo el mantenimiento informático.

—Si encuentro que la madre se llama Sarah, ¿qué hago?

—Rezar.

—¿Qué más?

—Vincent Fawkes.

—¡Venga ya! ¿Qué es eso? ¿Una convención de frikis revolucionarios a quienes les molan las distopías de los ochenta?

No sabía si era yo el que sospechaba demasiado, pero me di cuenta de que Oldman cogió el ardid a la primera.

—No se ha puesto ‘V’ a secas porque era demasiado evidente, ¿verdad?

—¿Quién es?

—El bibliotecario poeta. Mañana me pasaré a verlo, a ver si tiene los cómics de Alan Moore.

—Eso no lo dudes.

—¿Voy con mascara o sin ella? —ironicé—. ¿Qué me aconsejas?

—El bigote de punta nunca queda bien.

—Salvo si vives en el siglo XVII.

—O eres un Lord Inglés.

—No lo soy.

—Pues sin ella, tío. —Y me arengó—. Qué más.

—Olga Mikhailov. Esta parece de verdad.

—¿Qué me dices de ella?

—Que es repostera y hace unas cookies de chocolate cojonudas.

—Tráeme unas cuantas la próxima vez que nos veamos.

—Mira a ver qué pasa con ella, y con papá y mamá Mikhailov. Vinieron hace seis años a

Estados Unidos. Todos viven en el pueblo desde entonces.

—De acuerdo. ¿Alguien más?

—Sí. —Tensé mi mandíbula—. Liam G. Mackenzie.

—¿Don Guaperas?

—Don Guaperas —confirmé.

—¿Y eso a qué viene?

—A que es un hijo de puta.

—Ya imagino. Y su exmujer te la pone dura, ¿no?

Frené mi respuesta y decidí centrarme en lo que quería.

—Mira a ver qué pasa con ese tío. Sobre todo, por qué se ha alargado tanto el proceso de divorcio; y esas denuncias que ella interpuso por acoso y que se archivaron.

—No puedo justificar la investigación de una persona de esa manera. No tiene nada que ver con el caso. Ni siquiera vive ni en el pueblo.

—Pero su exmujer, sí. Y ya sabes que estamos obligados a actuar en caso de que nos encontremos con un delito.

—Tú no te lo has encontrado; tú lo estás buscando.

—Es un político con demasiada influencia en un caso de divorcio standard. Además, es difícil no hallar uno que no esconda mierda bajo la alfombra.

—No es justificación suficiente.

—Solo quiero ver qué trapos sucios oculta nuestro amigo.

—Tyler, —me censuró—, no deberías involucrarte personalmente. Es asunto de ella.

—Y no me estoy involucrando. Es solo que a veces me gusta echar un vistazo a los capullos con mocasines de mil pavos que se dedican a extorsionar a sus exmujeres.

—Tyler...

Me cansé.

—¡Justifícalo como te dé la gana! Pero, pasado mañana, quiero tener todo lo que encontréis de ese tío.

—No voy a tener ese material tan pronto.

—Pues esperaré lo que sea.

—Nos vas a meter en un lío.

—A lo mejor nos sorprende y tiene un expediente limpio.

—Seguuuuuro —respondió, mordaz.



El día no había estado mal. Me había levantado, había corrido una hora por el pueblo, había hecho unas cuantas flexiones y estuve desbrozando la parte trasera de la parcela. Cuando volví a casa, estuve implementado algunos servidores señuelo para ver si algún ciberdelincuente le apetecía hacerme ojitos como objetivo para sus ataques. También me había quedado observado a Lizzy a través de la ventana y había imaginado demasiadas cosas como para no plantearme aplacar mi sed entre sus brazos. Terminé en la ducha y, sí, pensando en ella.

Salí antes de casa para esperarla bajo un castaño de Indias, que había frente a la escuela, e

invitarla a un café y a una cookie de chocolate en *El Café de Myrtle*. Llevábamos varios días así y apenas podía esperar cuando llegaba ese momento. Ya no solo se trataba de usarla de tapadera. Aquella primera artimaña estaba desembocando en una necesidad mayor que se iba acrecentando a medida que pasaba tiempo con ella. Cada vez me gustaba más poder escuchar su voz, perderme en su mirada, seguir cada uno de sus movimientos, la forma en que tenía de ladear el cuello, la deliciosa manera en que se retiraba el pelo. Apenas podía concentrarme en nada más que no fuera su piel clara y tersa, en su aroma con notas florales embriagadoras, en el dibujo de su clavícula, en la redondez de sus senos. Era adictiva. La intimidad que en esos días estábamos fraguando me empezaba a volver loco y deseaba más.

A pesar de todo, no estábamos en igualdad de condiciones. Cuando Lizzy intentaba indagar sobre mi vida, me veía obligado a darle vueltas hasta que lograba llevar la conversación de nuevo a ella. No quería mentirla con patrañas que se adaptasen a la historia que el sheriff MacDougall había trazado sobre mí. Pero, en ese momento, tampoco podía decirle la verdad. Había mucho en juego, aunque sabía que eso me pasaría factura más adelante.

Ese día descubrí que le gustaba leer de madrugada, levantarse temprano en verano para ver el amanecer, quedarse en casa y disfrutar del sonido de la lluvia golpeando las ventanas; cantar en la ducha, dibujar sin importar el resultado, escribir cartas a mano y disfrutar de una taza de té en silencio; toda una gama cromática de un lienzo que yo ya no podía dejar de admirar.

Terminé acompañándola a casa. Todo estaba demasiado cerca en ese maldito pueblo, así que apenas pudimos recorrer ese camino con la dilatación que buscaba. Me despedí de ella y me fui al bar. Llegué montado en una nube de algodones y con una sonrisa en la boca que hizo que Tom elevase sus cejas cuando lo saludé.

Pero, a pesar de todo, siempre hay alguien dispuesto a joderte el día.

—¿Me das una cerveza?

Lo que me apetecía darle era un buen puñetazo en la boca a ese gilipollas. No sabía qué cojones hacía allí, pero si Tom había dejado que ese saco de mierda volviese a entrar en su bar, yo no debía decir nada.

—Hola, Mathew. Por supuesto. ¿Barril o tercio?

—Tercio, gracias.

Alcé las cejas y busqué un tercio de Budweiser. Parecía que el payaso podía llegar a tener modales cuando estaba sobrio.

Iba a alejarme hacia el otro lado de la barra, cuando me paró.

—Oye, Tyler, ven aquí. —Y me llamó con dos dedos, el imbécil. Me dieron ganas de cogérselos y estrujárselos con mi mano, pero la cautela y la curiosidad se impusieron para frenarme.

—¿Qué pasa? ¿Algún problema con la cerveza?

Dio un trago y expresó su degustación, eyectando un sonido de placer con su boca.

—Con la cerveza, no.

—¿Entonces?

—El problema es más bien contigo.

«Hay que joderse...».

Tensé mi cuerpo, apoyé mis dos manos sobre la madera del mostrador, y lo miré de frente y sin un ápice de inquietud.

—De qué se trata.

—Lo sabes bien.

—No, no lo sé.  
—Claro que lo sabes. Se trata de ella.  
—De ella —repetí.  
—Sí, de ella.  
—¿Podrías especificar?  
—No creo que sea necesario.  
—Pues yo creo que sí.  
—¿A cuántas mujeres del pueblo te has tirado en estos últimos días?  
Pues a cero. Y no por falta de ganas. Pero, sí. Sabía, perfectamente, que se refería a Lizzy.  
—Os he visto hoy en *El Café de Myrtle*.  
—¿Y no nos viste ayer? —ataqué, directo.  
Afiló su mirada y siguió con tono amenazante.  
—Mira, Tyler, lo que hay entre Lizzy y yo es especial, así que no lo jodas. Llevo mucho tiempo invertido en esto y no voy a permitir que un recién llegado lo mande todo al garete.  
—Ya. —Y mesé mi barba, aburrido.  
—¿Entendido?  
—Sí, claro. Lo entiendo, perfectamente.  
—Así me gusta.  
Torcí mis labios y esperé más advertencias de mierda, pero no me llegaron.  
—Entonces, ¿qué?  
—¿Qué de qué?  
—¡Que qué hago, Mathew!  
—¿Cómo que qué haces? ¿Es que no te ha quedado claro?  
—Me ha quedado claro que llevas un huevo de tiempo detrás de Lizzy y que ella no quiere saber nada de ti. —Y ricé un poco más mi mordacidad con ese lelo—. Lo que no sé es qué quieres que yo haga.  
—¿Cómo que no lo sabes...?  
—No, no lo sé.  
—Sí que lo sabes.  
—Que no, enserio.  
—¡Joder! ¡Pues eso! Lo que haces con ella, hablar...  
—¡Ah! Entonces, ¿tampoco puedo hablar con ella?  
—Sí, pero no como lo estás haciendo.  
—Lo siento, Mathew, pero sigo sin saber a qué te refieres.  
—Mira, Tyler, no me tomes por idiota.  
—Para nada —negué con una sorna más que evidente—. No te tomo por idiota. —Y ahí, me abrí sin velos—. Te tomo por un gilipollas que todavía no se ha dado cuenta de que la tía que le gusta, en realidad, lo aborrece. Y que, por mucho que lo intente, no va a conseguir nada con ella. Lizzy es demasiado mujer para ti, capullo. Y no te elegiría ni aunque fueses el único tipo en la tierra con el que acostarse. Ella no quiere cromañones como tú. Lo que quiere es un hombre de verdad que la respete y que, por supuesto, no limite su libertad con sus mierdas y sus inseguridades. ¿Te queda claro?  
Se levantó furioso y apoyó sus manos con un golpe seco en la barra.  
—¡No te acerques a ella, Tyler!  
Moví mi rostro sobre el suyo para encararle más cerca.  
—¿O qué? —No me respondió. De hecho, pude ver la rabia que le invadía por la

impotencia—. Me acercaré a Lizzy si me sale de los huevos. Y ella se acercará a mí si le da la gana. Y tú no tienes nada que decir al respecto.

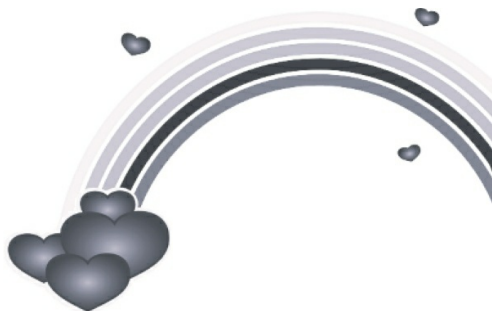
—Te arrepentirás.

—No, no lo creo.

—¡Te arrepentirás!

—¡Te he oído a la primera! Y, ahora, sal de aquí si no quieres que te eche a patadas.

Hizo un amago de contención que le recorrió todo el cuerpo y, después, salió de allí echando leches. Me quedé mirando esa puerta que terminó cerrándose y con un pensamiento golpeando mi mente: me estaba implicando más de lo debido.



## 20

# LIZZY

Me gustaba la forma en la que me acariciaban sus ojos. Me encantaba verlo sonreír para mí. Me estremecía cuando repasaba mi cuerpo, pensando que yo no me daba cuenta. Me deleitaba con su voz cuando rompía su silencio y me contaba algo sobre su vida. Me volvía loca su proximidad buscada, la forma casual que tenía de tomarme la mano, los leves roces de sus dedos sobre mi cintura, solo para llamarme la atención y contarme una tontería. Temblaba con su mirada cargada de deseo. Mi pecho vibraba cuando le oía reír.

Y, sin embargo, Tyler seguía siendo un misterio para mí; un enigma que se había abierto paso en mi vida despertando mi deseo y arrasando mi cordura.

—Vamos, cuéntame algo de tu infancia aquí, en Wellingtonville.

Torció el gesto, pero mantuvo su sonrisa. Bajó la mirada y removió el poco café que quedaba en su taza.

—¿Qué quieres saber?

—No sé. alguna anécdota del colegio, lo que hacías con tus amigos, alguna chica que te gustase.

—No me acuerdo. No me acuerdo. Y no me acuerdo.

—Conocías a Tom y al sheriff MacDougall, ¿no? ¿Jugabas con ellos?

—Ni idea. Algo me han contado, pero no termino de encajarlos en mis recuerdos de entonces.

—¿Y a Anna?

—¿Qué Anna?

—¡Oh! ¡Venga ya, Tyler! —reí con algo de molestia—. ¿Cómo puede ser que yo te haya contado tantas cosas y no sepa nada de ti?

Me clavó esos ojos azules tan brillantes y cargados de astucia. Lo hizo con una potencia demoledora a la que no quedé inmune. Nunca podía.

—Sabes muchas cosas de mí, Lizzy.

—¿Cómo por ejemplo?

—No sé. Dímelo tú.

Arrugué mis labios, pero era incapaz de mostrarme enfadada con él. Ya no.

—Sé que te gusta el café solo. —Y señalé su taza.

—¿Lo ves?

—Sabes a lo que me refiero.

—Venga, Lizzy —me acarició, susurrante—. ¿Qué más?

Perdí la mirada a través de la ventana de la cafetería.

—Que te gustan las cookies de chocolate recién hechas.

—No te vayas por lo fácil.

—Que tu abuela te hacía galletas todos los domingos y te quemaste la lengua más de una vez por comerlas recién sacadas del horno.

—Ajá.

Lo observé con ternura.

—Sé que te gusta leer, sobre todo, novela policiaca. —Y, poco a poco, se me fue mostrando una tela de recuerdos que no había captado hasta el momento y que se había fraguado gracias a las conversaciones de esos días—. Que te gustan las tardes de otoño, cuando el sol está cayendo; respirar la humedad de las hojas en el suelo; los colores rojizos, ocre, marrones que bañan el paisaje. —Ladeó su rostro y me sonrió complaciente—. Que bajabas a menudo a la playa para quedarte simplemente mirando las olas. Que hace tiempo que no lo haces y lo echas de menos.

—¿Recuerdas mi película favorita?

Reí, horrorizada.

—¡Sííí! ¡*El Resplandor*!

—¿Por qué lo dices así?

—¿Acaso no es evidente?

—¿A quién no le gustaría tomarse unas vacaciones en un hotel perdido en la montaña...?

—¿... y terminar asesinando a su familia con un hacha? —finalicé, cantarina.

—No los asesina.

—Es cierto, —me disculpé con comicidad—, solo lo intenta.

—Yo no me hubiera perdido en el laberinto como Jack —aseveró, orgulloso—. Si algo aprendí de *El nombre de la rosa* fue que siempre se sale siguiendo la pared de la izquierda. Pero, venga, sigue. ¿Mi grupo de rock favorito?

—*The Who*. Menos mal que dejaste el *trash* metal y a los *Slayer*.

—Te dejaría su mejor álbum, pero me lo rompiste delante de mis narices.

—¡Oh! ¡Vamos, Tyler! No lloriquees.

—Me debes ese álbum, —Y rasgó sus ojos para desafiarme—, gatita.

—¿Buscas pelea, vecino?

Levantó sus manos en son de paz.

—No se me ocurriría.

—Ya decía yo.

—¿Mi helado favorito?

—Vainilla.

—¿Mi color favorito?

—El blanco. Aunque ya te he dicho que ese no es un color, sino...

—... todas las percepciones de las ondas visibles —se mofó, imitándome con voz de teleñeco. Se me escapó la risa—. Es un color —siguió reafirmandose—. Sigamos, ¿mi destino soñado?

—Queenstown, en Nueva Zelanda.

—¿Vendrías conmigo? —Temblé ante su propuesta y él se dio cuenta. Se cruzó de brazos, acercó su rostro más sobre el mío, me invadió con la mirada y me susurró con su sonrisa más

seductora—. ¿Tú y yo, juntos hasta el fin del mundo? —siguió consciente del efecto que me provocaba. Vacilé en mi respuesta y, finalmente, se apiadó de mí. Se echó hacia atrás y comenzó a relatar—: Paracaidismo, rafting, surf, esquí... ¿Cuál te gusta más?

—*Tumbing*.

—¿*Holizontaling*? —siguió, sarcástico.

—Depende de con quién, se puede llegar a hacer mucho ejercicio.

Afiló su fascinante mirada y me sonrió, canalla.

—Eso tienes que enseñármelo, vecina.

«Cuando quieras».

No terminaba de entender cómo esas horas que pasábamos juntos podían fluir de aquella manera tan natural; cómo todo discurría de forma tan sencilla y espontánea; cómo me sentía tan a gusto con alguien que conocía de tan poco tiempo y con el que había confrontado de forma directa. Lo único que tenía claro era que, cada día que pasaba, me sentía más enganchada a Tyler Brooks y necesitaba descubrir más cosas de él.

—Es pronto y Tom seguro que todavía no ha abierto el bar. ¿Quieres subir a casa y esperarlo hasta que escampe?

—No, no te preocupes. Me gusta caminar bajo la lluvia. Además, está aquí al lado.

«Sube solo un rato, por favor. No quiero que te vayas tan pronto. No quiero desaprovechar otro día más sin besar tus labios».

—Te veo mañana, Lizzy.

—No, no voy a estar.

—¿Y eso?

—Paso el fin de semana en casa de unas amigas, en Nueva York.

Abrió su sonrisa.

—¡Genial!

«Dime que me echarás de menos».

—¿Son las mismas de las que me hablaste?

«Dime que te gustaría que me pasase el sábado por el bar».

—Noche de chicas, ¿eh?

«Dime que después me acompañarías a casa y subirías conmigo, que pasaríamos la madrugada amándonos...».

—¿Saldréis por Manhattan a quemar la noche?

«... Que el domingo amaneceríamos haciendo el amor...».

Su rostro se tiñó de preocupación.

—Lizzy, ¿te ocurre algo?

«Me ocurres tú».



## 21

# TYLER

Miré por la ventana del salón. Estaba esperando a que Lizzy saliera de trabajar para abordarla e invitarla a tomar una cookie de chocolate en *El Café de Myrtle*.

Esa dinámica me había dado pie para hacerme una idea de la actividad del establecimiento. De momento, solo me estaba centrando en el bibliotecario. De Olga, la repostera, no habíamos sacado nada. Todo en ella y en sus padres parecía responder a la actitud habitual de inmigrantes venidos de Rusia. Era una familia modélica, trabajadora, comprometida, y nada nos hacía sospechar que tuvieran otro tipo de intereses. Pero, en cuanto nos llegó la información de la Oficina de Ciudadanía y Servicios de Inmigración de los Estados Unidos, y del Departamento de Seguridad Nacional, vimos que ellos no podían estar detrás o, al menos, no se la jugarían de ese modo.

La familia Mikhailov estaba bajo asilo político. El papá, Nikolai Mikhailov, había sido profesor en la Universidad Estatal de Moscú y un abierto crítico del gobierno ruso. Escribió varios artículos y libros denunciando la corrupción del régimen. Recibieron presiones y, después de un intento de arresto, la familia decidió huir y solicitar asilo político en Estados Unidos. No les veía yo con cara de volver a Rusia por jugar al hackeo contra Wall Street.

En cuanto al trabajador del ayuntamiento, John Connor, la realidad nos había dado un guantazo, mostrándonos que, efectivamente, el tipo se llamaba así. Afortunadamente, su madre no se llamaba Sarah, sino Rose, y vivía en la residencia de ancianos del pueblo de al lado. Nada me hizo sospechar de él y lo había dejado a un lado, aparcado, debido a una razón más que evidente: John tenía cuatro hijos de diferentes matrimonios; dos gemelos de tres años, que iban a la guardería de Lizzy, y dos adolescentes conflictivos que daban por culo en la localidad. Con ese panorama, pocas ganas te quedan de montar ciberataques a nivel internacional. Suficiente tienes con que no te explote la cabeza con tanta crianza. Y, aunque no lo podíamos descartar del todo, me había centrado en el enigmático bibliotecario.

Desde el primer momento, su nombre, Vincent Fawkes, me había llamado la atención. El apellido recordaba al revolucionario del siglo XVII Guy Fawkes, integrante del grupo de católicos ingleses que intentó asesinar al rey Jacobo I en la fallida Conspiración de la Pólvora, en 1605. Él fue la fuente de inspiración para que Alan Moore creara a su personaje V, de la serie *V de Vendetta*. Y, en la actualidad, era el icono de los movimientos políticos vinculados al anarquismo posmoderno. De hecho, la clásica imagen de su cara es la utilizada por la comunidad

virtual de Anonymous en sus ataques reivindicativos.

El rastreo de su nombre, sin embargo, no había aportado resultados. Había más Vincent Fawkes en el Estado de Nueva York de lo que me esperaba. Sin embargo, ningún perfil cercano se adaptaba a él. Estábamos a la espera de que la Administración del Seguros Sociales nos dijese algo. Pero, teniendo en cuenta la lentitud con la que esa gente nos aportaba información, me temía que iba a tener que tirar del sheriff si queríamos acceder a los datos de su contrato con el ayuntamiento o, incluso, para buscar una razón por la que MacDougall pudiese pedirle algún tipo de documentación que verificase su identidad. Aunque fuese falsa, nos daría algo para empezar a tirar del hilo.

Pero, de ese modo, la cosa se complicaba. Si se trataba de él, la mínima sospecha podría hacerlo desaparecer sin dejar huella. Y eso haría estallar toda la operación en curso.

Lo que no me cuadraba era que un tipo como Vincent Fawkes actuase de forma independiente contra Wall Street. No encontraba motivos aparentes. A excepción de su apellido, no había nada que me hiciese sospechar lo más mínimo. Gracias a Lizzy, había confirmado que, efectivamente, escribía poesía. Al menos, ella me había contado que había podido ver sus poemas y comentarlos con él. Aunque me desconcertaba que, al mismo tiempo, tuviese una pegatina de *Dungeons & Dragons* y otra de *Rol is alive* en la parte baja de su portátil. Quizá eran mis propios prejuicios, pero pocos jugadores de rol conocía que se dedicasen en su trabajo a hacer Clubs de lectura del romanticismo inglés, a leer a Ocean Vuong en la plaza del pueblo y, además, en sus ratos libres, a asaltar Bolsas internacionales con ánimo de manipular el mercado. Su vida, además, parecía tranquila. Y, aunque era cierto que no se relacionaba con mucha gente, era admirado por sus vecinos.

Tenía muy claro que no debía levantar sospechas y había optado por postergar mi visita a la biblioteca y observar sus movimientos y los de los demás a lo largo del día. Necesitaba algo a lo que agarrarme porque, hasta ese momento, él era mi opción más plausible y, sin embargo, no me convencía nada. Por esa razón, me había dejado ver con más asiduidad por el pueblo, aunque sin llegar a entrar en su lugar de trabajo, y había decidido seguir observándolo un poco más, desde el café, bajo la tapadera que me ofrecía Lizzy.

No me gustaba nada utilizarla de esa manera. Lizzy me había mostrado una faceta de ella misma muy interesante y deliciosamente atrayente, que había terminado seduciéndome hasta las entrañas. La anhelaba cada noche y, cada día que pasaba, esa necesidad crecía más. Pero, de momento, no me quedaba otra. Y eso me hacía sentir deshonesto con ella porque, realmente, me encantaba pasar ese rato a su lado, disfrutar esas dos horas conversando un poco de todo y de nada, dejarme mecer por su risa, buscar una proximidad mucho mayor. Me fascinaba oír su melodioso tono de voz, perderme en su mirada, seguir el camino perfilado de su rostro, dejarme envolver en su aroma, fantasear con el sabor de sus labios.

Solo había parado el fin de semana porque la escuela había cerrado y, además, ella se había ido a Nueva York, a casa de una amiga, y no había vuelto hasta el domingo por la noche. La eché de menos, sí. No podía seguir negándomelo. Lizzy me gustaba y, en otras circunstancias, me habría lanzado. Pero sabía dónde estaba y cuál debía ser mi prioridad.

No estaba siendo sincero con ella. De hecho, solo me dedicaba a escucharla y, cuando ella me preguntaba por mi vida, solía evitar responder, alegando cualquier excusa; aunque, en realidad, mi interior clamase por hacerme ver, por decirle quién era, por mostrarle todas las facetas, por enseñarle mi vida. Me flagelaba seguir mintiéndole bajo una máscara obligada y odiaba tener que manchar ese café y esas cookies diarias con engaños cada vez mayores.

Aquel lunes, Lizzy estaba tardando más en cerrar su día. Los padres de uno de los niños se

habían acercado a hablar con ella y, a pesar de la hora, todavía no habían finalizado la reunión. Me estaban jodiendo el plan. Al día siguiente, Vincent Fawkes iba a ir a contar un cuento a los pequeños. Por eso, yo necesitaba ir ese lunes a la escuela. La idea era que, con la excusa de arreglar el grifo que goteaba, podría decirle a Lizzy que necesitaba echarlo un vistazo. Después, me presentaría al día siguiente para terminar de repáralo cuando el bibliotecario estuviera dentro.

Mi plan consistía en coger su portátil mientras estuviese con los críos. En esos días, me había percatado de que iba con él a todas partes. No lo teníamos bien atado, pero los chicos habían configurado un keylogger que registraba las teclas que se pulsaban en el equipo infectado. Yo debía incorporarla en su software a través de un USB con una distribución de Linux. De ese modo, podría arrancar el portátil desde la unidad USB sin necesidad de acceder al sistema operativo principal, que sin duda, tendría contraseña. Eso me permitiría instalar el keylogger en el sistema, configurarlo, modificar los archivos de inicio y ejecutarlo para que estuviese activo a partir del siguiente arranque.

Vi a Lizzy salir de la guardería para despedirse de los padres. En cuanto ellos tomaron el caminito que salía de su parcela, tomé el tirador y salí de casa. Crucé la vallita de acceso a la guardería de un salto y troté hacia la puerta. Toqué el timbre y esperé.

La puerta se abrió con Lizzy al otro lado.

«Dios, qué bonita eres...».

Abrí mi sonrisa.

—¡Hola, vecina!

La suya se dibujó al instante como respuesta. Después del fin de semana, me encantaba volver a verla. No había dejado de observarla en toda la mañana desde la ventana del dormitorio, mientras trabajaba en mi portátil o hablaba con la oficina de Nueva York. Los ojos se me iban constantemente. Sin embargo, estar a solas con ella era otra cosa. Suponía mucho más.

—Hola, Tyler, ¿qué tal?

—¿Te cojo en buen momento?

—Sí, claro.

Pasé las palmas de mis manos por las traseras de mis vaqueros, que iban cargados con herramientas. Estaba tan nervioso como un adolescente viendo por segunda vez a la chica que le gustaba.

—¿Qué tal el fin de semana?

—Bien, muy bien. ¿Y el tuyo?

—Bien. Mucho trabajo, pero bien.

—Tus amigas, ¿qué tal?

—Estupendas, como siempre. Salimos, nos contamos nuestra vida, bebimos más de lo hubiéramos debido y volvimos a casa entre risas. Todo bien.

—Oye, entro en tres de horas. Me preguntaba si quieres que eche un vistazo al grifo. He visto que nadie del ayuntamiento ha venido a repáralo.

Relajó su expresión y me miró con ternura.

—Gracias, Tyler. Te lo agradezco, de veras.

—Y luego, si te apetece, podemos acercarnos a tomar un café y una cookie de chocolate.

—Claro que sí —respondió con esa voz melodiosa—. Pasa, por favor.

Se echó a un lado para dejarme entrar y, después, emprendió el camino escaleras arriba conmigo detrás. Ver el movimiento sutil de sus caderas, cada vez que subía un peldaño, me generó un deseo que fui incapaz de frenar. Tuve que tocar mi entrepierna para domar lo que se

me revelaba.

—Lo estuve mirando por Internet, —me fue diciendo—, pero ya te dije que sustituimos la junta y nada.

—Puede que sea solamente el cartucho cerámico y no tengas que cambiar el grifo entero.

—¡Ojalá!

Pues sí, ojalá. No tenía ni idea de fontanería, pero los chicos me habían dado un curso express. De las coñas que se corrieron a mi costa, mejor ni hablar. Solo pedía al cielo que la cosa no fuera demasiado compleja como para cagarla y terminar montando una piscina en el piso superior de la escuela.

Lizzy abrió la puerta de ese pequeño baño, me dejó entrar y se apoyó en la jamba. Y yo hice lo que debía hacer, imbuirme en esa tarea y no en su figura sugerente que había sembrado demasiado en mi mente en esos escasos cinco minutos. Llevaba un vestido corto, de color lila, con una camiseta blanca de tirantes debajo. Sus piernas desnudas me llamaban casi de forma enfermiza. En todos esos días, había fantaseado demasiadas veces con cómo sería tocar su piel, recorrerla con mis yemas, saborearla con mis labios.

La sensualidad de Lizzy no era habitual. Era mucho más compleja. No poseía el cuerpo voluptuoso de ese tipo de mujeres que captan tu atención con curvas pronunciadas o movimientos sugerentes. Era una sensualidad, más bien, que se revelaba en la suavidad de sus rasgos, en la elegancia de su postura y en la manera en que sus ojos me miraban. Cada vez que se encontraban con los míos, me sometían a los más oscuros deseos. Su belleza era como una melodía suave y envolvente, que fluía de forma natural, sin esfuerzo, y cautivaba con su discreta intensidad hasta que te veías rendido a ella. La hacía única. Y a mí me volvía loco.

—¿Qué opinas?

Había que soltar lo aprendido.

—Creo que es un problema del cartucho. Es posible que la placa de cierre tenga un desgaste irregular debido a la fricción interna del mecanismo de control de flujo. También podría haber una obstrucción microscópica en las ranuras del disco cerámico, lo cual afectaría la estanqueidad del cierre hermético. Además, no podemos descartar la posibilidad de una tensión anómala en los muelles de presión, lo que podría estar comprometiendo la regulación del caudal. Y, por supuesto, existe la remota posibilidad de una inadecuada adherencia del sello lubricante en el contorno del cartucho.

Lizzy me observó con incredulidad. Estaba intentando procesar toda la jerga que le acababa de soltar por mi boca. Solo esperaba que no me hiciese ninguna pregunta, porque no tenía ni idea de lo que le había dicho.

Con gesto de confianza, simplifiqué:

—Seguro que es el cartucho cerámico. Necesito desmontar el grifo un momento para ver cómo es la pieza.

—Vale, de acuerdo. ¿Puedo ayudarte de alguna manera?

—Sí.

—¿Cómo?

—Estando aquí.

Le sonreí y ella me miró con una suspicacia fingida a la que añadió un gesto cargado de ternura en sus labios.

Saqué las herramientas de los bolsillos traseros de mi pantalón: una llave inglesa, una llave de tubo, una llave Allen, y dos destornilladores, uno plano y otro de estrella. Miré el grifo y me encomendé a Súper Mario.

—¡Vamos allá!

Empecé aflojando los tornillos que aseguraban el grifo al lavabo. Con cada giro, sentía cómo la tensión se acumulaba en mis manos. Esos movimientos eran cruciales para evitar dañarlo. Retiré el primero y seguí con el segundo. Con los tornillos sacados, comencé a separar las diferentes partes que lo constituían.

Iba a retirar el cartucho cerámico, para darme un baile de masas, cuando un chorro a presión me golpeó directamente en el pecho.

—¡Mierda!

Instintivamente, tapé la fuga con mi mano.

—¡No hemos cerrado la llave de paso! —gritó Lizzy. Y se coló entre mis piernas para buscarla debajo del lavabo.

Cuando consiguió cerrarla, estaba calado hasta arriba y Lizzy no podía dejar de reír.

—Oh, joder... —exclamé al retirarme goteando.

Lizzy cogió una toalla y, divertida, comenzó a secarme con mimo.

—La fontanería no es lo tuyo, ¿verdad?

—Verdad.

Entre risas, la pasó por mis brazos e intentó adecentar mi camisa, que estaba empapada. Ni siquiera puedo recordar cómo pasó exactamente. Pero, de pronto pareció como si todo perdiese fluidez y los suaves roces de la toalla sobre mi piel se tornaron más placenteros. Busqué sus ojos. Lizzy ya me estaba mirando. Me retuvo en ellos unos segundos que se tornaron cómplices de las emociones que comenzaron a revelarse. Podía sentir el cosquilleo sobre mis labios, la presión en mi vientre, la pérdida de consciencia, el anhelo añorado.

—Lizzy —musité, aunque en realidad me lo advertí a mí mismo.

Ella acercó más su rostro. Abrasó mi abdomen con su mano y dio un paso más. Enredó su aliento en el mío, acarició mi barba y, de inmediato, sentí sus labios sobre mi boca.

Todo se desbordó como si se hubieran quebrado los muros de una presa y, por primera vez en mucho tiempo, me permití amar. El dolor desapareció por completo y me envolvió una serenidad placentera a la que no pude dar explicación lógica. Lo único que tuve claro fue que ella era la única artífice de ese equilibrio, de ese sosiego, de toda la ternura que me estaba regalando hasta volverme loco.

Sin embargo, cuando ya estaba saboreando el dulce néctar de la pureza, mi responsabilidad se abrió paso como única contención. No podía hacerle eso. No podía engañarla de ese modo. La deseaba muchísimo, pero ceder ahora sería mentirla de la forma más vil. Sabía que, cuando la verdad saltase, se sentiría defraudada. Pero me quedaba una leve esperanza de que, de algún modo, Lizzy pudiera llegar a entenderlo; que tuviese claro que todo el tiempo que habíamos compartido fue real. Sin embargo, si daba rienda suelta a lo que clamaba mi cuerpo en esos momentos, acabaría con esa única oportunidad de poder enmendar su daño porque entendería que no solo había jugado con su amistad, sino con su corazón.

Despacio, me aparté de ella. Ni siquiera pude mirarla a los ojos.

—Lizzy, lo siento...

Ella entendió y se apartó de mi contacto. La vi luchar contra la vergüenza, la frustración y el desamparo. De un momento a otro, se convirtió en una mujer frágil, vulnerable, quebradiza. No quería que se sintiese así, pero tampoco sabía cómo enmendarlo.

—Lizzy, mi vida ahora...

No me dejó terminar. Bajó su rostro y susurró:

—Lo siento. No pretendí... Lo siento.

Peleó con uñas y dientes contra la desazón humillante que la ahogaba.

—Lizzy, de veras, me gustas muchísimo. Pero, ahora mismo, no es un buen momento.

Ni siquiera escuchó mis palabras. Se movió perdida hasta que consiguió darse la vuelta.

—Deja las cosas como están. Mañana llamaré a un fontanero.

—Lizzy...

—Por favor, vete.

Pero fue ella la que se marchó antes incluso de que yo diese un paso. Se perdió a lo largo del pasillo hacia la estancia del fondo y cerró la puerta.

Me consumió la sensación demoledora de haberla dañado. Aún sentía el sabor de sus labios sobre los míos, el calor que me había invadido...

«Es lo mejor para ella; para todos».

Quizá lo fuera, pero no me servía de consuelo.



## 22

### TYLER

—Pues te vas a tener que joder, donjuán de pacotilla.

Miré a Oldman a los ojos, chaqué la lengua y tomé la taza de café asqueroso que me habían servido en el bar de carretera de acceso a Atherville

—No puedo seguir utilizándola.

—El plan es bueno. —Y volvió a colocarme enfrente el USB con el software de monitoreo.

—Podría intentarlo en la cafetería. O en la misma biblioteca. Identifico el portátil perfectamente por las pegatinas.

—¿Y eso cómo piensas hacerlo? ¿A la vista de todos? Brooks, no le des más vueltas. La has cagado con ella. Pero su país la necesita. ¡La economía del mundo entero depende de ella!

—¡Vamos, no me jodas!

—Los sentimientos de esa mujer no pueden estar por encima de la seguridad nacional. Así que coge el puto software y preséntate mañana con una docena de cookies de chocolate, si quieres, o un ramo de rosas. ¡Me da lo mismo! Pero tienes que ir allí y seguir el plan para instalarlo en el portátil del sospechoso.

Masqué mi propia ponzoña. Miré el maldito dispositivo sobre la mesa de madera carcomida y, finalmente, lo envolví en mi mano.

—Por favor, cúbreme.

—Tranquilo, Brooks. A todos nos ha pasado alguna vez.

Me levanté y, sin despedirme, me largué.

Antes de salir del establecimiento, escuché la voz de Oldman a mi espalda:

—¡Se le pasará! ¡Y lo entenderá!

No, eso no iba a suceder, pero tampoco podía juzgarla. Lo peor era no poder hacer nada por remediarlo. Solo me quedaba pedir perdón cuando todo pasase y confesarle la verdad: que me había dejado llevar por su calidez; que me resultaba casi como una droga poder tener esos momentos a solas con ella; que adoraba verla reír ante mis estupideces; que me colmaba comprobar la atención con la que me escuchaba. Ni siquiera tenía claro cómo iba a poder lidiar con ello; con su distancia, con su más que evidente frialdad, con sus ojos cargados de turbación, con su sonrisa borrada. La última semana había sido mágica porque Lizzy me había bañado cada día con ella, y ahora se me ofrecía un horizonte demasiado lúgubre que, por supuesto, no quería

ni imaginar.

Salí del establecimiento y me cubrió la oscuridad de la madrugada casi como si se tratase de una metáfora de mi propia alma. Caminé hasta el *Fiero*. Abrí la puerta y el sonido cascado de las bisagras rasgó el silencio que me envolvía. Cerré con un golpe seco y arranqué. El motor rugió como un trueno rompiendo las entrañas de la tierra. Metí primera y salí de allí.

Conduje de nuevo hasta Wellingtonville con la sombra de la noche como mi compañera. Cuando dejé atrás el cartel de bienvenida, reduje la velocidad y recorrí Main Street. Al llegar al cruce, me detuve a conciencia. Llevé los ojos a los apartamentos que había junto al ayuntamiento y centré mi atención en una de aquellas ventanas.

La luz estaba apagada, pero no sabía si Lizzy estaría dormida. Pensar en ella me destrozaba de un modo que no podía entender. En esos pocos días que habíamos estado viéndonos, se había ido colando muy poco a poco y no había sido consciente de la huella que me estaba dejando. Me gustaba, pero nunca imaginé que podría marcarse a fuego en mi pecho cuando había pasado tan poco tiempo. Llevé la mano a mi boca. Todavía podía sentir sus labios sobre los míos. Cerré los ojos y maldije.

«Si te hubiera conocido en otras circunstancias...».

Pero la realidad era muy distinta y debía empezar a asumirla cuanto antes.

De nuevo, metí primera y salí de allí. Tomé la calle que llevaba hasta mi casa y pocos minutos después, aparqué el *Fiero* frente a ella. Salí del coche y comencé a caminar hacia la puerta. Los suaves aromas de las flores nocturnas flotaban en el aire gracias al frescor que otorgaba la madrugada y ofrecían un contraste engañosamente pacífico a la rabia que sentía en todo mi cuerpo. El silencio era casi absoluto y solo lo rompía el susurro ocasional de las hojas movidas por la brisa afortunada que había esa noche. De hecho, fue ella la que me salvó.

El agradable aroma de la naturaleza se impregnó de un olor viciado a mi espalda. Un escalofrío recorrió mi columna. Retuve mi adrenalina y me giré rápidamente, justo en el momento en que alguien descargaba un bate de béisbol sobre mi cabeza.

Apenas pude reaccionar, pero conseguí echarme hacia el lado contrario lo necesario como para esquivar el golpe. El bate silbó peligrosamente cerca de mí, y cortó el aire con un sonido seco y amenazador. Sabía que tenía solo una fracción de segundo para reaccionar. Lancé un rodillazo directo al estómago de ese tipo, que lo hizo doblarse en dos. Mi impacto sólido le hizo tambalearse. Sin darle tiempo a que se recuperara, le golpeé la cara con un puñetazo. Esa vez, cayó derribado al suelo. El bate se desprendió de sus manos con un sonido sordo y yo lo golpeé con el pie para mandarlo fuera de su alcance.

Me abalancé sobre él, le di la vuelta y lo inmovilicé contra el suelo. Su resistencia fue breve. Mi sorpresa, mayúscula.

—Mathew Carrie —mascullé con rabia.

—¡Suéltame! ¡Suéltam...!

Le tapé la boca y me acerqué hasta su oído.

—Esto te va a salir muy caro, capullo.



—Tienes 48 horas, agente Brooks. No más. —El aire se escapó de mis labios y golpeó el micrófono del teléfono—. Nuestros chicos lo han enviado al Centro de Detención Metropolitano de Brooklyn. No tengo muy claro que el juez apruebe mantenerlo detenido más allá de ese tiempo sin cargos. Por mucho que estemos en mitad de una investigación y de la necesidad de proteger tu identidad, no podemos arriesgarnos a contar con ese tiempo extra, lo sabes. Y, además, si el juez establece una fianza baja, podríamos tener a ese capullo en tres días en el pueblo. Así que ponte a ello. La investigación debe terminar ya.

—Sí, señor.

—En cuanto tengamos el veredicto de la audiencia rápida, volveré a llamarte. Pero no creo que nos sea favorable. Carrie ha actuado por celos, no porque haya ningún vínculo con los hackers. Ah, otra cosa. Quiero un informe completo sobre lo que está sucediendo con esa mujer, Elisabeth Stone.

—No está ocurriendo nada, señor. Actúo con ella igual que con cualquier otro vecino del pueblo. Y me ha servido de cobertura para poder adentrarme en el café. Nada más.

—¿Con su consentimiento?

—No ha sido necesario, señor. Simplemente, surgió.

—Surgió —repitió con escepticismo—. Es decir, una civil te invita a tomar café, en mitad de una investigación, y tú accedes.

—Porque el principal sospechoso pasa las tardes ahí. No hay ninguna otra razón.

Lo escuché suspirar con gravedad.

—Debes dejarla a un lado. Podría con llevarte sanciones administrativas.

—Lo sé, señor. Pero era necesario para normalizar mi imagen. Soy un exconvicto en un pueblo pequeño. No paso desapercibido allá por donde voy. Todos me observan y, la gran mayoría, con suspicacia. El hecho de estar allí con ella me daba una justificación más mundana y eso me permitía actuar con mayor libertad.

—La has utilizado, agente Brooks.

—No... No la he... —. No sabía a quién pretendía engañar.

—Ya hablaremos cuando todo esto termine. Mándame ese informe.

—Señor, tengo cuarenta y ocho horas para destapar a un criminal. Si no le importa...

—¡Me importa, agente Brooks! ¡Mándame ese informe! —Y colgó la llamada.

Blasfemé y tiré el móvil sobre la cama. El sol ya empezaba a aparecer por el horizonte y yo no había dormido nada aquella noche. Después del ataque de Mathew Carrie, la llamada al sheriff y la llegada de mis compañeros federales había generado una bola de nieve que ahora se desprendía monte abajo. Todo se había desvirtuado por ese maldito payaso y la razón habían sido los celos. En mi vida me plantearía actuar así contra una persona por desamor. Pero estaba claro que hay corazones que no laten por ningún otro ser humano que no sean ellos mismos.

Daba igual. Carrie estaba ahora de camino hacia Brooklyn. Se enfrentaba a un intento de agresión a un agente federal. La cosa le iba a salir muy cara. Dudaba si su detención pasaría desapercibida en el pueblo, al menos, esas cuarenta y ocho horas. Yo había sido muy discreto y no me había cortado un pelo en meter a Mathew en la casa sin que me diera ningún problema y a

la mayor brevedad. Las formas no fueron las mejores, pero él no se había enterado de nada después de perder la conciencia. Allí le había atado y amordazado hasta la llegada del sheriff, que, sabedor de las implicaciones, también se movió con sigilo. Pero mis compañeros habían aparecido con dos *Chevrolets Suburban*, negros, a una velocidad de vértigo y, por supuesto, aparcaron delante de la casa después de un frenazo de los que hacen época.

No sabría decir qué cojones se les pasó por la cabeza.

—Oldman, son las dos de la madrugada. Puedes quitarte las gafas de sol.

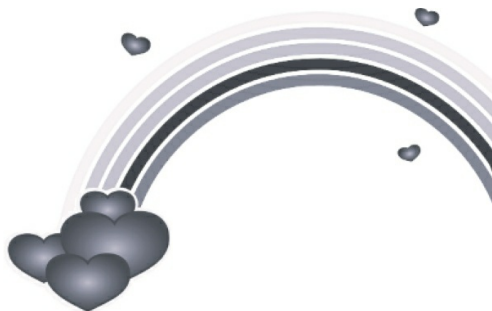
—¿Dónde lo tienes?

—En el sótano.

Y sin luz. Afortunadamente, no se hizo nada encima.

Bajo el desconcierto de Mathew, por ese despliegue de fuerzas, le leyeron sus derechos y se lo llevaron detenido en menos de diez minutos. Para que nadie lo viera, metieron uno de los *Chevrolet* hasta la misma puerta de la casa y los malditos hijos de puta me rompieron las gardenias que había plantado hacía dos días.

Sin embargo, ese era un pueblo pequeño y, aunque no atisbé nada, cabía la posibilidad de que alguien estuviera detrás de su cortina husmeando, incluso a esas horas. Solo esperaba que el sueño hubiera mecido lo suficiente a mis vecinos y MacDougall hiciese bien su trabajo de cara a echar balones fuera. Él sería el encargado de aplacar los rumores entre la población y desviarlos el tiempo extra que nos diera el juez. Pero sabía que no iban a ser mucho más de esas cuarenta y ocho horas que nos daba la ley. A partir de entonces, la investigación debería estar terminada porque el juez podría no ver riesgo de fuga y, con una fianza aceptable, Mathew podría estar de vuelta antes de cuatro días hasta la espera de juicio. Y todos sabíamos que hablaría, yo quedaría sin cobertura y el autor de los ciberataques huiría de allí.



## 23

# LIZZY

La luz de esa mañana de primavera se colaba por el ventanal de la escuela y bañaba la habitación con un cálido resplandor dorado. Estaba sentada en la gran sala de la guardería junto a mis niños y mis compañeras. Incluso Anna, como era costumbre en ese tipo de días, se nos había unido. Vincent había venido aquel martes para contarles un cuento. Ni siquiera había empezado, pero los niños ya estaban con sus caritas llenas de curiosidad y habían volcado sus ojos en él. Vincent poseía un gran don como narrador de historias. Lo había demostrado en la escuela más de una vez. Su voz suave se modificaba a voluntad a medida que cambiaba de personaje y, además, no dejaba de hacer gestos animados.

Yo intentaba concentrarme en lo que les estaba diciendo antes de empezar el cuento, pero mi mente se perdía con facilidad. Hay días en los que cuesta sacar la sonrisa, mantener una mirada o, incluso, escuchar. Sobre todo, esos en los que la realidad se afana en retirarnos la venda con la que hemos tejido las esperanzas. Me sentía como si una pesada nube gris se hubiera instalado en mi cabeza a pesar de la claridad casi estival que nos bañaba.

Después de reunir todo mi valor y lanzarme a besar a Tyler, el rechazo fue similar a un golpe seco en el pecho. Al recordar cómo él se apartó, la vergüenza y el dolor se intensificaban, y una punzada amarga se me clavaba dentro. La tristeza me envolvía desde el día anterior e, incluso, se había manifestado hasta para las tareas más simples.

No podía dejar de preguntarme qué había hecho mal. Pensaba que él lo quería. En algunos momentos, me había parecido hasta evidente. Pero la verdad se había abierto hueco y me había mostrado que no era así. Me sentía atrapada en una maraña de inseguridades y dudas. Sin embargo, el mundo seguía girando a mi alrededor como si nada. La vida seguía adelante, aunque yo me encontrara estancada en la ciénaga de ese rechazo y sin fuerzas para salir.

Miraba a los niños, con sus risas y murmullos llenando el aire, y trataba de sonreír. Sin embargo, no podía ignorar la pesadez en el pecho ni el nudo en la garganta del que no lograba deshacerme. Sabía que pasaría; que llegaría un momento en que doliese menos. Así como la primavera sigue al invierno, mis días oscuros también darían paso a tiempos mejores. Tenía la capacidad de sobreponerme, de encontrar alegría en las pequeñas cosas y de seguir adelante. Lo había demostrado con creces. Y esa, sin duda, sería una más.

Pero también era consciente de que para ello debería pasar por las brasas candentes que dañaban mi alma. Dicen que el amor está hecho para valientes porque, no solo se trata de ser

capaz de dar un paso al frente, sino también de saber recoger tu corazón quebrado y tratar de recomponerlo. Y, en esos momentos, estaba ya muy cansada. Después de tanto tiempo, de todo lo que había pasado con mi enfermedad y con Liam, vi en Tyler un bálsamo de aire fresco. Me equivoqué y ya no podía hacer nada por enmendarlo. Solo aceptarlo y, en algún momento, volver a dar el primer paso para seguir adelante sin las cadenas de la vergüenza.

Cuando el timbre de la guardería sonó, ni siquiera fui consciente. Solo reaccioné al ver que Karen iba a levantarse. La tomé del brazo y me dirigí a ella entre susurros.

—¿Qué pasa?

—Han llamado.

—Voy yo. Debe ser el fontanero.

Me levanté de la alfombra y troté fuera de la estancia. Cerré ambas puertas detrás mía y corrí a abrir.

Sin embargo, el destino me tenía reservado algo con lo que no contaba.

—Hola, Lizzy.

Allí estaba, Tyler Brooks, con toda su fascinante imagen y su arrebatadora presencia, frente a mi puerta. Mi corazón se desbocó. El aire me resultó pesado y tuve que inhalar profundamente.

—Hola, Tyler. ¿Qué quieres? Tenemos bastante lío ahora mismo.

Me enseñó una llave inglesa y sonrió se forma sutil.

—He venido a arreglar mis destrozos.

No entendía por qué los denominaba en plural, pero no quise ni hacer conjeturas.

—Gracias, pero he llamado a un fontanero. Me dijo que se pasaría por la tarde.

—Déjame arreglarlo, Lizzy. —Acentuó su mirada y dio un paso hacia mí—. Por favor.

Tuve que apartar la mirada por el estremecimiento que recorrió mi cuerpo. Su aroma comenzó a invadirme y a sacar de mi mente las emociones que había encerrado a buen recaudo.

—Tyler, no...

—Por favor —susurró, aún más cerca.

Su cadencia grave acarició mi piel. Me separé, alcé mis ojos y lo miré, intranquila.

—Tengo que estar con los niños. Vincent ha venido a leerles...

—*El osito aventurero en el bosque encantado*. —El recuerdo del día en que se lo conté me atizó con crudeza—. No tardaré, te lo prometo. De hecho, si no quieres o no puedes, no me acompañes. No es necesario. Sé lo que tengo que hacer y esta vez nada irá mal. —Ladeó su rostro—. Por favor.

La duda se cernió sobre mí. No lo quería cerca. Pero también era cierto que Tyler no se había portado mal conmigo. No me había engañado. Mas bien, al contrario. Había sido sincero. El problema residía en mí. Yo era la única que debía aprender a lidiar con ese beso, con el azoramiento de su rechazo plasmado en mis mejillas, y la vergüenza de asumirlo. Y, aunque no pudiese soportarlo ni me plantease volver a cruzar ese puente, no debía sabotear sus intentos por restaurar lo quebrado. Era mi vecino. La buena convivencia debía estar por encima de cualquier otra cosa.

—De acuerdo.

Me eché a un lado y le permití el paso.

—Gracias.

—Ya sabes dónde está todo. Tengo... Tengo que estar con los niños. —Y me fui hacia la sala sin ni siquiera atender a su respuesta.

Crucé las puertas con el corazón golpeando mi pecho y la sensación de vulnerabilidad aún

más acentuada. Me senté en el suelo, crucé las piernas y junté mis manos inquietas. Intenté tragar, pero mi garganta se había transformado en una grieta que presionaba con dureza. Cogí aire, sin apenas resuello, y terminé envolviéndome en mis brazos solo para sentirme protegida.

Saber que él estaba en la escuela me turbaba demasiado. Lo que más me dolía era no poder hacerlo de forma natural. Éramos adultos. Debería poder asumir una negativa con la madurez necesaria.

«Dios... Qué me pasa contigo, Tyler. Yo no soy así».

Elevé mis ojos al techo y lo imaginé ahí arriba, tal y como lo había visto el día anterior. La sensación de atracción me invadió entera y doblegó los burdos intentos de mi mente por alejarme de su hechizo. Apenas podía prestar atención a nada, salvo al cosquilleo de mis brazos, a la presión de mi vientre, a mi corazón desbocado. Y eso me hizo sentirme frágil y vulnerable frente a mis propios anhelos. No me gustaba verme así. Nunca me he caracterizado por ser fría, ni impermeable ni indiferente a las personas. Pero a veces me hubiera gustado ser capaz de moderar más mis emociones, saber despegarme de algunas circunstancias y establecer una distancia de salubridad para no sentir tanto.

Harley, una niña de año y medio de la escuela, se acercó despacio hacia mí. Con mucho cuidado, se sentó entre mis piernas y envolvió mis pulgares con sus manitas. Le sonreí y ella apoyó su cabeza sobre mi pecho. Siempre he dicho que los niños tienen una empatía muchísimo superior a la de un adulto. Saben leer, perfectamente, ese lenguaje de las emociones que nosotros camuflamos y que tratamos de cubrir para ocultar nuestras debilidades al mundo. Captan con una facilidad asombrosa cualquier estado de ánimo. Y Harley, en esos momentos, sabía que yo estaba nerviosa. Sus recientes dieciocho meses cumplidos no supusieron un obstáculo para aplacar mis temores con su equilibrada presencia. Me obligó a centrarme, a sentir su dulzura y me invitó a perderme con ella en el fascinante mundo del osito aventurero.

Pero, cuando estaba empezando a relajarme, vi al pequeño Thomas hacer un esfuerzo con su cuerpo. No me hizo falta especular mucho. Su carita se puso roja y, de inmediato, un olor fétido nos invadió a los que estábamos cerca. Había que cambiar su pañal.

Di un beso a Harley en la cabeza y la dejé a un lado. Después, cogí a Thomas en mis brazos y lo saqué fuera con mucho sigilo.

—Vamos a ponerte limpito, ¿vale?

Entré en el baño de los pequeños y coloqué a Thomas en el cambiador. Le quité los calcetines, el pantalón y abrí el pañal.

—Uy, uy, uy. Y eso que mamá decía que estabas algo estreñido, ¿eh? —Thomas río, divertido—. Está claro que ya no. A ver...

Fui limpiando todos los restos, le puse un pañal nuevo y volví a vestirlo. Le di mis pulgares y él los tomó para incorporarse.

—Muy bien, Thomas. ¿Vamos a ver qué nos sigue contando Vincent?

Salí con el niño en brazos y me dirigí de nuevo hacia la sala. Pero, cuando me disponía a abrir las puertas, Thomas empezó a saltar muy contento mientras reía. Lo miré. Tenía la vista clavada al fondo del pasillo. Me di la vuelta para ver qué era lo que llamaba su atención, pero, al hacerlo, no vi nada.

Me resultó extraño. Su reacción había sido muy alegre.

—¿Qué es lo que te ha gustado tanto? —Me observó con esa sonrisa preciosa que siempre tenía—. ¿El qué?

Thomas señaló con su dedito el pasillo. Pero no logré entender a qué se refería. Allí solo

estaba la puerta de salida, los armarios roperos y, más al fondo, la puerta de la cocina.

Solté al pequeño frente a la puerta de la sala, pero cuando me disponía a abrir, Thomas me esquivó y salió corriendo hacia la zona de los armarios. Se encaramó en una de las puertas y trató de abrirla.

—¿Qué haces? —Thomas me miró con sus ojos vivaces y comenzó a golpear la puerta de madera—. Todavía no es hora de irte a casa. Tenemos que jugar, cantar, comer y echar la siesta. Anda, cariño, ven. Vamos a ver a Vincent.

Pero, en cuanto lo cogí y me alejé, Thomas empezó a gimotear.

—Pero ¿qué te pasa, peque? —Y su llanto se hizo más lastimero—. Todavía no es la hora. Y nos estamos perdiendo al osito. ¿Crees que habrá llegado ya al río? Yo no lo sé. Tenía que cruzar el puente. ¿A ti te gustan los puentes? Son muy bonitos, verdad. Y desde allí puedes ver el agua correr...

No conseguí mi objetivo de distraer su atención. Cruzamos las puertas de la sala común con Thomas más enfadado que nunca, pero, al menos, no gritaba. Únicamente, gimoteaba de forma muy bajita y me miraba enfadado. Aun así, después de cinco minutos sentado encima mía y escuchando a Vincent, se empezó a calmar y decidió que lo que le ocurría al osito aventurero era lo más interesante del mundo.

No fue mi caso. Hasta que Thomas se calmó, estuve distraída. Pero, después, mi mente empezó a volar y a preguntarse qué diantres había pasado para que el pequeño hubiese reaccionado así. Había algo que no me cuadraba. Ese entusiasmo que había mostrado no era normal.

Por eso, cuando Vincent terminó el cuento y Karen le pidió que les costase otro, fruto de su cosecha creativa, decidí echar un vistazo. Si hay una cosa que les entusiasma a los críos son los animales y temía que pudiese haberse colado alguno. La lista de posibilidades no era menor: mapaches, ardillas, ratones, zarigüeyas... En mi vida me había topado con uno, pero cabía la posibilidad debido al entorno.

Salí de nuevo de la sala y cerré despacio las puertas. Recorrí el pasillo y miré en cada recoveco. Cuando llegué al armario que había golpeado Thomas, me armé de valor y abrí. Oteé dentro, pero no encontré nada. Se me pasó la idea de que el bicho hubiera merodeado por allí, pero se hubiese escapado hacia arriba. Tomé las escaleras, volví al piso superior y desemboqué en el descansillo. Todas las puertas estaban cerradas, así que no había posibilidad de que aquel animal se colase por alguna de las habitaciones; todas, menos una, la del cuarto de baño donde Tyler debía estar arreglando el grifo. Sin embargo, allí no había ni rastro de él. De hecho, estaba en perfecto orden y no parecía que hubiese tocado nada.

Me dañó lo que sugería todo aquello, que Tyler hubiera arreglado el grifo y se hubiera marchado, sin decírmelo. Malhumorada, cerré la puerta del baño y bajé de nuevo las escaleras. No me dirigí a la sala común, sino que llevé mis pasos hacia la cocina. Necesitaba beber agua y tragar de algún modo el malestar por esa nueva ofuscación no esperada.

Entré de golpe y con toda la fuerza que me otorgaba mi creciente cabreo. Lo que no esperaba era que hubiese alguien al otro lado de la puerta.

El canto de la madera impactó de lleno en la frente de Tyler.

—¡Auch!

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Lo siento! ¡Lo siento! —Tyler se giró por completo y se cubrió el rostro con las manos. Lo rodeé de prisa—. Perdona, no sabía que estabas ahí. ¡Ay, Dios!

—Tranquila —susurró con voz grave. Tomé sus muñecas y él retiró las palmas que cubrían su cara.

—¿Dime que estás bien!

—Estoy bien, de veras.

Pero no, no lo estaba. Su expresión era de dolor y sorpresa, y sus ojos me miraban con una mezcla de incredulidad y reproche. Se atisbaba un enrojecimiento justo en el centro de su frente y, al acercarme más, pude ver cómo la piel comenzaba a hincharse, dando lugar a un incipiente chichón. Me sentí terriblemente culpable al ver cómo la marca rojiza se expandía lentamente por su piel.

Corrí al frigorífico.

—Ponte hielo.

—Lizzy, no te preocupes, en serio.

Cogí la bolsa hermética con cubitos y se la tendí.

—Siéntate. —Retiré una de las sillas con premura—. No quiero que te marees.

—No me mareo —dijo con una paciencia quejosa.

—Voy a por la árnica.

—No hace falta.

—Hace falta, Tyler. Te lo aseguro.

Hice el amago de marcharme, pero él me cogió de la muñeca y frenó mi carrera. Su contacto me hizo temblar de pies a cabeza.

Lo miré a los ojos.

—De verdad, estoy bien.

Su voz se había tornado tan suave que creí morir por la presión que generó en mi pecho.

—¿Seguro?

—Seguro, Lizzy.

Chaqué la lengua con malestar.

—Ponte el hielo, al menos.

—De acuerdo.

Sus labios se abrieron en una mueca suave. Se apoyó en la mesa, tomó el hielo de mi mano y lo llevó a su frente, pero no me liberó de su agarre. Continuó sosteniendo mi muñeca y, muy despacio, se deslizó hasta mis dedos y los envolvió entre los suyos. No hice nada por romper ese contacto. No podía. No quería.

Tyler cerró los ojos cuando el hielo rozó su frente y sus rasgos mostraron un gesto de auténtico dolor.

—No sabía que estabas aquí.

—Había cortado el agua general y, después de reparar el grifo, bajé a darla de nuevo. —Abrió la mirada y me buscó, paciente—. Sabía que esta escuela terminaría dándome dolor de cabeza, pero no imaginé que de esta manera.

No supe cómo tomarme aquello. Me dio la sensación de que sus palabras llevaban un mensaje implícito que él no trató de ocultar y yo no quise leer. Necesité establecer distancia. Me eché hacia atrás y Tyler me soltó la mano, aunque dejando una leve caricia en mi piel. Me crucé de brazos y bajé la mirada.

—Tengo que...

—Volver con los niños —terminó por mí.

—Sí. Y... necesito que me digas cuánto ha sido lo del grifo para pagártelo.

—No es necesario, Lizzy.

—Sí es necesario, Tyler.

—No, no lo es.

Tyler soltó el hielo. Se incorporó de la mesa y dio un paso hacia mí. Ni siquiera entendí mi reacción. Mi corazón se desbocó por completo y me vi alejándome mucho más de él.

—Debo irme. Lo siento.

Me di la vuelta para salir de allí cuanto antes, pero él no me lo permitió. En cuanto di un paso hacia la salida, me sostuvo del brazo. Lo hizo de forma tibia, sin opresión alguna, casi como un ruego. No tuve fuerzas para negarme y frené mi huida, pero fui incapaz de volverme para mirarlo a la cara.

Tyler se colocó detrás mía, con su pecho a unos milímetros de mi espalda. Sentía todo su torso cubriéndome; su esencia impregnándose como un bálsamo sobre mi piel; su energía tejiendo innumerables lazos, conectándose a los míos y restableciendo los quebrados. Bajé mi rostro y respiré casi como una condena.

Colocó su otra mano sobre mi cintura y la acarició de forma muy sutil. Las yemas de sus dedos dejaron un reguero ardiente que se expandió por todo mi cuerpo. Llevó sus labios a mi oído.

—Dame unos días, Lizzy. Te lo ruego.

La calidez de su aliento meció los mechones de mi pelo. Cerré los ojos, pero percibí de forma salvaje su respiración dura y profunda enredándose en mi aroma. Exhalé sin poder evitarlo y él respondió deslizándose su brazo alrededor mía y abarcándome entera. Dio un paso más, juntó completamente su cuerpo y me sostuvo con firmeza.

Tyler apoyó su frente sobre mi pelo.

—Confía en mí, por favor. Te lo contaré todo. Te lo prometo. Pero necesito unos días.

Volví mi rostro y busqué sus ojos. Lo que hallé no fue más que un hombre atormentado. No supe qué pensar.

—¿Qué me estás ocultando, Tyler?

—Solo unos días, Lizzy —repitió, anhelante.

Me dejé llevar por su pasado, por lo que se hablaba en el pueblo, por las diferentes versiones sobre su vida que él ni siquiera se esforzaba en aclarar; por ese quebranto que le cubría constantemente, por ese mutismo al que se había acogido para no contarme nada más que retazos inconclusos del tapiz que no terminaba de mostrarme. No pude evitarlo. El miedo me invadió, la desconfianza, la cautela, y terminé separándome despacio. Lo hice sin dejar de mirar sus bellos ojos azules, ahora cubiertos por un velo de turbación creciente.

—Debo irme.

—Lizzy...

No quise seguir allí. La atracción que sentía por Tyler era muy intensa, pero tiempo atrás me prometí a mí misma que debía priorizarme y alejarme de aquello que podía hacerme daño. Podía asumir un rechazo, como el que tuve que aceptar el día anterior tras mi beso. Pero no estaba dispuesta a seguir lidiando con el recelo que me generaba su silencio.

Me di la vuelta y caminé hacia la puerta. Salí de la cocina con la sombra de la pesadumbre sobre mis hombros. Pero sabía que era lo correcto. Al menos, para mí. La confianza es una pieza básica en las relaciones. Y Tyler, con sus secretos, no me daba pie a poder construirla.



## 24

### TYLER

Nadie escoge a la persona que es capaz de tocar tu alma, pero tenía muy claro que Lizzy lo había hecho. El desgarró que sentí al verla salir de la cocina fue inasumible. Pero lo peor fue comprobar lo mucho que había cambiado en esas pocas horas. La veía frágil, afligida, vulnerable, y Lizzy no era así. Todo lo contrario. En esos pocos días, me había demostrado que una luchadora nata.

Me flagelaba de forma inhumana ser el causante de esa quiebra y me hacía sentirme mucho más despreciable. No quería eso. Por nada del mundo deseaba dañarla y, sin embargo, lo había hecho. Y, a cada paso que daba, provocaba una herida más que terminaría desgarrando su piel en cuanto todo estallara.

Si pudiera dar marcha atrás, nunca hubiera dado el paso de acercarme a ella. Pero la sonrisa de Lizzy, su calidez, la intimidad que me ofrecía con cada charla, con cada conversación en la que me fue abriendo su vida; todo ello me hizo recordar que a veces es bueno arriesgarse aunque salgas dañado, porque en ese envite puede que alcances algo maravilloso. Me cegué, no puedo negarlo. Creí que podría alcanzarlo con ella. Y quizá hubiera sido así, pero en otras circunstancias. Perdí la perspectiva y me vi a mí mismo en un refugio demasiado deseable, demasiado soñado, demasiado añorado, donde sabía que era bienvenido, donde había espacio para mí, y en el que no me hubiera importado quedarme durante el tiempo que ella me hubiera permitido.

Lizzy me transmitía paz. Poseía una energía mágica, fascinante y sanadora. Estar con ella era similar a ese descanso diurno, a esa chimenea en invierno, a esas olas que llegan hasta la arena, a ese sonido de un arroyo cercano. Equilibraba mi mente, agrandaba mi corazón, sosegaba mi inestabilidad, mi rabia, mis miedos. Y, sin embargo, yo lo había jodido todo. En esos momentos, Lizzy solo me transmitía desconfianza y retraimiento. Yo era el único culpable de que su maravillosa sonrisa ya no se abriese en sus labios; de que su cuerpo mostrase signos de reserva; de que buscase cualquier excusa para alejarse de mí.

Quizá fuera lo mejor porque, a pesar de todo, yo ya no podía frenar la bola de nieve que corría monte abajo. Tenía muy claro que esa situación empeoraría en cuanto todo saltase por los aires y Lizzy supiese en realidad quién era yo. Aunque gocé cada momento de esos cafés que tomamos juntos, se sentiría utilizada. Se vería a sí misma como un medio, cuando en esas horas que compartimos olvidé mi prioridad por completo. Lo peor de todo era que no podía hacer nada

por remediarlo. La única alternativa que me quedaba era esperar a que todo saltase, que la verdad se revelase para todo el pueblo y, solo entonces, pedir perdón.

La escuela siguió mecida en esa quietud que para nada respondía a su temple habitual. Me acerqué hasta la puerta y la abrí despacio. No había nadie en el pasillo de entrada. Volví rápido sobre mis pasos y cogí la mochila de Vincent. Había conseguido instalar el software, pero tuve que esconderla cuando escuché que alguien se acercaba a la cocina. Afortunadamente, Lizzy no la había visto y pude devolverla de nuevo al armario sin levantar sospechas. Fueron apenas unos segundos en los que la adrenalina invadió todo mi cuerpo. La dejé en el mismo lugar donde él la tenía colgada y cerré la puerta del mueble con sigilo.

Volví mis pasos hacia la salida, pero mi oído captó las risas de los pequeños y la melodiosa voz de Lizzy. Luché contra mí mismo. Me recordé las prioridades. Pero, cuando me disponía a irme, la algarabía creció y le siguió un temblor provocado por miles de pasitos dirigiéndose hacia la puerta de la sala común. La convulsión fue similar a como si una manada de mini-elefantes se moviese en desbandada.

La puerta se abrió y la horda de críos más mayores salió correteando. Pero, en el momento en que me vieron junto a la puerta, su interés cambió y se lanzaron todos a por mí.

«Mierda».

—¡Tyle! —gritaron algunos.

No pude reaccionar. En mi entrenamiento como policía y como agente federal nunca estuvo el tema dedicado a escapar de una guardería repleta de enanos que vienen a abrazarte. Permanecí quieto como una gacela a punto de ser pisoteada y, sin buscarlo, me encontré rodeado por todos ellos. Unos comenzaron a saltar enfrente mía, mientras gritaban mi nombre. Otros me abrazaron. Sentí manitas tirando de mis pantalones, de mi camiseta... Incluso, algún temerario comenzó a jugar con los cordones de mis botas.

Intenté moverme para desquitarme de la turba. Fue inútil. Tenía a dos críos encaramados a cada una de mis piernas, cuál monitos. Ni siquiera me di cuenta, pero de pronto me vi cogiendo en brazos a Billy, el francotirador en miniatura, que estaba aferrado a mi cintura, gracias a que se había subido sobre la espalda de uno de los más pequeños. Ese crío tenía la moral justa y la destreza suficiente como para salir vivo de mitad de un desierto.

—Vamos, peques, dejad a Tyler. Solo ha venido a arreglar una cosa, pero que ya se iba.

Miré a Lizzy que, de forma sutil, me estaba echando. Pero no la hicieron caso.

—¿Te enzeño un ribujo?

—Tenno una moto nuea.

—Me he comío la galleta de zanaholia.

—¿Pol qué eres tan ato?

—Cuidado —traté de mediar para escapar de su captura. Mi movilidad era similar a como si estuviera en mitad de una ciénaga.

Karen y Amy, las otras dos educadoras, comenzaron a separarlos, entre risas y disculpas, y con muchísima ternura y cuidado.

—Vamos, chicos, que hay que salir fuera.

—¡Quérate a jugá!

—Teemos palas y cubos nevós.

Venidos, directamente, de mi tarjeta de crédito, por supuesto.

—Tyle, no te ayas —me dijo el pequeño Billy, mientras se encaramaba más a mi cuello. El corazón estuvo a punto de estallarme en el pecho.

—Eh, oye, tengo que irme —le susurré—. Nos vemos otro día, ¿vale?

Me miró a los ojos y mi pecho se constriñó mucho más.

—Vamos, Billy, venga —le pidió Lizzy. Y me lo arrebató de los brazos con una frialdad absoluta. Molesto, busqué su mirada, pero ella se desentendió. Guio al crío hasta la puerta y salió tras él. No me dedicó ni un segundo más, ni un gesto de despedida, ni una leve atención que me desquitase de la tortura que me infringía todo aquello.

Al final, se fueron todos al patio, unos mejor que otros; los menos, gimoteando, aunque hubo dos que ejercieron resistencia desde el suelo.

Cuando la quietud meció otra vez en la entrada, una voz me devolvió a la única prioridad que debería invadir mi mente.

—Son maravillosos, ¿verdad?

Giré mi rostro y clavé la mirada sobre los ojos negros que me sonreían. Abrí mis labios en un gesto complaciente.

—No nos han presentado. Soy Tyler.

—Vincent.

Unimos nuestras manos. Sus dedos, fríos y delgados, me provocaron un rechazo inmediato.

—El bibliotecario de Wellingtonville.

—A sus órdenes —fingió, divertido.

—Pues, fíjate, tenía que acercarme a verte. Tengo un montón de libros antiguos en casa que quería donar a la biblioteca. Eran de mis abuelos. Ya sabes, novelas del oeste, de amor... Creo que había algunos de Historia de Estados Unidos.

—Gracias, Tyler. Toda donación es bienvenida. Los recursos de la biblioteca son escasos.

—¿Cuándo te vendría bien? ¿Mañana?

Me sonrió de forma afable.

—Sí, por supuesto. Gracias.

—Me pasaré pronto. ¿A las nueve o las diez, por ejemplo?

«Y si esta tarde me das material suficiente, lo haré con unos amigos».

—Genial. Tendré todo preparado. Oye, siento cortarte de esta manera, —se disculpó—, pero es que tengo que irme. Me he entretenido más de lo que pretendía y debo abrir la biblioteca. —Se giró al armario que había detrás suya, lo abrió y sacó su mochila. Se la puso a la espalda y volvió a sonreírme—. ¿Sales?

—Sí. Voy para casa.

Cruzamos al patio y el alboroto infantil invadió todo el ambiente. Vincent y yo caminamos directos hacia la puerta de salida. Lizzy estaba en mitad de ese camino observando a los niños. Al detectar nuestra llegada, miró a Vincent y se despidió de él.

—Gracias por venir.

—Cuando quieras, lo sabes.

Lizzy abrió su preciosa sonrisa.

—Pasa buen día, Vincent.

—Gracias, Lizzy. Adiós.

—Adiós.

¿Y a mí? Nada. Absolutamente nada. Me estaba ignorando aposta. Entendía sus razones, su malestar, sus ganas de que desapareciera de su vista. Y, en otras circunstancias, lo hubiera respetado. Pero tenía que forzar una situación por narices. Y eso me cabreaba muchísimo porque

se trataba de jugar con sus emociones. Estaba harto de tener que mentirla y lo único que deseaba era que esa maldita investigación acabara de una vez por todas para suplicar su perdón.

Dejé que Vincent se adelantase para asegurarme que nadie nos escuchaba. Tras ello, me quedé mirándola directamente con cara de pocos amigos. Ella no me dispensó la mínima atención. Perdió sus ojos más allá de mí. Me puse enfrente suya y tapé con mi cuerpo su visión. Lizzy arrugó sus labios con malestar. Yo torcí mi sonrisa. Dio un paso a un lado para evitarme. Lo hice con ella. Alzó sus ojos hacia los míos en una clara advertencia. Yo levanté mis cejas y esperé. No me dijo nada. No me moví.

—¿Qué haces? —espetó.

—Hoy es martes.

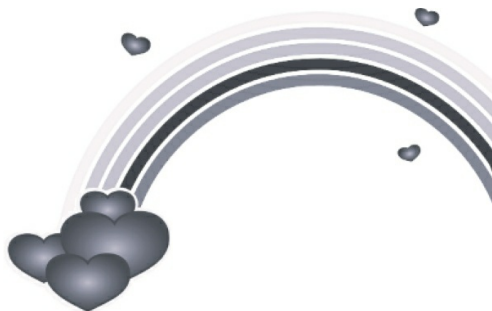
—¿Y?

—Es tu día de té y cookie de chocolate.

—La semana pasada, tomé demasiados. Ahora, estoy a régimen.

—Ya. —Mordí mi labio inferior y sostuve su mirada huidiza. Adoraba tener ese encuentro íntimo con ella, bajo el aroma de cookies de chocolate recién hechas, con su musical risa, su forma de hablar tan susurrante, su preciosa sonrisa, sus gestos de cariño. Pero esa tarde, la necesitaba fuera del café y, aunque me jodiera, tenía que utilizar las armas que ella misma me estaba dando para conseguirlo—. Esperaré a que salgas. Ahí, donde siempre. —Y señalé el árbol donde esos últimos días nos cruzábamos cuando yo salía de mi casa a su encuentro—. Y, si no lo haces, te esperaré en el café.

Lizzy se cruzó de brazos y, en absoluto silencio, me rodeó y se alejó de mí. La seguí con atención. Solo esperaba que actuase como esperaba y que no me diese una segunda oportunidad para tomar juntos de nuevo esas cookies de chocolate recién hechas.



## 25

# LIZZY

«¿Qué demonios hace aquí?».

Era él. Estaba segura. Nadie en ese pueblo tendría un *Porche 911* aparcado en mitad de la calle. Me eché hacia atrás en la ventana y me crucé de brazos. Estaba nerviosa. Mucho. Solo Liam conseguía arrancarme ese miedo de las entrañas. Y, a pesar del tiempo y la distancia, lo temía como desde el primer día.

Fueron demasiados años de toxicidad y eso se te mete hasta la médula. Lo que no entendía era qué quería ahora. Desde que me separé de él, había intentado por todos los medios que yo cambiara mi postura; primero, buscando mi perdón y prometiéndome el cielo; después, con amenazas directas y acoso. Quizá debería haber aceptado alguno de los acuerdos que sus abogados me habían lanzado a lo largo de estos dos años. Pero lo único que me quedaba era mi dignidad y no estaba dispuesta a que él volviese a pisotearla ni, mucho menos, ceder a presiones. Si su carrera política dependía de ese divorcio, debería habérselo pensado antes de traicionarme de ese modo.

Mi vida en Nueva York fue un infierno desde que me separé de él: visitas nocturnas, llamadas constantes, insultos, amenazas... Pero incluso había llegado a enviarme advertencias y coacciones a través de amigos comunes. Las denuncias que había interpuesto se archivaron todas por falta de pruebas. La sombra de Liam era demasiado alargada como para llegar a los tribunales.

No me quedó más remedio que irme de allí. Y, desde que había llegado a Wellingtonville, las cosas habían cambiado. Sabía que él conocía mi paradero, pero había preferido mantenerse a distancia y efectuar llamadas de vez en cuando para seguir presionándome. Nunca había venido al pueblo. Nunca había mandado a ninguno de sus secuaces. Y, sin embargo, en esos momentos, estaba allí.

Dudé si llamar al sheriff. No temía que Liam me agrediese. No era su estilo. Su crueldad era más psicológica. Sabía, perfectamente, qué teclas tocar para quebrar tu alma de tal modo que ya no quisieses volver a levantarte nunca. Pero no me podía fiar. Hacía demasiado tiempo que no lo tenía cara a cara y sabía que nuestro divorcio le estaba pasando demasiada factura en su carrera en la judicatura. Los miembros del partido político al que pertenecía y asesoraba, ya no lo veían con buenos ojos. Podían hacerlo caer de sus listas. Y la gente es muy peligrosa cuando está en la cuerda floja y no tiene nada que perder.

Capté movimiento en el vehículo y, de inmediato, lo vi salir del *Porche*. Traje de dos piezas de corte entallado y hecho a medida, en color azul marino. Camisa de algodón de alta calidad, blanca y con puños franceses que portaban gemelos, y un reloj de tres mil dólares. Corbata de seda, con patrón de rayas y nudo Windsor. Zapatos Oxford bien pulidos. No había cambiado nada.

«Recién sacadito de The Plaza District».

Caminé hacia la puerta y esperé su llegada. Tres toques en la madera lo precedieron. Respiré hondo y abrí.

—Hola, Liam. ¿Qué haces aquí?

—Hola, Elisabeth. —Nunca usó mi diminutivo. Para Liam era demasiado pueril—. He venido a verte.

—¿Qué quieres?

—¿Puedo pasar?

—No.

Tensó sus labios. Yo me crucé de brazos.

—Llevo conduciendo más de hora y media desde Nueva York. Al menos, podrías ofrecerme un café.

—La decisión de venir desde Nueva York ha sido tuya. Así que asume las consecuencias.

—Me mantuvo la mirada de forma arrogante—. ¿Qué quieres?

—Hablar contigo. Necesito que tratemos un asunto de vital importancia.

—¿De vital importancia? —reí—. ¿Qué te ha pasado ahora, Liam?

Miró hacia su izquierda como desarmado.

—No es algo que se deba hablar en la calle.

Afilé la mirada.

—No vas a entrar, Liam. Perdiste ese derecho.

—Recuerda que todavía estamos casados.

—Entre otras cosas, porque el juez ha dilatado la sentencia de divorcio dos años.

—No eres la única afectada. La incertidumbre está dañando mi imagen pública.

—La culpa de esa tardanza solo la tenéis tú y tus mentiras.

—Necesito que reconsideres algunas cosas.

—¡No voy a reconsiderar nada! Caíste muy bajo, Liam. ¡Muy bajo! Y ahora, ¿quieres que yo limpie tu imagen?

—Escucha, Elisabeth. Me están pintando como el villano. Y eso va a acabar no solo con mi carrera política, sino con mi puesto en el bufete. Necesito rebajar la tensión. Mis jefes han hablado conmigo y me han dejado claro que no están dispuestos a asumir un nuevo escándalo por mi culpa.

No; no se trataba solo de mí.

—¿Un nuevo escándalo? —Torcí la sonrisa. A saber lo que le habría pasado en los últimos meses.

—Te lo explicaré todo. Pero déjame entrar.

—No.

—Necesito que lleguemos a una separación amistosa.

—¿Amistosa? Después de utilizar mi cáncer para tus alegatos falsarios, ¿esperas que diga que somos amigos? ¿Que nos llamaremos por nuestros cumpleaños? ¿Que nos enviaremos mensajes por Navidad? No, Liam. No voy a encubrirte para que sigas tu carrera. Ya hemos

esperado dos años por tus tretas y manipulaciones. Quiero que esto termine y que te vayas de mi vida.

—¡Esto me arruinará, Elisabeth!

—No es mi problema.

—Te daré lo que quieras.

—Lo único que deseo es que me dejes en paz.

—Elisabeth, si pierdo mi empleo, mi carrera política...

Pero ya no lo escuchaba. Liam solo pensaba en él, como siempre; en su carrera, en sus aspiraciones, en su vida. Yo no contaba en esa ecuación, salvo porque era la pieza que entorpecía su camino hacia la gloria.

Desvié mi rostro hacia un lado y mi atención se vio alterada hacia otra persona. Con la voz de Liam de fondo, cada vez más bronca, vi a Tyler salir de su casa. Lo hacía tranquilo, con ese toque de robustez que poseía el aire casual de sus vaqueros y su camisa blanca, remangada, sus gafas de sol oscuras. Mientras caminaba, se iba colocando una chaqueta de cuero y maniobraba con la bolsa del portátil que llevaba entre sus manos.

Siguió despacio el trazado de baldosas desgastadas hacia la acera. Mi corazón se ensanchó al pensar que, tal y como me había dicho, llegaría hasta el castaño de indias que había frente a su casa y se quedaría debajo para esperarme. Pero una nueva puñalada se asestó en mi corazón al comprobar que faltaba a su palabra.

Se dirigió directo hacia el *Fiero*, se metió dentro y cerró con un golpe seco. El sonido de encendido del motor saturó toda la calle. De hecho, consiguió incluso que Liam frenase su perorata y se diese la vuelta, buscando la razón del estruendo.

Lo vi mirar hacia la carretera para salir a ella y marcharse. Pero, cuando el pesar arañaba ya con saña mi pecho, tuve que ahogar el propio clamor que vibró en mi garganta.

No entendí la razón, pero el *Fiero* dio marcha atrás con velocidad y estampó su parte trasera contra el frontal del *Porche* de Liam. El parachoques del *Fiero* se desprendió; el del *Porche* de Liam se fracturó por el medio, se abolló el capó y el faro derecho se agrietó por completo.

—¡Su puta madre!

Y antes de que mi exmarido pudiese reaccionar, el *Fiero* se separó unos metros hacia delante y volvió marcha atrás para golpearlo con más fuerza. Esa segunda vez, el maletero del *Fiero* se deformó por completo, se quedó sin faros y el tubo de escape se desprendió contra el suelo.

La alarma del coche de Liam comenzó a ulular al ritmo de los improperios que salían de la boca de Liam, y salió corriendo hacia allí con una expresión de puro pánico.

Tyler abrió la puerta del *Fiero*. No pude leer bien sus rasgos por las gafas de sol. Pero sí percibí que no le cubría ni un ápice de contrariedad. Se pasó la mano por el pelo y caminó despacio hacia la parte trasera de su vehículo. Mesó su barba recortada y, después, se volvió hacia la valla de la guardería para enfrentarse a Liam, que ya estaba cruzando la puerta.



## 26

### TYLER

Yo debería estar en *El Café de Myrtle* con mi portátil y analizando los registros del teclado del equipo de Fawkes. Mi ordenador estaba recibiendo esos datos de forma remota. Pero necesitaba filtrarlos y enviarlos al equipo especializado para que ellos corroboraran las amenazas; y, al mismo tiempo, confirmar que era él, y no otra persona, quien estaba delante de esas teclas para poder justificar su arresto. Era un trabajo en equipo en el cual yo era el primer eslabón de la cadena. Y, sin embargo, no estaba donde debía. De hecho, Oldman me había llamado media docena de veces. Y sabía que, como no contestase, mandaría a sus hombres allí.

Pero no podía irme si ese mamón seguía delante de la escuela. Sabía quién era. Liam G. Mackenzie, Don Guaperas, con su flequillo repeinado hacia la izquierda, seguramente, desde el mismo día en que su madre se lo perfiló por primera vez. En cuanto había visto el coche, su nombre había asaltado mi mente. Esperé, como él, pegado a la ventana y, en cuanto lo vi salir del vehículo, confirmé mis temores.

Era incapaz de dejar a Lizzy sola. Temía lo que pudiese conllevar su reencuentro. Mi decisión podía acabar con una investigación de meses, pero me daba igual. No pensaba irme hasta que ese tío desapareciese del pueblo. Lizzy no había precisado, pero había insinuado que, desde el inicio del proceso de divorcio, él no había dejado de presionarla para que retirara la acusación de infidelidad. Pero Oldman ya me había dejado claro que había habido denuncias de por medio y que habían acabado archivándose porque el poder que tenía ese cabronazo no era menor.

Lo vi acercarse hasta la puerta de la escuela y saludar a Lizzy. Hubiera preferido que no le hubiese abierto, pero ella me había demostrado con creces que no era de las personas que se esconden.

Me armé de estoicismo y los vi hablar desde la ventana del salón. Ella, altiva, serena, segura de sí misma. Estaba buenísima con ese aura que la envolvía. Él, más inquieto y cargado de rabia en su rostro y en cada uno de sus movimientos. Y esa ira fue la que me terminó inquietando cada vez más.

Quizá mi decisión no fue la más acertada, pero necesitaba a ese tío fuera de Wellingtonville ya porque, entre otras cosas, tenía una investigación a la que atender. Por eso le golpeé allí donde más dolía. Y con mucho gusto, por cierto.

—¿¡Se ha vuelto loco!?

—Lo siento, tío. No te vi. Estaba maniobrando...

—¿¡Que no me vio!? —gritó, despavorido.

Llegó hasta mi altura y tuvo que elevar su rostro para poder mirarme a los ojos. Yo clavé mis manos en las caderas y descargué todo el peso sobre una pierna. Tranquilo, volví a confirmárselo.

—Pues, no. No lo vi.

—¡Ha golpeado dos veces mi *Porche*!

—Sí, ya me he dado cuenta. Lo siento. ¿Arranca?

Porque el *Fiero* sí. Ese guerrero, con su óxido hasta las entrañas, el guardabarros reventado, el maletero incrustado y el tubo de escape en el suelo, ahí seguía, rugiendo con su motor en marcha y echando humo por los bajos.

Don Guaperas se dirigió a la puerta de su deportivo, lo arrancó y, afortunadamente, el coche se puso en marcha. Era necesario para que se largase de allí, aunque fuera con el frontal destrozado. Si no lo hubiese querido, le hubiera reventado hasta la luna delantera.

—¡Esto le va a salir muy caro! —me amenazó, mientras bajaba del coche.

Pero ni me inmuté.

—Para eso están los seguros.

—¡Me ha dado aposta!

Alcé una ceja y bajé levemente mis gafas para mirarle a los ojos por encima de ellas.

—¿Aposta? ¿Y qué interés tendría yo? —Caminé hacia él con aire conciliador—. ¡Vamos, amigo! Le voy a pasar mis datos para que pueda tramitar la denuncia con su seguro cuanto antes.

Mackenzie sacó su Samsung de mil quinientos pavos y abrió una app para tomar notas. Cogí mi cartera y le mostré, frente a sus narices, mi identificación como agente federal de la ANSC. Abrió los ojos de forma desorbitada y se le paralizaron los dedos sobre la pantalla del teléfono.

Me coloqué las gafas sobre mi cabeza muy despacio, ladeé el rostro y torcí mi sonrisa.

—¿Qué ocurre, Sr. Mackenzie? ¿Necesita que se lo deletree? —No respondió. Prefirió quedarse a la expectativa de mi nuevo movimiento. Y, por supuesto, no lo demoré demasiado—. Si vuelvo a verte cerca de ella, esa vez no te va a salvar el culo ninguno de tus amigos jueces. ¿Te ha quedado claro?

Trató de defenderse a la desesperada.

—Solo he venido a verla.

—Has venido a presionarla, como llevas haciendo desde hace años. Así que te aconsejo que no me cabrees más, si no quieres que sea yo el que ponga esa denuncia por acoso. Te aseguro que a mí no me las archivan por falta de pruebas.

Cerró sus labios en una mueca fina y presionó su mandíbula.

—Esto no va a quedar así —masculló entre dientes.

—Todo lo contrario. Esto, Liam, se va a quedar así porque no quieres que se sume a la denuncia que sacó anteayer *The New Yorker* sobre ese dinero proveniente de las empresas fantasmas de Walter Hobsbawm, y que financian, últimamente, tu tren de vida; ni a la compra de votos de familias desfavorecidas en Brownsville de la que se tienen sospechas; ni a la última fiesta, con prostitutas de lujo, en la que estuviste el mes pasado, y en la que untaste con cincuenta mil dólares a la tía que te tiraste para que mantenga su boca cerrada y no saque a la luz la grabación que te hizo a escondidas.

Sí, el agente Oldman había hecho muy bien su trabajo. Y esa vez no iba a haber nadie que rescatara a ese capullo.

—Se va a quedar así, Liam —repetí, sin retirar la mirada ni un segundo—. Te vas a divorciar de ella en tres semanas y no vas a molestarla más.

—¿Tres semanas?

—Tres semanas —confirmé—. Porque al Juez Stuttgart no le apetece que salga a la luz ciertas cuestiones sobre su hija.

Abrió su boca, pero no profirió nada.

Erguí mi postura para dejarle claros los términos. Liam podía contar con muchas influencias, pero yo tenía material que podía sacar hasta aburrirme.

Me confrontó de manera silenciosa. Su mirada afilada, su mandíbula apretada, su torso firme... Pero, finalmente, se plegó. Dio un paso atrás sin perder contacto visual conmigo y, tras ello, se dio la vuelta y se metió dentro de su *Porche*. Arrancó el motor y salió a la carretera de forma enérgica. Sin dejar de acelerar, llegó hasta el final de la calle, torció hacia la izquierda y lo perdí de vista.

Volví mi rostro hacia la escuela. Lizzy seguía en el porche de la casa, con los brazos cruzados, aunque, esa vez, con el rostro cubierto por una mezcla entre turbación e incredulidad. Me acerqué hasta el *Fiero* y apagué el motor. Después, crucé la vallita que delimitaba el patio de la guardería y caminé hacia ella. Me esperaba seria, sin rastro de su sonrisa y ni un mísero ápice de afabilidad.

Yo sí. Abrí mis labios en un gesto de satisfacción plena y exclamé:

—¿Vamos a por esas cookies de chocolate ?

Su respuesta no fue la que esperaba.

—¿Qué has hecho, Tyler?

Su tono no era amable. Más bien, fue cortante y cargaba con mucho cabreo.

No di ningún rodeo ni traté de evitar el tema.

—Le he dicho que se vaya.

—¿Y qué más?

—Que no vuelva a molestarte.

—¿¡Estampando tu coche contra el suyo!!?

Mordí mi labio inferior y fruncí mis cejas.

—Le... di...

Clavó sus manos en las caderas.

—¡Que no se te ocurra decir que le diste sin querer!

—No, no es eso. —En realidad, sí lo era. Para qué nos vamos a engañar. Pero decidí abrirme sin fisuras—. Quería que te dejase en paz. Solo eso. Y sabía que, si venía y lo mandaba a la mierda, contigo delante, te ibas a cabrear. Por eso, decidí desviar su atención.

Lizzy cerró los ojos como si fuese incapaz de procesar mis palabras con un mínimo de sosiego. Era cierto. Aquella excusa perdía aguas por todas partes. Pero tampoco era plan de decirle que la opción dos era mucho peor y quizá hubiese conllevado algo más de jaleo por el hecho de tener que anunciarle su detención, colocarle las esposas y leerle sus derechos. Me hubiera encantado, no podía engañar a nadie. Pero con la investigación abierta, habría que esperar.

—Lizzy...

Alzó su mano, pidiéndome que me callase.

—Agradezco tu gesto. Pero preferiría que no te inmiscuyeses en mis asuntos.

«Tarde».

Dejó escapar el aire de sus labios como si estuviese sobrepasada y yo la observé con pesadumbre. No me gustaba ese gesto de cansancio emocional que la ensombrecía, que la debilitaba por momentos.

—Es mi vida, Tyler. Llevo lidiando con Liam demasiado tiempo. Sé lo que tengo que hacer, cómo actuar...

—Todos necesitamos ayuda de vez en cuando.

—Sí, es cierto. Pero no con Liam. —Las marcas de pesar se dibujaron en su frente—. No debiste, Tyler. Liam no es un hombre cualquiera. Tiene demasiado poder. Y tú acabas de salir de la cárcel. No me perdonaría nunca que te causase problemas.

—No lo hará. Estate tranquila.

Pero no; no lo estaba. Me observaba turbada, con un velo de preocupación enfermizo y, sobre todo, con toneladas de culpa sobre sus hombros. Me hubiera encantado decirle la verdad, confiarle los ases que tenía en mi manga, dejar de esconderle mi vida, abrirme sin cautela, mostrarme sin más. Pero no podía. Aún, no.

Di un paso hacia ella y llevé mi mano hasta la suya. La rocé sutilmente hasta que vi en sus ojos que me permitía esa cercanía. Envolví sus dedos entre los míos, los acaricié despacio y, después, los llevé a mis labios para dejar sobre su piel una leve caricia. Percibí su estremecimiento, y eso aceleró mi corazón y ensanchó mi pecho.

—Confía en mí, Lizzy. Todo va a ir bien.

—Me pides que confíe. ¿Cómo? Ni siquiera sé qué has hecho, qué le has dicho realmente a Liam. —Vi claramente el desbordamiento de sus pensamientos—. Ni siquiera en esto eres sincero.

La tomé de ambos brazos.

—No, Lizzy...

La vi desfallecer.

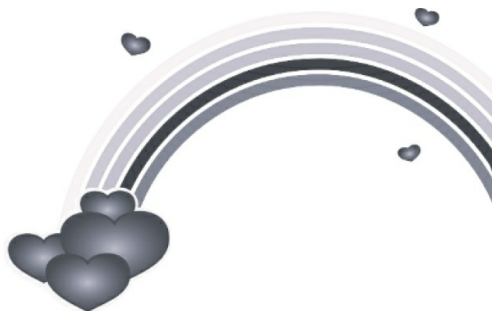
—Por qué me haces esto. —Dudé y me perdí en su desasosiego—. No sé qué quieres de mí.

—Lo único que quiero es que no te arrebaten la sonrisa.

Lizzy comprimió sus labios con fuerza y comenzó a parpadear con rapidez. Desvió la mirada e intentó tomar una bocanada de aire que se quebró en mitad del resuello. Una lágrima cayó con crudeza por su mejilla.

—Lizzy...

Se desquitó de mi agarre y, en absoluto silencio, se dio la vuelta y subió los escalones de la escuela. Cruzó la puerta y cerró despacio, como si intentase que nada enturbiase más su mundo.



27

## LYZZY

Ese día salí muy tarde de la escuela. La sentía casi como mi refugio después de todo lo que había pasado. Me costaba dar un paso al mundo porque temía lo que me pudiese esperar ahí fuera. No se trataba de miedo, ni de inquietud, sino de cansancio, de necesidad de estar únicamente conmigo misma y sin nada que me enturbiase.

Cuando el atardecer ya estaba insinuando su partida, salí por la puerta. Crucé el patio y me encontré de bruces con las huellas de todo lo que había sucedido plasmadas en el *Pontiac Fiero* de Tyler. Cerré los ojos, presioné mi mandíbula con rabia y volví la vista al frente. No quería pensar más en ello.

Volví al pueblo como siempre, caminando bajo la arboleda. Sin embargo, la frescura de la tarde ya no me sirvió de consuelo como otros días. Cuando llegué al centro, recorrí Main Street hasta la frutería de Emma. Allí compré un par de plátanos, unos arándanos y tres manzanas. Con ello, me dirigí hacia mi apartamento. Pero, al hacerlo, pasé frente al ventanal de *El Café de Myrtle*. Pensé en entrar un rato, pero enseguida descarté esa idea en cuanto vi quién había dentro, además de los habituales. La novedad era descorazonadora.

Tyler estaba allí sentado frente a un ordenador portátil. Se mantenía absorto en la pantalla. No sabía qué estaría haciendo, pero intuía que, lo que fuera, había secuestrado toda su atención. Permanecía inmóvil, apenas parpadeando, completamente ajeno a su entorno, con su entrecejo fruncido y una leve contracción en su mandíbula.

Fue a coger la taza de café que había a su lado y, en ese movimiento, llevó su atención hacia la ventana, casi como reflejo. Sus ojos azules se toparon con los míos. Fue solo un segundo, pero traspasó toda esa distancia. Apenas pude soportar las emociones que volvió a despertarme. Me vi a mí misma sucumbiendo a ese cariño que transformaba en cuidado, dejándome mecer por su voz grave, vibrando con cada una de sus sonrisas, permitiendo cada caricia que desgranaba sobre mi piel alterada.

Tyler hizo el amago de levantarse y eso me puso en marcha. Bajé mi rostro y salí de allí a la carrera. Llegué a casa sin resuello y me escondí, de nuevo, en mi refugio. Me dejé mecer por las paredes de mi pequeño hogar y traté de apartar mi desconsuelo una vez más.

Caminé por el salón hacia la cocina. Dejé la fruta en la encimera y fui directamente al baño para darme una ducha. Me dejé llevar por la quietud que me transmitía el agua templada recorriendo mi piel y luché por dejar de pensar. Traté de anular todo lo que me asaltaba, todas las

inquietudes que me cubrían, todas las dudas que deformaban mi realidad.

Cuando salí, me sequé y me puse un pantalón de pijama largo y una camiseta de tirantes blanca. Me senté en el sofá del salón y puse la televisión para obligarme a domar mi mente. Pero el problema no residía en alejarme de ese nuevo desacuerdo con Liam. El dilema estaba en tratar de encajar la actitud de Tyler, sus silencios y sus enigmas, con su rechazo a mi beso el día anterior.

Se lo había dicho. No sabía qué quería de mí; por qué me pedía tiempo cuando, en realidad, me había dejado claro que aquel no era el mejor momento de su vida para embarcarse en nada que implicase a otra persona. Ni siquiera podía imaginar qué era lo que le rondaba porque él mismo no me había permitido ahondar y no me había confiado nada, salvo leves retazos de su vida.

Y, sin embargo, sí, mi corazón jugaba a unirse a él. A veces no son necesarios más que pequeños fragmentos para estructurar el puzzle de una esencia que puedes intuir desde el principio. La primera atracción había dado paso a un reconocimiento de nuestras almas y ellas habían dejado claro que no tenían problemas en entrelazarse. Y lo sabía. Lo había intuido durante la semana anterior, cuando establecimos esa rutina de intimidad en *El Café de Myrtle*. Me di cuenta de que, incluso en nuestros silencios, hablábamos el mismo idioma. Solo requeríamos de una mirada y todo brotaba con claridad.

Tejí un vínculo que se creó muy deprisa y casi sin darme cuenta de las implicaciones. Hasta el día anterior, creí que estaba controlando todo lo que Tyler me despertaba. Pero su rechazo y su posterior cercanía me estaban desbordando. El corazón no atiende a razones. No se le puede imponer a quién amar, cuándo o cómo hacerlo. La mayoría de las veces, ni siquiera entiendes por qué se originó. Lo único que tienes claro es que eres incapaz de controlar el fuego que genera en ti esa persona; de mantenértelo inmune ante cada una de sus miradas; de no temblar cuando sus dedos rozan tu piel con delicadeza; de no vibrar con cada una de sus sonrisas. Ese ardor me estaba consumiendo, estaba acabando conmigo hasta un punto que ya era incapaz de reconocermelo en las brasas candentes. Lo que no sabía era si iba a poder sobrevivir a ellas.

El timbre de la puerta sonó y me asusté. No esperaba a nadie. Sin embargo, no ignoré la llamada y fui hacia la puerta. Abrí la hoja y lo vi allí. Su expresión me atravesó el alma.

«Tyler...».

Sus ojos azules brillaban con una mezcla de lucha y deseo. Era como si una batalla silenciosa se hubiera librado en su interior, dejando huellas visibles en cada línea de su rostro. La expresión de sus cejas mostraba esa dureza, y sus labios dejaban escapar una respiración entrecortada y jadeante, como si intentase mantener bajo control las palabras que pugnaban por salir de ellos.

—¿Qué haces aquí?

Negó en silencio.

—No puedo más, Lizzy —susurró, contenido—. Lo he intentado día y noche, te lo juro. Pero no puedo más.

Avanzó hacia mí con determinación, enredó sus dedos en mi pelo, me sostuvo con firmeza de la nuca y secuestró mis labios. Apenas pude reaccionar. Y, cuando me di cuenta de lo que sucedía, ya no quise parar aquello. Algo dentro de mí se reveló a mi cautela y me lancé a ese mar embravecido. Valía la pena correr ese riesgo porque mi corazón intuía que nunca más tendría otra oportunidad para estar con él.

Sentí el estallido de mi pecho al enredar mi boca con la suya, al profundizar e intensificar

ese beso cálido y añorado. Tyler sabía a promesas, a frescura, a serenidad, a vehemencia, a confianza, a deseo. La energía electrizante de sus labios revitalizó mi alma y me brindó la sensación de estar protegida, de sentirme deseada.

Sus grandes manos recorrieron mis costados y yo me anclé a su cuello. Recorrí sus hombros, bajé por su pecho, mientras sus dedos aferraban con dureza mi trasero. Su pelvis, unida a la mía, me dejó claro lo excitado que estaba y consiguió que mi respiración se tornase mucho más profunda.

Recorrimos a trompicones el salón y conseguí llevarlo hacia mi dormitorio. Allí, la luz de la calle se colaba a través del visillo de la ventana y aportaba una claridad media con la que bañar a nuestros cuerpos. Tyler secuestró mi cuello con sus labios. Gemí y sentí que me excitaba mucho más de lo que podía recordar en años. Desabroché, desesperada, los botones de su camisa. No entendía qué me sucedía, si se trataba de él o de que hacía demasiado tiempo que no estaba con un hombre. Pero cada roce de sus dedos me activaban de una manera que no había sentido nunca. Mi deseo crecía de una forma inhumana y las palpitaciones de mi sexo clamaban por tenerlo dentro de mí cuanto antes.

Abrí su camisa y me deleité con su impresionante torso. Su pecho era ancho, definido, vigoroso, con un vello recortado que bajaba desde los pectorales, por el centro de su vientre, y se internaba en los pantalones. Seguí con mis dedos su estela hasta alcanzar el cinturón de cuero de sus vaqueros. Alcé la mirada. Sus ojos azules potenciaron la intensidad de la suya.

Bajé mis manos hasta su erección y la acaricié sobre la tela del pantalón. Era grande. Le vi tensarse cuando apreté a conciencia. Un suspiro grave y gutural salió de su boca, y yo tuve la necesidad imperiosa de satisfacer su deseo. Besé sus labios y, al tiempo, desabroché el cinturón y abrí su cremallera.

—Estoy muy excitado, Lizzy —me advirtió.

Sonreí de lado y retiré su calzoncillo. Tuve que tragar. Era robusta, muy recia, demasiado inabarcable. En mi vida había estado con un hombre así. La rocé despacio, pero Tyler leyó mi turbación y acarició mi rostro.

—Estarás bien. Iremos despacio.

Tyler rodeó mi cintura, sostuvo mi cabeza para invadir mi boca y me llevó hacia la cama. Nos dejamos caer sobre el colchón y seguimos besándonos, mientras nuestras manos se entremezclaban para liberarnos de las prendas de ropa. Lo hicieron de forma torpe y apresurada, casi delirante. Solo paramos cuando él se incorporó para observarme desnuda. Sus ojos recorrieron cada milímetro de mi cuerpo. Lo hicieron con una cadencia lenta, cargada de deleite y placer.

—Tan bella, tan preciosa...

Su mirada de deseo me hizo sentir poderosa. Clavé mis ojos en los suyos. Recorrí mi cuerpo con mis manos y me acaricié muy lentamente. El azul de su mirada colapsó a negro. Deslicé mis uñas por mis pechos, mi vientre, mi pubis, mis ingles, hasta que las uní en mi vulva. Abrí mis piernas. Lo vi deshacerse. Tyler agarró su miembro con dureza casi como si quisiese impedirle terminar antes de tiempo. Me encantó ver cómo perdía el control. Acaricié mis labios vaginales muy despacio y él fue directo a mi clítoris con su otra mano. Colocó dos dedos y me agasajó con rítmicas caricias. Gemí con un susurro decadente y me retorcí de deseo.

Sin dejar de tocarlo, voló a mi boca y, muy despacio, jugueteó con mi lengua. Lo hizo de forma sutil, lenta, delicada, hasta que consiguió anegar mi cordura. Bajó por mi cuello y llegó hasta uno de mis pechos. Lo cubrió y lamió mi pezón muy lentamente. Las caricias de su lengua hicieron brotar una descarga de deseo que desembocó directamente en mi sexo.

Coloqué mi mano sobre la que tenía en mi clítoris y lo guie en la intensidad que necesitaba. Mi cuerpo tembló cuando noté que la desplazaba más allá. Metió con facilidad dos de sus dedos y yo dejé escapar un suspiro de placer.

—Joder —susurró, cerrando los ojos—. Me encanta.

Los sacó y los volvió a meter, mientras yo seguía acariciando mi clítoris; una y otra vez, con un vigor delicioso y medido. Me vio sucumbiendo al placer de su cadencia, pero añadió otros planes. Tomó mi muñeca y me apartó la mano. Sin dejar de invadirme de forma rítmica, bajó su rostro hacia mi vulva y comenzó a lamer el centro de mi deseo.

—Tyler —gemí.

Si él se encontraba al límite, yo le demostré que mi cuerpo tampoco estaba para demorarse demasiado. Las primeras contracciones arquearon mi espalda y me dejé llevar hasta encumbrar el clímax. Todo se volvió borroso. Dejé de pensar para solo sentir. Sucumbí al deleite. Me rendí a él.

Tyler me observó en todo ese tiempo y su mirada me dijo demasiadas cosas que fue incapaz de ocultar. Temblé ante la evidencia. Toda mujer debería ser observada de ese modo en algún momento de su vida. Me sentí tan deseada que, saberlo, aumentó mi anhelo.

Cuando volví a mí, me recogió en su torso con una delicadeza tan cuidada que terminó por arruinar mis defensas. El simple gesto de fusionar nuestros cuerpos desnudos me generó un torrente de intimidad no esperada que trascendió a lo físico y conquistó mi alma. La suavidad de su piel contra la mía despertó un cosquilleo delicado y, a la vez, electrizante.

Me sorprendió la sensación de plenitud al acoplarnos, la necesidad de pertenencia, la evidencia de saber que estás exactamente dónde quieres. Tyler despertó mi corazón y me hizo sentir protegida y, a la vez, vulnerable por todas las emociones que me invadieron de golpe y me sobrepasaron.

—Dime que tienes condones.

Porque yo no tenía nada que se saliese de lo standard. Tyler me miró divertido y se separó hacia el borde del colchón para coger la cartera de sus pantalones. Le sonreí, juguetona, y me moví hacia la mesilla de noche para sacar un lubricante. Con Tyler lo iba a necesitar si no quería agobiarme a la primera de cambio.

Se colocó sobre mí, a mi espalda, y comenzó a besar mi cuello. Al sentir sus genitales sobre mi trasero ardí de locura. Moví mi pelvis levemente. De inmediato, escuché un gemido ronco y recibí su respiración profunda sobre mi piel. Agarró mi cadera con fuerza y, esa vez, fue él quien presionó con vigor. Su erección se me clavó y acrecentó mi anhelo. Dejé escapar un suspiro.

—Todavía no nos conocemos lo suficiente —bromeé.

—¿Para follar tu culo?

—Para follar mi culo, sí.

—Tienes un culo jodidamente maravilloso, Lizzy. —Se me escapó la risa y volvió a presionar—. Me he masturbado varias veces pensando en él. No puedo dejar de mirarlo cuando estás en el patio, de espaldas a mi casa.

—¿Y qué más?

Pegó sus labios a mi oído.

—Estuve a punto de hacerte mía, sobre el lavabo de ese baño, el día que me besaste. Te hubiera agarrado de las caderas, te hubiera subido a él, te hubiera rasgado las bragas y te hubiera follado hasta perder el sentido. —Dejé escapar el aire—. Hace unos días, fantaseé con hacerte el amor sobre el capó del *Fiero*. ¡Ah, joder! Esa noche me corrí como nunca.

Me dio dos acometidas seguidas que cortaron mi respiración un segundo. Después, movió su cadera en círculos. Tyler rodeó mi cintura y mordió mi hombro. Gemí sin reprimirme.

—Fóllame ya.

Se incorporó para colocarse el condón. Me clavó sus ojos azules y susurró sobre mis labios:

—Es en lo único en lo que pienso desde que te vi la primera vez. —Se deslizó hacia el cabecero de la cama y se sentó en ella—. Ven. —Me instó a colocarme sobre él—. Te resultará más cómodo para adaptarte a mí.

Lo hice. Coloqué mis piernas a ambos lados de su cuerpo y me sostuve en sus recios hombros. Tyler cogió el lubricante y lo extendió sobre su miembro y yo lo hice en mis genitales. Aferró su erección y la introduje poco a poco en mí. Exhaló, ebrio de deseo. Yo contuve la respiración unos segundos. La sensación fue maravillosa, pero, aun así, me sentí abrumada por la inmensa presión en mi interior.

Cerré los ojos y, de inmediato, sentí su caricia en mi mejilla.

—Mírame, Lizzy. —Le hice caso y me enlacé a los suyos—. Tranquila. Muévete despacio. —Lo hice en círculos y él acarició levemente mi clítoris. Dejé escapar un suspiro de placer. Me encantaba que supiera cómo estimularme—. Así, así... —Sentía hasta la última vena de su miembro—. Así, cariño... Sigue. —Comencé a relajarme y una sutil sonrisa se abrió paso en mi rostro con cada movimiento—. ¿Estás bien?

—Sí.

Besó mis labios, mordió el inferior y yo gemí como respuesta. Bajó por mi cuello, por mi clavícula, lamió uno de mis pezones, succionó mi pecho. Acaricié su pelo y moví mi pelvis para profundizar más. Tyler me tomó de la caderas y me ayudó hasta metérmela entera. Mi gemido de placer de elevó por toda la estancia.

Me sonrió, canalla.

—¿Bien?

—Muy bien.

—No debes temer nada de mí, Lizzy.

Me balanceé de forma insinuante, pero él me aferró con fuerza y trató de guiarme en un ritmo más constante. Una vez. Y otra. Y otra más. Lo seguí, confiada. Tenía una de sus manos sosteniendo con vigor mi ingle y su dedo pulgar descansando sobre mi clítoris; lo suficiente como para hacerme perder la cabeza.

Sentí la descarga barriendo mi sexo.

—Necesito... —supliqué.

—Sé lo que necesitas, cariño.

Presionó un poco más, lo justo para que se desbordase de nuevo mi clímax. Seguí moviéndome de forma oscilante y decadente, mientras las oleadas de mi orgasmo que atravesaban entera. Dejé escapar el aire entre gemidos y descansé mi frente sobre la suya hasta que descendí completamente.

Volví a mirar esos ojos penetrantes, ese azul intenso y bello, y algo íntimo fluyó entre nosotros. Tyler buscó mis labios y mientras yo potenciaba ese beso, me dejó sobre la cama y se colocó sobre mí. Me penetró despacio, deslizándose por toda la lubricación que empapaba mi sexo. Una vez. Otra vez. Otra. Era fascinante comprobar cómo reaccionaba mi cuerpo con él.

—¿Estás bien?

Más que bien. El sonido de mi ardor resonaba con cada embestida.

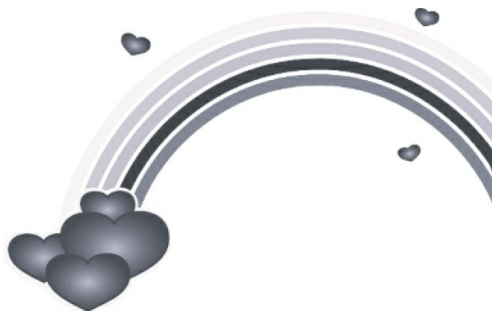
Sus primeras acometidas fueron lentas, profundas, incluso cuidadosas. Lo seguí a su ritmo

de forma prolongada, aunque sabía que los dos no íbamos a durar nada en ese envite.

—Necesito besarte.

Tyler se dejó caer sobre mí y tomó con intensidad mis labios. Lo hizo sin dejar de penetrarme. Pero las acometidas se tornaron cada vez más sólidas, más rítmicas, más consistentes. El sonido de nuestra piel, chocando con firmeza, se abrió paso en el dormitorio, y se entrelazó a mis gemidos y a sus jadeos. Me dejé llevar por él en esa cadencia impetuosa, en esa dureza primitiva. Todos sus músculos estaban en tensión y se marcaban de una manera deliciosa que perdí la razón. El deseo me invadió de manera insoportable. Su rostro estaba cargado de muchísima presión y de una vehemencia arrebatadora.

Levanté mis piernas y lo envolví en ellas. Subí mi cadera y me aferré a su cuerpo con fuerza. La fricción se convirtió en extrema, rápida, palpitante. Caí en otro orgasmo demoledor y, mientras me deshacía de placer, sentí su gruñido gutural abriéndose paso al tiempo que se corría.



## 28

# LIZZY

Me sentía agotada. La noche había sido extrema. Pero el palpitar de deseo seguía intacto. Permanecía tumbada sobre la cama, boca arriba, medio adormilada después de una sesión de sexo que había durado horas. De hecho, solo habíamos parado porque nos habíamos quedado sin fuerzas y sin preservativos.

Me sentía muy a gusto a su lado. Estábamos tumbados de forma liviana y dejándonos mecer por los velos del sueño previo. Tyler permanecía aletargado, con la cabeza sobre mi vientre y sus brazos alrededor de mi cintura. Había volcado todo su cuerpo entre mis piernas y, con cada movimiento que rozaba involuntariamente mi sexo, me hacía vibrar. De hecho, cuando lo percibía, dejaba un suave beso cerca de mi pubis o de mis ingles, consciente de cómo era capaz de activarme y deshacerme. Yo acariciaba su pelo desordenado y volvía a imaginarle lamiéndome hasta sucumbir en su boca. Ni siquiera podía recordar los orgasmos que había tenido, pero sus constantes caricias me recordaban la facilidad con la que él me había encumbrado repetidas veces hasta el clímax.

—Tengo que levantarme en tres horas —musité, exhausta.

—Di que estás con gripe —gruñó entre sueños.

Nada me gustaría más que quedarme todo el miércoles con él. Pero, teniendo que cuenta que aquel era un pueblo muy pequeño, me daba la impresión de que nadie creería mi excusa y que, en cuanto vieran a Tyler salir de casa, pondrían en marcha su rumorología, esa vez, con motivos fundados.

Tyler acarició el hueso de mi cadera con la punta de su nariz. Después, lo lamió despacio y dejó un húmedo beso que me encendió enseguida. Tuve que mover mi pelvis por la descarga de deseo que me invadió de golpe.

—Si sigues así, no podré dormir.

—Es que no quiero que duermas.

Reí en silencio.

—Estás agotado. Como yo.

—Solo necesito descansar veinte minutos. Y tú no hace falta que te muevas, si no quieres. Eso sí, no cierres los ojos. Me gusta cómo me miras.

—No tenemos más preservativos, te recuerdo.

—Te aseguro que puedes confiar en mí.

Acaricié su pelo muy despacio.

—No me convences, gruñón.

—En los últimos quince años, siempre he usado condón. —Lamió la piel alrededor de mi ombligo—. Mis análisis están bien. Y, además, llevo meses sin estar con nadie.

—¿Tuviste sexo estando en la cárcel?

Se tensó de inmediato.

—No.

—Lo digo porque hablaste de meses y no de años. Y, bueno, allí...

Rodó sobre sí mismo y se alejó de mí. Su reacción me cubrió de frialdad y me hizo sentir muy incómoda.

—Allí nada, Lizzy. Absolutamente nada. Si he dicho meses es porque el tiempo parece que no pasa estando entre rejas.

Pero no me miraba y en su argumento había una sombra demasiado evidente como para pasarla por alto.

Se incorporó de golpe.

—Necesito ir al baño.

No respondí. Tyler acababa de dilapidar la quietud que nos había mecido durante las últimas horas y me había devuelto a la realidad que yo llevaba días negándome. Cogí la sábana de la cama y me cubrí entera. Desvié mis ojos hacia la ventana. La luna llena se apreciaba a través de ella con una fuerza casi primitiva. Pero ni su belleza pudo calmar las dudas que se habían abierto en mi mente.

Sin embargo, mi desasosiego se descontroló en cuanto escuché el sonido clásico de un teléfono móvil. Mis ojos fueron directos a los pantalones de Tyler que estaban tirados por el suelo. De allí provenía. Apenas fueron unos segundos, pero Tyler salió acelerado del cuarto de baño y se lanzó a por ellos. Vi que sacaba un Motorola antiguo, el que llevaba Miranda Priestly en *El diablo viste de Prada*. Tuve un momento de desajuste brutal. Aquel móvil tenía décadas a sus espaldas. Sin embargo, me obligué a centrarme en lo esencial. Tyler había recibido una llamada a las tres de la madrugada. Y la gente que telefonea a esas horas no trae buenas noticias.

Me miró y me indicó con señas que iba a ir al salón para atender a quien fuera. Salió del dormitorio y cerró la puerta tras él. Ese gesto enturbió mucho más el ambiente previo.

Corrí hacia el armario y saqué una bata corta con la que me cubrí. Después, caminé hacia la puerta y abrí despacio. Tyler estaba de espaldas a mí, frente a la ventana del salón que daba a la calle principal de Wellingtonville; por cierto, con la cortina corrida y desnudo. Si alguien en el pueblo tenía insomnio esa noche, Tyler les estaba dando una bonitas vistas de su precioso cuerpo y material para hablar al día siguiente.

Lo escuché responder en monosílabos, cortante, pero tranquilo. Tras un «Vale» grave y profundo, colgó. Se dio la vuelta y me vio apostada en el marco de la puerta. Su mirada se enturbió de inmediato. De hecho, tuvo que bajarla un instante por la carga que le acució de repente.

—¿Qué ocurre? —pregunté, preocupada.

—No es nada, pero tengo que irme.

—¿No es nada? Te llaman a las tres de la madrugada, ¿y no es nada?

—Es un amigo —respondió rápido—. Tiene un problema.

La lúgubre mano de su pasado me acarició para minar mi confianza.

—¿Qué problema? —Lo vi luchar contra sí mismo—. Tyler...

Dio varios pasos hacia mí, se paró a mi altura, acunó mi cara entre sus manos y enlazó su

mirada a la mía.

—Por favor, confía en mí.

Me asusté mucho más.

—¿Por qué dices eso?

—Porque sé exactamente lo que está pasando ahora mismo por tu mente.

—¿Y me equivoco?

—Sí.

—Entonces, cuéntamelo.

—No puedo. —Me aparté de golpe—. Lizzy, por favor. Dame solo unos días y te lo contaré todo.

Negué con la cabeza y seguí echándome hacia atrás.

—No paras de repetir eso.

—Lizzy, te juro que te lo confesaría ahora mismo; te explicaría el porqué de muchas cosas, pero no puedo, de veras. No puedo.

Todos los miedos me golpearon de frente. No sabía qué estaba haciendo ni dónde me había metido, cuando no conocía nada de su vida.

Tyler avanzó deprisa y me sostuvo de la cintura.

—Mírame, por favor. —Su voz me acarició a susurros—. Por favor, Lizzy. —Sentí sus labios sobre mi frente. Bajaron por mi sien, rozaron mi mejilla, buscaron mi boca. Aparté mi rostro y volví a alejarme de él—. Te prometo que no se trata de nada ilegal.

Decidí zanjar aquello.

—Hay demasiados secretos en tu vida y ninguna realidad a la que aferrarme.

Dio dos pasos hacia mí. Tomó mi cara con una mano y bajó su cuerpo hasta alinear sus ojos a los míos.

—Esto es real —exclamó con vehemencia—. Créeme, Lizzy. Lo que siento por ti es absolutamente puro.

Cubrí su mano con la mía con la intención de que la apartara, pero no pude. Terminé acariciando sus dedos y quebrándome frente a su mirada.

—Puedo perdonarlo todo, Tyler, excepto la mentira.

El brillo de sus ojos se apagó de golpe y percibí una tristeza que no le había visto nunca antes. Un peso invisible se cargó sobre sus hombros, hasta el punto de que tuvo que desviar su mirada al suelo.

—Tengo que irme —musitó.

Me rodeó deprisa, recogió su ropa y se vistió aún más apresurado. No quise mirarlo. No podía. Me crucé de brazos y le di la espalda a la espera de que se marchase cuanto antes. No quería que me viese sucumbir a mi propio arrepentimiento. Pero no me dio lo que yo a helaba.

Su mano se apoyó en mi cintura de forma muy suave. Al ver que no reaccionaba, me acarició despacio y me envolvió entre sus brazos. Sentí su corazón cabalgando a gran velocidad, su respiración agitada, su tensión enfermiza. Tyler pegó su pecho a mi espalda y me transmitió miles de emociones que solo pusieron de manifiesto la lucha que ya percibía en su mirada y la perturbación que había en la mía. Dejó un leve beso en mi cuello y me acarició despacio con sus labios, como si no pudiese desprenderse.

—Solo unos días, Lizzy. Por favor, confía en mí.

Buscó mi mejilla y dejó otro beso. Pero ya no pude soportarlo más. Me alejé de él hasta perderme en el cuarto de baño. Cerré la puerta y, poco después, escuché como Tyler hacía lo mismo con la principal de la casa. Solo entonces, me permití deshacerme por mi temeridad.



## 29

### TYLER

—Dime qué tenemos.

Oldman dejó la taza de café sobre la mesa, juntó sus manos y me miró con cautela.

—Nada.

—¿¡Cómo que nada!? Hay comandos relacionados con hacking, referencias a la Dark Web y al uso de VPN para ocultar su actividad. Referencias a MarketWatch y al impacto de las acciones. ¡Lo ponía específicamente! Comandos técnicos; referencias a correos en los que especificaba que necesitaba más servidores proxy y envió 2 BTC por el script de explotación; a Wall Street...

—«Referencias a», «referencias a» y «referencias a» —repitió, cantarín.

—¿¡Qué más cojones quieres!?

—Baja la voz, Brooks.

—No hay nadie en este puto sitio, salvo tú, yo y la mierda de la mesa, que hasta seguro que habla.

—Y el tío de la barra que no deja de mirarnos.

—Si no me hubieras citado a las cuatro de la mañana en este bar de carretera, quizá tendríamos más intimidad.

Se hartó.

—Escucha, capullo, —siseó, cabreado—, si te he citado aquí y ahora es porque el juez ha dictaminado audiencia contra Mathew Carrie mañana a las doce de la mañana. Así que, como le imponga una fianza baja, sin duda, le tendrás aquí por la tarde y con la comidilla de que hay un agente federal en el pueblo.

Eso no me lo esperaba. Había que actuar ya.

—Tenemos material suficiente para detener a Fawkes.

—Esto te va a encantar —masculló. Se recogió las mangas de la camisa y apoyó sus brazos sobre el ketchup incrustado de la mesa asquerosa—. El equipo especializado ha revisado los datos para corroborar las sospechas y realizar un análisis más profundo.

—¿Y?

—Pues, mira, al principio, cuando empezamos a ver comandos y términos como 'infiltración de sistemas', 'exfiltración de datos', e incluso referencias a Wall Street, francamente, pensé que lo habíamos atrapado.

Tensé mi mandíbula.

—¿Adónde quieres llegar?

Oldman se sonrió divertido, aunque con un velo de cabreo clavado en su frente.

—*CyberDigital Eclipse*.

—¿Qué?

—*CyberDigital Eclipse* —repitió, molesto.

—¡No sé de qué cojones me estás hablando!

—Rol, tío. Estamos hablando de que llevamos varios días investigando a un friki que se dedica a jugar al rol con sus antiguos compañeros de universidad, en una distopía futurista con hackers hasta en la sopa.

De pronto me vino a la mente las pegatinas de *Dungeons & Dragons* y de *Rol is alive* en la parte baja de su portátil.

—No me jodas...

—No te jodo, Brooks. Quien nos ha jodido bien ha sido él y sin pretenderlo.

—Pero... ¿cómo?

—Usan una plataforma llamada *RollWest\_3.0*, que es básicamente una mesa de juegos digital donde los jugadores pueden infiltrarse en redes y hackear servidores corporativos; todo, en el mundo ficticio de *CyberDigital Eclipse*. Así que esos teóricos comandos de hacking, que nos hicieron pensar que estábamos ante el próximo gran ciberdelincuente, eran, en realidad, descripciones de las acciones de su personaje.

—¿NeoNoodle es un personaje de ficción?

—Sí, Brooks, efectivamente. No es su seudónimo como hacker.

—El nombre de Neo pensé que se lo había puesto por *Matrix*. Y al añadirle noodle creí que sería el nuevo líder de una organización a la que se habría descabezado; ya sabes, el nuevo «cerebro».

—¿Qué «cerebro» ni qué mierdas?

—*Noodle* es *slang* significa «cerebro».

—No, tío. No se ha comido tanto la olla. Se lo ha puesto simple y llanamente porque su personaje es delgado como un *noodle*, como un fideo.

—¿Como un fideo?

—Sí, porque así suma más dos a su destreza cuando tira dados por agilidad y sigilo.

No podía dar crédito.

—Después de horas de análisis, ¿me estás diciendo que hemos estado persiguiendo a un nerd que juega a ser un hacker desde la cafetería de su pueblo?

—Efectivamente. Si alguien necesita una lección sobre cómo perder el tiempo, aquí estamos.

Me pasé la mano por la cara.

—Joder... ¿Y qué ha dicho el jefe?

—Que la próxima vez no utilicemos recursos estatales para rastrear pistas que nos lleven al *Candy Crush*.

—Estamos jodidos.

—Bien jodidos.

—Al menos, no le hemos puesto las esposas.

—Ya. Pero el verdadero culpable sigue ahí fuera. Y te recuerdo que Mathew Carrie vuelve en unas horas y te dejará sin coartada.

—Esto es ridículo —cabeceé—. Me siento como un idiota.

—No te castigues, Brooks. Cualquiera en tu posición podría haber caído en el mismo error.

—Llevo doce años trabajando en esto.

—Y yo veintisiete. Y aquí me ves, a punto de arrestar a un jugador de rol por ser un supervillano cibernético.

—Vamos a ser el hazmerreír de la ANSC.

—No me queda duda. Pero, ahora, tenemos que ponernos a trabajar sobre el resto de sospechosos. Así que, andando. Te vienes conmigo a la central.

Abrí los ojos.

—No puedo irme a Nueva York, ahora.

Oldman me observó impávido.

—Sí, sí puedes porque necesitamos recortar el marco de actuación en las horas que nos quedan, y yo no puedo estar de un lado para otro. Te vienes ahora y luego te vuelves en el coche.

Ni siquiera sabía cómo había conseguido llegar con el *Fiero* hasta allí, pero tenía muy claro que no iba a aguantar un viaje de ida y vuelta a Nueva York. Además, Lizzy no se me iba de la cabeza y necesitaba volver a verla cuanto antes.

—No, Oldman. Me voy a quedar aquí.

Se cabreó por completo.

—Te vienes.

—Tengo que quedarme.

—¡No! ¡No tienes que quedarte!

—¡He dicho que sí!

—¿De qué vas, Brooks? ¿Es por esa tía?

Se me paró el corazón.

—¿Qué tía?

Pero él me lo soltó a la cara.

—Elisabeth Stone, a la que te has tirado esta noche en su apartamento. —Afilé la mirada—. Tenemos un geolocalizador en el Motorola, Brooks, y he estado siguiendo tu rastro. Entraste en su casa a las nueve de la noche y no has salido hasta las tres de la madrugada, cuando te he llamado. Seis horas, tío. Seis horas. Y no me digas que es que te había invitado a cenar y, entre hacer la pizza y ver *Lo que el viento se llevó*, que es muy larga y dura casi cuatro horas, se te fue la olla y te quedaste a dormir en el sofá. —Descargó su ira—. ¡La has cagado! ¡Hasta el fondo! Y da gracias que hemos sido mis chicos y yo los que lo hemos visto, y no otros. Pero si esto llega al jefe, te van a expedientar.

Torcí mi gesto, pero me aferré a mi mantra.

—Debo quedarme, Oldman. Tengo que adelantarme a la vuelta de Mathew Carrie y, al mismo tiempo, interceptarlo para que cierre su boca.

—No la va a cerrar.

—Necesito ayuda. Mándame un equipo de apoyo que eche un vistazo por el pueblo, además de mí. Me los envías a casa con una Volkswagen California Camper, unas bermudas floreadas y unas chanclas, y diré que son unos amigos que han parado a verme de camino a la Costa Oeste.

—No.

—¡Mándame ese equipo, por Dios!

—Te lo mandaré si, al menos, tuviéramos algún sospechoso. Pero como tú dijiste, no había nadie más en el café que el friki rolero, la camarera viendo la telenovela en la tele, y la

repostera rusa, horneando cookies de chocolate para toda la comarca.

—Podría ser cualquier, Oldman. Un vecino, el tío de la panadería de al lado... Cualquiera podría estar conectado al wifi de la cafetería y lanzar los ciberataques desde la tranquilidad de su casa. El pueblo es muy pequeño. Esa red puede llegar a cualquiera dentro de su área.

—No me digas, genio —ironizó. Me tocó las narices su desdén.

—Necesito ese equipo para capturar la señal de wifi en áreas públicas y ver desde qué zonas responde.

—¡No pienso colocar una furgoneta en mitad del pueblo! Te lo dije el primer día: gorriones de wifi hay en todas partes. Te puede llegar a salir medio pueblo conectado a la red. Necesitamos evidencias más fiables.

Pensé rápido.

—Debemos pedir ayuda al sheriff y a sus hombres.

—Ni de coña.

—Estamos sin nada. Necesitamos su conocimiento de la población.

—Él ya tuvo su momento de gloria conmigo hace unas semanas. Me dijo todo lo que necesitábamos saber.

—No podemos seguir a ciegas. Los conoce a todos. Sabe dónde están en cada momento. Él mismo fue el que me reorientó hacia el bibliotecario.

—Y lo hizo mal —sentenció—. O, quizá, a conciencia.

Lo vi claramente. Oldman no descartaba a MacDougall de entre los sospechosos.

—No tendría lógica.

—Eso lo decidiré yo.

Leí entre líneas.

—¿Qué tienes de él?

—Nada. De momento.

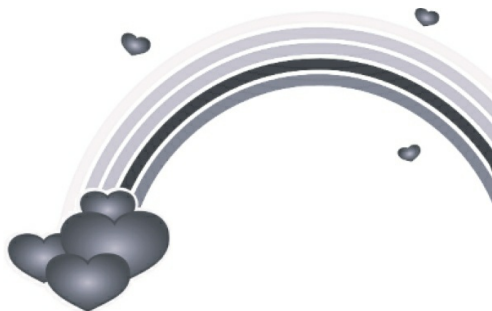
—Entonces, ¿por qué no lo descartas?

Desvió su atención a la ventana que daba a la oscuridad de la noche. Pasó su mano por la cara y suspiró agotado, pero no me dio lo que yo buscaba.

—Las autoridades locales son un coñazo, Brooks. Lo sabes. En cuanto les pedimos ayuda, se lían la manta a la cabeza y la cagan. Son incapaces de asumir que somos nosotros los que estamos al mando y terminan haciendo el héroe y cargándose meses de investigación. —Volvió a mirarme—. Pero, además, hay muchas cosas que no me cuadran en todo esto. Así que MacDougall se queda fuera.

—Dame algo para entender tu decisión.

—Mira, Brooks, yo no me fío de nadie. Cuando inicio una investigación, todos son sospechosos, hasta las pulgas de los gatos. He visto demasiado como para darme cuenta de que la hostia puede venirte de cualquier lado. El peligro puede estar delante de tus mismas narices disfrazado de cualquier mierda cotidiana. Y lo que parece una cosa normal puede estar encubriendo algo mucho peor. Así que MacDougall se queda fuera.



## 30

# LIZZY

La luz del amanecer se filtraba por las cortinas, pero yo no podía moverme de la cama. La angustia me había oprimido el pecho de una manera constante y sin tregua desde que Tyler había salido de casa la noche anterior. Me giré desganada, y traté de buscar consuelo en el refugio que me brindaban las sábanas. Sin embargo, solo encontré el vacío que él había dejado.

Recordé sus palabras, cada silencio, cada encubrimiento, cada secreto inconfesable, y todos ellos volvieron a perforar mi corazón. El modo en cómo se había ido y sus evasivas para contarme qué pasaba me habían propiciado una gran turbación. No conocía apenas nada de su vida. No sabía en lo que andaba metido. Y todo me remitía a su paso por la cárcel. La desconfianza se había abierto paso con una pequeña chispa. Pero, después de varias horas, se convirtió en un incendio que arrasó con todo lo que habíamos construido. Mis ojos, que antes lo miraban con anhelo, ahora estaban llenos de rabia y arrepentimiento.

Me sentía frágil y tan rota que el mundo exterior me parecía una amenaza insuperable. Me hubiera encantado ser una crisálida, envolverme en un capullo y esconderme de todo hasta hallar las fuerzas para transformarme, cambiar y emerger como alguien nuevo; alguien capaz de encarar lo que fuera que viniera después. Pero aún no estaba lista para enfrentar la realidad, para lidiar con el dolor y la confusión, con el propio error que había cometido lanzándome a sus brazos. Solo deseaba desaparecer, convertirme en algo pequeño y protegido, y no salir hasta que fuera lo suficientemente fuerte como para poder verlo, mirarlo a la cara y soportar el peso de mi propia temeridad.

Cada vez que cerraba los ojos, aparecía su rostro y revivía la vehemencia con la que nos habíamos amado la pasada noche. No lo había valorado como hubiera debido y la experiencia se me había grabado a fuego. Tyler era apasionado, tierno, adictivo. Tenía muy claro que me iba a resultar extremadamente difícil hacer desaparecer su marca.

Después de mucho tiempo acurrucada en la cama, saqué fuerzas de donde no las tenía y me obligué a levantarme. Por mucho que lo deseara, no podía quedarme allí para siempre. La vida seguía, y yo tenía responsabilidades que no podía ignorar.

Lentamente, me senté en el borde del colchón y la realidad se apoderó de mí. Sentía en todo mi cuerpo el cansancio por no haber dormido nada. Pero, también, estaba extenuada, debido a las horas de sexo. Las piernas, los glúteos, la espalda y, sobre todo, los genitales recibían su factura después de una noche maratoniana. Y aquello era lo que más me desequilibraba porque el

mero recuerdo de estar entre sus brazos me hacía desfallecer, me llenaba de nostalgia, pero también activaba mi deseo.

Me tomé unos segundos. En ellos, traté de adoctrinar a mi mente para no caer en el decaimiento emocional que me seguía como mi sombra. Me dirigí al baño y, al entrar, observé mi reflejo en el espejo. Tenía los ojos rojos e hinchados, y mi rostro estaba totalmente demacrado. Apenas me reconocía. Me había jurado una y otra vez no volver a sucumbir a las lágrimas por un hombre. Y, sin embargo, ahí estaba, muy poco tiempo después y cayendo en el mismo pozo de la desconfianza que ya conocía de antemano.

El agua fría me ayudó a despejarme un poco. Para vestirme, opté por algo cómodo, sencillo y que no requiriera mucho esfuerzo mental. Me puse unos pantalones anchos, de pierna de elefante, y de gasa blanca, y una camiseta de tirantes negra. Volví a la cocina y me tomé un café, mirando por la ventana. En ese tiempo, domesticqué mi mente para iniciar el día sin una huella de Tyler en mi sonrisa. Por último, volví a mi dormitorio, cogí mi bolso y me dirigí a la puerta. No estaba segura de cómo iba a terminar el día, pero, al menos, ya había dado los primeros pasos para iniciarlo.

Sin embargo, el destino me tenía reservada una zancadilla antes incluso de que pusiese un pie en la calle.

Abrí la puerta del apartamento y, cuando me disponía a cruzarla, me topé con Tyler. Estaba subiendo, justamente, el último escalón que llevaba a mi rellano. Sus ojos se enlazaron a los míos, y todo pareció como si se desvaneciera y solo quedase la intensa conexión de nuestras miradas. El aire se volvió pesado y me sentí como si hubiera perdido de repente todas mis fuerzas. Mi corazón comenzó a latir con una rapidez inquietante. Un aleteo embriagador colapsó mi vientre y se expandió por todo mi cuerpo, dejándome embarrada, confusa, aturdida. Aunque lo más terrible fue tener que lidiar con la oleada de emociones encontradas que me golpearon de lleno.

Tyler también se quedó inmóvil, observándome, midiéndome, como intentando dilucidar hasta qué punto no le iba a dar con la puerta en las narices. Él sabía que no; a pesar de todo, nunca podría hacerle eso.

Justo cuando pensé que no podía soportar más esa tensión, avanzó hacia mí con una determinación que me dejó sin aliento. Antes de que pudiera reaccionar, sentí su mano rodeando suavemente mi cuello y, de inmediato, sus labios secuestraron los míos. Su beso desbarató mi escaso equilibrio y generó una mezcla de sorpresa, confusión y deseo; muchísimo deseo. Mi cuerpo, que momentos antes había estado paralizado, respondió instintivamente. Cerré los ojos y me dejé llevar por el calor de su mano sosteniendo mi nuca, por el delicioso roce de sus dedos, por la suavidad con la que acariciaba mis labios, por la calidez con la que tentaba a mi lengua. La energía febril nos enredó y me perdí de nuevo en una especie de tregua momentánea a la que me alentó mi propio corazón dañado. Ni siquiera entendí la razón. Ya no se trataba solo del deseo que me despertaba, sino la forma en la que me hacía sentir viva.

Pero no podía engañarme. El problema seguía ahí, intacto.

Con un esfuerzo titánico, me separé de él. Sentí su resistencia. Sus manos me querían cerca. Pero, también, vi algo más: el miedo instintivo clavado en sus ojos.

Retrocedí un paso, bajé mi rostro y recogí los mechones de mi pelo. Necesitaba ordenar mis pensamientos y, sobre todo, anular todas las emociones que había vuelto a liberar. Él me dio esos segundos, aunque con la incomodidad del aire sorteándonos. Solo entonces, hablé.

—No sé qué haces aquí.

—Necesitaba verte y hablar contigo. No me gustó cómo nos despedimos anoche.

—No nos despedimos, Tyler. Tú, simplemente, te fuiste.

—Lizzy, dame una tregua. Solo quiero hablar.

—¿Y de qué quieres hablar? ¿Me vas a decir qué sucedió? ¿Me vas a contar la razón, la verdadera razón —apunté con rabia—, por la que has salido esta madrugada de mi casa casi al galope? —Me observó suplicante, pero no me dio lo que le pedía. Bajé mi rostro con muchísimo malestar—. De acuerdo. Si es lo que quieres, entonces, no hay nada de qué hablar; no, cuando te niegas a contarme lo que en realidad pasa.

La tensión cubrió todas sus facciones.

—Te pedí unos días.

—Es cierto, pero eso no quiere decir que yo quiera dártelos.

No quise seguir allí. Me di la vuelta y metí la llave en la cerradura.

—¿Dónde vas?

—¿Tú qué crees? —respondí, irónica—. Me voy a trabajar, entre otras cosas, porque hay algunos que tenemos responsabilidades y vivimos en el mundo real donde los horarios deben respetarse. —Lo dije sin mirarlo, girando la llave con rabia. Después, me volví y traté de abrirme hueco de forma avasalladora—. Disculpa.

No me permitió dar un paso. Se cruzó en mi camino y esperó a que alzase la mirada para hablarme.

—Lizzy, no es lo que piensas. No hay nada turbio. Es solo que... no... No puedo hablar de ciertas cosas ahora mismo.

—¿No puedes o no quieres?

—No puedo —repitió con angustia.

Pero para mí ya era demasiado. No podía dar crédito a sus palabras y, mucho menos, bajo esos términos.

—No te creo. Lo siento.

—¡Te lo juro! —musitó desesperado—. Hay cosas que me encantaría compartir contigo y que explicarían todo. Te lo aseguro. Pero no puedo. No, todavía.

Me deshice.

—Ya no sé qué pensar.

Tyler llevó su mano sobre mi mejilla y me acarició de forma muy leve, casi como si no quisiese enturbiarme con ese gesto. Cerré los ojos, y me vi cayendo presa de demasiadas emociones encontradas.

—Lo sé —susurró sobre mis labios—. Y lo siento. Entiendo lo frustrante que debe ser. Solo te pido un poco más de paciencia. Te prometo que, en cuanto pueda, serás la primera en saber toda la verdad. Necesito que confíes en mí un poco más. Solo un poco...

—No —exclamé a media voz—. No, no quiero.

La solidez de su imagen desapareció de repente. Fue como si Tyler hubiera perdido toda su fuerza. No quise mirarlo más y me separé despacio con intención de irme.

—Lo que siento por ti es real, Lizzy.

Temblé por sus palabras, pero no me detuve. Me volví levemente, aunque fui incapaz de mirarlo a los ojos.

—Lo de esta noche pasada estuvo bien. Pero no quiero nada más.

—Cómo puedes decirme eso —espetó con rabia.

—He vivido mucho tiempo con mentiras, Tyler. No deseo esto para mí de nuevo. Así que no vuelvas a insistir, te lo ruego.

Di el primer paso y no volví a girarme más. Bajé las escaleras de los apartamentos. Salí

del portal y comencé a caminar por la calle de camino a la escuela. El aire fresco de la mañana acarició mi rostro. El sol había salido hacía poco y ya bañaba al pueblo con su luz dorada. Las flores de los jardines mostraban sus colores vibrantes y el aire olía a hierba recién cortada y tierra húmeda. Sin embargo, esa mañana, todo parecía un reflejo perverso de mi estado emocional. Era como si el mundo celebrara mi tristeza con su indiferente esplendor. Sentía un vacío en mi interior al que no sabía cómo enfrentarme. Y sabía que era profundo; mucho más profundo de lo que podía asumir.



## 31

# TYLER

Me quedé ahí quieto, en el rellano de la puerta del apartamento de Lizzy, y sin tener muy claro qué hacer porque, por mucho que lo intentase, ella no iba a cambiar de opinión. La estaba mintiendo descaradamente y Lizzy no era una necia, ni conformista, ni mucho menos resignada. Tenía muy claro lo que quería y gozaba de la suficiente seguridad como mandarme a la mierda por darle tantas vueltas sobre lo que rodeaba a mi vida.

El frío del pasillo me envolvió y me azotó de lleno al darme cuenta de lo que estaba perdiendo. Y me dolía porque, en ese preciso momento, ya era muy consciente de lo que suponía Lizzy para mí. Se había metido bajo mi piel de una manera que no había anticipado. En apenas dos semanas, había intensificado la forma en que mi corazón latía por ella. Pero mi rol en ese pueblo, mi identidad oculta y los encubrimientos habían construido un muro impenetrable entre nosotros que ya no sabía si podría sortear. La coartada se había convertido en mi prisión. Mis silencios, en mi sentencia. Y el descubrimiento inminente, en mi condena.

Lamentaba cada instante en que no había podido ser sincero. Mi deber y mi papel me habían obligado a transcurrir por un camino sin opciones. Y el tiempo que le había pedido ni siquiera era plausible cuando mi coartada estaba sembrada de un velo tan turbio. No tenía escapatoria. Estaba perdiendo la oportunidad que me había otorgado el destino al colocar a Lizzy en mi vida.

El eco de sus pasos se desvaneció por el pasillo. Me di la vuelta con vigor y pasé la mano por mi rostro, por mi pelo, y la dejé reposar en mi nuca. El coste de mis secretos iba a impedir florecer ese amor que se había abierto paso. Ya no podía negármelo: la pasión que nos había mecido me había desbordado, y los momentos que compartimos me llegaron incluso a susurrar una promesa de futuro que ahora sentía inalcanzable.

Mientras miraba el vacío, me enfrentaba a la amarga verdad de que no solo había perdido a Lizzy, sino también a una parte de mí mismo en ese proceso. Tenía muy claro que me pesaría durante bastante tiempo; mucho más del que podría asumir sin sucumbir a la rabia.

Me obligué a moverme de una vez por todas. Bajé las escaleras y abrí la puerta del portal para salir a la calle. Vi a lo lejos la maravillosa silueta de Lizzy caminando ligera hacia la escuela. No la seguí. Aún era temprano, pero no quería volver a casa y tener que compartir camino con ella en la distancia. Prefería quedarme por la zona, tomar un café y esperar a la llegada de Fawkes a la biblioteca.

Caminé hacia *El Café de Myrtle*, que ya estaba abierto, y pasé dentro. El suave tintineo de la campanilla me dio la bienvenida, junto con la amplia sonrisa de Brenda, la camarera.

—Buenos días, Tyler.

—Hola, buenos días.

—¿Café?

—Sí, por favor.

Me senté en la barra y ella me lo sirvió despacio.

—Acabo de ver pasar a Lizzy —susurró, sonriente. Y yo me ahogué un poco más en mi ciénaga. Ella había sido testigo de todas nuestras tardes en el café y no la había pasado desapercibido nada—. ¿La has visto? —Asentí, aunque sin despegar los ojos de la taza—. ¿Quieres una cookie de chocolate?

—No, gracias. —Sin ella, esa delicia perdía su encanto.

—Hoy vienes muy pronto, ¿no?

—Sí.

—¿Y eso?

Me pregunté por qué razón las conversaciones de esa mujer debían girar en torno a mi vida. Quizá en otra ocasión no me hubiera importado. Pero, ahora, dolían.

Tomé aire.

—Quería ir a la biblioteca. Tengo unos libros que le prometí a Vincent.

—Mmm... —Y torció su gesto.

Agucé la mirada.

—¿Ocurre algo?

—Contigo, no.

Dudé.

—¿Y con Vincent?

—Bueno, —entonó—, es solo que yo soy amiga de mis amigos.

—¿Y debo entender que él no está entre ellos?

—Más o menos.

«Vamos a ver qué me das, Brenda».

—¿Por qué? Parece un buen tío. Es amable, sonriente, va a contar cuentos a la guardería, organiza clubs de lectura, está muy comprometido con su trabajo mejorando la biblioteca...

—Demasiado perfecto para ser real, ¿no crees?

—¿Has tenido problemas con él?

Brenda se echó hacia delante y cruzó sus brazos sobre la barra para hablarme desde más cerca.

—Yo no.

—¿Entonces?

—Jodió a un amigo mío y consiguió crearle un problema grave con el alcalde.

—Ah, ¿sí?

—Como lo oyes.

Torcí mi rostro para mostrarme dócil.

—¿A quién?

—No sé si lo conoces. Se llama John Connor y vive cerca de la Iglesia.

Rasgué la mirada.

—Creo que me han hablado de él. ¿Tiene cuatro hijos y es el experto en informática del

ayuntamiento?

—Sí, es él.

Me froté las manos, mentalmente.

—Me han dicho que John es un buen tipo, siempre intentando ayudar a los demás con sus dispositivos, ¿no?

—Lo es, te lo aseguro. Somos amigos desde la infancia y es una bellísima persona, todo lo contrario que Vicent.

—¿Qué pasó entre ellos?

—Tuvo un conflicto con John a raíz de la instalación del nuevo catálogo de la biblioteca en el servidor del ayuntamiento. John se opuso rotundamente, diciendo que no era seguro y que podía comprometer algo... No sé qué.

—¿La seguridad de la red?

—Creo que así. Y algo de unos monitores e información de los vecinos...

Mi mente lo vio claro.

«Monitorear el tráfico de red y capturar información sensible o credenciales de otros usuarios; redirigir el tráfico de la red del ayuntamiento a servidores para espiar y recopilar información de los vecinos».

—Hubo un intercambio de palabras y las cosas se pusieron bastante tensas.

—¿Cómo de tensas?

—Bueno, John es muy tiquismiquis con su trabajo, pero lo hace muy bien. Por eso, no le gusta que nadie más lo toque. Y yo lo entiendo.

—Yo también —me animé.

—Pero Vicent se emperrió en que había que facilitar el acceso al catálogo de esa forma para los residentes y los vecinos de poblaciones cercanas.

—¿Lo consiguió?

—No y, desde entonces, todo han sido problemas para mi amigo. Cuando John se quejó al alcalde, a Vincent le jodió. Y no solo lo ignoró, sino que se las arregló para implementar el catálogo él mismo.

«Joder, Brenda, por qué cojones no habré hablado antes contigo...».

—¿En serio?

—No tengo ni idea de cómo lo hizo porque John lo explica, pero ninguno nos enteramos. Pero, bueno, el caso fue que mi amigo se lo capó. Y, tras ello, la web del ayuntamiento se cayó un par de veces después de eso. Y el alcalde llamó a John a su oficina y le echó una buena bronca. Pero te diré algo: —Miró alrededor para asegurarse de que nadie más escuchaba—: John cree que Vincent está detrás de esas caídas de red y que lo ha hecho a propósito, solo para fastidiarle y hacerle quedar mal ante el alcalde. Es un tipo turbio y no es de fiar, aunque vaya sonriendo a todo el mundo.

—¿De verdad piensa eso?

—Sí. John me lo ha dicho varias veces. No se fía de Vincent para nada. Dice que siempre parece estar haciendo algo más que trabajar cuando está delante de su PC.

«Algo más...».

Se me abrió la mente.

—Discúlpame, Brenda. Tengo que hacer una llamada.

Salí de la cafetería casi al galope y sin pagar. Tomé el camino directo hacia mi casa y, cuando estaba alejado del centro urbano, pulsé el único contacto del Motorola. Oldman me contestó al otro lado de inmediato.

—¿Qué pasa, Brooks? ¿Ya me echas de menos?

—Necesito un software espía que haga capturas de pantalla.

—¿Tú sabes lo que me estás pidiendo!?

—Sí.

—¿Por qué y para quién!

—Es él.

Me entendió a la primera.

—¿Fawkes?

—Utiliza el juego de rol para escudarse.

—Demasiado rebuscado.

—Todo lo contrario. Tú y yo sabemos que esos comandos que lanza en el juego son demasiado complejos. Son similares a comandos de red avanzados, comandos de hacking.

—Estos tíos se suelen meter mucho en su papel, Brooks.

—No lo dudo. Pero ¿qué lógica tendría soltar esos comandos? Me explico. Los tíos estaban charlando en la plataforma esa, diciendo qué van haciendo en el juego. Que si yo hago esto, que si yo hago lo otro... Y, de pronto, ¡plaf!, nos aparece un comando.

—¿Y qué?

—Si yo quiero decir que mi personaje hace un escaneo de puertos para encontrar servicios abiertos en un objetivo, lo digo así, sin más. No coloco «nmap\_sS\_p-T4target.com» u otra mierda similar. ¿Me sigues? —Oldman no me respondió—. Les digo a mis compañeros lo que voy a hacer: «Voy a enviar paquetes ping para verificar si el objetivo está activo», o «abro una herramienta de exploración para aprovechar la vulnerabilidad de Windows». Y ya está. Pero nunca soltaría un comando sin más. Y, mucho menos, cuando suenan tan veraces. Si juegan a través de una plataforma, lo lógico sería que todo se hiciese a través de interfaces gráficas o narraciones. Nada más. —Esperé su réplica, pero no me la dio, así que insistí—. No cuadra, Oldman. Hazme caso.

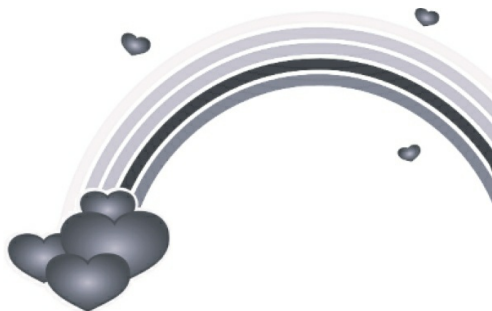
—¿El juego de rol es un caballo de Troya?

—No, más bien está usando su partida de rol como cobertura para sus ataques. Podría tener múltiples ventanas abiertas: en una, está salvando el mundo con NeoNoodle, y en otra, está destrozando la economía real de Wall Street; y es ahí donde suelta esos comandos. Si alguien lo investiga y consigue observar sus movimientos en el tráfico de red, toda la información se superpone. Parece que está jugando al rol, que lo hace, y disfraza sus comandos de hacking como si fueran parte del juego.

—¿Cada vez que pensábamos que estaba sumergido en su juego estaba dirigiendo un ataque real?

—Eso creo. Pero necesito ese software para confirmarlo. Podría instalárselo ahora y tendríamos los pantallazos de lo que haga esta tarde en el café. Tengo excusa para ir a verlo a la biblioteca ahora por la mañana. Quizá en un descuido...

—Lo tendrás en una hora.



## 32

### LIZZY

Estaba dentro de la guardería, en el piso superior, organizando pañales. Los niños estaban en el patio, con Karen y con Amy. Yo no había salido. Había permanecido durante toda la mañana allí dentro y ahora me había entretenido organizándolo todo antes de que llegase la hora de la comida.

Sabía que Tyler estaba en su casa y no quería volver a encontrármelo. Es difícil dejar de vibrar por alguien que se te ha colado tan adentro. Y tenía muy claro que esa sensación empeoraría si lo veía a través del otro lado de la valla. Todavía era pronto. La herida aún sangraba. Al menos ese día, necesitaba mi refugio en el interior y establecer distancia para recomponerme.

El vacío que sentía era demasiado profundo. Lo había intuido dos días antes, cuando había rechazado mi beso. Pero, la noche anterior, Tyler había labrado su huella en mi piel, y lo había hecho con ese rastro de calidez tan genuino que poseían sus dedos. Ahora, esa memoria era como un fantasma que me recordaba lo que había perdido, lo que no había tenido siquiera la oportunidad de consolidar ni construir. Intentaba concentrarme en los niños, en sus risas y sus juegos, pero no podía evitar sentirme herida.

Cada vez que cerraba los ojos, recreaba sus manos, su respiración jadeante junto a mi oído, su pasión desgarradora. El mero recuerdo hacía que mi piel ardiera, pero, también, que lo ocurrido se tornase mucho más complicado de asumir.

De pronto, la algarabía de los niños en el patio se volvió ensordecedora y me sacó de golpe de mis pensamientos. Ese tipo de entusiasmo solo ocurría cuando alguien llegaba. Terminé de colocar las cosas y decidí ver qué sucedía. Pero, antes de que pudiera salir de esa estancia, Anna, la cocinera de la guardería, subió apresurada las escaleras y entró en mi busca.

—Lizzy, el cartero está en la puerta. Dice que iba a dejarte una notificación en casa. Pero que, como sabías que no estabas, te la ha traído aquí. Es un requerimiento de los juzgados de Nueva York y necesita tu firma.

Mi cuerpo se estremeció por la noticia. No quería hacerme ilusiones, pero tal vez...

—Gracias, Anna.

Troté escaleras abajo y salí de la casa. Nada más hacerlo, vi la escena y la algarabía que la acompañaba. Me sonreí, divertida. Jeremy estaba al otro lado de la valla, claramente intimidado y evitando entrar. Sostenía la notificación pegada a su pecho y se mantenía a una distancia

segura, como si temiera que los pequeños pudieran saltar la valla en cualquier momento para lanzarse a su cuello como un perro de presa. Algunos de los niños lo jaleaban desde dentro, saltaban y vitoreaban su nombre, como si estuvieran presenciando el mejor espectáculo de sus vidas con esa visita. A ellos les encantaba ver al cartero y habíamos tenido algún que otro incidente debido a ese entusiasmo. Por eso, Jeremy, muy en su línea, había preferido esperar al otro lado. Amy, desesperada, intentaba contener la avalancha de los pequeños, pero era difícil frenarlos con esos arrebatos.

Crucé el jardín con una sonrisa dibujada en mis labios.

— Chicos, chicos... ¡Hola, Jeremy! —Mi presencia desvió un poco la atención de los niños, pero todavía seguían enloquecidos—. Gracias por traérmela a la escuela. ¿Dónde firmo?

—Aquí, Lizzy.

Me abrí hueco como pude y dejé mi garabato incrustado en el papel de registro.

—Muchas gracias, Jeremy.

—Que paséis un buen día.

Nos despedimos todos, niños incluidos con su bello ritmo de voces blancas y sus manitas sincronizadas.

Me di la vuelta y caminé hacia la casa abriendo el sobre con la notificación. No pude aguantar y, antes de subir los escalones del porche, ya estaba leyendo las líneas mecanografiadas.

**Tribunal de la Ciudad de Nueva York.**

**Notificación de Audiencia.**

**A: Elisabeth Katherine Stone.**

**Caso No: 202109-DF-8796**

**Asunto: Audiencia Final de Sentencia de Divorcio.**

—¡Sííí! —susurré, entusiasmada. Y mi boca abrió tanto la sonrisa que me dolieron hasta las mejillas.

Iba a subir las escaleras, cuando me llamó la atención un leve movimiento a mi izquierda. Volví mi rostro y lo vi. Tyler estaba observándome desde el otro lado de la valla. Lo hacía en absoluto silencio, aunque de forma penetrante y con una potencia en sus ojos que me hizo sentirme desnuda. Sus labios esbozaron una leve sonrisa que me hizo temblar y me removiό todo por dentro. El corazón se me disparó por completo y tuve que tomar aire.

Esbocé un leve gesto a modo de saludo, aunque apenas pude esconder la tensión que albergaba. No sabía cuánto tiempo llevaba ahí, acechándome y sin que yo me hubiese dado cuenta.

—¿Buenas noticias? —preguntó. Y podría jurar que lo hizo a conciencia para no dejarme ir.

Traté de domar el cosquilleo embriagador que me envolvía.

—Sí.

—Me alegro.

Fui consciente de la frialdad de mi respuesta y de la calidez que él trataba de arrancarme. Sin embargo, decidió no forzar más ese encuentro. Volvió a sonreír con debilidad y, después, se dio la vuelta y caminó hacia la entrada lateral de su casa. Cruzó y cerró tras de sí.

Y yo me dejé vencer.

Luché contra mi mente, mi corazón y mis entrañas, y me obligué a centrarme en lo primordial. Entré en la casa y caminé decidida hacia la cocina. Allí, en la mesa donde trabajaba,

había dejado el portátil y mi teléfono móvil. Cogí este último para apuntar en la agenda las nuevas y, de paso, solicitar ese día libre al ayuntamiento. Pero, entonces, vi que tenía varias notificaciones. Una de ellas era un correo de mi abogado, informándome de que, esa mañana, le había llegado el requerimiento de los juzgados y pidiéndome que buscásemos una cita libre.

Pero había algo más. Varios mensajes de WhatsApp; muchísimos, y todos de un número desconocido que esperaban ser leídos. Abrí ese contacto y repasé el primero de ellos sin saber muy bien de qué podía tratarse.

Enseguida até cabos. Mis dedos temblaron y el corazón se me disparó.

Tuve que tomar asiento.

Desconocido:

*«Hola, Lizzy».*

*«Me hubiera gustado hablarte de mí en tu casa o en la mía, sentados en el sofá, agarrados de la mano y cobijados por nuestras caricias. Pero sé que ya no llego a tiempo. Y esto no es más que un intento desesperado para que confíes en mí».*

*«Es cierto. No te he contado nada de mi pasado, nada de mi vida. Ni siquiera, la razón de por qué ahora soy lo que crees que soy. Y eso enturbia más y más la imagen que tienes de mí».*

*«Me encantaría que supieras tantas cosas, pero te confiaré, quizá, lo que más ha definido mi vida en estos últimos años. Apenas hablo de ello. Solo quiero que sepas que, si te lo cuento, es porque quiero que conozcas los demonios que inundan mi alma».*

*«Como sabes, perdí un hijo a la edad de dos años y diez meses. Chris fue fruto de una relación esporádica que tuve con una amiga. Ella decidió seguir adelante con el embarazo y, aunque no éramos pareja, la apoyé en todo momento. A esas alturas, Lara y yo sabíamos que éramos incompatibles para formalizar algo más. Pero me permitió vivir paso a paso todo el proceso. Creo que nunca podré agradecerle su generosidad».*

*«Establecimos un acuerdo de tutelas y, durante esos nueve meses, me sentí emocionado por la idea de ser padre. Ver cómo crecía la vida dentro de ella y prepararme para la llegada de mi hijo me llenó de una felicidad indescriptible».*

*«Cuando Chris nació, todo cobró sentido y supe que había hecho lo correcto. Ser padre es una de las cosas más maravillosas que me ha pasado».*

*«Pero la paternidad también supone un riesgo para que te rompan el corazón. He pasado por muchas cosas a lo largo de mi vida. Pero te aseguro que nada es comparable a perder un hijo».*

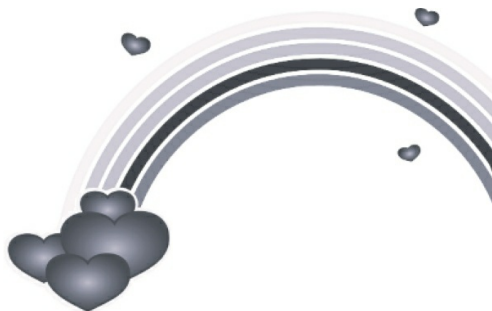
*«Chris nació con Síndrome de heterotaxia. Tenía solo un ventrículo y, además, sufría dextrocardia, que es una alteración en la que el corazón no está donde debe, sino en la mitad derecha del tórax».*

*«El tratamiento fue muy complejo y consistía en pasar por varias operaciones para poder proporcionarle un sistema alternativo al que la naturaleza le había otorgado. Hubo que hacerle una primera operación apenas al nacer, para preparar las siguientes. Sobre los seis meses se le hizo una segunda, para conectar la vena cava superior a la arteria pulmonar. Después, sobre los tres años, hubiera tenido que pasar por otra más, para conectar la vena cava inferior mediante un conducto a las arterias pulmonares. Pero no consiguió llegar. Murió antes. Y eso es algo que no he podido superar y no creo que lo logre nunca».*

*«Todos los días, cuando me levanto, pienso en él. Creo que nunca podré dejar de hacerlo. Y, aunque no soy creyente, digo una oración para que, si hay algo más allá, me lo cuiden hasta que yo vaya».*

*«Soy un hombre sencillo y tengo pocas pretensiones. Solo quiero vivir tranquilo. Quizá en eso mismo consiste la felicidad».*

*«Me encanta perderme en un buen libro, lo sabes. Mi preferido es 'El nombre de la rosa', de Umberto Eco. Tengo un ejemplar de la primera edición de 'Diez negritos', de Agatha Christie, como la joya de mi biblioteca. Me gusta conducir escuchando 'The Wall' de Pink Floyd o el álbum 'The Joshua Tree' de U2. Y, para momentos de mayor tranquilidad, prefiero música clásica, bandas sonoras o compositores como Yiruma. Las noches de cine con 'El Padrino' o maratones de 'Breaking Bad' siempre son bienvenidas. Salgo a correr por el parque o por la playa casi todos los días. Juego al tenis los fines de semana con un amigo del trabajo. Adoro la cerveza alemana. Cocino el mejor risotto del mundo y me encantaría hacerlo para ti algún día. Veo a mi madre una vez por semana y, a pesar de mis treinta y siete años, ella siempre me tiene preparados varios tupperwares para que me lleve a casa. Y me los llevo, sí, porque me encanta ver su sonrisa cuando lo hago. Disfruto con mi trabajo y, a veces, para distraerme, me meto en proyectos de bricolaje en el garaje, como la mesa de billar que estoy construyendo desde hace años, aunque creo que nunca tendrá fin. Cuido de mi jardín, pero mi vecina, la señora Harris, una octogenaria con muy mala leche, me roba las flores más bonitas cuando no estoy en casa. Actualmente, vivo en San Francisco. Soy un hacha jugando al Risk. Y estoy loco por ti».*



## 33

### LIZZY

No podía controlar mis manos. Había entrado en un bucle de agitación y desasosiego después de leer los mensajes de Tyler, salir corriendo hacia su casa y ver cómo se iba en el *Chevrolet Suburban* que había venido a recogerlo. Ni siquiera me dio tiempo de gritar su nombre para que parase. Cuando fui a hacerlo, él cerró la puerta del copiloto y la persona que conducía salió a la carretera a gran velocidad.

Intenté llamarlo al número que se había quedado grabado en mi teléfono. Pero la única respuesta que obtuve fue la de una voz dictada que me informaba de que el teléfono estaba apagado.

Me pasé horas así. Pero el desconcierto creció cuando la guardería cerró sus puertas y fui a su casa. Lo que vi, me llenó de dudas. El *Fiero* había desaparecido de la carretera y todo estaba más cerrado que de costumbre. Las cortinas, siempre descorridas desde que Tyler había llegado, ahora estaban completamente cerradas, con las contraventanas de madera clausuradas. Y yo no había sido consciente cuando lo había visto irse. De hecho, hubiera jurado que eso no estaba así cuando se marchó.

Todo aquello, unido a sus mensajes, me había llenado de dudas. Las preguntas me asaltaban porque, en ellos, Tyler me describía una vida que no casaba en absoluto con la versión que yo tenía de sus últimos años. No entendía nada y por más que intentaba encontrar la lógica, solo conseguía embarrarme más.

Por eso, cuando llegué a *El Café de Myrtle*, mi cara lo decía todo.

—¡Uy! A ti te pasa algo.

—Qué va, Brenda. Es solo que estoy cansada.

—Lizzy, bonita, llegas cansada siempre. Pero tu cara de hoy es otra. —Colocó sus manos en las caderas, torció el gesto de sus labios y fijó sus ojos a los míos—. ¿Es porque hoy no traes compañía?

—¡Qué dices! —me escudé enseguida.

—Él estuvo esta mañana y su cara tampoco era muy diferente a la tuya. —Se giró hacia su izquierda y elevó la voz—. Ya voy, Vincent. —Me giré y el bibliotecario la sonrió con esa amabilidad que siempre tenía para todos. Ella esbozó una mueca de desagrado—. Si no me lo quieres contar, no lo hagas. Pero no me mientas, cariño. —Y abrió sus labios en un gesto cargado de ternura—. ¿Te traigo una porción de tarta de tres chocolates? Olga la acaba de sacar

del horno.

—Gracias, Brenda.

—De nada, bonita. Voy a por ella.

Seguí a Brenda con la mirada y, después, la perdí más allá de la cristalera. El calor del inminente verano se dejaba sentir ese día en la calle y había pocos vecinos merodeando. En el café estábamos los habituales, Vincent, el abuelo Thomas con su libro y yo. Pero ese día había un tipo más que no conocía. Era un chico de unos treinta años, muy atlético y viajero, sin duda. De hecho, tenía una mochila grandísima en la silla de al lado, algo sucia, desgastada y llena de parches de sus viajes. Su cabello de color trigo estaba despeinado y su piel lucía bronceada por el sol. Llevaba una camiseta de algodón vieja y pantalones cortos con múltiples bolsillos. Sus piernas, al descubierto, mostraban marcas del viaje y pequeñas cicatrices. Portaba unas botas de alta calidad y en ellas se reflejaba la evidencia de los muchos kilómetros que habrían recorrido.

Volví la vista hacia la calle y vi llegar el coche del sheriff. Lo aparcó justamente delante del café y me quitó las vistas. Bufé para mí misma. Si yo hubiera hecho eso, me hubiera ganado una multa.

Brenda, que llegaba en ese preciso momento con mi pedido, me escuchó.

—¿Y ese resoplido cargado de malestar?

Me volví hacia ella.

—No es nada. Es solo que...

Pero no me escuchaba. Había clavado su interés ahí fuera. Observé cómo afilaba su mirada y fruncía sus cejas. Me volví y comprobé que el sheriff MacDougall no estaba solo. De hecho, venía acompañado por cuatro de sus hombres. Uno de ellos portaba entre sus manos un rifle de asalto y se quedó oculto en un lateral del ventanal de la cafetería. Fue, entonces, cuando mi mente se dio cuenta de que todos estaban enfundados en chalecos antibalas.

Volví mi rostro con premura hacia Brenda. Ella me miró y no nos hizo falta decir nada para saber que algo estaba pasando. Pero apenas pudimos reaccionar. Todo sucedió muy rápido.

El sheriff entró en el café con dos de sus hombres y bajo su talante habitual.

—Buenas tardes, Brenda. ¡Qué bien huele aquí siempre!

Y mientras soltaba algunas lindezas más, aparecieron tres *Chevrolets Suburban*, de color negro. De ellos descendieron varios tipos que iban enfundados también en chalecos antibalas, aunque estos tenían las letras ANSC impresas en color amarillo sobre su tela. Todos, en alerta. Todos, coordinados. Todos, controlando la zona a su alrededor.

Cuando vi que uno de ellos abría el seguro de la funda de su pistola, me asusté. Me levanté de golpe de la silla y esta cayó al suelo, creando un estruendo en todo el local. Escuché la campanilla de la puerta, el jadeo de angustia de Brenda, la caída de varios cubiertos más allá de la barra. En seguida, una mano se colocó en mi hombro y me apartó con fuerza hacia el otro extremo de la cafetería. Y, entonces, todos esos tipos me traspasaron hacia el fondo de la sala con una coordinación enloquecedora.

Tres de ellos fueron directamente hacia Vincent, que, en cuanto se percató de lo que sucedía, intentó levantarse de la silla. Pero el mochilero que estaba allí sentado se lanzó a por él. Lo inmovilizó por detrás y otros dos tipos lo asistieron. En dos segundos, le colocaron las esposas. Y, entonces, un hombre de mediana edad comenzó a decir:

—Vincent Frederick Harris, queda detenido bajo la sospecha de los siguientes cargos federales: acceso no autorizado a sistemas informáticos, distribución de software malicioso y fraude informático. Tiene derecho a permanecer en silencio. Cualquier declaración que haga puede ser utilizada en su contra ante un tribunal de justicia...

No pude escuchar más. Mi mente colapsó frente a todo ello. Me moví inquieta al sentir todavía la mano que me sostenía del hombro. Me volví levemente para desquitarme de ella y, entonces, me encontré con él. Tyler estaba a mi espalda, con uno de esos chalecos antibalas sobre su cuerpo, con el membrete de esa agencia de seguridad que ni siquiera conocía y portando un arma en su cinturón.

Leyó mi estupor, mi turbación, mi angustia, y eso le llevó a dulcificar su mirada y descender con su mano por mi espalda en una caricia.

Me alejé de inmediato. Al ver a Tyler en esa luz inesperada, una ola de desconcierto zarandeó mi mente. No sabía a quién tenía delante. La imagen de aquel hombre, que me había robado el corazón en solo unos días, se desvaneció ante mis ojos. Pero me dejó un poso muy claro: todos esos cafés con cookies de chocolate habían sido un elaborado engaño en el que yo solo había sido su cobertura.



—Gracias, señora Stone. Tome asiento.

Dejé caer mi cuerpo tembloroso sobre una de las sillas del café y la agente de la ANSC se sentó enfrente mía. Después de que el sheriff nos alejara de la escena, para que los federales pudiesen actuar, esa agente se había acercado a nosotros y nos había pedido colaboración. Fue la única. Él no vino. Se mantuvo a distancia e imbuido en su trabajo.

La agente nos estaba tomando declaración a todos los que estábamos en el café en el momento de la detención. El primero en dársela fue el abuelo Thomas y, después de dejarle que se fuera, vino a por mí.

—Su nombre completo es Elisabeth Katherine Stone, ¿verdad?

—Sí.

—Es la directora de la guardería del pueblo y ha mantenido relación vecinal con el sospechoso los dos años que él lleva viviendo en Wellingtonville, ¿no es cierto?

Solo pude asentir y apenas pude escuchar su siguiente pregunta. Sentí su aroma desde muy cerca. Apenas estaba a unos metros de mí. Me estremecí en la silla y lo vi cruzar al lado mía, hasta el fondo de la sala. Tuve que envolverme en mis brazos.

—¿Se encuentra bien, Sra. Stone?

No, no lo estaba. Me sentida desfallecida por la presión de mi cuello, el golpeo constante en mis sienes, la pérdida de realidad y, sobre todo, la sensación de haber sido engañada.

Oí su voz. Desvié mis ojos hacia el lugar de donde provenía. Lo vi, junto con varios hombres, revisando lo que portaba la mochila de Vincent, allí presente y esposado.

—Sra. Stone.

Desperté.

—Perdón. Disculpe.

Pero mi voz apenas se escuchaba. La agente tensó sus labios yladeó su rostro.

—¿Seguro que se encuentra bien?

—Sí, sí.

—Sra. Stone, no pretendo presionarla, pero si no se encuentra bien podemos dejarlo para

otro día. Aunque tendría que ir a Nueva York para prestar declaración.

—Estoy bien, estoy bien —repetí casi para convencerme a mí misma. E intenté dar una apariencia a mi postura mucho más firme para parecer convincente. Sin embargo, no podía engañar a nadie—. Siga, por favor.

—¿Puede describirme exactamente lo que estaba pasando en la cafetería en el momento antes de que entraran los agentes?

Respiré hondo e intenté calmar la voz repetitiva que martilleaba mi cabeza.

«Es un agente federal... Todo este maldito tiempo ha sido un agente federal. Todo este tiempo me lo ha ocultado, me ha utilizado, me ha engañado...».

La presión en mi garganta no mermaba, pero hice un esfuerzo por hablar.

—Acababa de llegar. Me senté en una de las mesas y Brenda, la camarera, vino para tomar nota de lo que quería. Hablamos sobre cómo nos encontrábamos y, después, vi llegar el coche del sheriff. Cuando Brenda volvió a la mesa a traer mi té, llegaron los otros coches con los agentes y se dirigieron directamente hacia Vincent...

Sentí una calidez deslizándose por todo mi cuerpo. Instintivamente, llevé la atención hacia Tyler y me encontré con el azul de sus ojos. Fue solo un breve segundo. Pero eso desencadenó un fogonazo electrizante que recorrió toda mi espalda.

Aparté la mirada de inmediato.

—¿Notó alguna reacción de su vecino cuando vio a los agentes?

—Se levantó de prisa, como asustado. Y ese tipo de allí lo inmovilizó.

—¿Vió algo extraño en él antes de que llegasen los agentes?

—No, lo siento. No estaba prestándole atención.

—¿Alguna vez notó algo sospechoso en el comportamiento del detenido antes de hoy?

—No, nunca. Escribía mucho en su portátil, según decía, poesía. Una vez, me acerqué a saludarlo y me enseñó unos versos. Pero nunca pensé que estuviera haciendo algo ilegal. Así que intentaba no molestarle en su tiempo personal. Solo hablaba con él fuera del café y de literatura infantil. Me dijo que era filólogo y que le encantaba todo lo relativo a los cuentos tradicionales. Vino varias veces a la escuela a contarles historias a los niños. Lo hacía muy bien y a ellos les encantaba... —Se me fue la voz.

—¿Alguna vez habló sobre sus actividades o le mencionó algún tema relacionado con computadoras?

—No.

—¿Internet?

—Tampoco.

—¿Wall Street o cuestiones bursátiles?

—No, nunca.

La agente tomó nota y luego me miró directamente a los ojos.

—¿Hay algo más que pueda recordar, Sra. Stone? Cualquier pequeño detalle nos podría ser útil.

—No... No.

Mordí mi labio y busqué de nuevo a Tyler con la mirada. Se alejaba de sus compañeros y venía hacia nosotras. Lo hacía muy lentamente y con sus ojos azules invadiendo más y más a los míos.

Me ahogó el pánico.

—Gracias por su tiempo, Sra. Stone.

—¿Puedo irme ya?

—Sí, claro. Pero, por favor, si recuerda algo más no dude en contactarnos. El sheriff MacDougall le dirá cómo.

—Gracias.

—Gracias a usted, Sra. Stone.

Tyler ya estaba allí.

Me levanté como un resorte y enfilé mis pasos hacia la salida de la cafetería sin mirar a nadie de los que estaban en esa zona. Necesitaba huir rápido de allí. Notaba el calor de su cuerpo a mi espalda, su aroma almizclado susurrándome.

Fue dar unos pasos fuera del establecimiento y su mano envolvió mi muñeca para hacerme parar.

—Lizzy, espera, por favor.

Me giré con ira y me zafé de su agarre. Apenas podía contener mi aflicción con un mínimo de dignidad.

—¿Me lo pide como agente federal, Sr. Brooks?

Mostró, sin velos, un gesto de derrota. Dejó caer los brazos a ambos lados de su cuerpo y torció levemente su rostro.

—Lo siento. Pero era necesario.

Las lágrimas acudieron con premura a la llamada de mi corazón quebrado.

—Lo sé. ¿Puedo irme ya?

Dio un paso hacia mí y yo di varios hacia atrás. Bajé mis ojos para no ver más ese azul que me hechizaba, y me aferré a mi bolso, casi como único salvavidas.

—En cuanto termine con esto, volveré aquí y te lo contaré todo.

—No es necesario.

—Sí, lo es.

—¡No! —grité llena de rabia.

Y hubiera seguido desbordando reproches, pero, sin ni siquiera entenderlo, fui incapaz de decir una sola palabra. El nudo en mi garganta se hizo insostenible y mi llanto brotó con una fuerza incontrolable. Temblé de arriba abajo y me resguardé como si pudiese esconderme en esa crisálida añorada que se me hacía tan necesaria con Tyler. Intenté respirar, pero cada bocanada de aire se convirtió en un sollozo desgarrador. Tapé mi boca en un intento llano de frenar mi desasosiego. Fue imposible.

Tyler deshizo la distancia que nos separaba e intentó envolverme en sus brazos. Me negué y lo aparté con fuerza, presa de una ira que bullía desde muy dentro y que no quise frenar. Después, me di la vuelta y comencé a correr hacia mi apartamento. Cerré mi puerta y clausuré mi vida a todo lo que viniese de él.



## 34

# TYLER

Tres semanas.

Tres semanas y cuatro días.

Tres semanas, cuatro días y once horas.

Tres semanas, cuatro días, once horas y veintisiete minutos.

Ese era el tiempo que había transcurrido desde que vi a Lizzy por última vez; el tiempo de mi tortura, de mi propio tormento, del purgatorio al que me había visto sometido después de que ella no me abriese la puerta de su apartamento los tres días que llamé; después de las cincuenta y dos llamadas que hice a su teléfono móvil y que no respondió; de los veintitrés mensajes que le envié, antes de que bloqueara mi número.

Pero ahora no había más vuelta de hoja. Volvía a Wellingtonville después de que me expedientaran por dos meses sin empleo y sueldo; el mejor de los regalos que podía recibir teniendo en cuenta que lo único que quería era recuperarla.

Durante todo ese tiempo, no había ido a la escuela infantil. Sabía que no saldría a recibirme. Pero, además, solo había hecho falta una conversación con Karen, el mismo día en que saltó todo en el pueblo, para dejarme claro que si ponía un solo pie en la puerta, llamaría al sheriff para que me echase de allí.

No quería causarle problemas. Por eso, no insistí. Intenté convencerme de que todo había acabado, de que debía dejar atrás a Lizzy y pasar página. Pero el nudo de la añoranza se fue tensando alrededor de mi cuello hasta que no pude soportar más la distancia. Me sentí perdido, atado de manos, envuelto en una niebla que me impedía vislumbrar alguna alternativa.

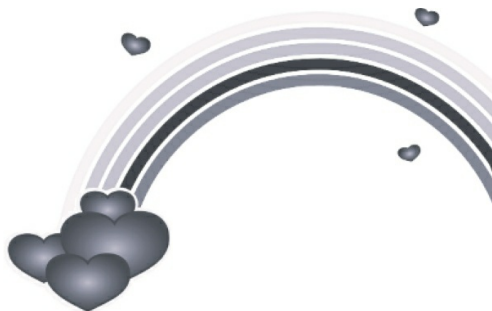
Fue la mujer a la que más amaba la que me guio en la penumbra.

—La vida te está dando una nueva oportunidad con esa sanción y no puedes desaprovecharla. Vuelve a Wellingtonville, hijo, y hazlo con un único propósito: conseguir que te perdone.

A la escuela solo le restaba esa semana y dos días de la siguiente para cerrar sus puertas por vacaciones. Esperaba que fuese tiempo suficiente para que Lizzy me permitiese ese último intento. Sabía que estaría esa semana allí porque la audiencia para la sentencia de divorcio era ese mismo viernes. Y que, después de cerrar la escuela, se marcharía a Alaska, para pasar parte de sus vacaciones con su hermana. Me lo había contado el sheriff MacDougall que, por alguna extraña razón que no entendía, en esa historia estaba de mi lado.

Llegué de madrugada y aparqué mi *Mercedes GLE* en la puerta de la casa. Bajé las maletas y recorrí el camino de baldosas desgastadas que me llevaba de vuelta a ese hogar destartado que me había regalado de nuevo las ilusiones. Metí la llave en la cerradura, giré y abrí la puerta roída.

Antes de cerrar, eché un último vistazo a la guardería. Su patio, ahora dormido, volvería a desvelar mi tranquilidad con las bellas voces de los pequeños. Una sonrisa se dibujó en mis labios solo con evocarla allí, en ese mismo lugar, entre los niños. Apenas quedaban unas cuantas horas para volver a verla, pero mi corazón ya latía como si pudiera mirarla a los ojos.



## 35

# LIZZY

Demasiado calor. Demasiados días sin dormir. Demasiada factura emocional. Y, todo ello, al final de curso, cuando más cansada estaba. Pero, por si eso no fuera suficiente, llegaba tarde y, encima, iba a la carrera porque una tormenta estaba preparándose para descargar sobre Wellingtonville.

El aire estaba cargado con un intenso olor a humedad. Los primeros destellos de relámpagos iluminaban brevemente el cielo encapotado. La atmósfera se sentía densa y eléctrica, y cada vez que un trueno resonaba en la distancia, aceleraba mi paso, consciente de la inminente lluvia. Fruncí el ceño y entrecerré los ojos mientras el viento se intensificaba, y arrastraba las hojas secas y el polvo a mi alrededor. El aire brutal azotaba mi piel con fuerza y me hacía daño. Por eso, mi caminar se terminó convirtiendo en una carrera desesperada por llegar a mi destino.

Cuando me quedaban apenas unos cien metros para alcanzarlo una agitación mayor a ese vendaval se abrió paso. Delante de la casa de Tyler, había aparcado un *Mercedes* de color negro. La perturbación fue tan intensa que ni siquiera fui consciente de que mis pasos se paraban. De hecho, ni percibí las primeras gotas de lluvia golpeando mi rostro. Aquella imagen anuló todo mi juicio, y solo me dejó sentir los latidos de mi corazón en la garganta y un aleteo inquietante abriéndose paso en mi vientre.

Volví mis ojos hacia las ventanas de la casa. Estaban abiertas. Traté de andar, pero mis pasos se tornaron inestables. Rogué al cielo que no se confirmasen mis peores temores y me traté de convencer de forma ilusoria que, tal vez, habrían vendido la casa y ese era el vehículo de los nuevos vecinos.

Sin embargo, no pude ni pensar muchas más opciones. En ese preciso momento, una silueta robusta salió por la puerta. Mi corazón se desbocó. El solo hecho de intentar respirar se convirtió en una condena. Mi cuerpo recibió de golpe la tensión inherente de lo que observaban mis ojos. En el mismo porche, abrió un paraguas y andó rápido por las baldosas destartadas de salida de la parcela, hasta llegar a la acera principal. Después, tomó mi camino y yo me quedé clavada, sin poder dar un paso más.

Tyler Brooks había vuelto a Wellingtonville. No lo dudé ni un segundo. Su figura era inconfundible y el palpitir de mi pecho me lo confirmó al instante. Mi frágil equilibrio se convulsionó hasta hacerse añicos. Dejé de sentir lo que había a mi alrededor. Si la lluvia se hubiera convertido en arena, ni lo hubiera percibido. Todo se diluyó en un par de segundos. Mis

sentidos se centraron en él y mi cuerpo respondió traicionando a las advertencias que le gritaba mi mente.

A medida que se acercaba, pude ver algún cambio en su aspecto. Se había rasurado la barba y, en su caso, aumentaba mucho más ese fascinante atractivo que poseía. Las duras facciones se marcaban de un modo más evidente y resaltaban mucho más su potente belleza.

Cuando esos ojos azules, que me seguían robando las noches, estuvieron lo suficientemente cerca, secuestraron los míos y ya no me dejaron huir. Me vi envuelta en su fascinante halo de seducción y perdí la capacidad para poder desprenderme de su hechizo.

Tyler llegó hasta mi altura y fue deteniendo su andar poco a poco, hasta quedarse enfrente mía. Colocó el paraguas sobre mi cabeza para que me protegiera de la lluvia. Después, me sonrió levemente.

—Hola, Lizzy. —No pude responder. Mi garganta recibió la tortura de su vuelta constriñendo mi capacidad de respuesta—. ¿Cómo estás?

—Bien —logré susurrar. Traté de domar mi pelo agitado por el viento—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a acompañarte. —No me refería a eso. Él lo sabía—. Te vi llegar cuando miraba por la ventana. Vamos, antes de que descargue con más fuerza.

Tyler se colocó a mi lado, demasiado cerca. Lo hizo para compartir ese paraguas, pero fui incapaz de controlar el ardor que me invadió de arriba a abajo. Caminé como una autómatas, con el calor abrasante de su cuerpo a milímetros del mío, con el aroma de su esencia bañando mi juicio, y bajo un silencio que él mismo respetó hasta que llegamos al porche de la guardería.

Cuando alcanzamos el refugio bajo la casa, Tyler cerró el paraguas y lo dejó a un lado, junto a la puerta. Después, me buscó con la mirada. En esos ojos había demasiada determinación como para poder escapar de él bajo alguna excusa.

No dejé pasar más tiempo en aquel paréntesis.

—¿Por qué has vuelto?

Le hizo gracia o, al menos, eso me pareció por la forma en la queladeó sus labios.

—Siempre me ha encantado esa manera que posees para enfrentarlo todo.

—No me des más vueltas, Tyler. ¿Qué haces en Wellingtonville de nuevo?

—Recuperar lo que he perdido.

—¿Lo que has perdido?

—A ti, Lizzy.

Respondí con dureza.

—¡Nunca fui tuya!

—Y yo nunca te creí mía. Pero la vida me gustaba mucho más contigo cerca. —Dio un paso hacia mí y la respiración se me cortó un segundo—. Pensé que podría, que al final terminaría pasando. Pero no. Llevo casi un mes sin poder sacarte de mi cabeza. —Me estremecí sin pretenderlo y él se dio cuenta. Entornó su mirada y aguzó su instinto—. No he sido yo solo, ¿verdad? Sabes de lo que te hablo, de esa necesidad de seguir adelante y ver que no puedes. — Esperó una respuesta que no le di. Volví mi rostro y bajé la mirada—. Lizzy, por favor...

Mi tensión creció e, instintivamente, me crucé de brazos y di un paso atrás. Sin embargo, esa vez no me permitió alejarme. Siguió avanzando despacio, mientras me decía:

—Me he pasado los últimos diez años con un corazón roto que pensé que nunca más volvería a latir. Pero, en el poco tiempo que estuve contigo, tú me sacaste del torbellino en el que vivo habitualmente y me diste un reposo tranquilo solo con mirar tu sonrisa. Y lo que más me duele de todo esto es habértela borrado; haberte hecho daño, que te hayas sentido estafada o

manipulada, porque, en realidad, nunca lo pretendí.

—Tyler... —traté de frenarlo, pero él no estaba por la labor. Potenció su intensidad y me envolvió de nuevo en esa sugestiva voz que poseía.

—Todos los momentos que tuvimos juntos, todos esos cafés con cookies de chocolate, todas esas conversaciones, todas las confidencias fueron reales, Lizzy. Te lo juro. La noche que compartimos, volví a latir y lo hice como nunca antes. Y quiero eso. Te quiero a ti en mi vida.

—Te fuiste...

—Te dije que volvería. Lo hice esa misma noche, pero no me abriste la puerta. Me pasé una hora en ese pasillo esperando que me dieras una oportunidad para explicártelo todo. Y lo hice al día siguiente, también. En cuanto terminé, me subí a un coche de alquiler y volví a venir de Nueva York aquí. Pero seguiste sin recibirme. Ni siquiera lo hiciste después. No respondiste a mis llamadas, ni a mis mensajes. Bloqueaste mi teléfono móvil. Cuando volví por última vez, tu vecina me dijo que te habías marchado a casa de una amiga. ¿Qué querías que hiciera?

Ni siquiera yo lo sabía. Lo único que tuve claro esos días era que lo necesitaba lejos. La sensación de haberme sentido utilizada y engañada me sacudió de una forma inhumana. La cólera me cegó. Me dejó sin un ápice de sosiego al que aferrarme para poder ver lo sucedido bajo otro prisma. Y, cuando la quietud volvió a abrirse paso, él ya no estaba, y yo no quise dar un paso más.

Un quejido estridente se abrió paso en mitad de la calle. Miré hacia la puerta de la escuela y vi a Frank, uno de los padres, hacer maniobras para conseguir sostener el paraguas, que el viento daba la vuelta, mientras desataba a la pequeña Beth de la silla de su vehículo.

—Debes irte.

—Lizzy...

Lo miré directamente a los ojos y, con rabia, espeté:

—¡Vete! —Y salí corriendo hacia la valla.

No podía soportar el manto de fervor con el que me habían cubierto sus palabras. Pero, sobre todo, no quería volver a hacerme ilusiones con un hombre que ni siquiera conocía.

—Espera, Frank. Ya la cojo yo.

—¡Oh, Lizzy, menos mal! ¡Gracias!

Frank sostuvo el paraguas con una mano, mientras yo sacaba a Beth y la pegaba a mi cuerpo. Estaba muy asustada.

—Ya está, cariño. Son ruidos fuertes. Tranquila, mi vida.

Con la niña en mi regazo, caminamos bajo el paraguas que sostenía su padre. Sin embargo, Tyler salió a nuestro encuentro con el suyo. Se puso a mi lado para cubrirme, pero no dije nada. Lo ignoré a conciencia, aunque Frank, no.

—¡Dichosa tormenta! No podría haber descargado en otro momento.

Se lo dijo a él, directamente. Y Tyler, por supuesto, le respondió, afable.

—Además, tiene pinta de que va a durar.

—Por lo visto, vamos a estar así toda la mañana —siguió Frank. Y yo, con Beth en brazos, comencé a buscar las llaves de la casa por mi bolso para abrir la puerta. Sin embargo, Frank cambió la conversación cordial por otra de su interés—. Tyler Brooks, ¿verdad?

—Sí —respondió este.

—Soy Frank Marshall. ¿Estás, de nuevo, de vuelta?

—Sí.

—¿Hay algo que deberíamos saber...?

—No —rio Tyler—. Solo estoy de vacaciones.

«¿Vacaciones?».

—¡Ah! ¡Menos mal! —siguió Frank, divertido—. Así que estarás por aquí unos días.  
—Dos meses.

«¡¡Dos meses!!».

—¿Dos meses? ¿En serio? Sale a cuenta ser agente federal, ¿no?

—No, no es eso, es que tenía muchos días acumulados. Te puedes imaginar. Al final, entre caso y caso, la cosa a veces se lía.

—¡Me encantó lo que hicisteis con ese tío!

«Ay, Dios...».

—¿Cómo se llamaba? —siguió Frank—. ¿Fawkes? Pero dicen que ese no era su verdadero nombre, ¿no? ¿Cómo ha terminado aquello? Bueno, —se frenó a sí mismo, y Tyler le sonrió mucho más—, no debería meterme en asuntos federales, ¿verdad?

—¡Qué va! Todo lo contrario. Todos queremos vivir tranquilos. Pero no sé mucho, lo siento. En realidad, trabajé con la oficina de Nueva York de forma puntual. Mi destino habitual es San Francisco.

—¡San Francisco!

—Sí.

—De costa a costa. Oye, me encanta que hayas vuelto. Me da mucha tranquilidad que estés al lado de la escuela.

Torcí la mirada con acritud.

—La escuela es segura, Frank. —Y terminé de dar vueltas al cerrojo. Abrí la puerta y cargué con más comodidad a Beth—. Si no os importa, Beth y yo nos vamos dentro. Hay que comenzar el día. —Dirigí mi atención a la niña—. Despidete de papá, *peque*.

Frank abrazó a Beth y ella soltó una risita por las muestras de cariño de su padre.

—Pasa buen día, mi amor.

Y me la llevé dentro. Fui a cerrar la puerta detrás mía, pero una mano firme sostuvo la hoja de madera y me lo impidió. Saqué mi rostro por la abertura y vi que Tyler seguía charlando amigablemente con el padre de Beth, y sosteniendo la puerta con un pie y una mano para que no pudiese cerrársela.

—Sí, claro —le estaba diciendo—. Me encantaría. Además, tengo que pasarme.

—Te veré, entonces, por allí.

—De acuerdo, Frank. Hasta esta noche.

«Genial. Encima, hace planes con la gente del pueblo».

—Adiós.

Cuando por fin de despidió, volvió su atención hacia la puerta y me vio allí, cargando a Beth y con cara de perro.

—Si no te importa, me gustaría cerrar. Tengo que empezar a trabajar. Ya están empezando a llegar los primeros niños. Así que...

Mi teléfono comenzó a sonar dentro del bolso. Intenté desabrochar la cremallera del bolsillo interno con una mano. Pero la cosa se complicó tanto que Tyler terminó pasando al rellano de la guardería para coger a Beth en sus brazos. Eso me ayudó a terminar de abrir y

buscar el maldito móvil entre todos los bártulos que llevaba dentro.

Cuando conseguí encontrarlo, miré el nombre del contacto. Era Amy. Imaginaba qué estaría pasando. Ella vivía en una población cercana, a nueve kilómetros de Wellingtonville, y sin duda la tormenta la estaría afectando para llegar a su hora.

Descolgué con premura.

—Hola, Amy.

Efectivamente, me contó que la tormenta había provocado un corrimiento de tierras que había caído en mitad de la carretera. La circulación se había visto afectada porque los equipos de emergencia estaban trabajando en la zona. Todo ello, mientras observaba cómo Beth hacía gorgoritos a Tyler y le acariciaba la cara con sus manitas. Sí, esa niña también era consciente de que su nuevo look rasurado le quedaba de muerte. Él, como respuesta, le hablaba con un tono muy suave y con una enorme sonrisa. Estaba para comérselo.

Me obligué a darme la vuelta.

Me encaminé hacia la cocina y, mientras me despedía de Amy, dejé mi bolso en la mesa donde trabajaba. Pero el destino me tenía reservada otra contrariedad. Una nueva llamada se abrió paso en mi móvil. Esa vez, se trataba de Anna.

—¡Lizzy, se me está inundando el sótano!

—¡Ay, Dios!

—No sé cuándo podré llegar.

—No te preocupes.

—Hay que descongelar...

—Tranquila. Ya me encargo yo de todo. Avísame con lo que sea.

Cuando colgué, eché un vistazo al menú y empecé a leerlo en voz baja:

—Puré de calabaza y zanahoria, pollo, palitos de pepino...

Sentí el calor de su cuerpo sobre mi espalda.

—¿Algún problema?

Me di la vuelta y le vi ahí, con la pequeña Beth todavía en brazos y, por cierto, encantada. No podía negarlo. Yo también lo estaría.

—No, no...

—¿Anna no puede venir?

—No lo sabe. Se la está inundando el garaje.

Sonó el timbre de la escuela.

—¡Mierda!

Salí corriendo hasta la puerta. Abrí la de la casa y cogí un paraguas para acudir a la llamada de Dana y sus dos mellizos de tres años.

—¡Ay, Lizzy, como llueve! Siento llegar antes de tiempo, pero tengo una cita médica en Nueva York. He estado esperando un rato, pero no termina.

—No te preocupes. Ya se vienen conmigo. ¡Vamos chicos!

Los metí a ambos bajo el paraguas y, a la carrera, llegamos al porche. Nada más subir las escaleras, Tyler, cargando con Beth, apareció para recibirnos y ambos críos le saludaron.

—¡Tyle!

—¡Ey! ¿Qué tal estáis?

—To' bien.

—Ta' yovienno.

—Sí, un montón —rio él—. Venga, veniros conmigo y nos vamos quitando las mochilas. ¿Os apetece que os lea un cuento?

—Chí.

Y se los llevó para dentro. Tal y como si llevase años trabajando con críos y no sosteniendo una pistola.

Desde la puerta, volví a escuchar otra llamada en mi teléfono móvil. Salí a por él a la carrera. Al cogerlo, vi el contacto de Karen.

—¡Oooh, mierda! —Y descolgué—. Dime que estás viniendo.

—Eso me gustaría, —gritó—, pero estoy metida debajo de un árbol a ver si escampa.

Me llevé la mano a la frente.

—¡Karen, por Dios! ¿Cómo se te ocurre meterte debajo de un árbol cuando están cayendo rayos?

—¡Ups!

—Vente para acá, ya.

—Voy a calarme entera. ¡Y ayer estuve en la pelu! Se me va a caer todo...

—Karen, te lo suplico. Estoy sola. A Amy le han cortado la carretera. Anna está en su casa porque se la está inundando el garaje. Y... —Miré detrás mía. Me asomé un poco por la puerta de la cocina y vi a Tyler sentado en el suelo de la sala común con los niños—... Tyler está aquí —musité.

—¿¡Cómo!?

—Que Tyler está aquí —repetí en voz muy baja.

—Eso ya lo he oído. ¿¡Pero qué demonios hace ahí!?

—No lo sé —lloriqueé entre susurros—. Cuando venía a la escuela, he visto un coche frente a su casa y tenía las ventanas abiertas. Debe haber venido por la noche.

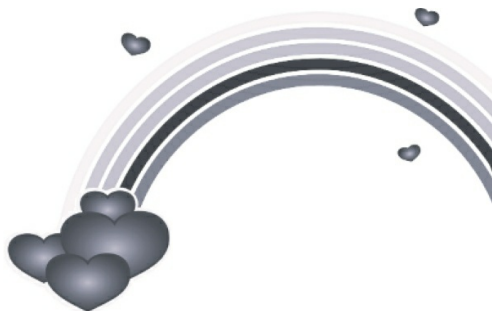
—Pero por qué está ahí dentro.

—Ha venido con un paraguas cuando yo llegaba caminando por la calle y, después, llegó Frank con Beth, y se ha quedado con ella. Y luego, Dana ha traído antes de tiempo a los mellizos, y se los ha llevado a todos para leerles un cuento. ¡Oh, Dios, Karen! ¡Ven cuanto antes! No puedo tenerlo aquí.

—Voy enseguida, nena. No te preocupes que, en cuanto llegue, le digo que se largue.

—¡No, no, no! No seas brusca con él. Me está ayudando. Déjame a mí.

—Como quieras. Voy para allá.



## 36

### LIZZY

Me moví inquieta hacia la sala común. Tyler estaba allí sentado junto con Karen, y ambos acompañaban a los niños en una actividad conjunta de música. Habían desplegado maracas, panderetas y tambores para amortiguar los truenos que descargaban las tormentas. Los críos jugaban a seguir el ritmo y eso, al menos, les estaba entreteniendo y alejaba su atención de las sacudidas que conllevaban los descuelgues de los rayos.

Finalmente, solo vinieron once niños a la escuela. Me había metido en la cocina y ya tenía preparado la fruta del almuerzo, el zumo, la leche y las galletas. En ese momento, iba a empezar con la comida. Pero Amy había llegado y necesitaba que Tyler se fuera de allí.

No podía soportar más su presencia sin sucumbir al torrente de emociones que me generaba escuchar simplemente su voz. Su tono era calmado y muy equilibrado. Su risa, suave y cargada de calidez. Era un Tyler mucho más relajado del que había conocido; ese que me había dejado ver en *El Café de Myrtle* el tiempo que compartimos juntos. Y ese, precisamente, era el Tyler que me había gustado más y había acabado seduciéndome.

En el mismo porche de la escuela, me había dejado claras las razones de su vuelta. Recordar sus palabras me hacía temblar de pavor porque no quería volver atrás. Cuando le cerré las puertas de mi vida y él se fue de Wellingtonville, nunca imaginé que volvería a verlo. Estaba colmada de rabia y era lo que necesitaba para pasar página y seguir adelante.

Y, ahora, allí estaba, con una mirada que lo decía todo, desarmándome con su sola presencia y obligándome a enfrentar lo que tanto me había esforzado por apartar de mi camino.

No mentía cuando me decía a mí misma que no sabía a quién tenía delante. El Tyler real, que trabajaba para una agencia gubernamental y que se dedicaba a cuestiones de seguridad nacional en materia cibernética, me sobrepasaba. No era el hombre común que había vivido tres semanas en la casa de al lado, que adecentaba su jardín como podía, que conducía un *Pontiac Fiero*, viejo y cascado, y que había vuelto al pueblo donde había pasado su infancia, tras su paso por la cárcel. Era alguien diferente o, al menos, eso me decía a mí misma. Y, aunque seguía reconociendo su esencia, sin embargo, no tenía muy claro que fuera conveniente ahondar en las piezas de ese rompecabezas.

Me apoyé en el marco de la puerta de la sala común y lo observé detenidamente. Mi corazón se disparaba cada vez que lo tenía cerca. Pero, en ese momento, que podía verlo sin que fuera consciente, mi ternura, mi anhelo y mi añoranza se revelaron por él. Había una suavidad en

sus gestos, una ternura en su sonrisa que me desarmaban. Los niños lo adoraban y él, a pesar del trauma que acarreaba y su pertenencia a un mundo totalmente diferente, sin embargo, parecía que estaba en su elemento. Sus gestos eran suaves y alentadores, y se notaba que estaba disfrutando genuinamente del momento.

Uno de los niños dejó su tambor y vino directo hacia donde yo estaba. Eso llamó la atención de Tyler, que se volvió. Al enlazar nuestras miradas, sentí que me desbordaba de nuevo. Bajé mi rostro y caminé hacia el pequeño, que ya estaba llegando a mi altura. Lo cargué entre mis brazos y me dirigí con él al círculo. Me senté entre todos ellos y compartí ese momento de percusión coloreada e irregular casi como un paréntesis de paz.

Cuando Karen dio aquello por finalizado, todos aplaudimos entusiasmados. Volví mi rostro hacia Tyler y le pedí con la mirada que me acompañara fuera.

Karen tomó de nuevo la iniciativa.

—¿Y si cantamos *El viejo MacDonald* mientras tocamos los instrumentos?

Las voces de los niños se elevaron, sonrientes. Pero no me quedé a verlos. Dejé pasar a Tyler delante mía y, cuando ambos traspasamos la puerta, la cerré.

Lo observé intranquila. Tenía los ojos fijos en los míos, sin evitar el contacto. Su mirada reflejaba una mezcla de resignación, como si fuese capaz de adelantarse a leer mi rechazo. Su cuerpo estaba inclinado hacia adelante, casi como si quisiera prepararse para lo que estaba por venir. Los hombros estaban caídos y los brazos cruzados, marcando de forma evidente ese vigor y robustez que los definía. Parecía haber una especie de pesar en su postura, pero no le cubría un aire derrotista; más bien, se trataba de tensión ante la expectativa. Sabía lo que venía a decirle. Tuvo muy claro, desde el primer momento, que no iba a cambiar mi decisión a pesar de lo que me había dicho.

—Gracias por ayudarme, Tyler. Pero Amy ha llegado hace un rato. Ya no es necesario que sigas aquí.

Cerró un segundo los ojos y tomó aire. Después, los llevó de nuevo hacia los míos y saqueó mi determinación con la potente intensidad de su mirada.

—Anna todavía no ha llegado.

—No quiero que te sientas obligado a quedarte aquí. Tú tienes tus propios asuntos que atender.

—En estos momentos, no hay ningún otro asunto de interés en mi vida, Lizzy, salvo tú.

Recibí su respuesta con una dureza similar al impacto de un misil a corta distancia. No se iba a andar con rodeos, lo tenía claro.

Tyler permaneció en silencio y, en ese lapso, sentí el peso de su propio anhelo. Su expresión reflejaba una herida silenciosa, una aflicción que no sabía cómo encarar. Trató de despejar la contrariedad que lo ahogaba. Después, dio un paso hacia mí, y otro, para deshacer la distancia física que había entre nosotros. Su cuerpo me cubrió con su envergadura y me bañó en el atrayente aroma que desprendía. El aleteo de mi vientre aumentó de prisa. Me envolvió la inquietud al ser consciente de lo que me generaba y me odié a mí misma por esa maldita vulnerabilidad que me seguía cubriendo por él.

Tyler llevó su mirada a mis manos. Cada poro de mi piel respondió a su reclamo. Quería cogerlas, quería tocarme, y yo me moría porque lo hiciera. Pero no podía rendirme a mis anhelos. Me recordé las razones por las que Tyler debía estar fuera de mi vida. Me sentía herida, utilizada, engañada. No podía abrir una puerta que ya había cerrado. En mis planes no estaba volver a dejarme engullir por ese torbellino emocional. Solo deseaba un camino recto y constante, sin altibajos ni rodeos. Necesitaba cierto equilibrio. Nada más.

Di un nuevo paso hacia atrás.

—No te alejes de mí, Lizzy.

Escondí la mirada, pero ya estaba perdida. Tyler percibía, perfectamente, mi lucha interna y conocía mi anhelo demasiado bien como para pasarlo por alto. Por eso, no dudó más. Alzó su mano hacia mi mejilla y la envolvió en ella. Su tacto era delirante, cautivador. En ningún momento me planteé retirarme. Todo lo contrario. Y él, al ser consciente, la deslizó hacia mi cuello en suaves caricias. Bajó su rostro prácticamente sobre el mío, hasta el punto de que pude sentir el calor de sus labios y recrear el sabor de su boca. Dejé de respirar.

Lo miré a los ojos y su azul conquistó el escaso juicio que me quedaba. Todo a mi alrededor se desvaneció y me dejó atrapada en la profundidad que se atisbaba a través de ellos. El tiempo pareció detenerse y me perdí en ese océano infinito tan atrayente. Las barreras que había construido cuidadosamente a lo largo de esas semanas se desmoronaron una a una, y fueron arrastradas por la pasión que desprendía y que hablaba de emociones tan profundas como inconfesables. En ella, se entrelazaban la promesa de un futuro maravilloso y el peligro de perderme por completo. Y, aun así, no pude evitar que mi juicio se disolviera en sus ojos, tal y como un suspiro se pierde en la inmensidad del universo.

Tyler llevó su pulgar a mis labios y los acarició cuidadosamente.

—Me muero por besarte de nuevo —susurró, contenido. Y a mí me dio la sensación de que esas palabras habían escapado de sus labios de forma inconsciente. Temí deshacerme de deseo.

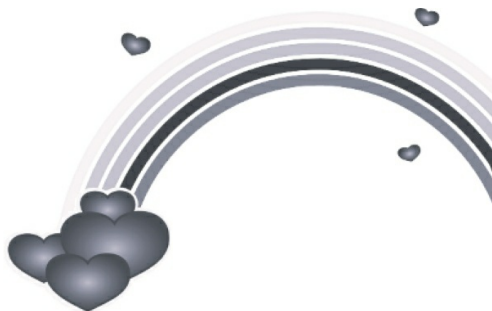
Cerré mis párpados y dejé escapar el aire, derrotada. Mis dedos se anclaron a su pecho para deslizarse en una caricia. Volvió su mano hacia mi mejilla y me rozó de forma muy delicada. El contacto fue tan sutil, que se transformó en un arrullo seductor sobre mi piel. Abrí mis ojos y encontré una vulnerabilidad en los suyos que me agitó el alma.

—Lizzy, después de salir de la escuela, ven a mi casa, por favor. Tenemos una conversación pendiente.

Tyler dejó un suave beso sobre mi mejilla que me abrasó por dentro, que quebró mis defensas y me dejó desnuda frente a lo que desencadenó en mi pecho.

—Hasta luego —musitó sobre mi piel.

Y ese cosquilleo embriagador fue el que me sentenció y me puso frente al espejo de mi propia inconsistencia.



## 37

# LIZZY

No fui. Salí de la escuela y tomé un camino alternativo para no pasar por delante de su casa. La idea de enfrentar esa conversación tan necesaria me resultaba abrumadora. No estaba preparada para asumir algo así, ni su vuelta, ni su interés en recuperar lo que había brotado entre nosotros las semanas precedentes. Rodeé el pueblo solo para no tomar la calle principal que desembocaba en Main Street. Y esa ruta, mucho más larga, se me tornó interminable y me ahogó en un laberinto de recuerdos, de añoranzas y de dudas.

Sin embargo, no hubo recompensa a mi pusilánime artimaña. Cuando llegué a la puerta de mi apartamento, mis ojos se abrieron de golpe. Frente a ella, había una caja pequeña, alargada, de un cartón satinado en color blanco. Llevaba pegado un pequeño lazo rojo en su tapa superior. Temblorosa, me agaché a por ella. La cogí entre mis manos y pasé a la casa para abrirla.

Cuando vi lo que albergaba, mi corazón terminó quebrándose por completo. Dentro había un pequeño paquete de cookies de chocolate, envueltas en una bolsita de plástico con el membrete de *El Café de Myrtle*. Sentí una presión intensa encarcelando mi garganta. Pero había otra cosa más: una rosa de un rojo intenso, con pétalos suaves y aterciopelados que se desplegaban en una espiral perfecta. Cada borde parecía delicadamente curvado, como si hubiera sido cortada en el momento exacto de su mayor belleza. El tallo era firme, de un verde oscuro y sin espinas. Su fragancia sutil llenó enseguida mi pecho y embriagó mi mente con el frescor de su aroma.

Tyler sabía, perfectamente, que ese día no iría a su casa. Lo había leído desde el primer momento y había actuado en consecuencia. Cada gesto, cada acto por mi parte eran como un libro abierto que podía leer sin esfuerzo. Y eso me desarmaba. Me hacía sentir vulnerable y expuesta, como si no hubiera ningún lugar donde esconderme.

«¿Por qué me haces esto...?».

Me vi caer en la nostalgia más profunda. Tyler había tocado mi corazón y leía mi alma con una facilidad esclarecedora. Sabía, perfectamente, que el peso de lo ocurrido me arrastraba hacia un abismo del que no podría escapar tan fácilmente. Pero también me dejaba claro que, a pesar de ello, no me iba a soltar para que me perdiera.

Él se mostraba sin velos. Y, sin embargo, yo actuaba como una cobarde al rehuir esa conversación tan necesaria. Me veía como una actriz secundaria en aquella historia, a la grupa

del ritmo que él imponía. Era como si estuviera atrapada en un guion, que no había escrito, y siguiendo líneas que no había elegido.

«¿Qué me estás haciendo? Yo no soy así. No lo soy».

Necesitaba terminar con aquello de una vez por todas. Dejé todo sobre la mesa de centro del salón y busqué mi teléfono móvil dentro del bolso. Abrí los contactos y desbloqueé el de Tyler. Acto seguido, pulsé el icono de llamada. Apenas tuve que esperar un par de toques para obtener respuesta.

—Lizzy.

—Sabías que no iría a tu casa —susurré sin voz.

—Lo intuía.

Una sonrisa, cargada de rabia y tristeza, se tejió en mis labios. Deambulé hacia la ventana que daba a la plaza del ayuntamiento y, cuando la alcancé, dejé la mirada perdida a través del cristal.

—Me haces sentir como un juguete entre tus manos.

—No ha sido mi intención.

—No, nunca lo es —respondí, irónica.

Me llegó su respiración profunda y cargada de pesar.

—No pretendía molestarte.

—Tyler, se acabó todo. Deja de insistir.

—No me pidas eso, por favor.

—He pasado muchos años en una ciénaga de mentiras. ¡Estoy harta de promesas vacías y de excusas!

—¡Yo no soy Liam! ¡No pude decidir!

—¡Sí que pudiste!

—No, Lizzy, no. Me vi abocado a ello por la investigación. Y, sabes, perfectamente, que incluso me abrí a ti antes de que todo saltara.

—No te abriste a mí. Solo me diste unos retazos de tu vida que me ahogaron más en la incertidumbre.

Su tono imploró una salida a lo que se estaba fraguando.

—No podemos tener esta conversación por teléfono. Lizzy, por favor...

—No pienso ir a tu casa.

—Iré yo a la tuya.

—¡No!

—Lizzy, escúchame. Busquemos un sitio neutral para volver a vernos. Un lugar donde no te sientas amenazada.

—¡No me siento amenazada! Simplemente, no quiero saber nada de ti.

—Escúchame, te lo ruego. Voy a ir al bar de Tom. Quería acercarme a verlo. Ven allí. Tomaremos una cerveza. Charlaremos de lo que quieras.

—¿De lo que quiera? ¿A qué viene eso, Tyler? ¿Crees que me puedo sentar contigo a tomarme una cerveza y a hablar del tiempo o de la última serie que he visto en Netflix?

—Lizzy —imploró con una cadencia embriagadora.

Tuvo su efecto. Cerré mis labios y traté de domar el estremecimiento que recorrió mi piel con la frustración que me carcomía hasta las entrañas. Me dio ese tiempo y, cuando volvió a hablar, lo hizo con mucha mesura y sin ocultar su dolor.

—Esto no está siendo nada fácil para ninguno de los dos. Pero, de veras, no te miento. Te

has grabado a fuego bajo mi piel y estoy dispuesto a esperar todo el tiempo que necesites. — Sentí la quemazón en mis ojos—. No importa cuánto tardes. Sé que lo ocurrido entre nosotros ha creado una sima demasiado inabarcable, pero estoy dispuesto a atravesarla para que confíes en mí de nuevo. Entiendo que necesitas espacio; que el dolor es una barrera que solo tú puedes derribar. Solo quiero que sepas que, cuando estés lista, no importará el tiempo que haya pasado. Seguiré estando aquí para ti, si lo deseas.

Cerré los ojos y la primera lágrima se desprendió con crudeza. Bajó por mi mejilla y quemó cada milímetro que recorrió en su curso. Intenté contener las siguientes, pero fue inútil. Una tras otra, comenzaron a brotar, como si cada una de ellas llevara consigo el peso de todo el amor reprimido que sentía por él. Me dejé vencer en silencio y me abracé a mí misma, pero Tyler lo supo sin necesidad de verlo.

—Lizzy, no llores, mi vida.

—Tengo que colgar.

—No lo hagas todavía, te lo ruego.

Lo hice. Terminé con esa llamada y apagué el teléfono.

Sabía que enfrentarme a la verdad implicaba destapar emociones que había intentado enterrar. Pero, en ese preciso momento, me di cuenta de que había mucho más; algo más interno, más escondido en las profundidades de mi mente, y que estaba sabotando mi capacidad para hacer frente a la vuelta de Tyler; algo que me aterrorizaba porque, en el fondo, temía las posibles consecuencias; algo que ya había vivido y que, a pesar del tiempo, aún me pasaba factura.

Nunca me había caracterizado por rehuir nada. Siempre había encarado la vida y los problemas que se derivaban de ella con serenidad y fortaleza. Pero algo había cambiado en mí después de mi separación. La relación con Liam me había dejado tan lastrada que estaba afectando a mi presente. Me sentía más débil, más frágil, más vulnerable, más temerosa. Los fantasmas de mi pasado habían conseguido aprisionarme a las cadenas de la desconfianza perpetua y me impedían avanzar con libertad. No se trataba solo de Tyler; era el terror a equivocarme de nuevo lo que me espoleaba, lo que me impedía parar y pensar, para ver más allá del abismo que yo misma había creado.

Somos seres abocados al amor. Por eso mismo, nunca deberíamos dejar que la mala hierba arraigue con sus raíces en nuestros corazones.

Me senté en el sofá y recogí mis piernas. Me abracé a mí misma y dejé la mirada perdida en la pared de enfrente. Me di tiempo; tiempo para frenar, para evaluarme, para recolocarme frente a mis propias vulnerabilidades y ser consciente de las trampas que me estaba poniendo en el camino.

No podría decir el tiempo que pasé de ese modo. Cuando quise incorporarme, ya el sol se había escondido y el suave manto del anochecer iba cubriendo el cielo. Bajé los pies del sofá y me incorporé. Caminé hacia el bolso que había dejado sobre la mesa. Cogí mi teléfono móvil, las llaves de casa y me dirigí hacia la puerta.

Ya no solo se trataba de Tyler; se trataba de mí misma, de salvarme de la ciénaga en la que había caído. Con Liam, aprendí a levantar murallas, a protegerme a toda costa, porque él me enseñó que incluso la persona a quien más amas te podía traicionar. Su manipulación, sus mentiras, me dejaron cicatrices profundas, y aunque intentaba convencerme de que había sanado, la verdad era que esas heridas seguían abiertas, listas para sangrar al menor contacto.

Era hora de cerrarlas definitivamente.



## 38

### TYLER

Fue verla aparecer por la puerta del *Black Horse* y se me cortó la respiración. La verdad, no la esperaba. Y, mucho menos, después de cómo había terminado nuestra conversación telefónica. Ni siquiera sabía la razón de su cambio de opinión, pero tenía muy claro que había venido buscándome.

Lizzy deslizó sus bellos ojos a lo largo del bar y, cuando me vio apostado al final de la barra, se dirigió directamente hacia allí. Mi corazón me golpeó con saña. Me levanté de prisa y me disculpé con Tom y con los tíos con los que estaba charlando, mientras me sometían a un tercer grado sobre mi vida. Caminé hacia ella y me adelanté a su llegada.

—Hola —saludé en apenas un susurro. Lizzy no me respondió. Estaba muy seria y excesivamente inquieta. No me sostenía la mirada. Se cruzó de brazos y barrió, como perdida, el bar. Intenté guiarla—. ¿Quieres que nos sentemos allí? —Y señalé una mesa alejada de todo el bullicio de la barra.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia ese lugar. La seguí con cautela. Su energía no desprendía ni un ápice de serenidad, y tampoco la sentía receptiva ni conciliadora. Temía que solo hubiese llegado cargada de reproches y que únicamente hubiera venido a escupirme a la cara otro rechazo.

Cogió la silla del respaldo y la retiró de la mesa. Después, se sentó en ella. Colocó sus brazos sobre la madera y enredó sus manos con muchísima presión. La estaba costando demasiado sostener esa situación. Por eso, aunque me moría por tenerla cerca, decidí darle cierta distancia y me senté enfrente suya. Coloqué mis manos como ella, sobre la mesa, las enlacé y, tranquilo, busqué con mis ojos su mirada huidiza.

La observé en silencio unos segundos. Lizzy no elevó ese gris embriagador que me robaba las noches. Todo lo contrario. Se mantuvo oculta de mí, observando sus manos cargadas de una rigidez dañina. Tenía los nudillos marcados y blanquecinos debido al excesivo empuje con el que los atesoraba. Esperé paciente y en silencio para poder brindarle una sensación menos invasiva. Poco después, comenzó a hablar.

—No sé por qué he venido.

Vi el precipito nada más escucharla. Ladeé mi cabeza y traté de medir su torbellino.

—Has venido a saludar a un amigo que hace tiempo que no ves, a charlar con él sobre el tiempo y a contarle la última serie que has visto en Netflix.

Me miró contrariada y yo amplíé mi sonrisa.

—No te lo dije en serio.

—Sé que no lo dijiste en serio, pero creo que es lo mejor que nos podría pasar ahora mismo.

Su desconcierto aumentó, aunque, teniendo en cuenta su lenguaje corporal, tenía claro que no me estaba equivocando. Me daba la sensación de que Lizzy no quería estar allí y que, sin embargo, se estaba obligando a ello, quizá, para demostrarme su coraje o, tal vez, para reafirmárselo a sí misma. Pero ella no había venido hasta el bar de Tom con el ánimo de aclarar las cosas. Sus razones eran otras.

—Tómate una cerveza conmigo. Solo eso. Y, después, vuelve a casa, tranquila, sin necesidad de quebraderos de cabeza.

Me observó, turbada.

—No te entiendo. Me dijiste que...

—Para mí ya es suficiente que estés aquí. Me dice muchas cosas y, al menos, me da una mínima esperanza para seguir adelante.

—Tyler, —musitó. Y bajó sus ojos—, no quiero engañarte.

—No lo estás haciendo. Sé que ahora mismo en tu cabeza hay una convulsión extrema por mi vuelta y lo que menos te apetece es que vuelva a remover tu vida.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

Me sonreí con tristeza.

—Me encantaría que te volvieres a acostumbrar a mí; que no me vieras como un peligro ni una amenaza para tu estabilidad. —Llevé mi torso levemente hacia adelante y profundicé en su mirada—. Lo que más anhelo es que recuerdes lo que sentíamos estando juntos; que vuelvas a sentirte bien a mi lado; que no temas regalarme tu sonrisa. Y que, en algún momento, decidas abrir esa conversación que tenemos pendiente. Nada más.

—No sé si quiero recuperar lo que tuvimos.

Mi pecho se rompió en pedazos. Sabía que eso podía pasar, pero escucharlo de sus labios, dolió mucho más de lo esperado.

—Lo entiendo. Pero, antes de que tomes esa decisión, me gustaría que me dices la oportunidad de explicarme.

—No se trata solo de ti. —Entorné la mirada—. Hay cosas en mi vida que ya no son iguales y esto me está haciendo darme cuenta.

Temblé ante las posibilidades que se abrían, frente a esas palabras tan crípticas.

—¿Qué es lo que sucede, Lizzy?

Bajó su rostro y tomó aire. Negó con su cabeza de un lado a otro y la vi luchar por darme una explicación. Pero nada brotó de su boca.

Traté de barrer la distancia física que nos separaba. Volqué mi cuerpo sobre la mesa y busqué sus manos para envolverlas en las mías. Lo hice despacio. No quería presionarla de ninguna manera. Acaricié, con suavidad, sus dedos. Solo hizo falta ese primer roce para que mi cuerpo explotara. Pero también percibí el estremecimiento placentero que la cubrió a ella. Cada una de nuestras partículas se enredaron con añoranza. Me sentí vivo.

—Lizzy, mírame, por favor. —Lo hizo. Elevó sus ojos y los unió a los míos—. ¿Qué está pasando?

Se rompió por dentro. Apretó sus labios y las líneas de su frente se profundizaron. Su rostro adquirió muchísima presión, pero se rebeló a su quebranto y aguantó. Amarró esas emociones que se le desbordaban con una rabia que no tenía claro si se debía solo a mí.

Acaricié sus manos para tratar de domar esa ira y ella respondió de un modo que no esperaba, enlazando sus dedos a los míos. Tomó aire con necesidad, y se mantuvo así unos segundos, como liberada, dejándose llevar y permitiéndose que el sosiego la meciera a mi lado.

—¿Sabes esa sensación de haberte perdido por el camino?

Rasgué la mirada, pero no respondí. Esperé a que siguiera abriéndose. Pero, en el último momento no lo hizo y reuló. Algún pensamiento turbio debió cruzar su mente porque su escaso equilibrio cambió de manera radical. Su tensión aumentó hasta el punto de que intentó retirar sus manos de las mías. Con paciencia, acaricié su dorso y ella terminó volviendo a mí.

Necesitaba que me revelara sus demonios.

—¿Por qué piensas que te has perdido?

Dejó escapar el aire de entre sus labios y volvió a desviar la mirada sobre la mesa.

—Una parte de mí murió después de descubrir las infidelidades de Liam. —Me tensé al escuchar ese maldito nombre—. Una parte muy importante.

—¿Cuál?

—Llevo a cuestas la herida de una traición, Tyler. Dejé de sentirme segura. Y creo que nunca volveré a confiar en nadie. Tengo demasiadas heridas abiertas y sangran a la mínima porque nunca conseguí cerrarlas. Por eso te decía que no solo se trataba de ti, de aceptar tus explicaciones o de entender por qué no me dijiste nada sobre tu verdadera identidad. Se trata de mí; de que no sé cómo demonios encarar esta situación con un mínimo de serenidad, sin sentirme traicionada; sin que me duela tanto... —Perdió su voz. Su debilidad se abrió paso y eso la desestabilizó mucho más. Se echó hacia atrás como un resorte y se separó de mí—. Tengo que irme, Tyler.

Se levantó de la silla, pero hice lo mismo e interpose mi cuerpo en su camino. Ella se echó hacia atrás para establecer distancia. Después, me observó, suplicante.

—No te vayas ahora.

—Lo siento. No... no quiero...

—Si no te das la oportunidad de intentarlo, nunca sabrás si puedes volver a hacerlo. —Di un paso hacia ella—. Lizzy, ha pasado muy poco tiempo y ni siquiera has podido acabar ese proceso porque, de algún modo, sigues encadenada a Liam hasta que obtengas la sentencia de divorcio. Tu duelo aún está por cerrar. Así que no te juzgues de esa forma tan dura.

Avancé otro paso más y busqué de nuevo su contacto. Llevé mi mano a su rostro y aparté con delicadeza un mechón desprendido de su coleta. Lo coloqué tras su oreja y acaricié su mejilla. Lizzy cerró los ojos y volcó su rostro hacia mi mano. ¡Dios! La hubiera besado en ese mismo instante. Cuando volvió a abrirlos, su mirada reflejaba una añoranza tan intensa que deseé traspasar la cautela que me frenaba.

—Estoy cansada.

—Lo sé. Y lo entiendo. Sin embargo, en este tiempo, me has demostrado que eres capaz de enfrentar todo lo que se te ponga por delante. No dejes que alguien mediocre como Liam te haga dudar de quién eres, del poder que posees o de lo que vales. No te juzgues mal por haber confiado en él. Eres una mujer fuerte.

—No me veo así. Ahora mismo, solo me siento rota.

—Rota, pero no destruida. Eres mucho más que las cicatrices que él te dejó. Y ese poder que tienes sigue ahí dentro. No lo perdiste.

Me observó destrozada, con sus ojos suplicantes clavados en mi retina.

—Tyler, ahora mismo no tengo muy claro lo que quiero.

—Lo entiendo. Solo respóndeme a una pregunta. —Y tuve que formularla porque la

sombra de ese maldito hijo de puta volvía a sabotear su sonrisa y a desequilibrar mi ánimo—. ¿Lo sigues amando?

—No. —Su firmeza barrió todas mis dudas. Respiré hondo y dejé escapar los fantasmas—. Pero necesito tiempo.

—Todo el que desees. Lo único que te pido es que no me apartes de tu lado.

No me respondió. Mi ruego se quedó suspendido entre nosotros sin una posición clara, pero no quise presionarla más. Me eché a un lado y la facilité la salida. Lizzy me observó, vacilante. Sin embargo, tomó la opción que menos esperaba. Se acercó lentamente y llevó sus brazos alrededor de mi cintura. Su abrazo fue suave, casi frágil, como si fuera a romperse con solo tocarme, y apoyó su cabeza contra mi pecho, en un gesto que manifestaba un desgarró profundo.

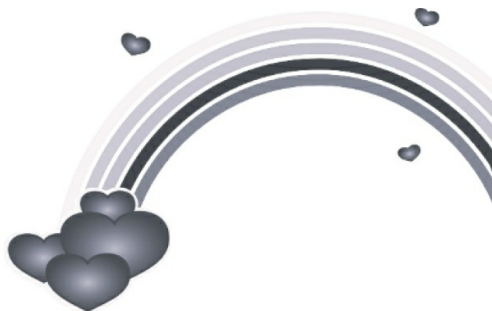
La envolví en mi cuerpo con muchísimo cuidado. Temía que se deshiciera entre mis brazos. Acaricié su espalda lentamente para transmitirle una calma que ni siquiera yo sentía. Ese abrazo decía demasiado, pero, a la vez, no resolvía nada. Solo mostraba a las claras la convulsión interna con la que ella estaba lidiando.

Se separó de la misma manera, despacio, con una cadencia dilatada.

—Gracias —susurró. Pero ya no me miró a los ojos. Con el rostro escondido, me rodeó y se dirigió hacia la puerta de salida.

Sentí un vacío en el pecho asfixiante. La sensación fue similar a como si el aire de la estancia se hubiera vuelto pétreo e imposible de inhalar. Lizzy no solo estaba enfrentando mi vuelta; estaba luchando contra todos esos demonios que albergaba de sus años pasados. Y, a pesar de mis intentos, me daba la sensación de que me había quedado corto. No había logrado alcanzarla; no, como quería; no, como ella necesitaba.

Sin embargo, había algo que podía hacer: asegurarme de que el final de ese proceso de divorcio fuese tranquilo y no pasase nada que terminase embarrando su cierre. Mañana iría a Nueva York para dejárselo claro a Don Guaperas. Seguro que le encantaría volver a verme.



## 39

### LIZZY

Necesitaba tiempo, pero no sabía qué podía hacer para eludir su presencia la semana que me restaba antes de irme a Alaska. Al día siguiente, después de haberlo visto en el bar, Tyler no desapareció de mi mente. La noche había sido terrible y la llegada del día, con el cansancio acumulado, demoledora.

La mañana, además, había transcurrido sin un ápice de descanso. Cada vez que miraba por la ventana de la escuela y veía ese *Mercedes* aparcado en su puerta, un cosquilleo alteraba mi piel y me embarraba aún más en pensamientos rumiantes. Pero fue mucho peor cuando salimos a la calle. Desde el patio, sentía su presencia en todo momento. Y eso me generaba un pánico mayor ante la posibilidad de volver a encontrármelo. Intentaba concentrarme en los niños, en sus risas y juegos, pero mi mente volvía una y otra vez a aquella conversación, a aquel abrazo que, aunque breve, me había dejado una marca indeleble.

—Estás dispersa —exclamó Karen, nada más llegar a mi lado. Se cruzó de brazos y esperó mi explicación.

Chasqué la lengua y volví mi rostro hacia un lado. Me había abierto a ella esa misma mañana, pero su respuesta no había ayudado a que mi turbación mermara. Todo lo contrario. Había recibido tantos reproches y advertencias que me hizo sentir mucho peor.

—No estoy dispersa. Estoy... como estoy. Ya está. Pasará. Solo necesito que llegue mañana. En cuanto vuelva de Nueva York, con mi sentencia de divorcio bajo el brazo, verás como me cambia la cara. La carga se aligerará un poco.

Karen alzó una ceja y frunció sus labios en una mueca de absoluta incredulidad.

—La carga por tu sentencia de divorcio desapareció el mismo día en que recibiste la notificación. Lo que llevas ahora en la mochila viene directamente de la casa de al lado.

—Karen —me quejé.

—¿Por qué sigues con esa puerta abierta? Te costó, pero la cerraste. ¿Qué haces abriéndosela de nuevo?

Sabía la respuesta, pero eso implicaba ponerme frente a unos sentimientos que no quería ni aceptar. Afortunadamente, Billy me salvó de la quema de mi compañera. Lo vi salir de la casa. El problema llegó cuando me di cuenta de lo que arrastraba. Con su mano derecha sostenía una cesta de mimbre cargada de dinosaurios.

—¡Ay, Dios! —musité.

Karen me siguió la mirada.

—¡Ay! Pobrecito mío. Otro que sucumbe a sus encantos.

La miré con reproché.

—Ahora vengo.

Caminé decidida hacia él y lo alcancé cuando estaba haciendo equilibrios para bajar por las escaleras del porche.

—Billy, cariño...

—Hoa. —La cesta golpeó en uno de los escalones y dos de los dinosaurios cayeron al suelo.

—Billy, ¿dónde vas con todo esto?

—Ha venío Tyle.

—Ya, cariño, pero no puedes jugar con él. Es nuestro vecino. Recuerda lo que hablamos. Además, él te dejó muy claro que no le gustaba que le tirasen cosas a la cabeza.

Me observó muy serio. Se dio la vuelta, recogió los dos dinosaurios que se habían caído del cesto y emprendió el camino hacia la valla.

Troté para colocarme frente a él y le recordé las normas sobre los juguetes.

—Los dinosaurios están dentro para que cualquiera pueda usarlos en ese espacio. Si los llevamos a otro lugar, tus compañeros no podrán usarlos. —Le dio lo mismo. Me rodeó y siguió su camino—. Si te los llevas todos, no permitirás que el resto juegue con ellos.

Podría asegurar que ni me escuchó. Con una firmeza implacable, siguió con su plan y llegó hasta la valla con la cesta. Finalmente, tuve que intervenir. Me coloqué enfrente suya, me arrodillé a su altura, para establecer contacto visual, y repetí con firmeza:

—Billy, voy a devolver los dinosaurios al lugar donde estaban para que todos puedan usarlos. Entiendo que quieras jugar con los dinosaurios en otro lugar, pero debemos respetar las reglas.

Fui a coger la cesta del asa, pero la sonrisa que se abrió en los labios del niño me puso en alerta. Por si fuera poco, me lo confirmo de inmediato con una alegría desbordante.

—¡Tyle!

No quise girarme. Cerré los ojos, masculé una blasfemia y recibí su voz como castigo.

—¡Ey, Billy! ¿Cómo estás?

—Nien.

—No te vi ayer en la escuela.

—Llovía mucho.

Volví mi rostro y ahí estaba, con sus soberbios brazos reposados sobre la valla, luciendo una amplia sonrisa espectacular y charlando con Billy como si mi mundo no estuviese a punto de colapsar por su mera presencia.

—¿Te quedaste en casa?

—Con l'aguela.

—Las abuelas son las mejores, ¿verdad?

—Mizo galletas. Y me rejó dolmí en su cama.

Apoyé mis manos en los muslos, me incorporé y giré mi cuerpo hacia la valla. Tyler me recibió con una sonrisa canalla.

—Hola, Lizzy.

Tensé mis labios.

—Hola. —Después, volví mi interés sobre el niño—. Billy, vamos a devolver estos dinosaurios.

Pero Tyler se entrometió y, divertido, captó la atención del pequeño.

—A ver, que me quedé claro. ¿Me estabas esperando para tirármelos todos?

Billy comenzó a reír y Tyler me lanzó una mirada cómplice al tiempo que se mordía el labio inferior. Se me cortocircuitaron las neuronas.

—¿Esta es tu forma de intentar echarme, Lizzy? ¿Dejando que Billy me hostigue de nuevo?

—Tyler —le advertí, y decidí zanjar todo aquello de manera radical—. Billy, coge la cesta y vamos dentro.

No conseguí mi propósito.

—¡No!

—Billy —le avisé firme, aunque sin gritar.

—¡Quiero jubar con Tyle!

—Tyler es nuestro vecino. Nada más.

—¡Uff! Eso me ha dolido.

Le acribillé con la mirada y volví mi atención sobre el niño.

—Coge la cesta y ven conmigo.

—¡Ey, Billy! —se entrometió de nuevo—. Tú me los lanzas y yo te los devuelvo, como en el béisbol, ¿vale? —Fruñí mis labios, anclé mis manos a las caderas y afilé la mirada. Tyler abrió sus brazos y torpedeó mi método educativo, excusándose—: Es que hace mucho que no nos vemos.

—Recuérdame que no tenga nunca hijos contigo.

Rasgó la mirada.

—¿En esas estamos ya?

Aprisioné mi respuesta hiriente y él ladeó su sonrisa. Me volví hacia el niño, me agaché hasta su altura y le pedí:

—Apunta bien a la cara, cariño, a los morros. A ver si conseguimos que cierre su boca, ¿vale?

Billy rio. Miré a Tyler, que me observaba divertido, y le advertí:

—Diez minutos. Nada más.

Y me fui de allí. Paré frente a Karen que, por supuesto, estaba observando toda la escena. Antes de que pudiese decir nada, aseveré:

—Vigila a esos dos.

—¿Y tú, dónde vas?

—Tengo que hacer una llamada.

No podía seguir allí con él porque, cada vez que lo veía, mis emociones se disparaban. Su fascinante magnetismo tiraba de mí hasta doblegarme a su voluntad y recordarme todo lo bueno que había sentido a su lado. Y en esos momentos lo que necesitaba era establecer distancia y parar. Al día siguiente, debía ir a Nueva York, a la sede de los juzgados, para obtener mi sentencia de divorcio. Necesitaba centrarme solo en eso. Nada más. No podía asumir ese paso tan importante en mi vida con mi mente embrollada por la vuelta de Tyler.

No lo había hablado con mis amigas. Pero, al ser viernes, quizá, lo mejor sería quedarme el fin de semana en Manhattan. Sabía que los suegros de Charlotte estaban en su casa esos días, y no tenía ni idea de si Ava y Philippa tenían guardia en el hospital. Si me quedaba con alguna de ellas, podría, al menos, regalarme un tiempo a mí misma y digerir por pasos todo el embrollo que había anidado en mi mente. No tenía duda de que mis amigas me lo darían. Ellas siempre habían estado cuando más las necesitaba.

Pero, si pensaba que me iba a poder desprender del magnetismo de Tyler, estaba muy equivocada. Ese día jugó con Billy hasta que todos los niños volvieron dentro. Y, antes de la hora de la comida, lo vi montarse en su coche e irse. Salí tarde de la escuela por terminar unos informes. Y, al pasar por su casa, vi que todavía no había vuelto.

Volví a mi apartamento con el ronroneo de saberle lejos. Su vuelta había convulsionado mi mundo. Pero, ahora que no sabía dónde estaba, lo echaba en falta. No entendía como mi corazón podía sabotearme de esa manera.

Me preparé una cena ligera. Intenté ver la tele un rato, pero no conseguí que se fuese de mi mente. Era muy tarde cuando me obligue a meterme en la cama. Pero al ir al dormitorio tuve claro que no iba a poder dormir. El excesivo calor que hacía en la casa, junto con la ansiedad que me carcomía, me predisponían a una nueva noche de vigilia. Por eso, abrí el armario, me puse unos pantalones cortos, una camiseta, me calcé unas zapatillas deportivas y decidí salir a la calle a dar una vuelta para que el aire fresco de la noche me calmase. Necesitaba dormir como fuera. No quería llegar al día siguiente a los juzgados con el rostro demacrado y los ojos rojos tras dos días seguidos sin descansar.

Y, aunque esa fue la excusa, mis pasos acabaron traicionando mi voluntad. Terminé desviándome de mi trayecto y me dirigí a casa de Tyler. Cuando llegué, el coche todavía no estaba y todo permanecía a oscuras. Me paré frente al caminito de baldosas desgastadas que llevaba hasta su porche y sentí la nostalgia más profunda aplastando mi pecho. No sabía qué pretendía yendo allí, pero sí tenía muy claro lo que mi interior clamaba. Traté de rebelarme a mí misma. Sin embargo, me dejé vencer al escuchar el susurro embriagador que musitaba mi corazón.

Caminé por la parcela, subí los tres escalones de acceso al porche, y me senté en el de más arriba. Envolví mis piernas entre mis brazos, bajé mi rostro hasta las rodillas y esperé. No tuve que hacerlo durante mucho tiempo. Diez minutos más tarde, las luces de un coche se abrieron paso en la calle. Miré en esa dirección y vi aparecer el *Mercedes*.

Tyler aparcó frente a la puerta de su casa y, al bajar del vehículo, me vio. Sus pasos se detuvieron de inmediato y dejó la mirada suspendida sobre mí. Me levanté y caminé despacio hacia él. Tyler hizo lo mismo.

Mis piernas se cargaron de presión, como si el miedo y la incertidumbre trataran de frenarme. Pero, aun así, seguí avanzando. Leí la calma tensa de sus ojos sobre los míos. Parecía que estuviese esperando algo, un gesto, una señal que le explicase mi presencia. Podía ver la cautela en su rostro, la confusión, la inquietud creciente.

Cuando estuvimos lo suficientemente cerca, el aire se tornó denso, casi tangible.

—Hola —saludé.

—Hola. No te esperaba.

—Ya.

—¿Llevas mucho tiempo?

—No. Salí a dar una vuelta. No podía dormir y, bueno...

Miró hacia la casa.

—¿Quieres pasar?

—No.

Mi respuesta le desconcertó mucho más. Ladeó su rostro y entornó sus ojos.

—¿Por qué has venido, Lizzy?

—Quería verte.

Tyler intensificó su mirada y yo me perdí en sus ojos azules. Di un paso más hacia él y

apoyé mi mano en su vientre. Me deleité al escuchar su respiración profunda, al percibir su deseo contenido. Rompí mis cadenas y volé a sus labios. Los rocé despacio, con suavidad y bajo una lentitud sedosa que me rompió en pedazos. La explosión de anhelo que se desbordó por mi cuerpo no se ajustó a lo efímero de ese gesto. Todo lo contrario. Me sobrepasó la pasión sometida, la aflicción domada. Apenas pude controlar mi corazón desbocado y me ahogué en una nostalgia que creí ya desterrada de mi pecho.

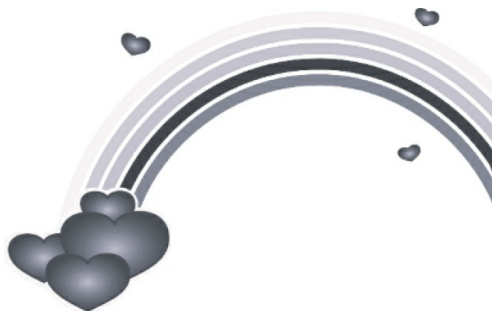
Tyler me siguió. Y, con cada roce que desgranaba sobre mi boca, fue incendiando mi juicio. Me dejé embriagar por su sabor genuino, por su cadencia sosegada, por su más que añorada calidez.

Me separé con suavidad y busqué su mirada. Acaricié su rostro mientras nuestros alientos seguían enredándose en una danza cargada de cariño.

—Debo irme —susurré.

Deslizó sus dedos por mi mejilla y dejó un suave rastro de ternura imposible de asumir.

Di dos pasos hacia atrás sin dejar de mirar sus bellos ojos azules. Después, bajé mi rostro y salí, deprisa, de allí.



## 40

# LIZZY

Había llegado el día. Ese viernes, por fin, las últimas cadenas que me ataban a Liam desaparecerían para siempre. Llevaba esperando ese momento más de lo que cualquier persona en su sano juicio podría haber asumido. La rabia se había diluido por la alegría de ver la meta hacia mí libertad. La pesada carga que había llevado durante tanto tiempo se estaba desvaneciendo, y una nueva sensación de ligereza comenzaba a tomar su espacio.

Me levanté muy temprano. Seleccioné un atuendo sobrio y sencillo, compuesto por unos pantalones de tela, slim, en color negro, una camisa blanca y una blazer beige por encima. Cogí un bolso Hobo de piel blanca y me puse unas sandalias de tacón cuadrado no muy alto y del mismo color.

Me tomé despacio un zumo de naranja y con la mirada clavada en la ventana del salón, que daba justo a la plaza del ayuntamiento. Todavía era temprano y apenas había movimiento. Mi autobús salía a las siete y media de la mañana de allí mismo, así que no me planteé bajar hasta diez minutos antes de la hora.

Cuando llegó el momento, lo hice despacio, casi como aletargada. Solo esperaba que las dos horas y media de camino me ayudasen a dormir lo que no había podido durante la noche.

Salí de casa montada en la nebulosa de pensamientos. Terminé de descender el tramo de escaleras y, cuando me disponía a abrir la puerta del portal, lo vi. Tuve que dar una bocanada de aire para calmar mi desconcierto.

Tyler estaba ahí. Tenía su *Mercedes* aparcado frente al edificio. Esperaba fuera del vehículo con una apariencia tranquila, apoyado en el lateral, con las piernas cruzadas sobre sus tobillos, las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros y mirando, tras sus gafas de sol, hacia un lado. Llevaba puesta una camisa blanca, con las mangas recogidas a la altura de los codos, y la tela se pegaba a su pecho de forma adictiva.

Cerré los ojos y blasfemé por dentro.

«¡Mierda!».

Traté de serenar mi desequilibrio, domé mi respiración descompensada y rogué a mi corazón que dejase de latir despavorido por él. No era un buen momento en mi vida para tenerlo allí. Iba a los juzgados, a por mi sentencia de divorcio. Aquel bucle emocional no necesitaba más vueltas que aumentaran mi agitación interna.

Por eso, cuando salí, lo hice muy enfadada. Abrí la puerta de malas maneras. Tyler volvió su rostro inmediatamente y, a pesar de no poder verle los ojos, sé que leyó mi malestar. Se incorporó del lateral del vehículo como un resorte para llegar hasta mí. Colocó las gafas sobre su cabeza y suavizó nuestro encuentro con una sonrisa.

—Hola, Lizzy.

Lo dijo cargado de una serenidad y un equilibrio que yo no tenía.

—¿Qué estás haciendo aquí, Tyler? Tengo prisa —repliqué con dureza.

—Lo sé. He venido a llevarte a Nueva York.

—¿¡Qué!? —Y perdí los nervios—. ¿¡Cómo sabes que tengo que ir a Nueva York!? ¿¡Quién te lo ha dicho!? ¿¡Acaso me investigas!? ¿¡Es eso!?

—No, no, no —trató de serenarme.

—¡¡Conseguiste mi número de teléfono ni siquiera sé cómo!! ¿¡Y, ahora, esto!?

—James me lo dijo —me explicó con rapidez.

—¿James?

—James MacDougall, el sheriff.

Aquella respuesta me encolerizó mucho más.

—¿¡El sheriff MacDougall!?

—Salió en una conversación hace varios días, solo es eso.

—¡Que salió en una conversación!

—Sí. Necesitaba unos datos para el informe de la investigación y, bueno, empezamos a escribirnos por email, le pregunté por ti...

—¿Y?

—Pues me lo dijo.

—¿¡Y cómo demonios lo sabe él!?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero esto es un pueblo muy pequeño. Al final todos conocen la vida de todo el mundo.

—¡Yo no! ¡No me interesa la vida de ninguno de los que viven aquí y no hago nada por enterarme de ella!

—Vale, bien. Pero, escucha, Lizzy. —Intensificó la mirada de sus ojos azules y volvió a sonreírme hasta hacerme temblar—. Independientemente de eso, tienes que ir a Nueva York. Sé que va a ser un día difícil para ti. Así que déjame, al menos, que te proporcione mi coche. No quiero que tengas que pasar dos horas y media dentro de un autobús y parando por todos los pueblos que hay de aquí hasta Manhattan.

Me crucé de brazos.

—No.

—Conmigo tardarás hora y media. Te dejaré en la misma puerta. Incluso, llegarás pronto y podrás tomarte un café. Irás más cómoda, en un asiento amplio, sin nadie a tu lado que te robe el reposabrazos, con la música que quieras, el climatizador puesto a la temperatura que desees...

—Y contigo —sentenció.

Se sonrió a sí mismo.

—Bueno, no todo es perfecto.

Solté el aire de golpe y decidí acabar con esa pantomima.

—Lo siento. Debo coger el autobús.

Me moví deprisa para cruzar la carretera, pero Tyler interpuso su cuerpo en mi camino. Tuve que cerrar los ojos. Su pecho estaba pegado a mi rostro y cargaba con un aroma

excesivamente atrayente.

—Lizzy, por favor.

—Quítate de en medio.

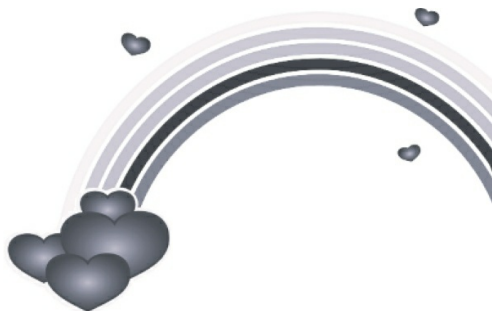
—Déjame llevarte. —Y colocó su mano en mi cintura. Una descarga de deseo se desbordó por todo mi cuerpo. Me aparté de inmediato—. Por favor, Lizzy. Déjame acompañarte en esto.

Me eché hacia atrás para establecer distancia. Sí, era cierto. Deseaba ese divorcio desde hacía dos años. Pero, aun así, dolía debido a toda la rabia que arrastraba. Y él lo tenía muy claro sin necesidad de habérselo confiado.

Bajé la guardia y mostré sin velos mi desaliento. Tyler me observó paciente y, al sentir mi desfallecimiento, llevó su mano a la mía. Con delicadeza, envolvió mis dedos. Su tacto era suave, acogedor, cálido. No quise desprenderme de él. Acentuó su mirada y acercó mi mano hacia sus labios. La besó despacio y con sus ojos fijos sobre los míos.

—No es necesario que hablemos —siguió—. No te molestaré. Te lo prometo.

Me vi cayendo en el embrujo seductor de su mirada, en las suaves caricias con las que rozaban mi piel, en el cuidado que me ofrecía, en sus palabras cargadas de afecto. Perdí mi voluntad de forma momentánea y apenas pude balbucear mi respuesta. Bajé mi rostro y me moví derrotada hacia el *Mercedes*. Tyler me acompañó hasta la puerta. La abrió y yo monté dentro. Dejé la mirada perdida a través de la ventanilla y mis pensamientos volaron, aunque no se fueron muy lejos. Era imposible escapar de él.



## 41

### LIZZY

Cumplió su palabra. Tyler se mantuvo centrado en la conducción y con música de fondo. Pero, pronto, nuestro silencio en el coche se tornó denso y excesivamente incómodo. Estaba cargado de anhelos sin respuesta y lleno de palabras no dichas.

Yo me envolví en mí misma, física y emocionalmente. Estaba sentada, medio encogida, abrazada y con la cabeza ladeada. Miraba por la ventanilla, pero el paisaje pasaba como una mancha borrosa, sin forma ni color, y cruzaba por mi retina casi sin ser consciente de nada de lo que la atravesaba. Era incapaz de sacudirme la turbación que me provocaba la cercanía de Tyler. Su energía brotaba y se enredaba con la mía, y eso me hacía temblar.

Cada segundo que pasaba me preguntaba por qué había accedido a que me llevase. Su proximidad era, en cierta manera, un consuelo; pero, a la vez, una herida abierta. No podía ignorar el beso de la noche anterior. Y, sin embargo, tampoco podía desdeñar que él, a pesar de todo, no lo había comentado. Todo lo contrario, ni siquiera lo había utilizado como mecanismo de presión. Lo había obviado y, solamente, estaba allí, a mi lado, y acompañándome en un momento crucial de mi vida. Su evidente discreción no hacía sino desbordarme mucho más.

Volví mi rostro hacia él. Lo hice despacio y deseando que no se diese cuenta. Durante los días que habíamos compartido en Wellingtonville, me encantaba mirarlo y dejarme perder por esa belleza que poseía, tan dura, tan severa y cargada de esa sensualidad tan electrizante. Ahora, el hecho de observarlo se tornaba en una experiencia demoledora que me enajenaba salvajemente y me hacía sentir mucho más de lo que mi cuerpo podía asumir. Sin embargo, ese maldito silencio, que me había prometido, se estaba convirtiendo en una losa que me aplastaba el pecho y no me dejaba respirar.

Traté de quebrarlo a susurros.

—Tyler, gracias por llevarme.

Su respiración profunda inundó el habitáculo y mi piel reaccionó al instante.

—No, Lizzy —respondió con voz grave—. Todo lo contrario. Soy yo el que tengo que agradecerte que me hayas permitido acompañarte.

—No sé por qué lo haces —musité casi sin voz.

Se sonrió a sí mismo.

—Sí lo sabes, pero no quieres aceptarlo.

—¿Y qué debo aceptar?

—Que he vuelto por ti.

Traté de defenderme del torbellino que me generaron sus palabras.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a utilizar esos supuestos dos meses que tienes de vacaciones para seducirme y que termine tan locamente enamorada que deje todo para mudarme contigo a San Francisco?

Hizo un gesto de conveniencia.

—No estaría mal, la verdad.

Bufé, cabreada, y él dejó escapar su risa.

—¿Te hace gracia?

—No es eso. Pero, bueno, ya que has sacado el tema, te lo confesaré. En realidad, no tengo dos meses de vacaciones. Me han suspendido ese tiempo.

—¿Suspendido?

—Ajá.

—¿Por qué?

—Por enamorarme de la chica que no debía en mitad de una investigación.

Vibré. Volví la mirada hacia la ventanilla y traté de escapar. Estaba claro que Tyler no se iba a andar con rodeos. Así que decidí encarar lo que tanto había evitado.

—¿Por qué no me dijiste quién eras en realidad?

Tomó aire y comenzó a hablar con serenidad.

—No podía. No te conocía lo suficiente. Pero, además, comprometerte de esa manera hubiera sido injusto y podría haber sido peligroso para ti. —Respiré hondo y él intentó aplacar mi malestar—. Lizzy, entiéndeme, por favor. Nunca quise hacerte daño y, cada vez que tenía que plegarme al papel que me habían dado, me llevaban los demonios. No quería mentirte, pero no me quedaba otra. Hice lo que pude. E, incluso, me arriesgué a decirte cosas sobre mi vida horas antes de detener al sospechoso, solo para que confiaras en mí.

Me sentí caer y me abrí sin opacidad.

—No sé qué fue real ni qué fue una artimaña de la investigación. No sé a quién tengo ahora mismo delante de mis ojos.

—Me tienes a mí —musitó—. Sigo siendo yo, Lizzy.

—¿Y quién eres tú?

Tensó sus labios y bajó la velocidad. Llevó el coche hacia un desvío de la carretera, que desembocaba en una vía de servicio. Al llegar a ella, paró, se giró y se retiró las gafas de sol para mirarme directamente a los ojos. El azul de su mirada me enajenó por completo. Colocó su brazo por encima de mi asiento y me preguntó:

—¿Quién crees que soy? —No respondí—. Vamos, Lizzy. Deja de trazar excusas. Lo sabes. Soy yo, Tyler. Nadie más. No te dejes llevar por mi profesión. Tú has visto esa parte de mí mismo que yo sí que pude mostrarte. Entendiste cómo me movía por el mundo, sin necesidad de saber toda la verdad que me rodeaba. Conseguiste captarme con los pocos retazos que pude darte de mi vida. Me besaste a mí. Me amaste a mí. Y yo te amé a ti. A nadie más. —Bajé la mirada totalmente perdida—. Dame la oportunidad de mostrarme sin velos y, luego después, decide si quieres que me mantenga en tu vida. Pero no me echas antes de tiempo solo porque fui incapaz de actuar de otra manera. Te aseguro que, si hubiera podido, hubiera hecho las cosas de forma diferente. —Tomó mi mentón, lo acarició y me instó a levantar mi rostro—. Por favor, Elisabeth, confía en mí.

«Elisabeth...».

—Apenas nadie me llama ya de esa manera.

Se inclinó levemente.

—Yo quiero llamarte de todas las maneras que me dejes. Pero solo quiero amarte de la única que sé: sin medida, sin reservas, sin condiciones.

Llevé mis ojos hasta sus labios. Lo deseaba como nunca.

—No me hagas esto ahora —supliqué.

Sonrió con suavidad.

—No se me ocurriría. Hay cosas que debes cerrar, lo sé. Y has de hacerlo bien. Hoy solo soy tu acompañante, tu amigo.

—¿Y mañana?

—Mañana seré lo que tú quieras.

«Dios...».

—Debemos irnos, Lizzy.

Asentí sin poder mirarlo. Tyler volvió a poner el coche en marcha y, en silencio, tomó de nuevo la autovía.

Llegamos a Nueva York en medio del torbellino de aquella mañana laboral. Entramos cruzando el Holland Tunnel, desde Jersey. Debíamos ir al sur de Manhattan, hasta Civic Center, donde estaba ubicada la Corte Suprema del Condado de Nueva York. En cuanto desembocamos, nos recibió el caos organizado que solo Manhattan puede ofrecer. Los taxis zigzagueaban impacientes entre el tráfico y las sirenas resonaban en un eco interminable, mezclándose con el murmullo de la multitud que inundaba las aceras. La ciudad, vibrante y despiadada, parecía respirar a ese ritmo tan propio que siempre me había asfixiado por momentos.

Estaba a punto de enfrentar el día que cerraría una parte de mi vida para siempre. De hecho, a medida que nos íbamos aproximando a nuestro destino, el vértigo emocional, que había estado conteniendo, se hizo más intenso, como una ola que amenazaba con arrastrarme. Me fui sintiendo cada vez más angustiada. Pero, en mitad de ese ahogo creciente, sentí el calor de Tyler. Su mano firme, pero suave, envolvió la mía y me transmitió calma. La apretó con fuerza como si quisiera recordarme que, a pesar de todo, estaba allí conmigo, que no iba a enfrentar este momento sola. Tyler, sin decir una palabra, había percibido mi tormenta interna y yo seguía negándome a mí misma esa conexión que nos enredaba.

Cuando llegamos al edificio de la Corte Suprema, nos recibió su imponente fachada neoclásica. Las soberbias columnas, frías y desafiantes, junto con su frontón triangular, me dieron la bienvenida de una forma intimidante.

Tyler paró el coche enfrente y se volvió hacia mí con cierto aire sombrío.

—Voy a buscar un parking.

Noté en el peso en su voz la distancia que estaba tratando de imponer entre nosotros. No me lo pensé.

—Me gustaría que entrases conmigo.

Necesitaba su apoyo, su presencia, su escudo contra la vulnerabilidad que me abrumaba. Pero Tyler negó con la cabeza y me bañó con una mirada cargada de afecto.

—Lizzy, eres una mujer valiente. Plantaste cara a Liam cuando te enteraste de sus infidelidades. Te enfrentaste a todo su poder, a todas sus presiones, a todas sus amenazas. Has luchado como una valquiria contra sus ataques y sus mentiras. Has podido caer, pero te has levantado mucho más poderosa. Y, ahora, que llega el final, tienes que hacer esto sola. No pienso apagar con mi presencia esa luz tan fascinante que posees.

Un nudo se enredó en mi garganta.

—Tyler... —susurré.

Lo que me dijeron sus ojos trascendieron las meras palabras.

—Dime, Lizzy.

—¿Por qué haces esto?

Torció su sonrisa.

—¿Por qué sigues sin creermelo?

Bajé mis ojos, mucho más turbada que antes.

—Gracias —musité.

No lo miré más. Con pesadez, abrí la puerta del coche, salí a la calle y me paré en la acera, frente a los juzgados. El edificio me pareció aún más imponente ahora que estaba ante sus puertas. Respiré hondo e intenté reunir el valor para dar el primer paso. Pero, justo cuando iba a moverme, sentí la mano de Tyler rodear mi cintura y tirar de mí hacia su cuerpo. Me envolvió entre sus brazos, me cubrió con su soberbia envergadura y me pegó a su pecho. Me abracé a él como a un mástil en mitad de la tormenta. Su cercanía, su calor y la firmeza de su abrazo me inundaron de una sensación de protección que no sabía cuánto necesitaba. Me dejé ir porque entendí que, a pesar de todo lo ocurrido, estaba segura a su lado.

—Estaré aquí, Lizzy —susurró en mi oído—. Siempre que quieras, estaré a tu lado. Pero no olvides que tienes la fuerza de mil tormentas dentro de ti. Este es tu momento.

Cerré los ojos para absorber todo el valor que había perdido. En los brazos de Tyler hallé ese pequeño remanso donde pude encontrarme de nuevo a mí misma. Junto a él, rescaté la fuerza que me faltaba, la seguridad que se me había escapado de las manos sin pretenderlo. Cuando me soltó suavemente, mi equilibrio había cambiado y, ahora, volvía a ser yo, más fuerte, más poderosa, más decidida.

Caminé hacia los juzgados con la cabeza en alto. Ese era mi momento y, pasase lo que pasase, estaba lista para enfrentarlo hasta el final.



42

## TYLER

Estaba nervioso. No podía negarlo. Necesitaba que todo le fuese bien.

Me había quedado fuera de los juzgados, a la espera de que Lizzy saliera de ellos. No quería que Liam me viese dentro. Era cierto lo que le había dicho. No deseaba que mi presencia atenuara la luz con la que ella brillaba frente a él. Pero, además, intentaba por todos los medios que ese tipo no me viera con ella y que utilizase mi presencia como una excusa para montar alguna.

No esperaba que lo hiciese. Ayer se lo había dejado muy claro, lanzándole las últimas fotos que me había entregado Oldman sobre el capó de su *Porche*; por cierto, ya arregladito. Aunque con lo que mi compañero me había contado, me daba la sensación de que, en breve, iba a tener que vender esa joya para empezar a pagar los procesos que se le venían encima. De hecho, lo que yo llevaba ya estaba en manos de la fiscalía y a punto de ser sacado del horno.

¿Le amenacé? Sí. Para qué negarlo. Pero sutilmente. Esa es mi especialidad. En mi defensa diré que tampoco tuve que esmerarme demasiado. Únicamente, se las coloqué una a una sobre el capó y le esperé en el parking a la salida de su trabajo.

En cuanto me vio, se quedó blanco. No me dijo nada. Se acercó, miró lo que le había dejado como regalo y, solo entonces, habló.

—¿Qué quieres?

—Que mañana te comportes. Sé un caballero por una vez en tu puta vida.

Después, me largué. Sabía, perfectamente, a lo que me refería y esperaba que actuase en consecuencia. No quería que Lizzy tuviese que aguantar algún acto final que se sacase de la manga. Y mucho menos que se atreviese a amenazarla, como en otras ocasiones.

Por eso, después de dejar el coche en un parking, me acerqué hasta la puerta del edificio y me dejé caer contra una de las columnas de los laterales, hasta que todo terminara. En ese tiempo, no pude tranquilizarme. No dejaba de pensar en ella y esperaba que el proceso fuera lo más rápido posible.

Sin embargo, cuando más inquieto estaba, una imagen captó mi atención y me sacó de aquel bucle de desazón de manera inmediata. Al principio, pensé que mi mente me estaba jugando una mala pasada. Pero no. Allí estaban, tan reales como la columna contra la que había apoyado mi hombro. Tres chicas, disfrazadas como conejitas, estaban cruzando la calle y, cuando consiguieron llegar, se apostaron en la puerta de la Corte Suprema. En Nueva York hay

mucho friki urbano, pero aquello era surrealista. Llevaban el clásico maillot ajustado, colas esponjosas, diademas con orejas de conejo y unos taconazos que parecían más diseñados para un concurso de Drag Queens, que para el mundo real.

La primera chica era rubia, con el pelo liso y un corte que caía a la altura de sus hombros. El maillot rosa claro que llevaba brillaba bajo el sol matutino. Y, aunque intentaba mantener una expresión seria, sus labios curvados en una sonrisa delataban que se estaba divirtiendo muchísimo. La segunda, a su lado, era morena, vestía un maillot negro y unas orejas de conejo que se inclinaban como si hubieran pasado demasiadas noches de fiesta sobre su cabeza. Sus tacones de plataforma eran tan altos que me pregunté cómo lograba mantenerse en pie. Eso sí, lo hacía con una elegancia sorprendente. La tercera fue la que más me llamó la atención. Llevaba el pelo largo recogido en una coleta alta, con trencitas de colores que parecían una explosión de arcoíris. Su maillot era blanco y contrastaba con esa tonalidad multicolor en la que había engarzado su cabello. A diferencia de sus compañeras, no llevaba tacones, sino unas Converse de purpurina plateada.

El atuendo era grotesco, sobre todo, teniendo en cuenta que estaban a la puerta de los juzgados. Pero lo llevaban con una confianza desbordante. Su risa resonaba alegremente por todo el área como si no les importara en absoluto lo que pensara el resto del mundo.

No tenía ni idea de quiénes eran, pero me resultó evidente que estaban allí con un propósito específico. Y esa intención se mostró ante mis ojos en cuanto se pusieron a colocar la pancarta que llevaban entre sus manos.

Pasé mi mano por la cara mientras se me escapaba la risa.

## **¡FELICIDADES, LIZZY! ¡VAMOS A FOLLARNOS A TODO MANHATTAN!**

—No me lo puedo creer —mascullé.

Las chicas, con torpeza, se lanzaron a la tarea de colocar la pancarta. Era enorme. Habían usado tanta lona de PVC que, al elevarla, se vencía. Intentaban con toda su determinación dejarla anclada en algún su sitio. Una de ellas, en su afán por encajarla en la tierra de uno de los árboles, se cargó el palo que la sostenía a su izquierda. Probaron a atarla entre dos árboles, pero la chica de las Convers comenzó a cuestionar aquello. A la rubia le dio igual. Y, con las orejas de conejo tambaleándose, desató la pancarta de los palos de madera y comenzó a saltar para alcanzar alguna rama de esos árboles para fijarla. Pero, a pesar de los taconazos, no llegaba. Estuve tentado de acercarme para ayudarlas.

La morena, con paciencia, intentaba estirar el mensaje de forma impecable, pero cada tirón solo servía para arruinar el trabajo de su otra compañera. Esta se lo reprochó. Ella se lo negó. Y la tía de las Convers terminó poniendo paz y echándoles la bronca a ambas. Todo ello, con las orejas de conejo, oscilando de acá para allá, y cayéndoseles constantemente.

Sin embargo, en mitad de su hazaña, un guardia de seguridad se las acercó para tirar por tierra sus propósitos. No se dieron por vencidas. Actuaron conforme el tipo les pidió y se retiraron varios metros. Pero se mantuvieron cerca, a la espera de Lizzy. Eso sí, al final optaron por coger la pancarta, una de un lado y otra de otro, y la chica morena se colocó en medio para sostenerla y que pudiera leerse, a pesar de la amplitud de metros.

Lizzy no tardó mucho en aparecer y, cuando lo hizo, ni siquiera me vio. Clavó su atención sobre las tres chicas disfrazadas de conejitas y su expresión sombría cambió de inmediato. La

recibieron con gritos de «¡¡¡Felicidades!!!», a pleno pulmón. Sin pensarlo, dejaron escapar la pancarta y todas corrieron a encontrarse. Se fundieron en un abrazo, saltaron dando círculos y, cuando una de ellas se desparramó por el suelo, estallaron en risas. El efecto fue inmediato. Lizzy estaba visiblemente emocionada y su felicidad brillaba con una intensidad que parecía iluminar el mundo.

Me mantuve a distancia. No quería enturbiar aquel momento con mi presencia. Pero sabía que, en algún momento, debería hacerme visible. Y, muy a mi pesar, lo justo sería despedirme y dejar a Lizzy allí, con ellas. Sin duda, sus amigas eran lo mejor que ese día podía regalarle.

Sin embargo, ese momento llegó antes de que yo mismo lo propiciara. En un movimiento, sus bellos ojos grises se encontraron con los míos en la distancia. Me reconoció y me dedicó la sonrisa más bonita que había visto brotar de sus labios. Se abrió hueco entre sus amigas y caminó deprisa hacia mí. Volé hacia ella y, al encontrarnos, Lizzy me rodeó la cintura con sus brazos. La envolví en mi cuerpo y me deleité con esos segundos en los que la sentí mía.

Alzó la mirada.

—No te había visto —musitó cerca de mi boca. Y yo tuve que domar mi deseo desbocado por besarla.

—¿Qué tal ha ido todo?

—Genial. —Me sonrió como nunca—. ¡Soy libre! —gritó, entusiasmada. Se separó, pero cogió mi mano con fuerza—. Ven. Quiero que las conozcas.

Me llevó a dónde esperaban sus amigas, por cierto, expectantes y sonrientes a no poder más. Al llegar, me presentó.

—Chicas, este es Tyler. —La risa de ellas se cortó de golpe y sus sonrisas se congelaron en la boca. Estaba claro que Lizzy les había pasado un expediente mío y no con las mejores referencias—. Ellas son Charlotte, Ava y Philippa.

La rubia, la morena y la multicolor.

—Hola —saludé, comedido.

Sus miradas me dejaron claro que si no me lapidaban allí mismo era porque no tenían de dónde sacar las piedras.

—Hola, Tyler —respondió Philippa, con tono neutro.

No hizo ni falta que lanzaran la pregunta. Lizzy les explicó de inmediato la razón de mi presencia.

—Me ha traído a Nueva York para que no tuviese que venir en autobús.

—Aaaaah —corearon las tres al unísono, aunque con cara de estar comiendo limones.

Estaba bien jodido.

—¿Has vuelto a Wellingtonville, Tyler? —me lanzó Ava con una tensión más que evidente. Charlotte respondió con un codazo que le impactó de lleno en su costado.

—Está de vacaciones —se adelantó Lizzy.

—Pues, fíjate, que pensábamos llevárnosla de fiesta toda la noche —siguió Ava, amenazante.

—A celebrar tu soltería oficial —apuntó Charlotte.

Vi la duda ceñirse sobre los ojos de Lizzy, pero se la borré al instante.

—No os preocupéis. Yo me voy enseguida y así podéis... —Y señalé la pancarta... hacer lo que teníais pensado hacer en Manhattan.

Parece que mi propuesta le gusto al trío, pero a Lizzy no.

—¡Te hemos comprado un disfraz a juego! —la informó Philippa, al tiempo que iba sacándolo de su maxi bolso.

Entre mis fantasías, no estaba la de ver a Lizzy vestida de conejita. Pero, sinceramente, no me hubiera importado.

—¡Oh! ¡No! ¡No pienso ponerme eso!

—¡Venga ya!

—¡No puedes hacernos esto!

—¡Saca esas tetas, cariño! ¡Esta noche hay que lucirlas, pero bien! A ver quién te arranca una orgasmo chupándote los pezones.

Hubiera deseado no escuchar eso último.

—No, no, no... —Y se giró hacia mí, todavía con la incertidumbre clavada en su frente.

Me adelanté a su preocupación.

—De veras, tranquila. No me importa.

—¿Lo de que le chupen los pezones? —sugirió Philippa.

Decidí morder mi labio y bramar para mis adentros.

Lizzy se impuso.

—Ya, pero a mí, sí me importa.

Ava se acercó a mi costado y me rodeó la espalda con su brazo, puso una mano en mi hombro y le dijo:

—Él va a estar estupendamente, ¿verdad, Tyler?

—Claro.

—En su casita, —siguió—, descansando, leyendo un libro o viendo una serie en la tele.

Me miró sonriente y esperó una única respuesta que, por supuesto, le di.

—Sí, sí. De veras, Lizzy. Por mí, no te preocupes.

Sin embargo, ella salió por donde ninguno esperábamos.

—Vente.

—¿¡Qué!?

Por supuesto, sus amigas no formularon la pregunta como un interrogante, sino con un tono claramente sancionador. Y, acto seguido, me acribillaron con la mirada por si acaso se me ocurría aceptar.

—No, no, gracias, Lizzy, pero no podría hacerte eso.

—¿Por qué? Quiero salir a celebrarlo con mis amigas. Pero tú también has estado a mi lado en esto, y quiero que vengas.

No sé qué me generó más incertidumbre, si la posibilidad de decir que no a Lizzy o aceptar bajo la tensión amenazante de esas tres.

Lizzy no se dio por vencida y, ante mi duda, me tomó del brazo y se disculpó con ellas.

—Un momento.

Y me arrancó de allí. Me llevó a unos metros y, cuando estuvimos a distancia, se demandó:

—¿Qué pasa?

—¿Cómo que qué pasa?

—¿Por qué no quieres venirte?

—¿Acaso no es evidente?

—Nooo —canturreó. Dio un paso hacia mí hasta quedarse muy cerca. Apoyó sus manos en mi pecho y mi corazón se desbocó.

—Pensaba invitarte a comer. Quería celebrarlo contigo y agradecerte tu gesto. Y esto no cambia nada. Así que vente.

Me alejé dos pasos.

—Lizzy, en serio, no quiero cortaros el rollo.

—No me lo cortas, tonto. Así que deja de darle vueltas. —Me acarició el brazo hasta llegar hasta mi mano. La sostuvo con cariño y volvió a insistir—. Quiero que te quedes. De verdad.

—¿Por qué, ahora?

—¿Y por qué no?

Volví mi atención hacia el trío y ella leyó mi duda.

—Van a matarme.

—Puede, pero no creo que lo hagan por eso. —Me rodeó la cintura y me instó a caminar a su lado—. ¿Vamos?

No tuve elección.

Volvíamos juntos y sus amigas me recibieron con muecas de malestar en sus labios.

—¡Tyler se viene! —anunció Lizzy, con entusiasmo.

La respuesta se tensó en sus sonrisas.

Philippa caminó hacia mí y, con parsimonia, se quitó su diadema de orejas puntiagudas y la colocó sobre mi cabeza.

—Bienvenido a la fiesta, conejito.

Salí con ellas por Manhattan, con mis orejas rosas engarzadas en mi pelo y con Lizzy a mi lado vestida de conejita arcoíris. Toda una condena. Fuimos a comer a Ladybird, un restaurante vegano en East Village. Allí, Lizzy nos contó lo que había vivido con Liam en los juzgados. Afortunadamente, el capullo se comportó como debía. Pero, después, la conversación se extendió por otros derroteros. En cuanto las amigas de Lizzy aceptaron mi presencia y decidieron que yo no era un peligro para ella —al menos, de forma inminente—, comenzaron a interactuar conmigo. Y ahí pudimos relajarnos todos.

Ya en Ladybird empezamos con los cócteles. Las escuché hablar de su vida y eso me permitió conocer muchas más cosas de Lizzy. Aunque, con seguridad, algunas de ellas hubiesen preferido que no me la confiaran. Reí a carcajadas con una historia embarazosa en una fiesta de la Universidad y con un carrito de supermercado. Lizzy, roja de la vergüenza, intentaba sin éxito silenciarlas, pero sus súplicas solo provocaban más risas y una ristra de confidencias.

Fue entonces cuando una de ellas me explicó la historia que había detrás de sus disfraces. El exmarido de Lizzy, en una de sus habituales demostraciones de snobismo trasnochado, había montado en cólera porque ella se vistió de conejita para una fiesta de Halloween.

—Era una conejita zombi —especificó ella misma, con aire cansino.

Liam lo veía vulgar, casi como una ofensa personal, y no dejó de reprochárselo hasta que ella se lo quitó.

—No sé por qué cedí.

—Él se lo perdió.

Me miró risueña.

—¿Por qué dices eso?

—De verdad, ¿tengo que explicártelo?

—Uuuuuuh —corearon sus amigas.

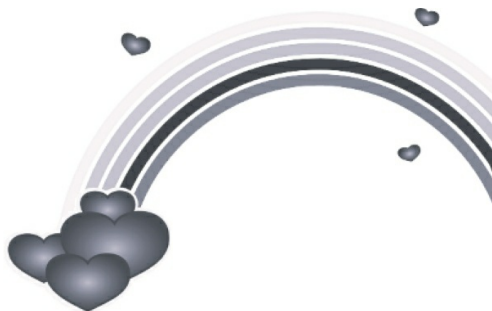
Si Lizzy me hubiese hecho eso, por supuesto, hubiéramos salido la noche de Halloween. Y, después, hubiéramos follado de todas las formas posibles con ese disfraz.

Esa tarde, me permitió verla de una manera completamente nueva y a través de los ojos de quienes la conocían desde hacía tanto tiempo. Era como descubrir piezas de un rompecabezas que me ayudaban a completar su imagen. Y, a pesar de los momentos incómodos y las

revelaciones inesperadas, me sentí más conectado con ella que nunca.

Terminamos en un night club que conocía Philippa. Esperamos una cola kilométrica ya a las ocho de la tarde y conseguimos entrar una hora después. Cruzamos la puerta y bajamos por unas escaleras casi a oscuras. Traspasamos una segunda puerta y dimos paso a una sala amplísima. Sonaba, en esos momentos, Bongos de Cardi B y Megan Thee Stallion. La discoteca, al completo, estaba literalmente absorbida bajo ese ritmo enérgico y rápido.

Fuimos directos hacia la barra y allí estuvimos mucho tiempo, conversando de todo y de nada, e intentando hacernos oír entre la vorágine. La música se fue elevando, y en algún punto de la noche, las historias fueron reemplazadas por bailes improvisados y más brindis. Mientras miraba a Lizzy, riendo y bailando con sus amigas, supe que esa celebración, tan caótica y sincera, era exactamente lo que ella necesitaba. Y, por mi parte, no podría haber pedido una mejor manera de estar a su lado ese día.



## 43

### LIZZY

No podía dejar de mirarlo. Llevaba mucho tiempo bailando con Ava y con Charlotte, pero sus ojos azules me secuestraban cada vez que se cruzaban con los míos. Me resultaba imposible no recorrer su fascinante cuerpo con mi retina. Pero la forma que tenía de observarme en la distancia era la que más tiraba de mí. Tyler estaba consiguiendo enloquecerme sin apenas mover un dedo. Cada pequeño gesto suyo, cada inclinación de su cuerpo, parecía diseñado para despertar mi deseo. Cuando lo buscaba, era incapaz de desprenderme del anhelo que me generaba. Y eso me excitaba hasta el punto de que no dejaba de fantasear con la idea de tenerlo de nuevo dentro de mí. Ese era el efecto que Tyler seguía provocándome. De hecho, aquella locura se fue volviendo cada vez más intensa e incontrolable a medida que avanzaba la noche.

No sabía cuál podía ser la razón, si sería el alcohol, el día de fiesta o qué, pero cada vez me apetecía más quitarme las cadenas que me sometían a la prudencia. Él no había hecho nada. Se había venido con nosotras y había participado de aquella celebración como si fuese uno más. No había tratado de acortar distancias. Ni siquiera había mostrado interés por mi traje de conejita, para mi desgracia. Y mira que lo tenté, como una auténtica desalmada. Pero él, nada. Absolutamente, nada. Frío como un témpano de hielo.

Era cierto. Me lo había dicho: hoy sería mi amigo, mi compañero. Lo estaba cumpliendo a conciencia. Mis amigas estaban encantadas con su actitud. Sin embargo, yo no. Ya no quería eso; anhelaba mucho más y me resultaba imposible seguir postergándolo. Tyler me estaba demostrando que iba en serio; que su vuelta estaba condicionada a mí; que estaba dispuesto a hacer lo que pudiese para que confiara en él de nuevo; que contaba con la suficiente paciencia como para que yo me sintiese segura. Y eso me gustaba. Por una vez en mi vida, me sentía deseada, me veía priorizada y el hombre que hacía vibrar mi corazón contaba con una voluntad férrea para reorientar de nuevo nuestros caminos y transitar juntos. No sabía cómo transcurriría aquello, pero deseaba darme esa oportunidad que él me estaba ofreciendo.

Philippa dejó a Tyler en la barra y vino a bailar con nosotras. Volvimos a enlazar nuestras miradas. Vi su pecho subir y bajar de manera tan profunda que supe, exactamente, lo que estaba pensando.

Era mi momento.

—Ahora vengo —le dije a Ava.

Antes de que me fuera, ella me gritó al oído:

—Vale. Pero, si quieres, no hace falta que vuelvas. —Y me guiñó un ojo.

Charlotte se unió a la sugerencia.

—Déjate llevar. —Y me dio una palmadita en el trasero—. ¡Anda! ¡Corre! Lo estás deseando. Y, si no sale bien, pues siempre nos tendrás a nosotras y al helado de chocolate para despotricar de él y despedazarlo, como hicimos hace semanas.

Temblé al recordar aquella noche.

—¿Estoy tropezado en la misma piedra?

—No, no lo creo. Él ha decidido cruzar de nuevo el país por ti. Podría haberse quedado tan tranquilo en su casa, pero ha querido jugársela e intentarlo. Y eso es por algo más que por un polvo, cariño.

—Tengo miedo de que todo sea un sueño.

—Nunca lo sabrás si no te pones en camino.

—¿No os importa que me vaya?

—¡Noooo!

Me despedí y me encaminé hacia la barra. Tyler estaba apoyado en ella con una relajación que solo él podía proyectar. Barrió mi cuerpo con su mirada y sin ninguna prisa. Sentí su deseo y eso me hizo vibrar. Fue completamente consciente del efecto que estaba teniendo en mí. Dibujó una sutil sonrisa en sus labios. Empezaba a leer mi actitud y tenía claro que, esa vez, no iba a ir en busca de charla.

—Ya no bailas —me dijo nada más llegar.

—No.

—¿Por qué?

—Ya es más de medianoche.

—¿Y eso qué quiere decir, Cenicienta? ¿Te vas ya? No sé si podré encontrar tu zapato con tanta gente.

Me pegué a su cuerpo y susurré en su oído:

—Ya es mañana. —Giró su cabeza y buscó mis ojos. No entendía lo que le estaba sugiriendo; lo que él mismo me había dicho en el coche. Sé lo aclarar—. «Mañana seré lo que tú quieras».

Entornó sus ojos azules.

—¿Y ya lo tienes claro?

—Casi. Vamos a tomar una copa.

—¿No crees que llevamos ya muchas encima?

No le hice caso. Quizá tenía razón, pero me encontraba bien y sabía que él también lo estaba.

Llamé al camarero moviendo la mano. Afortunadamente, me vio y se apiadó de mí.

—Seis tequilas —pedí, alzando la voz.

—¿Seis tequilas? —rio Tyler, mientras el camarero los preparaba—. ¿Tus amigas también vienen? Porque somos cinco.

—Seis tequilas —resolví, y él entendió.

—¿Para nosotros?

—Ajá.

—Bastantes, ¿no crees?

Me encogí de hombros.

—No sé. Ya me lo dirás.

Se acercó hasta mí para susurrarme al oído:

—¿Pretendes emborracharme?

—Nunca —musité. Y lo hice desde muy cerca, para poder acariciar la piel de su cara con mis labios.

Tyler me buscó, rápido, y yo le sostuve la mirada sin un ápice de vulnerabilidad. Leyó mis pretensiones. Y, en ese preciso instante, pude ver su turbación. En sus planes no había entrado ese cambio de actitud. En los míos tampoco. Pero la atracción entre nosotros era ya demasiado palpable como para retirarse del juego.

El camarero trajo los seis tequilas y los dejó sobre la barra, junto con la lima y la sal. Cogí el primero, eché la sal sobre mi mano y la lamí, mirando directamente a sus ojos salvajes. Intensificó la potencia de su mirada. Sonreí. Cogí el chupito y lo bebí de un golpe.

Tyler cogió un trozo de lima entre sus dedos y lo llevó a mi boca. La lamí despacio y, de paso, tracé un leve roce en sus dedos que no le dejó indiferente. Humedeció sus labios. Yo también.

Era su turno, pero iba tan descontrolada que necesité tomar un atajo. Tyler fue a coger la sal, pero me adelanté y la coloqué sobre mi mano. No le hizo falta pensárselo. Tomó con suavidad mi muñeca y, con sus ojos clavados sobre los míos, lamió seductoramente mi piel. Reprimí un gemido y encerré el deseo entre mis piernas. Tyler tomó el vaso entre sus dedos, lo tragó de golpe y se deslizó por su garganta. Al ver el movimiento de su Nuez de Adán, me excitó mucho más.

Ni siquiera se molestó en coger la lima. En cuanto vio que yo la miraba, esperó mi siguiente movimiento. Y, por supuesto, no lo demoré. La tomé entre mis dedos y recorrí con ella mi cuello. Sus ojos se oscurecieron al instante y su respiración se volvió pesada. Tyler avanzó hacia mí, bajó su rostro, y yo ladeé mi cabeza y retiré mi pelo. No fue rápido. Todo lo contrario. Deslizó, primero, la punta de su lengua muy suavemente. Y, entonces, envolvió mi piel entre sus labios en un beso húmedo y cargado de placer. Gemí, desatada.

Llevé mi pelvis hacia la suya. Tyler me recibió sosteniendo mi trasero y presionando mi pubis contra su erección. Lo vi luchando por contener la desesperación que nos mecía. Pero había algo más. Buscó mis ojos. Necesitaba confirmar que aquello era cierto, que no había un doble juego entre nosotros.

Serpenteé mis dedos sobre su pecho, bajé por su abdomen, dibujé con sutileza el perfil de su potente miembro marcado. Tyler gruñó sobre mi boca. Jugueteé con sus labios y él con los míos, retándonos en esa proximidad buscada, pero no consumada. Él sonrió, divertido. Yo exhalé presa de placer. Rodeé su cuello con mis brazos, clavé mi mirada sobre la suya y comencé a moverme de forma oscilante, de un lado a otro, con nuestras pelvis unidas. Tyler me siguió en esa danza de sensualidad buscada.

—¿Estas segura de que quieres esto?

No le respondí con palabras. Me di la vuelta y pegué mi espalda a su pecho, mi trasero a su erección. Dejé escapar un suspiro cuando él aferró con fuerza mis caderas. Tyler deslizó sus manos por mis costados y, de ahí, las llevó a mi vientre y rodeó con sus brazos toda mi cintura.

Nos balanceamos lentamente, al ritmo de la música que sonaba en esos momentos en la discoteca. Descansé mi cabeza sobre su hombro y aparté mi cabello con una mano. Incliné mi rostro para darle total acceso y él no se demoró. Comenzó a besarme el cuello de forma muy húmeda. Cerré los ojos y me dejé llevar por el placer que me arrancaba.

Cuando sus dedos se clavaron sobre el hueso de mi cadera y su erección suplicó entre mis nalgas, decidí que era hora de que nos fuéramos. Tomé su mano y tiré con fuerza hacia la salida. Eso provocó su desconcierto.

Caminé decidida y sin mirar atrás. Tyler me siguió al ritmo rápido que yo imponía. Cogimos mi bolso del ropero y, solo cuando pusimos un pie en la calle, volvió a preguntarme:

—Lizzy, ¿estás segura?

Me resultó divertido que no creyera del todo mis intenciones. Una sonrisa traviesa se dibujó en mis labios; una de esas que decían más de lo que cualquier explicación podría abarcar.

No me lo pensé mucho. Aquella era una buena zona, así que me dirigí al primer hotel que se nos puso por delante. Pero, antes de que cruzara las puertas, Tyler me frenó. Tiró de mí hasta llevarme a su cuerpo. Me rodeó la cintura y me encerró en su torso para mirarme a los ojos.

—No quiero que te arrepientas mañana. —La calidez de su aliento me resultaba demasiado añorado como para poder lamentarme de nada. Pero él siguió insistiendo—. Hemos bebido mucho, estamos de fiesta, te lo estás pasando bien... No quiero que esto sea fruto de un impulso.

—No lo es. —Acaricié su pecho—. Quiero estar contigo.

—¿Cuánto tiempo?

—Mucho más de esta noche.

Tomó mi rostro con una mano. Me invadió con sus cautivadores ojos azules y, cuando estuvo seguro, cubrió mis labios. Deslicé mi lengua y él me buscó con la suya. No pude evitar gemir al unirlos de nuevo. ¡Dios, su sabor me volvía loca! Aún guardaba el gusto del tequila que habíamos bebido, pero también había mucho más. Tyler sabía a seguridad, a fortaleza, a alivio, a descanso. En ese beso había un entendimiento silencioso, una complicidad que solo se da cuando amas de verdad a alguien. Supe que estaba justo donde quería estar.

Tyler profundizó en mi boca e impregnó a mis sentidos de un anhelo desbordante que se extendió por todo mi cuerpo. No se trataba solo de algo físico. Cada vez que acariciaba mis labios, con esa vehemencia con la que me cubría, sentía la calma invadiendo mi alma y me abría un lugar de remanso. Tomó mis muñecas, las colocó a ambos lados de mi cabeza y me encerró contra la pared de ladrillos, al lado de la puerta del hotel. Yo respondí apretando mi pelvis contra la suya y presionando en círculos. Me encantaba sentir su erección.

Se separó de mi boca. Me miró a los ojos y susurró:

—Espero que no estés muy cansada porque voy a pasarme horas follándote.

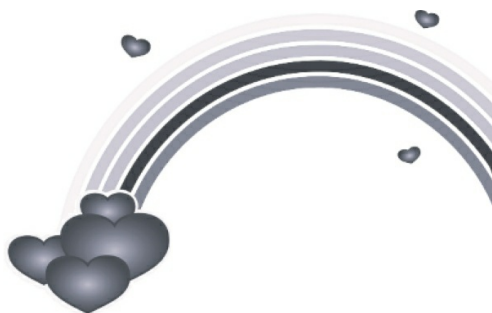
—¿Es una amenaza?

—No, cariño. Es, más bien, la añoranza que me viene torturando desde hace semanas.

Secuestró, de nuevo, mis labios, esa vez, con una dureza desbordante. Gemí ante su incursión implacable y me anclé a esa pasión enloquecedora.

—Vamos —le rogué, impaciente.

Tyler enlazó mi mano, me miró a los ojos y sonrió.



## 44

### LIZZY

Habían pasado treinta y dos horas desde que habíamos entrado en el hotel. Treinta y dos horas desde que había desnudado a besos a Tyler. Treinta y dos horas desde que él, enajenado, había hecho pedazos mi disfraz hasta arrancármelo del cuerpo. Treinta y dos horas desde que nos habíamos rendido contra la misma puerta de la habitación.

En ese tiempo, apenas había dormido, había comido poco y me había entregado al sexo como nunca antes en toda mi vida. Apenas podía moverme. Estaba agotada, pero era un cansancio que me hacía sentir viva. Había empujado mi cuerpo al límite y esa fatiga era la recompensa. Al final, esa sensación de debilidad extrema era pura satisfacción.

Estaba tumbada sobre Tyler. Mi cabeza reposaba sobre su pecho y me perdía escuchando los latidos de su corazón. Su brazo me tenía recogida junto a su cuerpo y deslizaba sus dedos de forma placentera sobre la piel de mi espalda.

Debíamos dejar el hotel en apenas una hora si no queríamos pagar un día más. No me habría importado, pero al día siguiente era lunes y había que abrir la escuela. Sin embargo, mi mente se resistía a volver al mundo real. Temía que, en el momento en que saliésemos fuera, todo desapareciera y ese tiempo eterno, en el que habíamos disfrutado amándonos, se difuminase. Ese fin de semana, Tyler había sido mío, pero no sabía qué podría traerme el futuro a su lado. Ni siquiera tenía claro si podría haberlo. Había demasiadas dificultades, demasiados inconvenientes, demasiados dilemas. Lo único que tenía claro era que ambos queríamos más.

No pude aguantar y le confesé mi desvelo.

—Tyler.

—Dime.

—¿Qué va a pasar ahora con nosotros?

—¿Qué es lo que quieres que pase?

—Me gusta estar contigo. Me gusta tenerte cerca, pero...

—Seward —dijo sin más, y yo até cabos.

Me incorporé, sosteniéndome en el codo, y lo miré con reproché.

—¿Cómo sabes que me voy de vacaciones a Alaska?

—Me lo dijo MacDougall.

—¿Me puedes explicar por qué el sheriff te ha dado tanta información sobre mi vida? Y lo que es más, ¿de quién demonios la saca? —La risa de Tyler resonó en la estancia. Besó mi pelo y

me sostuvo de la cintura con más fuerza—. No me hace gracia.

—A mí, sí. —Y me envolvió mucho más entre sus brazos. Me dejé vencer sobre su torso y me sinceré—. No veo a menudo a mi hermana ni a mis sobrinos. Apenas dos veces al año. Este, ni eso. Y no quiero anularlo.

—No tienes por qué anularlo por mí.

—Ya, pero solo vas a estar unas semanas aquí y...

—No conozco Alaska.

Volví mis ojos hacia él muy despacio. No podía creer lo que estaba insinuando.

—¿Qué estás diciendo?

Se sonrió a sí mismo.

—Desde hace días solo te quejas de que —Y aflautó su voz— «No sé a quién tengo delante», «No sé quién eres». Bueno, pues ahora tenemos una excelente oportunidad para pasar más tiempo juntos y conocernos a fondo, ¿no crees?

—¿Tú y yo, juntos, hasta Alaska?

—Si eso no es ir hasta el fin del mundo...

—Me da miedo preguntar.

—Puedes anular tu billete de avión, podemos coger mi coche y recorrer las... Déjame pensar... Más o menos, cuatro mil quinientas millas, unos cinco o siete días, según lo cansados que estemos de la carretera. Pararíamos donde nos apeteciese, dormiríamos donde se nos ofreciese y haríamos el amor todas las noches hasta llegar allí.

—¿Y allí no? —pregunte, irónica.

—Depende de lo que tú quieras.

—¿Y tú?

Bajó mi mano hasta mi trasero y lo acarició con vigor.

—Parece mentira que todavía me lo preguntes. —Besó mi frente—. Eres adictiva.

Me sonreí. Pero seguía existiendo una distancia física que en dos meses no íbamos a poder sortear.

—¿Y después?

Tyler me respondió con esa cadencia lenta e hipnótica que le ofrecía la tranquilidad del letargo.

—Pues, después, si no te has hartado de mí en ese tiempo, podríamos bajar por la Costa Oeste hasta San Francisco y hacer el amor en mi casa.

—Mmm. ¿Y después?

—Déjame pensar —siguió con una reflexión impostada—. Se me ocurre que, si todavía seguimos juntos y empiezas a pensar que podría ser el hombre de tu vida, quizá estaría bien bajar un poco más, hasta Los Ángeles, para presentarte a mi madre. —Un escalofrío me recorrió la espalda. Él lo percibió y comenzó a reír—. Allí no podría hacerte el amor, mi vida. Me daría cosa y no me apetece defraudarte tan pronto con un gatillazo. Lo entiendes, ¿verdad?

—Eres tonto. —Me estremeció su seductora risa. Pero quería seguir ahondando en ese plan idílico que me ofrecía como alternativa. Acaricié su pecho y volví a reposar mi rostro—. ¿Y después?

—Volveríamos a cruzar el país de vuelta a Wellingtonville.

—¿Y cuando llegásemos?

—Fácil. Si todavía no te has arrepentido de estar a mi lado, podríamos plantearnos qué sería de nosotros cuandouviésemos que volver a trabajar. —Giró su cuerpo, de modo que se quedó encima mía. Enlazó mi mirada y susurró—: Sé que tu vida está en Wellingtonville; que

allí tienes tu casa y tu escuela, y no quiero separarte de ellas.

—No. Mi vida no está allí, Tyler. Mi vida estaba aquí, en Manhattan. Pero la sombra de Liam era demasiado alargada como para poder seguir viviendo en Nueva York. Por eso me fui y no creo que pueda volver nunca.

—¿Y eso te sigue doliendo? ¿Sigues añorando volver aquí?

—A veces.

—Bueno, pues habrá que tenerlo en cuenta para más adelante. Claro, si antes no te cansas de mí.

Me mostré molesta.

—Oye, no dejas de decir eso. ¿Qué pasa? ¿Tú no te vas a cansar de mí?

—Creo que no, gatita. —Y dibujó una sonrisa maliciosa.

—No me llames gatita si quieres que, al menos, salgamos juntos de esta habitación. — Tyler dejó escapar su risa—. Pero no me has contestado.

Bajó sus labios hasta la punta de mi nariz y dejó un pequeño beso.

—Esa opción me parece impensable.

—Tienes muchas esperanzas puestas en esto.

Me acarició despacio.

—Si nos las tuviera, no hubiera venido. Pero sí. Creo que entre tú y yo hay algo diferente. —Rozó mis labios—. No sé si me entiendes.

—Creo que sí —susurré.

Claro que lo entendía porque no solo se trataba de atracción. Existía cierta adecuación, una forma de encajar, de adaptarnos con un ajuste demasiado limpio. Aunque para mí había más. Por primera vez, en mucho tiempo, sentía que el artífice de aquello me deseaba como a nadie. Y eso me hacía sentir viva. No sabía si saldría bien ni a dónde llegaríamos. Pero, al menos, nunca podríamos reprocharnos el no haberlo intentado.

—Bueno, hasta ahora, ¿qué te parece mi plan?

Le sonreí, cautivada.

—Me encanta.

